

Las leyes del infierno

Ensayo sobre la condenación eterna
y la sociedad que mora en el averno



Forteniana Opera Daemoniaca
Tomo VIII

José Antonio
FORTEA

Ediciones  Fortearius

Alcalá de Henares, España

Título: Las leyes del infierno

© Copyright José Antonio Fortea Cucurull

Publicación en formato digital, noviembre 2019

Todos los derechos reservados

correodelpadrefortea@gmail.com

www.fortea.ws

Versión para tablet

Las leyes del infierno

Consideraciones sobre el Mal
y la condenación eterna



José Antonio
FORTEA

índice

prólogo	1
aclaraciones terminológicas	2
sobre la distribución de temas	5
entender a dios para entender el infierno	6
la explicación del poema	13
el infierno está en dios	25
atemporalidad frente a eternidad	29
la grandeza de la teología	33
extremos a evitar	41
la tercera persona	45
la cuestión del filioque	54
compartir la felicidad con otros	56
el diablo engendrador	62
satán mirando a su creador	65
rumiando pensamientos	67
secuestrar a dios	68
un infierno centrado en el diablo	70
referencias temporales en el evo	72
infierno atenuado o infierno excruciante	73
poniendo límites a los huracanes de fuego	78
nivel esencialmente estable de sufrimiento	80
el final de las estrellas	86
algunas características del diablo	99
el infierno como isla	101
dónde estará el infierno	102
el arrepentimiento del demonio	107
diseccionando los elementos personales que son la esencia del infierno	108
las fases de la metamorfosis	118
¿fue breve o larga la prueba de las glorias?	132
¿necesariamente son más inteligentes los ángeles que los humanos?	134
el poder, la inteligencia y la belleza de los ángeles	137

el último intento divino 138
muertos en vida 147
la existencia social de los condenados 153
¿un condenado ama a su madre? 155
¿en qué ocupar el tiempo de la eternidad? 156
el purgatorio como sociedad 159
el único infierno que puede existir 166
tres infiernos posibles 171
el pasaje de epulón 175
los errores de esta obra 176
sufrimiento basal 180
tamquam tabula rasa 189
dios no cierra los ojos al infierno 195
¿le valió la pena haber nacido a judas? 209
el tiempo en el infierno 222
las estaciones del evo 225
un infierno posible entre los muchos hipotéticos 227
dios como arquitecto del infierno 231
evitando el hundimiento del infierno 239
¿pueden caer gracias sobrenaturales en el infierno? 244
la lista infernal 247
hablando con dios 250
un príncipe sobre los príncipes oscuros 256
la posibilidad de un infierno vacío 259
pecar sin preocupación 264
también hay dolores lacerantes en el infierno 269
también los condenados son hijos de dios 272
un tártaro satisfactorio 285
dios condena 291
pecado grave y pecado mortal 292
algunas explicaciones sobre la puerta 308
pensando el abismo 310
el ecosistema infernal 318
no existe modo de salir del infierno 328
¿se puede rezar por las personas que están en el infierno para que sufran menos? 331
¿cuántos se han condenado en el infierno? 333
el número de condenados 336

lo que no es esta obra 344
las guerras entre réprobos resucitados 353
el infierno como lugar sin vida 355
la relación entre la biblia y la tradición 357
una verdad bíblica que se afirma y se escabulle 362
esas cadenas que no son temporales 368
conclusiones de nuestro caminar por este misterio 370
la razón para limitar el número de seres felices 386
el océano de lo posible 393
la paradoja de la hormiga de mirón 396
el universo mironiano frente al jardín cerrado 408
el concepto de optimum rotundum aplicado a santa maría y a satanás 410
epílogo 412

prólogo



HE DEDICADO MUCHO TIEMPO de mi vida a reflexionar acerca de la naturaleza teológica del infierno; cientos y cientos de horas repartidas durante años. Toda mi obra sobre el demonio, desde mi primer libro, *Summa Daemoniaca*, hasta mi última obra, *Tratado sobre las almas perdidas*, forma una unidad en la que cualquier lector atento va percibiendo mi evolución. Resultan patentes en esas páginas los nuevos enfoques, una clara maduración sobre el tema. Las reflexiones sobre los detalles en títulos como *Las corrientes que riegan los cielos* ven implicada la misma fe que el primer volumen de mi colección de libros sobre el demonio, *Summa Daemoniaca*; pero muestra un modo de entender de distinta manera no solo el infierno, sino a Dios mismo. La misma fe católica construyó *Exorcística* e *Historia del mundo angélico*. Pero se nota que ha pasado casi un cuarto de siglo de evolución. Sigo creyendo en el mismo Dios que cuando entré en el seminario con diecisiete años, pero mi comprensión acerca del Omnipotente ha cambiado.

Por no romper esa línea de evolución, no he querido revisar los libros que componen esa colección. Sin revisarlos, manteniéndolos en el punto del pensamiento en el que me hallaba entonces, el lector puede trasladarse desde un punto de partida teológico tradicional hacia la cosmovisión infernal a la que he derivado tras un cuarto de siglo y que voy a tratar de exponer aquí de modo final, creo.

Considero que será muy útil para completar mi visión del infierno, leer, además de esta obra, concretamente, tres de mis libros *Tratado sobre las almas perdidas*, *Historia del mundo angélico* y *Las corrientes que riegan los cielos*. La presente obra está escrita después de esos libros que he mencionado. Esos tres títulos muestran el cambio sustancial que se produjo en mi evolución teológica. Lo ideal es haber leído esos libros antes, porque mi colección *Forteniana Opera Daemoniaca* se va formando como capas que se superponen; sin que sea posible, en cada título, volver a repetir todo lo anterior. Aun así, el que lea primero esta presente obra encontrará que tiene sentido pleno en sí misma, pudiendo completar después los espacios semioscuros en los libros que he mencionado.

aclaraciones terminológicas

En esta obra, todo lo que explico de los demonios vale para los hombres, y viceversa. En algún caso muy concreto, no siempre lo que es verdad para el orden angélico es válido para el orden humano, pero son pocos casos. En los temas tocados en esta obra sí que lo dicho para unos condenados se puede afirmar para los otros.

Otra aclaración previa que debo hacer es que las palabras “infierno”, “averno”, “tártaro” y “hades” son usadas aquí como sinónimos, sin ningún matiz especial entre ellas. Como las voy a usar con frecuencia, resulta interesante dar una noticia del origen de cada una:

La palabra “**hades**” era el nombre que los griegos daban a la región subterránea y oscura donde habitaban, penando, las almas. Hades era el dios del inframundo. La región que era su dominio era el reino de Hades.

La palabra “**tártaro**” para referirse al infierno también es bíblica, aparece en 2 Pedro 2, 4. “Tartaróo” era el nombre que los griegos dieron a la región más

profunda del Hades. Con el tiempo pasó a significar, simplemente, infierno. Aquí se usa como sinónimo de Hades.

Averno es un nombre extrabíblico, así llamaban los romanos al un cráter cerca de Cuma (cerca de Nápoles) que, según la Eneida, era la entrada al hades.

Infierno viene de *inferis*, es un adjetivo que se refiere a “lugares inferiores”. Aclaro, desde el principio, que uso esta palabra para significar la condenación eterna de hombres o demonios, aquella que ni tiene ni puede tener fin. La condenación sería algo personal. El infierno sería la suma de todos los condenados.

La palabra “**diablo**” la escribo con mayúscula para significar que la uso en sentido bíblico, es decir, como sinónimo de **Satán**, y, por tanto, como nombre propio; a diferencia de la palabra genérica “demonio” que la uso en singular y plural. También uso como sinónimos de Diablo los nombres de las Escrituras tales como **Belial** o **Belcebú**, así como el extrabíblico de **Lucifer**. Podríamos discutir largamente si Belial o Belcebú son nombres propios de demonios concretos, pero yo los uso como sinónimos de Satán, a diferencia de otros nombres como Abbadón, Asmodeo, etc. que sí que corresponden a demonios distintos de Satanás.

Al referirme a los espíritus angélicos antes de la caída, los llamaré “**glorias**”. Basándome en las palabras del apóstol Judas Tadeo que afirma: *algunos insultan a las glorias* (Judas 1,8), refiriéndose a los que insultaban a los ángeles caídos. Ese versículo es oscuro, pero la interpretación más probable es que alguna secta (quizá de tipo gnóstico) creía honrar a Dios insultando a los demonios.

Lo que está fuera de toda duda es que el apóstol Judas se refiere a los ángeles rebeldes como “glorias” (en griego, *doxas*), puesto que, aunque hayan caído, siguen siendo seres gloriosos por su naturaleza. En el presente libro, para referirme a los espíritus angélicos en su etapa de viadores, antes de la bienaventuranza o de la condenación, me referiré a ellos como “glorias”.

Creo que puede ser interesante ofrecer un esquema lexicológico como orientación para toda la obra:

Espíritus angélicos

-Espíritus angélicos viadores

-**glorias**: los espíritus puros en su etapa de viadores

-**ángel caído**: gloria que ha caído de su inocencia original, pero que todavía no se ha determinado eternamente

-Espíritus angélicos ya determinados eternamente

-**ángel**: gloria que ha llegado a la bienaventuranza

-**demonio**: gloria que se ha condenado eternamente

Por lo tanto, siempre que escriba “ángel”, me refiero a un espíritu angélico bienaventurado. Mientras que si hablo de “espíritu angélico” me estoy refiriendo tanto a los espíritus de ángeles y demonios. No usaré ni una sola vez la expresión “espíritus puros”, porque el adjetivo “puro” se presta a confusión, porque parece que nos referimos a los espíritus bienaventurados. Pero, para no cambiar toda la terminología, seguiré usando esos términos según la tradición.

La palabra “réprobo” se aplica tanto a glorias como a almas condenadas. Réprobo es el que ha sido rechazado tras la prueba. Ahora bien, en orden a la economía de palabras, muchas veces hablaré de “los demonios y los réprobos”, para no tener siempre que escribir “demonios y almas reprobadas”. Como ya he dicho antes, prácticamente siempre, lo que se diga de un alma réproba valdrá para un demonio.

Cuando hablo de **ángeles rebeldes** o **ángeles caídos**, no estoy dando por supuesto que son demonios. Algunos de esos

rebeldes, algunos de esos caídos, en su etapa de viadores, pudieron volver a Dios.

Para que ningún lector se desoriente, cuando hablo, en mis páginas, de “Padre Celestial” me estoy refiriendo al Dios Uno que es Padre de todas las criaturas y que habita en los cielos. Si me quiero referir a la Primera Persona de la Santísima Trinidad, escribiré Dios Padre. Pero para facilitar la lectura a los lectores, en ese segundo caso, escribiré ambas palabras unidas por un guion: Dios-Padre.

La palabra “eterno” tanto en español, como en inglés, como en latín, tiene dos significados: “1. Que no tiene principio ni fin. 2. Perpetuo, sin fin”. Dado que esa palabra significa las dos cosas y así ha sido usada en todos los tratados de teología, sería inútil que yo intentara redefinir una palabra viva. Así que cuando quiera precisar su sentido usaré términos tales como “eterno presente” en unos casos, o usaré la palabra “perpetuo”, en otros casos.

sobre la distribución de temas

Hay divisiones en el texto, pero esta obra está compuesta como una larga explicación unitaria que vuelve, una y otra vez, sobre el mismo tema; un largo discurrir teológico que da vueltas y más vueltas al campo de la condenación. Esa es la razón por la que más que títulos lo que he colocado son indicaciones temáticas. Por eso la tipografía de esos títulos no son muy grandes y están situadas a la derecha del cuerpo del texto. Con ello he querido expresar que son más bien anotaciones orientativas escritas al lado del texto. Las divisiones que puedan marcar esas indicaciones son secciones de un discurso unitario, no capítulos con temáticas verdaderamente distintas.

Para que esta obra no formara un bloque de razonamientos sin divisiones, me pareció adecuado incluir no solo esas anotaciones orientativas, sino también incluir títulos más grandes que supusieran un descanso visual en medio de un texto sin fin. Pero no tienen otra finalidad que el ser mojones en medio de un camino. Esta obra no está dividida en capítulos. Solo podemos hablar de unas ciertas “secciones”, orientándonos con las mencionadas anotaciones.

He escrito este texto con continuas interrupciones a causa de mis trabajos sacerdotales. He escrito y retomado lo escrito, una y otra vez, reescribiendo encima. Me perdonará el lector si algunas veces torno y retorno sobre temas ya tocados. También me perdonará si el libro se presenta como una reflexión lineal que continúa y continúa, más que como disposición jerárquica de temas. El libro, en definitiva, es una larga reflexión acerca del infierno, reflexión que forma un fluir continuo que da vueltas y más vueltas alrededor de los temas esenciales, pero de cuyas espirales surgen ramificaciones que son las cuestiones de detalle; y es en los detalles donde se pinta el gran cuadro que conforma esta visión del infierno.

La prolija lista de detalles sobre el infierno aparece intercalada con varias visiones infernales (ficticias) que son como grandes frescos pintados en la pared de un templo. Pintar con palabras en las amplias paredes del interior de este libro ha sido un placer para mí. Porque, en esos frescos, los razonamientos abstractos se tornaban concreción de un ser viviente.

entender a dios para entender el infierno

Esta obra mía comienza reflexionando sobre la vida trinitaria en el seno de Dios; no se trata de un añadido a esta obra

sobre el infierno. Escribiendo este libro he entendido, todavía más, que la condenación eterna se comprende, de un modo más pleno, profundizando en la vida trinitaria del Creador.

Al ir describiendo el Misterio de la Santísima Trinidad, he colocado algunos comentarios sobre el infierno, en notas a pie de página. Pero únicamente son unas pocas notas, porque es el presente ensayo, íntegro, el que lo entiendo como una gran ramificación de glosas que parten del Misterio de Dios. En este libro, las notas no son anotaciones menores frente a un texto más importante, sino que son ramificaciones que surgen del texto principal. Texto “principal” porque es el tronco del que brotan esas ramas. Pero las notas constituyen no cuestiones de menor importancia, sino un texto paralelo.

La razón por la que retiré casi todo el contenido sobre el infierno en torno al texto trinitario (dejando solo algunas ramas) era porque, sin duda, descentraba en esa inmersión hacia el Misterio Divino. Es mejor leer el texto entero sin interrupciones, y después, en una segunda lectura, leer las notas y la parte del texto del que provienen. Así que, en el comienzo de esta obra, unas notas las podé y otras las arranqué para plantarlas en el texto del resto del libro. Solo unas cuantas notas fueron dejadas para que se mostrara la conexión entre el Misterio del Bien Supremo y el misterio del infierno. Pero podría haber multiplicado sin fin esas anotaciones, este entero ensayo sobre el infierno es esa larga glosa; una glosa infernal al Bien Supremo.

Desde el principio, debe quedar claro que según la imagen que tengamos de Dios, así será la imagen que tengamos de la condenación eterna. El que cree en un Dios cruel, tiene una imagen cruel del averno. Ojo, el infierno es cruel. El tártaro no solo es duro, sino que es, en verdad, terrible. Pero aspiro con esta obra a que los lectores tengan una más adecuada idea de en qué consiste la losa pesada que oprime a los condenados.

El que sostiene el infierno en su palma

tres círculos concéntricos

En el glorioso esplendor de tu majestad meditaré.

Salmo 145, 5.



El Origen-Fundamento¹ engendró en su seno al Torrente-de-Voz. Torrente de Ser, Poder, Fuerza², Ternura, Agradecimiento³. Río inmaterial de Conocimiento Infinito⁴. La Esfera Originaria acogió a su Fruto en su interior, como si fueran dos esferas concéntricas. El Origen acarició con amorosa delectación al Hijo de su seno. Lo cubrió de besos, lo rodeó, lo abrazó. Lo abrazó y lo sigue abrazando en toda su extensión. El Fundamento Absoluto, imponente seno de Amor que gestó a la Segunda Persona como una Madre tierna, la más tierna.

Si colosal fue la explosión del Big Bang del comienzo del Universo, infinitamente más impresionante había sido esta otra

¹ Si esto fuera un pergamino, esta sería la primera anotación marginal al texto: Dios-Padre es Origen-Fundamento. También Satán es origen y es fundamento del infierno. Origen por un acto de su voluntad. Fundamento por una voluntad que prosigue.

² De Satanás surgió, como un río, un torrente furioso de rebeldes. El Poder de todos ellos juntos es tan débil, nada al lado de la Mano de Dios. Su fuerza es debilidad.

³ Los simulacros diabólicos de ternura y agradecimiento se basan en la falsedad: porque todo se desajustó, todo se salió de su sitio, la naturaleza angélica se contaminó. Los “agradecimientos” de Satanás no son más que otra forma que adopta su mentira.

⁴ El conocimiento fue dañado. Tuvieron mala conciencia al dañarlo, no fue un error involuntario. Ahora sufren sus consecuencias.

explosión de Vida. Si el Big Bang fue una explosión hacia fuera, el engendramiento del Hijo fue-es-será una explosión de Vida hacia dentro. Y el Hijo no quiere salir de ese seno amoroso⁵. Está no solo **con** la Primera Persona, sino **dentro** del seno del Padre. Como un niño recibe todo de su madre, el Engendrado recibe todo de su Origen-Fundamento.

El Torrente, increíble fluir de Vida dentro del Origen. Río que se desborda hacia las profundidades de ese interior divino. Ingentes, ilimitadas, masas torrenciales de Vida desbordándose hacia dentro. Cascada colosal que desborda Ser; catarata que desborda, a raudales, el Ser Infinito. Cascada sin fin que se pierde en el horizonte del Ser de Dios. Catarata circular que se arroja con irrefrenable ímpetu de alegría hacia el mismo centro divino. Cascada esférica que se desborda hacia la Causa-sin-causa que es el Padre, y que nunca se llena de los raudales que proceden del Hijo.

Ese Dios-Madre abraza⁶ en su interior al Torrente desbordante; pero, a la vez, mantiene una inmutabilidad absoluta. Colosal inmutable Esfera de Ser que contiene cataratas de Ser en su interior.

El Gestado no es un ser indefenso, sino fortaleza y poder ilimitado, Creador de mundos. Pero, para su Padre, un tierno niño que únicamente quiere reposar abrazado a Él. El Torrente de Conocimiento solo quiere amar al que lo engendró; toda su felicidad, plena, es esa: estar con su Padre; amarle y ser amado. Dos voluntades en perfecta sintonía. No es que haya mucha

⁵ La explosión de odio que fue el infierno supuso todo lo contrario: un deseo de salir afuera, un ansia de independencia. Fue la **claustrofobia del amor**, el grito que clama: “¡No quiero seguir rodeado de amor!”. El amor que se siente como un abrazo que estrangula. Lucifer, hijo de Dios, fue lo contrario que el Hijo de Dios.

⁶ Arañar frente a abrazar. El espíritu que genera, espiritualmente hablando, garras para intentar **arañar a otro espíritu**. Un espíritu que desea penetrar en el otro para generarle daño.

concordia, sino que la armonía es tan perfecta que parece que es una sola voluntad⁷.

De ese amor surgió el Hálito-Divino, Aliento Santo lleno de calor, pletórico de Vida⁸. Suave como el aliento de las flores, pero poderoso Hacedor de universos. Esta espiración es la tercera esfera concéntrica: el Hijo surgió en el seno del Padre, el Hálito surgió en el interior del Hijo. El Torrente acaricia amorosamente al Aliento surgido en su seno.

El Hijo es explosión de Vida en el seno del Padre. La Tercera Persona es una nueva explosión en el seno del Fruto. Un Torrente de Fuego de Amor que se desborda impresionante como una catarata hacia el interior de esa Causa Incausada que es el Padre.

Y así, en el seno de la Trinidad, se dieron dos colosales explosiones, explosiones hacia dentro. Dos torrentes que, como cataratas, se desbordaron en el interior del Origen Absoluto: un Caudal de Conocimiento; y, dentro de él, se derramó, hacia el interior, un Río de Amor⁹.

⁷ Dios y el infierno, dos seres (el Ser y el ser) en coexistencia por el mantenimiento de dos voluntades (la Voluntad y voluntad). Las dos voluntades coexisten, los dos seres coexisten. Sí, **las raíces de la existencia del infierno se hunden en el Ser Infinito.**

⁸ El Espíritu Santo es Vida, y Vida en Felicidad, fruto que surge de dos voluntades, la del Fundamento-Origen y la del Torrente de Conocimiento. **El averno también es vida**, aunque sea vida en el sufrimiento. También surge de dos voluntades, la divina y la del libre albedrío de cada condenado. El Espíritu Santo es Fruto, también el Averno es fruto de dos voluntades. En el seno de Dios-Padre surge un Fruto Eterno; hacia fuera del seno de Dios surge este otro fruto oscuro que también es eterno.

⁹ ¿Podemos imaginar que, **en medio de esta pureza**, surja el infierno? He dicho “en medio de esta pureza”, porque es **de esta inmaculada blancura** de donde saldría hacia afuera la existencia de ¿cientos de miles?, ¿millones?, de seres sufrientes. Este lugar horrible no está en su seno, pero sale de su seno.

Tres Esferas concéntricas relacionadas por el conocimiento y amor. Los Tres comparten, en igualdad, el Ser: los Tres son Uno. Un solo y único Dios, en cuyo interior subsisten tres Personas. No solo existen, sino que su existencia es un subsistir inmutable.

La Trinidad contiene dos imponentes cascadas: Una cascada esférica, el Hijo, que se desborda hacia un centro que nunca se llena. Y de esa cascada, más hacia el interior, se forma una segunda cascada, el Espíritu Santo. Dos cataratas consecutivas hacia el interior divino.

Dentro del seno de Dios, no hay nada externo, nada adicional, a estas dos cascadas¹⁰. Hay esto y solo esto: amor¹¹, cariño, afecto, que presupone conocimiento. Todo lo que el Padre tenga que decir al Hijo, todo su amor, está incluido en ese acto simplicísimo de la generación. Nada se añade a ella. En la generación está todo¹².

Del mismo modo, todo lo que siente el Hijo por el Padre, todo lo que quiere decirle, está incluido en la cascada que va del Hijo al Padre: y esa segunda catarata es el Espíritu Santo. Nada se

¹⁰ En el Omnipotente no hay espacio, de manera que podemos afirmar que **el infierno está en Dios**, en el sentido de que subsiste en Él, persiste en la existencia **incrustado en la Decisión Divina**, permanece en Él como la perla en la ostra. No está en su seno, en el sentido de que el Ser de Dios es radicalmente distinto del ser del infierno, está fuera de la esfera de lo divino. Pero está-permanece totalmente en el Pensamiento de Dios. El ser del infierno **radica en el Ser Infinito**. Radica como ser diverso, radica como resultado de una decisión libre divina que le otorga ser.

¹¹ Pero, en ese amor, justo **en ese amor**, porque en Él solo hay amor, se halla emplazada la decisión divina (decisión de permisión) de la existencia del infierno. La voluntad de que el abismo de dolor permanezca (voluntad de permisión) por edades sin fin.

¹² Todo lo que el Padre Celestial tiene que decir a sus hijos réprobos está en ese acto de mantenerles en la existencia. La existencia de ellos es la respuesta a cuantas preguntas puedan formular. Dios, a pesar de todo, puede decirles algo más, de un modo explícito y concreto a un demonio en concreto, o a todos en general. Pero, de un modo tácito, la existencia de cada uno es la respuesta divina a sus recriminaciones.

añade a la espiración, a esa espiración que surge del Padre y del Hijo¹³. En esa generación y en esa espiración está todo. Todo lo que tienen que comunicarse las Tres Personas, todos sus sentimientos, están insertos en esas dos cataratas de la generación y la espiración.

El hecho de ser generado causa un amor tan grande (en realidad, infinito) hacia el Padre que es lo que provoca esa catarata que, unida a la reacción de amor del Padre hacia su Fruto, es lo que suscita la aparición de la Tercera Persona.

la explicación del poema



El Origen-Fundamento engendró en su seno al Torrente-de-voz¹⁴. Pensad en una madre que siente cómo va creciendo el hijo, día a día, en su vientre; y lo acaricia y lo ama y le habla susurrándole palabras arrulladoras de ternura maternal. Pues, bien, Dios tuvo esos sentimientos. Cierto que el acto por el que Dios-Padre engendró a Dios-Hijo no duró varios meses como ocurre en el cuerpo de una madre. Pero hay

¹³ La espiración de la Tercera Persona no fue un hecho puntual. El Padre y el Hijo siempre respiran amor. Y no solo lo espiran, también lo inspiran: como si quisieran llenarse de ese Amor. A la espiración eterna le “sigue” una inspiración eterna. Por el contrario, el Maligno respira resentimiento y rencor. Hay bocas enfermas que siempre exhalan fetidez. Lucifer está enfermo de asco hacia Dios. Por eso su boca es hedionda como una cloaca.

¹⁴ *Entonces, de su boca la Serpiente derramó agua como un río tras la Mujer, para barrerla con la inundación* (Apocalipsis 12, 15). De la boca del Dragón salen errores que inficcionen a la sociedad, todo tipo de errores que nutrirán las herejías, calumnias sutiles, sutiles enfoques que sirvan a sus propósitos... Frente al Logos, su discurso que siembra la duda, que siembra la división. Frente al Logos el Río de Inmundicia.

El río que surge de la boca satánica es un río, no un arroyuelo. Diablo pequeño, odio grande. ¿Cómo de grande? Contempla el incansable río bimilenario que recorre la llanura que ochenta generaciones moraron desde que se levantó el Signo del Hijo del Hombre.

que presenciar lo que son esos nueve meses para así entender algunos aspectos de lo que fue la “gestación” de la Palabra. Fue un acto lleno de cariño y afecto que se puede desdibujar en nuestras mentes al afirmar que no hubo tiempo en ese hecho.

Hay que volver los ojos a la gestación de un hijo carnal (que es un hijo de Dios) en el seno de una madre humana para entender este engendramiento divino. No hubo fases en el engendramiento de la Palabra. Pero hay que mirar a la gestación de un niño para entender algo de este engendramiento del Hijo si no queremos, inconscientemente, reducirlo a un frío hecho puntual. En ese sentido lato se puede hablar de gestación de la Palabra: no porque se requieran fases, sino porque es necesario unir el amor y ternura de una gestación al suceso que tuvo-tiene-tendrá lugar en un eterno presente.

No hubo tiempo en esa gestación, no se dio un proceso con etapas. Pero tampoco podemos afirmar con propiedad de que se trató de un hecho instantáneo, pues ni fue prolongado en el tiempo ni fue instantáneo. Fue un acto sin fin ni principio en una perfecta e inacabable inmutabilidad temporal. La palabra “instantáneo” puede inducir a pensar en un hecho puntual, en algo brevísimo; mientras que el presente divino es lo más duradero que existe. El engendramiento del Fruto no ocurrió en un instante, ni siquiera en el más breve de los instantes: se halla enteramente fuera del tiempo y del evo. El “ahora de Dios”, por otra parte, es más duradero que cualquier otra cosa, existe desde antes de que apareciera el ahora del universo angélico y el otro ahora del cosmos material.

El engendramiento del Hijo no fue, por tanto, ni un hecho puntual ni un hecho que requiriese de un proceso temporal. Fue un suceso dentro de un “ahora inmutable” que no conoce ni el antes ni el después. Nada se le puede comparar en brevedad, no requirió nada de tiempo; incluso el *punctum* de tiempo es

demasiado largo. Nada se le puede comparar en duración, es un suceso completamente duradero; desde siempre y para siempre¹⁵.

El que el engendramiento no se alargase en el tiempo no significa que por ello tuvo el Padre menos amor que el que una madre siente al comprobar que su fruto crece dentro de sí durante nueve meses. En este caso, hay que insistir en “el dentro de sí”. De los muchos conceptos que Dios mismo pudo haber escogido para expresar esta realidad de la Segunda Persona escogió el término “palabra”. Pero se trata de una Palabra que es eternamente pronunciada, por eso nos la podemos imaginar como un torrente, como una corriente continua que no cesa.

El concepto “palabra” puede parecer impersonal, como si estuviésemos hablando de una cosa, pero también lo es el concepto “río”. Si Dios deseaba comunicarnos qué es esta realidad con términos humanos, había que escoger un concepto que indicase filiación, pero que también indicase ese fluir eternamente desde el origen.

El término “hijo” es muy adecuado para expresar esta relación. Pero un hijo humano, al salir de su madre, se independiza¹⁶, tiene su propia vida; es decir, sale de la madre y la vida continúa sin ella. El término “río” expresa esa relación constante, expresa la unión entre la fuente y lo que surge de ella, pero es un término no personal. La realidad de la relación del Hijo

¹⁵ Al hablar de la segunda persona, se escoge un término que indique la menor temporalidad posible; al hablar del Lago de Fuego se escoge la expresión más larga: *por los siglos de los siglos*. El tiempo... el tiempo como peso existencial, el tiempo como martilleo incesante de días y años. La existencia como yunque donde golpea el tiempo. El eterno presente del Señor que mantiene en su puño cerrado una **burbuja de temporalidad doliente** sin fin.

¹⁶ El demonio es todo lo independiente que puede ser una criatura. No puede haber más independencia. Hay grados dentro del infierno, pero entre el Ser y el ser, no cabe más alejamiento esencial del que hay en el averno.

respecto al Padre es la de Hijo y la de Río, las dos relaciones simultáneamente. Es un Hijo que sigue recibiendo todo su Ser del Padre. Sale del Padre, pero no sale como un ser independiente. Ese “salir” es un surgir en el que siguen siendo Uno.

Dios, en sus Sagradas Escrituras, podía haber preferido el concepto “río” al de “palabra” al escribir el Prólogo de san Juan. Pero la palabra “río” expresa demasiada independencia respecto a su origen y no expresa conocimiento. El río, a 100 kilómetros de distancia de su origen, no deja tan clara esa unión respecto a su origen. Por eso Dios, en mi opinión, escogió un término que expresara de modo máximo la total y absoluta dependencia respecto del Padre: la Palabra. En la Palabra, sí que hay un nexo inmediato. Fijémonos en las diferencias que hay entre los binomios fuente-río, y entre boca-palabra; esos matices del segundo binomio fueron los que quiso acentuar Dios-Uno al hablar de su vida interna.

Es cierto que, en un primer momento, y no de forma equivocada, puede parecer que se contraponen la fortaleza y solidez de un Origen Inmutable a algo tan etéreo como el concepto *logos*, “palabra pronunciada”. Esa impresión es algo ínsito en los términos escogidos. Dios quería resaltar la dependencia: no simplemente una gran dependencia, sino una total dependencia¹⁷.

Otra razón para escoger el concepto “palabra” es que Dios no quería que imagináramos a la Santísima Trinidad como a tres dioses sentados en tres tronos, tres seres poderosos, tres seres independientes, aunque compartieran un origen. Los términos están sabiamente usados en el Evangelio. La unión-relación-dependencia-fluir que existe entre una palabra y la boca es la que

¹⁷ La dependencia del averno respecto a Dios no es menor que la del Logos respecto al Fundamento.

ilumina la relación entre la Primera y la Segunda Persona. Una palabra por sí misma no tiene nada, todo lo recibe de la boca y únicamente mientras lo recibe; si la boca se cierra, la palabra cesa. El Hijo lo ha recibido todo del Padre y lo sigue recibiendo.

Por otra parte, no lo olvidemos, la Palabra tiene todo el poder de la Primera Persona: puede abrir el Mar Rojo, crear universos, enviar fuego desde el cielo, hacer surgir tribus y naciones, erigir las columnas de la Tierra, hacer un hueco a los océanos. Del mismo modo que la palabra de un rey humano es su poder, la Palabra que sale de la Boca de Dios es expresión de su poder.

En Dios no es que la Palabra obre y el Padre contemple. Se da una unión perfecta entre la Boca que pronuncia y la Palabra que surge. De esta manera, vemos que, aunque se podía haber escogido la palabra “río” para el Evangelio de san Juan, hubo una gran sabiduría en escoger el concepto “palabra”: hay mucha más unión, mucha más dependencia que en el otro binomio. Pero recordemos que se trata de una Palabra constante como un torrente.

Esa Palabra afirmamos que sale de la Boca del Padre, pero eso es tan lato como hablar de “gestación” como hacía yo al principio de este escrito. El término “Boca del Padre” induce a pensar que la Primera Persona es más grande que la Segunda. En realidad, la Palabra-Río surge de todo el Ser del Padre, no de una de las partes del Padre, puesto que Dios-Padre carece de partes.

No se trata de un río material, sino de un Torrente de Conocimiento Infinito. Pero no solo es Conocimiento, también Ser. Un Torrente de Conocimiento que es Ser, Poder, Fuerza, Amor, Ternura, Agradecimiento.

Siempre imaginamos el engendramiento del Hijo como Alguien que sale de Alguien: como si hubiera espacio, como si el

Padre estuviera aquí y el Hijo allí. Pero, como ya he expuesto, podemos también imaginar la escena del engendramiento como una madre embarazada. Una escena en la que el Padre acarició y acaricia a su Hijo, lo rodeó y lo rodea. Dios-Padre se comporta con Dios-Hijo como una madre que acaricia con amorosa delectación al hijo en su seno.

Podemos imaginar esta escena como una esfera que acoge a la otra en su interior, como si fueran esferas concéntricas. Pero, dado que en Dios no hay espacio, esto es únicamente un modo de imaginar este hecho. Pintar la escena de esta manera visual nos ayuda a comprender ciertas facetas del misterio de la relación entre las dos primeras Personas.

Puede parecer que imaginar la escena supone degradar la pureza intelectual del hecho. Pero Dios empleó el concepto “palabra”, este modo de expresar las cosas nos lleva a imaginarlo. No es un concepto tan abstracto como, por ejemplo, “bondad” o “amor”. De manera que superponer la imagen a los conceptos enriquece el entendimiento de lo que estamos hablando. Pintar con colores cálidos sobre los fríos silogismos implica una ayuda a nuestro entendimiento del Misterio. La imagen de un Origen Absoluto imaginado como un Seno de Amor que gesta a la Segunda Persona como lo haría una madre tierna supone conferir calor de afecto a los meros razonamientos teológicos.

Si el Big Bang fue una explosión hacia fuera, el engendramiento fue-es-será una explosión de Vida hacia dentro. En cierto modo, el Hijo no quiere salir de ese seno amoroso. Está no solo **con** la Primera Persona, sino **dentro** del seno del Padre. Como un niño recibe todo de su madre, el Hijo recibe todo del Origen-Fundamento. El Torrente es un fluir de Vida dentro del seno del Padre. Es un Río que se desborda hacia dentro, en el seno divino; una explosión de Vida hacia dentro.

Podemos imaginarlo como ingentes, ilimitadas, masas torrenciales de Vida desbordándose hacia dentro. Podemos visualizarlo como una cascada colosal que desborda Ser Infinito a raudales. Una cascada sin fin que se pierde en el horizonte. También podemos imaginar el hecho como una cascada circular que salta de alegría hacia el mismo centro de Dios. O también como una cascada esférica que se desborda hacia un centro que nunca se llena.

¿Hasta qué punto es grande este desbordamiento de Vida hacia el interior de su seno? ¿Hasta qué punto es inmenso el Origen-Fundamento-Madre? Únicamente tenemos este universo material para hacernos una idea acerca de la grandeza de Dios¹⁸. El cosmos nos permite forjarnos solo una pobre idea de Él, porque en sus dimensiones, variedad y perfección resulta una obra magistral. Una obra perfecta para hacernos una idea de un Ser Perfecto.

Podemos hablar del Ser Absolutamente Perfecto, pero recordemos que la más pequeña de las criaturas (tal como salió de las manos de Dios) también es perfecta. Dios es perfecto y una flor es perfecta. Uno es perfecto en su Ser, la otra es perfecta en su ser.

Contemplar la inmensidad del cosmos nos lleva a hacernos una pobre idea acerca de la grandeza de Dios. Recordemos la longitud del universo de un extremo al otro, para entender la grandeza divina cuando hablamos de un Dios-Madre gestando a su Fruto Infinito. Pero, al hablar de la grandeza de la Esfera

¹⁸ En la primera redacción de esta página, comparaba la grandeza de Dios no con el cosmos que existe, sino con la suma de todos los universos posibles si el Omnipotente decidiera crearlos todos simultáneamente. Pero el asunto tenía tantas implicaciones que decidí tratar el tema en el apéndice de esta obra, bajo el título “El océano de lo posible”.

Divina, no estamos hablando de una esfera muy grande en sentido espacial. Estamos hablando de “grande” en sentido ontológico.

Cuando antes he hablado de ingentes cataratas de Ser, colosales, en realidad, son comparaciones; porque, en sentido espacial, Dios no es grande ni pequeño, simplemente no ocupa ningún espacio. El concepto de “grandeza”, al hablar de Dios, se afirma en relación a nuestra magnitud ontológica; solo en relación a algo podemos hablar de grande, pequeño, más grande, más pequeño.

La catarata, como se aprecia, resulta grandiosa. Visto así, la locura del infierno al rebelarse contra la Deidad es pura insensatez.

El infierno no está en el seno de Dios en el sentido de que no comparte su mismo Ser Divino, sino que solo participa parcialmente de ese Ser. En ese sentido, está fuera de la esfera (campo, ámbito) de lo divino. Ahora bien, dejando aparte ese hecho ontológico, el infierno no está más “afuera” de Dios que lo está el Hijo respecto del Padre. Ciertamente que las Dos Personas comparten¹⁹ el Ser Divino y son un solo Ser. Pero nada de lo que

¹⁹ Compartir: participar en algo. Participar: recibir una parte de algo. Esta es la definición del diccionario de la Real Academia. Cada Persona Divina participa y comparte íntegramente el Ser Divino. Aunque usemos verbos que etimológicamente incluyen la raíz “parte”, en el caso de Dios, hacemos esa salvedad de que se recibe todo el Ser. Siempre que usemos esos verbos en el caso de la generación y la espiración se sobreentiende que es un compartir y un participar íntegro, sin necesidad de especificarlo cada vez.

La criatura maléfica participa del Ser Divino en un grado determinado. Hay una verdadera filiación como acto continuo divino que mantiene en el ser. Podemos hablar de una generación limitada y voluntaria, que se extiende por los siglos, incluso en el caso de Lucifer. El paralelismo con el Hijo resulta indudable. Cualquier demonio siempre compartirá algo con la Existencia Suprema, a pesar de que su ser sea infranatural. Es decir, su ser está por debajo de lo que recibió en su naturaleza, al haberlo transformado en deficiente y deforme. Incluso en la tierra, vemos personas y actos sobrenaturales; y personas y actos infranaturales. Del mismo modo que lo sobrenatural se asienta en el ser natural, también lo infranatural se asienta en el ser natural.

existe está más “afuera” respecto a Dios que otro ser existente. Ciertamente que solo Tres comparten la Esencia Única, pero ¿qué hay afuera de Dios?

Todo está en Dios, todo está plenamente en Dios. Sé que imaginar que el infierno pueda hallarse en Dios como un hijo en el vientre de su madre, sin duda, parecerá excesivo. Pero recordemos que, en verdad, un feto y su madre son dos seres. Por lo tanto, un feto humano no está más presente en el vientre de su madre, de lo que lo está el infierno en el regazo amoroso del Padre Celestial. Al revés, el infierno está presente en Dios, más de lo que lo está el gestado en su madre.

Por supuesto que, en el cielo, la presencia divina se halla también por la inhabitación (hecho sobrenatural), mientras que en el infierno la presencia divina se reduce a lo natural. Pero una madre que porta en el interior del vientre a su hijo mantiene una presencia que se reduce a lo natural. Del mismo modo, la afirmación de que está en el regazo de Dios no expresa el carácter envolvente de la presencia divina ni tampoco expresa el “cordón umbilical” de la donación del ser.

Un niño en un regazo es un ser independiente. La leche sería símbolo de los consuelos maternos, pero el cordón umbilical es símbolo de esa unión necesaria para subsistir en la existencia. En el infierno, como se verá en esta obra, está ese cordón umbilical (conexión con El que otorga la existencia) y la leche (los consuelos divinos). El averno es vientre materno que envuelve, pero también regazo que acoge amorosamente. También eso

En este mundo, luchan lo sobrenatural y lo infranatural. Hay una zona de fricción entre las dos regiones, esa zona es este mundo. Después del Juicio Final, las dos regiones quedarán completamente separadas. Pero mientras tanto, aquí, se dan todo tipo de remolinos, entrelazamientos y combinaciones.

En esa zona de fricción, se dan todo tipo de asperezas y recalentamientos, porque la sobrenaturaleza trata de enderezar la forma de los entes. Mientras que la infranaturaleza trata de deformar en cualquier dirección que se salga de lo bueno.

deberá ser explicado prolijamente. Pero, de momento, entendamos que el regazo divino que acoge a los hijos descarriados es el infierno. El averno como el regazo amoroso de Dios.

En esta dicotomía complementaria entre regazo paternal y vientre materno, algunos se sentirían más cómodos con la afirmación de que el infierno está en el regazo de Dios, pero, en realidad, el averno está tan envuelto por el Ser Divino como cualquier otro ente. Todo lo que existe está envuelto, penetrado y sustentado por la Gran Existencia. Toda la maldad del mundo está rodeada de la Santidad de Dios. No resulta inadecuado afirmar que Dios está involucrado en el infierno. La reflexión sobre el Abismo de Dolor debe partir de ese hecho teológico indudable. Lo miremos como lo miremos, la Voluntad Santísima está involucrada en el infierno.

El verbo “involucrar” tiene dos acepciones. La primera acepción significa: “abarcara, incluir”. El infierno abarca, incluye, a Dios. Todo este ensayo gravita machaconamente sobre esta verdad: el conjunto unitario que forma el tártaro incluye a Dios. Ese tártaro es impensable sin Dios. Una descripción comprensiva del infierno jamás puede acabar en el infierno en sí mismo. ¿Dios está en el infierno? Indudablemente, sí. Lo está tanto metafísicamente, como con su corazón. La santidad de Dios recorre el infierno, lo quieran reconocer o no sus moradores. También en el Hades se cumple este versículo: *Y el Hábito de Dios se cernía sobre la faz de las aguas* (Génesis 1, 2).

La segunda acepción de involucrar significa: “Injerir en los discursos o escritos cuestiones o asuntos extraños al principal objeto de ellos”. Nada más extraño a la maldad infernal que la bondad divina. Nada más alejado de Dios que el monstruo del

abismo que es Satán. Ahora bien, Dios tiene una injerencia en la vida de Satán, lo quiera este o no.

El infierno está involucrado en Dios y Dios se involucra en el infierno, las dos acepciones del verbo se cumplen en la relación entre estas dos realidades.

No puedo dejar de mencionar que el versículo anterior al mencionado del Génesis sobre el Hálito de Dios afirma que *la tierra era un vacío confuso y que las tinieblas cubrían la faz del abismo* (Génesis 1, 1). Estos dos elementos cósmicos (es decir, del cosmos material) son expresión de otros dos elementos del Hades: El vacío de los que no tienen a Dios, vacío que llena de confusión; y la faz (la cara) del abismo (profundidad). Entiendo esa expresión como que Dios recorre la entera extensión de ese lugar profundo. En una segunda interpretación, podemos afirmar que el rostro del Abismo de Dolor es el Diablo. Él pone un rostro concreto a ese lugar de desolación.

En el seno de Dios-Madre, el gestado-angélico-rebelde se sintió como un feto incompleto aprisionado en una cárcel de carne. Incompleto, hasta que saliera. Se sentía informe hasta que obtuviera su verdadera forma a través de la autonomía, la cual la lograría a través de su propia metamorfosis. La salida plena no la lograría hasta que completase esa transformación, la que consideraba su plena forma. La metamorfosis se consumaría cuando lograra vencer todas las rémoras de su conciencia, algo necesario para completar ese proceso de desligamiento. Esa prisión, en la que se encontraba, no era de carne, sino de ser. Salir del Dios-Madre era la libertad. ¿Pero adónde salir fuera de Dios? “¿Hay un afuera saliendo de Dios?”, se preguntaba Lucifer y todos los suyos.

El feto no conoce el rostro de su madre, el gestado-angélico-rebelde tampoco había visto nunca el rostro de su Dios-Madre. Solo sentía los latidos de su corazón, es decir, los latidos de su amor. Allí dentro sentía su calor, su afecto. También sabía que le debía el sostenimiento en la existencia, simbolizado por el cordón umbilical, es una comparación. Esos latidos de amor fueron, cada vez más, vistos por el Diablo como golpes sobre sí mismo. El cordón umbilical fue visto como cadena.

Por muchos órganos que tenga un feto, si se corta el cordón umbilical, muere. El gestado-angélico-rebelde era consciente de que poseía la existencia, pero se daba cuenta de que, cortado ese cordón umbilical, ese nexo existencial, él volvería a la nada. El afuera de Dios... Aun así, consideraba que había que hacer la prueba, había que salir hacia ese afuera, hacia esa tiniebla exterior. Era muy consciente de que el resultado de esa “proeza” podía ser que, como Cristóbal Colón (en la novela de Mark Twain), cayera por el borde del mundo plano hacia un abismo de Nada.

El temor a la nada fue uno de los temores del Diablo al querer desligarse de Dios. Ese temor no nacía de pensar que él podía arrojarse a la no-existencia, sabía que no estaba entre sus capacidades hacer eso. Pero sí que pensó, sin ninguna duda, que Dios podía reducir a la nada a una criatura que se había salido de sus planes, de su armonía. El Diablo creía que Dios pensaría al modo del demonio. Si mi empresa sale bien, pensó, me convertiré en un dios, seré Dios en miniatura. Si sale mal, retornaré al sueño de la nada. Ahora tenemos nosotros muy claro que nuestro destino, para bien o para mal, es eterno. Pero el demonio, en ese momento, estaba aventurándose por tierra ignota. Estaba abriendo caminos por donde nadie había puesto el pie. Muchos demonios se sentían como exploradores. Como conquistadores de un Edén cerrado tras fuertes muros. Allí estaba la libertad y una dicha

distinta a la de ser meros servidores, había que ser audaces. Dios era el obstáculo.

Hablo del demonio como cabeza de esa rebelión, pero fue una obra colectiva; con todo tipo de grados de separación (respecto a Dios) en sus miembros. La rebelión se puede entender como una labor de exploración. También se puede ver como la conquista de un Edén. No como la conquista de una fortaleza donde se ha atrincherado Dios, sino como el deseo de irrumpir en un espacio que Dios ha vetado.

el infierno está en dios



El feto-angélico nunca había visto la Esencia del Dios-Madre, solo conocía los efectos de esa Sustancia Infinita, pero no la había contemplado. La rebelión no se vio como la lucha entre la maldad y la Bondad, sino como la lucha entre un gigante (así veían a Lucifer) y un dios sobrevalorado (así veían al Señor). No concebían aquello como una lucha entre el Bien y el Mal, sino como una lucha acerca del señorío: ¿qué derecho tenía un ser (en este caso, el Ser) a imponer su voluntad a otros seres? ¿Realmente “ese ser” era el Ser, o simplemente era un ser distinto? ¿No habría presentado su diversidad como omnipotencia? ¿No se había sobrevalorado y había sido rodeado de general sobrevaloración? La rebelión comenzó del modo más civilizado, con la apariencia más racional... después las cosas se fueron enredando. Pero la rebelión, de ningún modo, empezó bajo la apariencia de mal puro. No solo porque el mal puro no existe, sino también porque se apeló a la razón frente a la Razón, se apeló a la libertad frente al Donante de la libertad. Buscaron la felicidad fuera de “El que

otorga toda felicidad”. Después las cosas se enredaron, se complicaron y se fueron malignizando fase a fase.

Al principio, en este libro, yo hablaba de que el infierno está en la palma de Dios. Eso es correcto. Pero, conforme avanzó la obra, expliqué cómo el Diablo (y todos sus seguidores), incluso ahora, están en el Regazo de Dios. Ese Padre Celestial no se limita a sostenerlos en su palma, es decir, a concederles la existencia, sino que los acoge y abraza. Dios es siempre el mismo: Amor. Los demonios pueden odiar, pero Dios solo puede amar. Después, era necesario entenderlo, expliqué que el infierno está en el vientre de ese Dios-Madre.

La primera imagen de la palma lleva a pensar en un Dios que es Señor Omnipotente. La segunda imagen del regazo nos anima a verlo como Padre Celestial. La tercera imagen del vientre nos conduce a entenderlo como un Dios-Madre.

Debo repetir que creo en un Dios que condena, pero la condena es permitir que ellos vivan como son. La imagen de que el infierno no solo estaba en el regazo de Dios, sino en su seno, me parecía no solo atrevida, sino que dudaba si era una imagen que podía romper con la doctrina ortodoxa. Las comparaciones son aproximadas, pero son expresión de una doctrina teológica. ¿Cómo compadecer esa imagen con la de un Dios que dice?: *Nunca os conocí, marchaos de mí* (Mateo 7, 23) y *apartaos de mí, id al fuego eterno* (Mateo 25, 41).

Las comparaciones son aproximadas, pero las imágenes pueden ajustarse a la doctrina bíblica, ayudando a comprenderla mejor, Jesús mismo usó imágenes; o, si no son correctas, pueden entorpecer y deformar esa doctrina que quieren expresar.

¿La imagen del infierno en el seno de Dios es correcta después de todo lo que diré en este ensayo sobre el apartamiento de Dios? La respuesta, sin ninguna duda, es afirmativa.

Precisamente, por todo lo que he dicho acerca de ese apartamiento, es una imagen perfecta; no solo aceptable, sino perfecta: se da una adecuación entre el objeto en sí y el medio para expresar ese objeto.

¿Por qué? Porque el demonio no puede salir de Dios. Fuera de Dios no hay nada. No puede romper su cordón umbilical. Ya he dicho que Dios cuida y acaricia a sus hijos. El Amor los ama con un amor puro y perfecto, sin sombra de odio. ¿Los condena? Sí, en esta obra hablo de la “puerta cerrada”: la puerta de la gracia, la puerta del perdón.

La existencia de esos demonios es donación y es condena. El infierno, lo mismo que el cielo, es resultado del Amor y la Justicia unificados en admirable sintonía. Cuando los hombres vean el infierno, entenderán que la Justicia no puede exigir más, pero también entenderán que el Amor tampoco puede dar más.

Viendo el infierno, los hombres que ahora exigen castigo comprenderán que no pueden pedir ya más: cualquier ansia para que los culpables satisfagan por sus crímenes quedará satisfecha. Viendo el infierno, los hombres que ahora no pueden comprender cómo se concilia un Dios que es perdón con la existencia del averno comprenderán que no se puede pedir más del Aquel que es el amor más puro.

Todo está en Dios, todo está plenamente en Dios, porque nada tiene existencia fuera de Dios. El panteísmo afirma, erróneamente, que todo es Dios. Lo que afirma la teología católica es que nada existe sin la intervención directa, inmediata, constante, de Dios, nada existe fuera de Dios; es decir, nada, fuera de su Voluntad; nada, sin que Él lo sostenga.

Dios por esencia no tiene cuerpo, luego el estar-en-Dios solo puede significar un estar en su Voluntad y en su Conocimiento. La inhabitación divina de los bienaventurados es solo un modo de

estar en esa Voluntad y en ese Conocimiento. De hecho, vivir en el infierno o en el cielo son solo distintos modos de existir.

Evidentemente, vive un pobre que pasa sus días sin esperanza en la más terrible miseria; y vive un multimillonario que mora en un palacio con todas las comodidades; ambos, el pobre y el rico, viven. Pero uno pasa hambre y se alimenta de las sobras que encuentra en cubos de la basura, duerme entre cartones en el frío de la noche y se puede duchar en verano una vez cada varios días; vive solo, maloliente, enfermo, sin nadie que le acompañe en su desgracia. Mientras que el rico vive en un palacio rodeado de obras de arte, se alimenta de langosta y solomillo, y está acompañado por una esposa hermosa que le quiere y pasa sus días rodeado del amor de sus hijos. Ambos, este pobre y este rico, viven, pero sus vidas son muy distintas. De modo parecido, es cierto que, en el infierno y en el cielo, hay vida, pero son vidas muy diversas.

Las tinieblas exteriores, en las que viven los réprobos, son tinieblas internas. Estrictamente hablando, nada está fuera de la Luz de Dios, nada está fuera de su conocimiento, ni fuera del alcance constante de su poder. El poder divino es igual de grande en el cielo y en el infierno. Su Voluntad se lleva a cabo en un lugar y en otro, aunque su santa y perfecta Voluntad sea que se respete la voluntad de sus hijos caídos.

Dios ama y acaricia a cada demonio y a todos los demonios formando un solo cuerpo místico, el *Corpus Daemoniacum* del que ya hablé en mi obra *La tiniebla en el exorcismo*. El amor de Dios se otorga tanto de un modo personal como global: cada demonio se halla en ese seno divino, y el infierno se halla en ese seno. En un Dios que no ocupa lugar, sino que solo es Ser, ¿dónde podría estar el averno si no emplazado en su Ser?

¿Y la inhabitación divina? El ciego y el que ve, ambos se hallan ante el mismo paisaje bajo el sol. La inhabitación divina no es un lugar, es algo de lo que el sujeto goza o carece. Los bienaventurados no están físicamente más adentro de Dios, el Altísimo carece de partes, sino que los habitantes del cielo gozan de Dios de otro modo respecto a los condenados. Pero sí que es cierto que esa sociedad de personas en tinieblas debe estar separada de la sociedad de los habitantes del cielo, para evitar que hagan daño.

Sé que imaginar que el infierno pueda hallarse en Dios como un hijo en el vientre de su madre, sin duda, a algunos les parecerá excesivo. Entiendo perfectamente que esta imagen haya estado completamente ausente de la Biblia y de la predicación.

Pero es que cada demonio está totalmente penetrado por la Mirada Amorosa y por la Voluntad de Aquel que solo y únicamente quiere su bien. Dios, ahora, no quiere otra cosa que el bien de cada uno de sus hijos, se encuentre en el estado en el que se encuentre.

¿Está más envuelto de Dios un bienaventurado? No, el infierno se halla en ese seno divino plenamente, no más o menos. La acción divina respecto a ese hijo es perfecta, en sí misma esa acción divina es plena. Puesto que Dios todo lo hace perfecto, la deficiencia viene por parte del sujeto creado.

atemporalidad frente a eternidad



El engendramiento divino es comparado, en las Escrituras, con una palabra que sale de la boca. La espiración divina es comparada, en esas mismas Escrituras, con un aliento que surge también de la boca. Al hablar de la Segunda Persona, se escoge un término que indique la

menor temporalidad posible; mientras que, en el Apocalipsis, al hablar del Lago de Fuego de los condenados, se escoge la expresión más larga “era” (aion) y se multiplica por sí misma: “eras de eras”. Y aunque esa fórmula se suele traducir como “por los siglos de los siglos”, en el original del texto bíblico ese carácter sin término se recalcó no con la preposición “por”, sino con la preposición “hacia”.

De manera que la Palabra de Dios habla de un existir “hacia las edades de las edades” con un sentido de penetración, de ir hacia dentro. Es decir, se relega la preposición que indica duración, en favor de aquella que indica un internarse hacia dentro de esa temporalidad sin fin. Esto queda perfectamente reflejado en la traducción de san Jerónimo: no usando la preposición “per”, sino “in” + acusativo que tiene el mismo sentido que el texto canónico griego.

Esto es tremendo, porque el tiempo, el mero paso del tiempo, con su medida abrumadora, aparece como castigo. Vivir el tiempo como peso existencial, como martilleo incesante de días y años. La existencia como yunque donde golpea la perspectiva de los siglos y los milenios. El eterno presente de Dios que mantiene, en su puño cerrado, una burbuja de temporalidad doliente sin fin. El tiempo visto como cárcel. No es el espacio el que es entendido como encerramiento, sino que los réprobos ven la temporalidad como un espacio desde el que no se pueden precipitar a ninguna nada.

No es exacto del todo afirmar que los condenados no están encerrados, porque, aunque los demonios no están prisioneros en una pequeña cárcel –pueden ir adonde quieran–, solo desean ir a un lugar, justamente a allí donde está la sociedad de los bienaventurados. En ese sentido, se sienten encerrados: porque pueden ir a cualquier lugar, menos al único lugar que desean.

Dada la grandeza de ese lugar gozoso celestial, su propio ámbito –el infernal– siempre les parece pequeño. Por grande que sea el ámbito de lo natural, ontológicamente es muy pequeño y estrecho comparado con el ámbito sobrenatural.

Pero ese lugar vedado, aunque sea un punto en la espacialidad, les parece, con razón, enorme. La sociedad de los espíritus bienaventurados es inmaterial, pero está alrededor de Jesús y María que sí que están en un lugar. Los réprobos no pueden ir a ese lugar físico. Tampoco podrían interactuar con esa sociedad feliz en el caso de que no hubiera ninguna materia. No pueden ir ni a ese “lugar” espiritual (la sociedad de los salvos) ni a ese lugar físico (donde están los cuerpos de los resucitados dichosos).

Los réprobos son libres como son libres los presos en el interior de su cárcel. Están prisioneros porque no pueden “ir” (en realidad, “actuar”) al único lugar (lugar espiritual) donde quieren ir. No importa lo grande que sea el cosmos, para ellos siempre será una prisión. Una comparación sería el emperador romano derrocado que se ve abocado a morar para siempre en una pequeña capital de provincias después de haber saboreado la vida de la Urbe. Lo que para unos habitantes es su agradable ciudad, para él será una prisión sin muros.

Por supuesto que los condenados, en cierto modo, son libres y, en cierto modo, son prisioneros. ¿Pero qué aspecto prevalece? En mi opinión, prevalece el aspecto de prisioneros. Así se sienten ellos. Y por “grande” que sea la prisión, mucho más grande (ontológicamente) es la sociedad dichosa. El que no puede salir de un país es un prisionero, por grande que sea ese país. Es cierto que ellos no pueden ir a ese otro estado porque no quieren (también requerirían de la gracia), pero son prisioneros, aunque lo sean por decisión propia.

El tiempo para ellos también es otra cárcel. Del mismo modo que el réprobo querría ir a un único lugar del espacio, el único que le está vedado; también ellos querrían ir al único lugar de la temporalidad que les está vedado: a la Nada.

Ningún segmento de la eternidad les está vedado a los réprobos, recorrerán todos los momentos de la eternidad, de la eternidad entendida como sucesión lineal indefinida. No importa lo lejos que se halle un determinado segmento, llegarán a él. El único “lugar temporal” que les está vedado –y es el único que muchas veces desean– es la Nada que la entienden como un descanso. Si concebimos el Tiempo como si fuera una llanura, ellos explorarán sus infinitas regiones, con la seguridad de que les queda una cantidad infinita de zonas por recorrer. Durante la eternidad, les da tiempo a recorrer infinitas regiones, sabiendo que queda otro número ilimitado de regiones por delante. Ellos viven en una cárcel espacial dentro de una prisión temporal.

Dado que, en la eternidad de un condenado, hay ciclos de felicidad y sufrimiento (y de otros eventos humanos y demoniacos) dentro de esa sucesión lineal, algunos tendrán una impresión de sucesión circular del tiempo. Cuando se sufre y uno se halla con hitos cíclicos, los mojones que uno se encuentra en el camino le inducen a percibir la temporalidad de un modo enteramente cíclico. No es que haya, solamente, ciclos en la línea temporal; sino que, con el sufrimiento, se percibe la misma línea entera como un ciclo. Se trata de una tendencia psicológica bastante difícil de esquivar.

Cuando uno es feliz, el Tiempo aparece como lo que es: una línea recta sin fin. Esa línea recta como una armónica sucesión. Percepción de la armonía acrecentada por la sucesión de ciclos dentro de esa línea temporal. En el tiempo del mundo, hay ciclos: día y noche, ciclos lunares, las estaciones, etc. Hay ciclos

cósmicos, naturales y humanos. Estos ciclos imprimen una bella armonía en la sucesión lineal. Eso es así en nuestro tiempo de viadores, lo es en el evo de los bienaventurados y seguirá siendo así en el tiempo material de los hombres resucitados. Hay una magnífica compenetración de los ciclos en la sucesión lineal temporal.

Pero, cuando uno sufre todo el tiempo sin esperanza, el tiempo se transforma en una cárcel y acaba percibiéndose como un ciclo del que uno no puede escapar. Eso ocurre incluso en la tierra, en el tiempo de viadores. A mayor sufrimiento, mayor sensación de encerramiento en el tiempo.

En el tártaro, unos perciben más el Tiempo de una manera lineal (como un náufrago que se interna con su balsa en una superficie sin fin) y otros de una manera más circular. Hay cambios en esta percepción en cada réprobo según la época. En la depresión profunda, el sujeto no es que perciba la existencia como un círculo vicioso del que no puede escapar, sino que la entera persona cae en ese círculo. Al final del proceso de la tristeza, no solo la percepción cae en la circularidad, sino la entera persona.

la grandeza de la teología



La comparación entre una mota de polvo y el Sol se muestra adecuada únicamente usando la lengua en sentido lato y no propio. Pero, tomada en sentido propio, esa afirmación sería totalmente herética. No sería una herejía respecto de un detalle de la fe, sino acerca del entero Misterio situado en el centro de nuestro credo. Al final, todo resultan pálidas palabras, desvaídos razonamientos, cuando tratamos de hablar del Innombrable.

Claro que no disponemos de otra cosa que del lenguaje para expresar la ortodoxia. Pero, al hablar de Él, el lenguaje es tan débil que lo usamos en sentido lato. Curiosa ironía esta relación entre la voluntad de preservar una férrea ortodoxia y un lenguaje que se nos escapa de entre las manos al tratar de expresar lo más inefable. No digo “lo más inefable del universo”, porque el Altísimo trasciende el cosmos y el mundo angélico. Dios no forma parte del universo.

En el centro de la ortodoxia, en su núcleo, radica el Misterio de Dios; y es allí donde los términos lingüísticos se tornan como magma. Conforme nos alejamos de este corazón ardiente situado en el centro de la construcción teológica, sentimos que hablamos con mayor seguridad, con mayor precisión.

Parece más fácil hacer teología de la constitución jerárquica de la Iglesia, de la moral, acerca de un sacramento, o de las virtudes, de un pasaje de la Escritura, que de lo que radica en el mismo núcleo de la teología. Qué distinto es caminar sobre la templada superficie de la liturgia o del Derecho Canónico que no internarse en un núcleo solar donde las palabras palidecen, donde tratamos de aprehender con palabras un magma ardiente que resulta imposible tocar ni podemos mirar sin abrasarnos. Qué distinto es hablar de las funciones del diácono o de la historia de la casulla o de las cuatro virtudes cardinales.

He dicho que “sentimos que hablamos con mayor seguridad” o que “parece más fácil hacer teología de...” en realidad, Dios es máximamente simple y, en sí mismo, es más fácil conocer a Dios y hacer teología acerca de Él que de otras cosas. En sí mismo, es así. Pero si pudiéramos examinar, a la luz de la visión beatífica, la relación entre Dios mismo, tal como es, y el pobre entendimiento que hemos forjado acerca de Él en nuestras mentes, entenderíamos que nos hacemos mejor idea de

las cuestiones litúrgicas o canónicas, que del Misterio Infinito que está en la base de todo.

Hablamos con mayor seguridad de algo cuanto más simple es. Pues la conexión de los silogismos es menos compleja. Cuanto más simple es el objeto, más simple es el lenguaje necesario para hablar de ese objeto. Pero nos hacemos mejor idea de aquello que tiene unas dimensiones más humanas. Nos hacemos mejor idea de las dimensiones de una bañera o de un lago, que de un océano o de la distancia de la Tierra al Sol. Por su simplicidad, conocemos con mayor seguridad a Dios. Pero, por su magnitud, nos hacemos una idea mucho más pobre de Él que de las cosas que dependen de Él: la Iglesia, las Escrituras, la Redención... ¿Realmente nos hacemos idea del peso del sol si decimos que su masa es de $1,9891 \times 10^{30}$ kilogramos? Incluso si afirmamos que el peso del sol es 333.000 veces mayor que nuestro planeta, ¿nos hacemos una verdadera idea comparativa de lo que eso significa?

Lo dicho no significa que las definiciones teológicas trinitarias sean imprecisas, sino que es nuestra comprensión de la realidad que hay detrás de ellas la que resulta extraordinariamente primitiva e infantil. No es que las afirmaciones dogmáticas acerca de Dios sean inseguras o borrosas, sino que es nuestra comprensión general de esa Realidad Única la que resulta limitada y mucho más contaminada de prejuicios de lo que sospechamos. En sí mismos, los silogismos sobre Dios Uno y sobre Dios Trino son correctos, perfectos, seguros y precisos. Somos nosotros los que no somos conscientes del modo tan viciado con el que entendemos la perfección de los razonamientos puros.

La teología es grandiosa, porque, cuando los razonamientos están bien contruidos, trabados y forjados, sus conclusiones son férreas. Sus conclusiones son tan inflexiblemente duras como un resultado matemático. La teología ofrece conclusiones

indestructibles sobre las que el tiempo no ejerce la menor erosión. Poder conocer algo del Ser Infinito, ¡qué gran privilegio concedido por Dios mismo!

Cuando antes hablaba de “magma”, no me refería con ello a que ese saber estuviera lastrado por la imprecisión. Al revés, el conocimiento acerca de Dios es segurísimo. Otra cosa es la idea humana que nos hacemos del objeto divino de estudio que conforman esos silogismos. La imagen de un magma ardiente que no podemos tocar directamente me parece adecuada. Mientras estemos en la tierra, para conocer ese objeto de estudio precisamos de intermediaciones conceptuales y lógicas.

Pero, al mismo tiempo que se nos ha concedido el privilegio de atisbar el Gran Misterio, debemos ser humildes y reconocer nuestra poquedad. ¿Y es que cómo resulta posible imaginar un Fundamento inmutable que gesta una Palabra inmutable? Son aspectos que únicamente los comprenderemos cuando recibamos una gracia celestial para poder contemplar lo que sin una purificación previa nos abrasaría. ¿Cómo será Dios para que su visión nos abraze? ¿Cómo será Aquel cuya presencia será como entrar en un horno encendido? Hablamos de una abrasión espiritual, ya que el alma carecerá de materia tras la muerte.

Observemos que hay un ardor tanto en el cielo como en el infierno. Un ardor de conocimiento y amor ante el Trono Celestial. Y un ardor de odio (provocado por una deformación del conocimiento) en torno al trono de Satanás. Por supuesto que el dolor está presente en todo el averno, pero más cerca de Belcebú se percibe el fuego más intenso de su espíritu. Así como aquí en la tierra también percibimos el odio que anida en una persona, cuando ese odio es muy intenso. Así también cerca de Belial se percibirá un fuego más ardiente. En el tártaro no hay llamas de fuego saliendo del suelo, son los condenados los que son tizones

vivos ardientes. Dos lugares, dos ardores; el ardor del rechazo, el ardor de la atracción.

Será imposible contemplar el Misterio sin una ayuda divina para no ser arrollados por esa visión. Sin una preparación, el purgatorio, seríamos arrollados de tal manera que esa visión crearía en nuestra alma una lesión eterna. Cualquier pecado que permaneciera en el ser de nuestra alma nos abrasaría ante la contemplación de la Santidad Pura Infinita. No resistiríamos entender la miseria de lo que somos frente a la Bondad Ilimitada. La contemplación de mi mal (lo que soy) frente al Bien Supremo (el Ser Inmaculado) me causaría asco, rechazo, tristeza, rabia. Es decir, conocer lo que soy (mi yo existente con todos mis defectos) provocaría, de forma inevitable, una abrumadora sensación de repugnancia a todo mi ser. El purgatorio no consiste solo en liberarse de un saco, en ir pagando una cuota diaria hasta saldar una deuda. Ese saco existe sobre las espaldas de los viadores y lo acarreamos día a día en la tierra. Sí, esa deuda existe: el daño que hemos hecho al prójimo, las heridas que nos hemos hecho a nosotros mismos, las ofensas a Dios. Pero lo que me causaría un rechazo abrumador es mi ser, mi yo, frente a la Bondad Suprema. Mi yo existe con mis defectos, conformo una unidad con mis defectos. No es que aquí esté mi yo y allí mis defectos. Yo soy eso. Y eso (es decir, mi yo, mi ser) me abrumaría confrontado a la Santidad Divina.

La avalancha de rechazo hacia mí mismo sería tan inimaginable que me causaría un trauma. Un trauma no simplemente muy grande, sino infinito. Un trauma a la medida de lo que he visto: el Infinito. El purgatorio resulta totalmente necesario. Se precisa de toda una preparación (muy a menudo de años) para poder ver, cara a cara, al Bien Supremo.

De los mártires se dice que van directamente al cielo sin pasar por el purgatorio. Me gustaría hacer una precisión: Los

mártires no tienen que pasar ningún tiempo en el purgatorio para “pagar” por sus pecados. No tienen que pasar ningún tiempo para satisfacer ninguna justicia. Ahora bien, ellos, como todos, tendrán que ser purificados. Derramar la sangre por Cristo no elimina de forma automática las deformaciones internas de toda una vida presentes en el espíritu de ellos. Esto vale, incluso, para aquel al que Jesús en la Cruz le dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Sin duda, ese mismo día entró en el cielo. Pero fue introducido a una antesala de purificación, antesala gozosa que era un paraíso, pero no entró directamente en el horno ardiente de la contemplación de la Faz de Dios hasta estar preparado.

Podríamos pensar que, al estar ante Dios, la dicha superaría al trauma de la contemplación de nuestro yo. Pero, precisamente, porque estaríamos viendo lo que vemos, es por lo que tendríamos que cerrar los ojos no simplemente avergonzados, sino destrozados. La dicha no inundaría nuestro dolor de un modo sobreabundante, porque sería irresistible. El mejor ejemplo que puedo poner es cuando uno coloca un vaso de cristal sobre el fuego de una cocina: el vaso se quiebra, no puede resistir esa temperatura. Si se coloca, en medio de una hoguera, un vaso de cerámica, he visto como el vaso no puede resistirlo.

Cuando yo era niño, hacía figuritas de arcilla y las colocaba en el fuego de la chimenea de la casa que teníamos en el campo. Pronto aprendí que la más pequeña burbuja, una sola, que hubiera en el interior de la figura, la rompía en mil pedazos de un modo violento. La arcilla y el vidrio pueden resistir el fuego si se les prepara adecuadamente. Si no, precisamente aquello que debía darles más dureza, los destruye.

Con toda verdad se ha comparado hallarse en la presencia divina a estar en un horno. El choque para nuestra psicología tiene que ser brutal. Y, por mucho que seamos preparados, seguirá siendo tremendo, porque siempre implicará ser arrojados de

cabeza en un Mar cuya temperatura (temperatura de amor y perfección) está a una diferencia infinita respecto a nosotros. Se requiere una preparación para ese impacto. El impacto resulta inevitable, porque al Infinito o se le ve o no se le ve. Al final, el impacto resulta inevitable.

Pero, desde luego, resulta necesario entrar limpios a su presencia. Y no es de una suciedad externa de la que hay que desprenderse. No es que estemos impregnados de egoísmo y malos sentimientos. Es nuestro yo el que rezuma y genera esa suciedad. Entrar rezumando podredumbre nos abrasaría. Esa misma podredumbre se convertiría en fuego excruciante.

No es lo mismo el fuego del infierno, provocado por las pasiones humanas (y, por tanto, limitadas), un fuego que arde en la ausencia de Dios; que el horno de Fuego Divino que es estar en su presencia. Si el primer fuego es limitado y humano, el segundo actúa con una magnitud sobrehumana por su misma naturaleza. El ser humano ardería como una tea arrojado a ese horno. Y el combustible (espiritual) sería la propia podredumbre (espiritual).

El combustible material se va agotando, el combustible espiritual puede permanecer. Del mismo modo que un alma no necesita ni comer ni beber, también puede arder sin agotarse. Hay un fuego interno bueno y beneficioso que purifica, y hay otro fuego interno que es vano y que, por sí mismo, puede continuar de forma indefinida. ¿Puede un alma vivir siempre con un trauma? La respuesta es sí. Por eso la inmersión en la Presencia Divina debe hacerse solo cuando el alma ya está preparada, de lo contrario las grietas aparecerían en ese espíritu. Y hay grietas de sentimiento perjudicial de indignidad que podrían no soldarse nunca, por más que pusiéramos encima dicha y más dicha. En otros casos, el alma se quebrantaría sin poder resistir.

Si Dios pudiera perdonar el purgatorio a todos, lo haría: ¡Él no tiene el más mínimo interés en hacernos sufrir! Pero, por ser Él quien es, solo puede ayudarnos y nos invita a que ayudemos a los que se hallan en esas moradas. Él ayuda con la gracia, con las gracias que caen en sus almas, y nos anima a que, por la intercesión, nos asociemos a ese proceso de amor.

¿Qué será ver el Bien Supremo como un fuego ardiente de amor? ¿Qué será hablar con Aquel que conoce el *Oceanum Possibilis*? ¿Qué será conocer el Ser en estado puro?

De todas maneras, aunque no lo podamos comprender, al hablar de un Torrente, como lo he hecho al hablar del Hijo, hay que afirmar que, en Dios, no hay cambio alguno. Tenemos que reconocer que, para nosotros, resulta un misterio cómo se puede hallar plétórico de vida y ser inmutable, digámoslo así, como una colosal esfera de mármol. Contiene en su seno un Torrente desbordante; pero, a la vez, mantiene una inmutabilidad absoluta, infinitamente por encima de la inmutabilidad que pueda mostrar un bloque inmenso de mármol sin erosión, colocado en el centro de una sala.

El mármol posee un movimiento ontológico. Dios es estable en grado supremo e infinito. Únicamente las imágenes y las comparaciones pueden ayudarnos a vislumbrar cómo se conjugan lo uno y lo otro: la inmutabilidad perfecta y el Río de Vida interno que se engendra sin fin. Dios es como si fuera una colosal inmutable Esfera de Mármol que contiene unas cataratas de Ser en su interior.



La imagen de una madre gestante es muy adecuada para expresar ese amar y ser amado. Aunque no olvidemos que **todo el Ser** del Fundamento fue recibido por ese Río de Vida. No estamos hablando de una Persona más grande, más poderosa, que la otra. **Si insistimos mucho en la igualdad** de dignidad y poder de las tres Personas, hacemos algo correcto, pero podría ofrecer la sensación de que estamos hablando de tres esferas, cada una de las cuales es exactamente igual que la otra en forma y dimensiones. Pero **si insistimos mucho en lo específico** de cada persona, aun siendo esto algo correcto también, podría dar la sensación de que estamos hablando, como en las antiguas mitologías, de tres dioses, cada uno sentado al lado del otro.

Estos dos extremos son dos peligros que hay que evitar. Por un lado, respecto a imaginar la Trinidad como tres Esferas, **Dios no se repite**, las Personas divinas no son tres copias. Pero, por otra parte, en el otro extremo, el del triteísmo, no debemos olvidar que **es el mismo Ser** el que se transmite de una persona a otra²⁰. Aquí, en la tierra, no nos haremos nunca perfecta idea de lo que significa que las Tres Personas no es que estén meramente unidas, sino que son un solo Ser. No estamos hablando de algo parecido a Brahma, Visnú y Siva. Es algo totalmente distinto: un solo Dios.

Un modo de no perder pie, al internarnos en estas aguas de la reflexión, es no olvidar las imágenes que Dios mismo ha usado, en la Biblia, para hablar de este misterio. Y las imágenes de la

²⁰ Cada condenado es un sujeto que vive su condenación de un modo unico y personal, pero todos comparten el mismo modo esencial de existir en el infierno. Los réprobos no son copias. No es la misma condenación simplemente copiada por millones, sino que cada uno hace realidad la misma esencia de la condenación de un modo irrepitible. El infierno no es un ente, pero el estado existe por unos rasgos esenciales. Las Tres Personas divinas no son una copia entre sí y comparten un mismo Ser. Los condenados no son copias tampoco y comparten un mismo ser-en-el-infierno.

Escritura, ya lo hemos visto, insisten en la unión y la dependencia entre las tres Personas de un modo extraordinariamente íntimo. Incluso la palabra “río” pareció excesivamente independiente y sustancial, siendo usado por san Juan el término *logos*, “palabra hablada”.

Lo cierto es que imaginar como esferas a las dos Personas tiene la ventaja de no imaginar como corporal lo que es enteramente espiritual. Esta comparación, este medio, ha sido usado ampliamente por las pinturas y vidrieras de los templos. Con ello se evita corporizar a las Tres Personas. Podemos dar un paso adelante e imaginar como esferas concéntricas esta relación, lo cual nos ofrece la preciosa imagen de una madre gestante; imagen humana, pero que ilumina lo divino. No es ninguna indignidad hacer eso; el Espíritu Santo se manifestó con la imagen de una paloma. Nos guste o nos guste, solo tenemos medios limitados, conceptos comparativos, para referirnos a la Santísima Trinidad.

El Engendrado nunca ha conocido un antes ni un después, siempre estuvo completo, pero no quiere abandonar el calor del seno del Dios-Madre, su gozo es recostarse junto al corazón del Origen-Fundamento.

El Gestado no es un ser indefenso, puede crear universos, es la Fortaleza infinita, tiene el mismo Poder ilimitado que la Fuente. El Padre, gustosamente, se lo ha dado todo. Mas para su Padre es como un tierno niño pequeño. El Origen únicamente quiere reposar abrazado a su Fruto. Y el Torrente de Conocimiento solo quiere amar al que lo engendró; toda su felicidad, plena, es esa: estar con la Fuente, amarlo y ser amado.

Insisto mucho en el amor, pero para ese Dios-Madre conocer al Fruto es amarlo. Es decir, en ese seno conocer y amar

se identifican, no son dos fases. En nosotros es posible conocer de un modo frío, sin ningún sentimiento. En Dios el conocimiento infinito es amor, y viceversa. Además, en Dios conocer es amar, y amar se identifica totalmente con dar. Al conocimiento ilimitado se une una ilimitada donación de sí mismo. El amor ha sido tan total, tan absoluto, que nada se ha guardado para sí mismo. Tan irrefrenable como fue ese amor así fue la donación. Dios lo quiso, aunque fue un acto irrefrenable. Pero no por inevitable dejó de quererlo.

Como en la Parábola del Hijo Pródigo, el Padre le dice al Hijo fiel: *Todo lo mío es tuyo*²¹. Dios no “tiene” nada, no “posee” nada. Dios solo posee su Ser. Dios se lo da todo a Dios, porque quien recibe todo el Ser no puede ser otra cosa que Dios. Recordemos que, en los santos evangelios, Jesús llama “Dios” al Padre. Eso es totalmente verdad. El Fruto siempre vio al Origen como Dios; el Fundamento es Dios. Aunque el Engendrado también es Dios.

El Fruto tuvo una relación de amor tan excelsa con la Primera Persona que fue de adoración. No simplemente es que le amara mucho, sino que ese amor era de verdadera adoración. El Fruto adoró al Origen. Y el trato del Padre respecto al Hijo fue tan

²¹ En el infierno, tenemos a un hijo pródigo que no regresará nunca a casa. También tenemos, en el cielo, a un Dios-Hijo que es fiel y que siempre será fiel y sin celos. El padre y el hijo de la parábola se reúnen en torno al fuego para banquetear con todos los de la casa. Dios-Padre y Dios-Hijo se reúnen en torno al Fuego del Espíritu Santo.

El hijo pródigo que nunca regresa se convierte en padre espiritual de otros hijos pródigos que le siguen y que jamás regresarán a casa del Padre. También ellos, lejos, se reunirán en torno al fuego del odio.

Todo lo mío es tuyo, le dice Dios-Padre a Dios-Hijo. Mientras que, a Lucifer, el Padre Celestial le dice: “Nada de lo únicamente mío puede ser tuyo”. Qué diferente es enfocar la relación entre Dios y su hijo pródigo irremisible como una relación activa de prohibiciones, a enfocar esa relación desde la pureza de amor que es el Padre Celestial. Qué diferente es ver a Dios como prohibición, frente a verlo como donación. Incluso aquí, en la tierra, muchos pecadores solo ven a Dios como castigo, mientras que Él es amor puro, desinteresado, que solo quiere que seamos felices.

exquisito que fue de verdadera adoración. Con toda verdad, Jesús llamó “Dios” al Padre, y eso no lo hizo por haberse encarnado. Porque la Encarnación **no quitó nada** a la Divinidad del Encarnado. Dios-Hijo siguió siendo tan Dios después de la Encarnación como antes de hacerse hombre. Luego si Jesús le llama “Dios” es porque lo consideraba como Dios, para Él era Dios.

Ahora bien, para el Padre, el Fruto es Dios y lo trata con un amor de adoración. En verdad que el Padre puede mirar al Hijo y reconocer con toda reverencia y felicidad: “Es Dios”. La Fuente podría decir lleno de felicidad y orgullo: “He engendrado a Dios”.

No es que haya engendrado a otro Dios, sino que ha engendrado al único Dios posible, al Único que existe. Dios engendra a Dios y siguen siendo un solo Dios. Lo repito, cuando Jesús, en los evangelios, llama “Dios” al Origen, no lo hace porque se humille, no lo hace porque sea inferior. No existe ninguna subordinación del Hijo respecto del Padre, en nada es inferior²². Ni siquiera temporalmente es inferior, porque no hay tiempo. Al llamarle “Dios” está afirmando que lo reconoce como Dios. No hace falta decir que todo esto se aplica exactamente igual a la Tercera Persona.

²² Resulta paradójico que Jesucristo (que no es inferior) adore de un modo tan rendidamente amoroso al Padre, y que Lucifer, que sí que es inferior y que no es nada por sí mismo, no quiera adorar. El que es Dios adora al Origen, y aquel que no es Dios quiere hacerse como Dios. Esta ansia que jamás podrá ser satisfecha se mantiene viva en el averno. Esta ansia, esta contaminación, se transmitió de una voluntad a otras voluntades. Pero el Ser no podía concederles eso a esos seres. ¿Qué no les hubiera dado Dios por salvarlos de sí mismos? ¿Qué no les hubiera dado Aquel que les dio todo y que acabó dándose a sí mismo?

El Encarnado no murió para redimir a los ángeles, pero su vida y muerte, sus sacrificios y milagros, fueron enseñanza para las glorias que no se hubieran determinado. ¿Qué no les hubiera dado Aquel que se dio a sí mismo? Pero los demonios querían lo único que el Dios Único no les podía transmitir. Aun así, si hubo ángeles caídos que todavía no se habían convertido en demonios, la vida de Jesús les sirvió de enseñanza, pudieron ver hasta dónde llegaba el amor de Dios.

El Hijo siempre obedece al Padre, pero el Padre no desea otra cosa que hacer la voluntad del Hijo. Afirmar que el Padre obedece al Hijo ofrece una cierta impresión de subordinación. Para evitar impresiones inadecuadas es preferible hablar de una perfecta y total sintonía de las tres voluntades de las Tres Personas. Pero no sería incorrecto hablar de una obediencia entre las Tres Personas: obediencia no por subordinación, sino por amor. Obedecer en el sentido de querer hacer siempre la voluntad del Otro porque le quiere con todo su corazón. También se puede hablar de obediencia entre dos esposos, iguales en dignidad, ninguno subordinado al otro, cuando un cónyuge está deseando hacer lo que desee el otro cónyuge. Ahora bien, la expresión “obediencia” en la Trinidad se presta a entenderla mal, resulta preferible hablar de sintonía de las voluntades divinas²³.

la tercera persona



De ese amor-conocimiento-donación surgió el Hábito Divino, el Aliento Santo. Podemos imaginar esta espiración como una tercera esfera concéntrica que surge en el seno del Hijo. Si la Segunda Persona surgió en el seno del Padre, el Hábito surgió en el seno del Hijo. La imagen de la madre embarazada se repite en la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo. Lo que hasta ahora hemos dicho de las dos

²³ Contemplando este espectáculo de maravillosa sintonía, no podemos dejar de sorprendernos de que en medio de la Existencia surgiera una existencia desarmónica; de que, en medio de estas Voluntades, surgiera una voluntad rebelde. Digo “en medio”, porque esa existencia maligna no está “al lado de” Dios, sino que surge envuelta de la Voluntad Suprema. La existencia de esa voluntad contaminada está penetrada por la permisión del Querer Divino, está mantenida en su existencia por ese Querer. Este decreto de permisión lo hallamos plenamente en Dios; plenamente, porque en Él no hay periferias. El día a día de los monstruos está tan en “el centro” de la atención divina, como el más dichoso de los bienaventurados.

primeras Personas se puede repetir de la relación entre la Segunda y la Tercera. El Torrente acaricia amorosamente al Aliento surgido en su seno.

Si antes afirmábamos que el Hijo es como una explosión de Vida en el seno del Padre, esta es una nueva explosión en el seno del Fruto. Un Torrente de Fuego de Amor que se desborda impresionante como una catarata que cayera impetuosa hacia el interior. Es como si en el seno de la Trinidad se dieran dos colosales explosiones, pero explosiones hacia dentro. Como si, en el interior de ese seno divino, se desbordaran dos torrentes como cataratas: un Caudal de Conocimiento; y, dentro de Él, se desbordara un Río de Amor hacia el interior.

Pero esta imagen de las tres esferas concéntricas podría dar una impresión equivocada: la impresión de que el Espíritu Santo es más directamente fruto del Hijo que del Padre. Cuando, en realidad, el Aliento (*Pneuma*) es espirado en el seno del Padre tanto como en el seno del Hijo. La imagen de las tres esferas concéntricas es solo una imagen, no olvidemos que en Dios no hay espacio. El Espíritu Santo es fruto de las otras dos Personas, no lo es más de una Persona que de la Otra. Las Tres Personas participan de un único y mismo Ser Divino, y lo comparten a través de la generación y de la espiración. Los Tres comparten en igualdad del Ser, los Tres son Uno. Un solo y único Dios, a pesar de que en su seno subsistan tres Personas.

Ya he dicho que podemos imaginar el engendramiento del Hijo como una cascada poderosa, llena de vigor, cuyo caudal es una línea que se pierde en la lejanía del horizonte. Visualizar así el engendramiento del Hijo es imaginarlo como la transferencia de ese océano inacabable que es el Ser Infinito: una catarata infinita que derrama un Ser infinito, una participación infinita de existencia.

La imagen de una cascada lineal infinita puede complementarse con la imagen de una cascada circular. Lo cual refuerza la imagen de que ese caudal no cae hacia afuera, sino hacia adentro de la esfera de lo divino. Ambas imágenes, la lineal y la circular, pueden insertarse en una: una cascada circular cuya línea es infinita. Es algo que puede imaginarse por un humano solo de manera parcial. Es decir, podemos imaginar solo un tramo de esa línea, tan larga que la percibimos como recta. Pero, aunque no pueda ser imaginado, sería posible una cascada material circular de dimensiones infinitas. Si puede existir un cosmos infinito (infinito en la extensión y en la cantidad de entes que lo integran) podría también ser creada una cascada de dimensiones infinitas.

Resulta interesante imaginar esa catarata como parábola del engendramiento del Hijo. Una mera imagen finita para tratar de comprender una realidad metafísica infinita. Esa extensión espacial de la imagen nos llevaría a hacernos una idea de la extensión ontológica (en realidad, intensidad) de lo que es el engendramiento del Hijo. El siguiente paso para completar esta imagen, sería imaginar esa cascada física como catarata no solo circular, sino esférica; una esfera infinita.

Jesús usa el lenguaje parabólico muchas veces. Dios usa la comparación para referirse a sí mismo, al hablar de Palabra hablada, de Aliento. Parábolas a través de palabras y parábolas a través de imágenes: la imagen de una paloma, la imagen del fuego en Pentecostés. Si esas comparaciones las leemos a través de los concilios trinitarios de los primeros siglos, y esa doctrina magisterial la profundizamos a través de la obra de santo Tomás de Aquino, entonces, podemos pintar un cuadro que sea una gran parábola trinitaria. El cuadro visual que podemos formar con esa teología es lo más grande que hay. Lo más grande que hay en el universo (pues está en él), pero que lo trasciende. No será la

Parábola de los Talentos o la Parábola de las Vírgenes Necias, sino la Parábola acerca de sí mismo. Aunque todas y cada una de las parábolas del Evangelio nos ofrecen un pequeño fragmento, otro pequeño detalle, acerca del Autor de todas las parábolas.

Al final, el Evangelio, con la glosa de todo el Nuevo Testamento, leído a la luz de los concilios, y profundizado con la teología posterior, nos permite pintar este impresionante mural del Origen desbordándose en dos cataratas. Un mural en el que las imágenes son contenedoras de teología. Una pintura en movimiento que expresa no solo conceptos, sino conceptos conexos y dotados de vida. ¿Se podía haber plasmado esto en el tímpano de una gran puerta catedralicia? Sin duda, sí. Este Magno Misterio cabe incluso en un capitel de un claustro.

Pero, aunque todo pueda esculpirse en una superficie de dos palmos de longitud, no resulta fácil plasmar en piedra la vida trinitaria como dos imponentes cataratas infinitas. La piedra del centro de una portada gótica puede esforzarse por expresar lo que es una cascada esférica, el Hijo, que se desborda hacia un centro que nunca se llena; y cómo, de esa cascada, más hacia el interior, se forma una segunda cascada, el Espíritu Santo.

Pero esta construcción de conceptos se expresa mucho mejor en un escrito que con la piedra tallada. Resulta impresionante pintar en la propia mente, con todo detalle, el cuadro de estas dos cascadas (la filiación y la espiración) como dos cataratas consecutivas de Ser Infinito desbordándose hacia el interior del seno de Dios. Dos cascadas descendentes y concéntricas: las aguas infinitas de la Cascada de Conocimiento que se desbordan incontenibles en forma de una segunda cascada, la catarata de la espiración del Espíritu Santo.

Ya imaginemos estas cascadas de un modo lineal, circular o esférico, lo cierto es que son dos corrientes divinas sin fin ni

principio. La Tercera Persona es un Hálito, un Aliento (*Spiritus*), que sale-surge-brota-emerge tan sin fin como el Río (Dios-Hijo) del que he hablado.

Si hablamos de dos cataratas, se puede hablar de dos ríos. Sin duda, se puede hacer. Pero observemos que las mismas razones por las que la Escritura escogió referirse al Hijo como “Palabra hablada” (*Logos*) frente a “Río” valen para la Tercera Persona: de nuevo se quiso privilegiar un término que indicase total unión, total dependencia. Incluso expresar eso con la imagen de un cordón umbilical implicaría demasiada independencia: como si, entre las dos Personas, tuviera que haber un canal, el cordón umbilical. Mientras que la Palabra-hablada obtiene todo su ser de la Boca. La Palabra sale entera de la Boca. Lo mismo es válido para el Aliento.

Por eso, en el Nuevo Testamento, se privilegiaron los términos *Logos* y *Pneuma* frente a otras comparaciones posibles. Dejando bien claro, en la Biblia, que ese *Logos* es un Hijo, no una fuerza o una energía. Y lo mismo suceda con el *Pneuma*, al que san Juan le coloca un artículo masculino, a pesar de ser una palabra, en sí misma neutra. Con eso quiere indicar lo mismo, es un Ser Personal.

Al escoger el término, “palabra”, se quiso indicar el aspecto de conocimiento. Pero el término griego referido para “palabra escrita” hubiera expresado esa independencia de la que antes hablaba y que se quiso evitar. Usar para el Hijo el concepto de “palabra escrita” hubiera significado la ruptura de ese “fluir en unión”, no hubiera expresado ese “surgir en dependencia”.

Escogiendo el término, “aliento”, se indica, del mismo modo que antes, siguiendo el mismo tenor simbólico, la conexión con la boca, en este caso la Boca de Dios. El término “aliento” posee

semánticamente una connotación de “vida”. De hecho, obsérvese que uso el uso el verbo “espirar” y no “expirar”. El primer verbo significa “exhalar”, el segundo significa “exhalar el último aliento”. De ahí que *pneuma* expresa “vida”.

Al unir el término “santo” a la palabra “aliento”, se quiso indicar el aspecto sobrenatural de esta Persona. Si algo podemos afirmar de esas dos cascadas del Ser es el conocimiento y la santidad; así quiso revelarlo el Señor al hablarnos de sí mismo.

Otro aspecto implícito que nos revelan estos términos del Nuevo Testamento es que si la Tercera Persona es santa, necesariamente lo tienen que ser las otras dos, aunque no sea necesario repetirlo cada vez: Padre Santo, Palabra Santa. En el caso del Hálito sí que era conveniente dejar claro que no era una mera fuerza, algo impersonal. Desde un punto de vista meramente literario, sería menos bello tener que repetir la palabra “santo” cada vez que se los nombra. Pero, sin ninguna duda, el Origen Santo da lugar a una cascada de Conocimiento Santo.

Además, el que para referirnos a la Tercera Persona hagamos uso de un binomio –en este caso, hálito + santo– no resulta algo excepcional, pues para referirnos a la Segunda Persona también se usa un binomio: Palabra + Hijo; aunque no se usen formando una fórmula unitaria. Pero, en el fondo, el lector del Evangelio sabrá que la Segunda Persona es el Hijo que es Palabra, o la Palabra que es Hijo.

Observemos que en el interior del seno de Dios no hay nada externo, nada adicional, a estas dos cascadas. Todo lo que el Padre tenga que decir al Hijo, todo su amor, todos sus sentimientos, están incluidos en ese acto simplicísimo de la generación. Nada se añade a ella. En la generación-rebosamiento está todo. En esa cascada de conocimiento santo está todo lo que

le tiene que decir, todo el afecto. En esa cascada de Ser, están presentes todas sus caricias de Madre. No es que le dé el Ser y, además, le diga que le quiere. Todo se halla presente, siempre presente, en esa cascada de generación.

Cascada que la identificamos como Logos por ser un desbordamiento de sabiduría-conocimiento, pero que es un conocer acompañado de amor. El Logos no surge de la catarata, **la misma cascada es el Logos**. Esto es muy importante entenderlo, porque no hay mediaciones: **El mismo acto de rebosar del Origen es el Logos**. Nos solemos fijar en un aspecto proveniente del significado de Logos, el del Conocimiento. Porque semánticamente ambos significados van incluidos en el significante. Ahora bien, aunque nos fijemos en ese aspecto, conviene tener presente que la primera catarata es una Catarata de Conocimiento-Amor, no es una fría y gélida catarata de conocimiento sin afecto, sino una Cascada de Saber y Ternura. No olvidemos que, en el Ser Infinito, el conocimiento y el amor son una misma y única cosa. Ciertamente que tenemos que identificar a las Tres Personas de alguna manera y eso nos obliga a resaltar alguna característica.

También es cierto que si, en las Escrituras, Dios resalta una característica entre todas al referirse a cada Persona Divina, no lo hace sin una buena razón. Pero no es cierto que el Logos sea solo conocimiento sin amor. De igual manera que el Amor de la Tercera Persona no está exento de conocimiento.

Si en la cascada está todo lo que el Padre quiere transmitir al Hijo –su afecto, su amor, lo que le tiene que decir, sus caricias, sus conversaciones de padre amoroso–, del mismo modo, todo lo que siente el Hijo por el Padre, todo lo que quiere decirle, está incluido en la cascada que va del Hijo al Padre: y esa cascada es el Espíritu Santo. Nada se añade a la espiración, a esa espiración que surge del Padre y del Hijo. En esa generación y en esa

espiración está todo. Todo lo que quieren comunicarse las Tres Personas, toda su ternura y cariño, está incluido en esas dos cascadas de la generación y la espiración.

Por supuesto que todo está contenido de forma simplicísima. Antes he dicho que, entre ellos, hay “conversaciones” de amor, es un modo de hablar, porque la comunicación entre Ellos no es discursiva. Es como cuando he hablado de “caricias”. Son modos de hablar. Todo está contenido en esa impresionante catarata divina. Todo el amor del Cantar de los Cantares está contenido en esa catarata. Una cascada que no son palabras, sino hechos. No son palabras de amor, sino hechos de amor. Y lo repito: esa catarata es el Hijo. Porque no hay partes, no hay intermediaciones, no hay fases. El Hijo es el desbordamiento del Padre.

El hecho de ser generado causa cariño tan infinito hacia el Padre que es lo que provoca esa cascada que, unida a la reacción de amor del Padre hacia el Fruto, es lo que suscita la aparición de la Tercera Persona. No hay otra forma de expresar estas cosas que haciéndolo una detrás de otra, pero esas dos reacciones de amor son simultáneas.

Ser y obrar se identifican en Dios a nivel intratrinitario. En las pinturas de las catedrales, siempre se dibuja un “canal” entre las Tres Esferas Divinas. Pero no hay una cascada en medio de las Esferas. La cascada de Ser es el Ser transmitido. La Primera Catarata es el Ser del Hijo.

Podemos visualizar los Dos Torrentes –el del Logos y el del Pneuma–, pero el Origen es más difícil de imaginar. Además, el Origen-Fundamento-Fuente no es más grande (ontológicamente) que los otros dos. Podemos visualizarlo como Roca o como Montaña, pero la tarea no está exenta de dificultades que hacen comprensible que se opte por representarlo como un venerable

anciano con una poblada barba blanca. Es decir, se opta por resaltar su característica de paternidad de esa manera, a costa de humanizar la imagen con la que se le representa. ¿Hay algo malo en ello? De ninguna manera, plasmar significa optar.

En el mundo material, aquí en la tierra, una catarata solo posee un sentido de movimiento; es decir, únicamente se mueve en una dirección, de arriba abajo. Pero, en el caso de la Trinidad, podemos imaginar esa cascada como un flujo que sale del Padre, pero también hay un flujo que sale del Hijo y que va hacia el Padre. Además, la imagen de dos cataratas consecutivas tiene el inconveniente de que la Tercera Persona puede parecer una mera copia de la Segunda. ¿Cómo mejorar la comparación precedente? Una imagen muy bella que puede resaltar la especificidad de la espiración es que, cuando hay una cascada de dimensiones masivas y muy alta, al caer el caudal, se forma una nube permanente. Tan permanente como es la catarata, así lo es esa nube que surge de ella. Nube que no solo rodea a la caída de agua, sino que asciende hasta el punto de origen de la cascada.

Esta imagen es muy adecuada, porque esa nube encaja mejor en el concepto de aliento. La catarata se vuelve inmaculadamente blanca, la nube aparece con un candor igualmente puro. Y la Nube del Espíritu Santo va del Hijo (la Catarata) al Padre (el Origen de la Catarata) de forma incesante. Esta imagen tiene la ventaja de expresar al Hijo saliendo del Padre, y al Espíritu Santo saliendo del Hijo hacia el Padre²⁴.

²⁴ No es mera poesía descubrir este mismo proceso en el infierno. Es decir, la paternidad del Diablo se transmitió a otros seres, sus hijos. Y de esa sociedad surgió un hálito de muerte. No hablamos, como en el caso de la Trinidad, de transmisión de un solo Ser. Pero sí que hablamos de transmisión de un modo de ser.

Y así como de la pluralidad de las Dos Personas surge un Aliento de Vida, de la pluralidad formada por el Padre del Mal y de sus hijos surge un aliento de muerte que

la cuestión del filioque



Si usamos la imagen de las tres esferas formando un triángulo, aparece la elaboración teología occidental de que el Espíritu Santo es espirado por el Padre y el Hijo. Si usamos la imagen de las esferas concéntricas, aparece la elaboración oriental de que el Padre espira al Espíritu Santo a través del Hijo. El Ser del Padre espira al Espíritu Santo a través del Hijo: no hay otra posibilidad, porque el Padre le ha comunicado al Hijo su único Ser. Si hubiera dos seres, serían dos dioses. De manera que no hay otra manera de espirar al Espíritu Santo que a través del Hijo. Ahora bien, como el Hijo comparte todo el Ser de Dios, eso significa que el Espíritu Santo recibe su Ser del Padre y del Hijo. Desde un punto de vista lógico, no hay otra posibilidad: la Tercera Persona procede con plena igualdad y simultaneidad de la Primera y de la Segunda.

La opinión de los autores del oriente ortodoxo de que es el Padre el que engendra al Hijo y de que es el Padre el que espira al Espíritu Santo debe combinarse con el hecho de que el Ser del Padre fue completamente compartido con el Hijo: por tanto, ya no sería posible que el Padre, en exclusiva, le diera algo a la Tercera Persona, algo que no estuviera otorgado al Hijo. No existe ni un Ser ni algo del Ser que el Padre se haya reservado para dárselo a

invade toda esa sociedad. Ese aliento de muerte no es una persona, pero se cierne sobre ellos. Del mismo modo que de una pira se exhala un olor de putridez, así del infierno se exhala esa niebla de desilusión y desesperanza, esa atmósfera de que no vale la pena vivir.

No es mera poesía, la vida intratrinitaria tiene su paralelismo en el proceso infernal. El Diablo tuvo una verdadera paternidad; y, mientras haya historia, sigue engendrando, alimentando (espiritualmente) y cuidando de su prole. Y la reunión de condenados no es una mera adición sin más, sino que de todos ellos surge esa atmósfera pesada y densa. Los réprobos, al conocerse, se odian. De la unión y suma de todos los odios, aversiones y malquerencias del averno es de donde surge esa atmósfera general pútrida; que, en algunos trechos del infierno, se torna venenosa e irrespirable, allí donde los odios se hacen más extremos.

la Tercera Persona, la donación al Hijo fue total. Luego la Tercera Persona para ser distinta tiene que surgir de la interacción de las Dos Personas; porque, de otra manera, ya no quedaría nada distinto que darle.

Algunos autores orientales afirman que eso del Ser es un mero concepto abstracto y que lo que, realmente, existe es el Padre. Pero si eso fuera así, habría tres seres y, por tanto, tres dioses. La única posibilidad lógica para que haya un solo Dios es que haya un solo Ser compartido.

Además, el Ser Infinito solo puede ser compartido de forma entera, no puede ser repetido, es imposible; tampoco puede ser partido ni compartimentado. El Ser Infinito se comparte en plenitud o no se comparte. El ser de los entes finitos se individualiza por la forma o la materia. Eso, en el caso de Dios, es imposible. La Esencia del Altísimo es su existencia, la forma del Todopoderoso es su Ser: no hay composición. El constitutivo formal de la Sustancia Divina se identifica totalmente con lo que Él es. Ni siquiera su Ser fluye de su Esencia, su Esencia y su Ser se identifican.

El resultado de esta unicidad del Ser es que la Tercera Persona solo procede de las otras dos Personas en perfecta simultaneidad, sino también en perfecta igualdad. Pensar de otra manera implicaría considerar que el Padre tiene un Ser (otro Ser) que no se comunica al Hijo, que se lo guarda y que se lo confiere al Espíritu Santo sin dárselo al Hijo. Pero el Padre no tiene otro Ser, solo hay un Ser subsistente; y la donación del Padre es plena. Solo hay un Ser y no se puede fraccionar.

Cierto que el Padre espira al Espíritu Santo a través del Hijo, en cuanto que el Ser del Hijo proviene del Padre. Pero sería inexacto pensar en el Hijo como un mero medio, como un mero canal, ya que el Hijo espira al Espíritu Santo tanto como el Padre.

La Tercera Persona es espirada con perfecta igualdad, simultaneidad e intensidad por el Padre y el Hijo. La Tercera Persona es fruto de las otras Dos Personas y solo puede ser fruto de los Dos. Metafísicamente no hay otra posibilidad.

compartir la felicidad con otros



Dios era feliz, estaba pleno, no le faltaba nada. El Padre se desborda hacia dentro, hacia su seno; no hacia afuera, no hacia lo externo a sí mismo. El mismo Ser Divino únicamente puede desbordarse hacia dentro. Hacia afuera únicamente puede hacer partícipe, en algún grado, de ese Ser. Hay una diferencia radical entre el desbordarse del mismo Ser Divino, a participar su Ser en algún grado. En el primer caso, el rebosar de ese Ser no puede ser evitado, su mismo Ser actúa, y actúa generando conocimiento y amor. Es imposible que no sea así.

Mientras que la participación parcial de ese Ser es un acto de su Voluntad. El Creador derrama algo de su Ser hacia afuera de sí mismo. Pero no puede multiplicarse a sí mismo. No será necesario repetir aquí la admirable metafísica de santo Tomás de Aquino de por qué la Esencia de Dios (al no tener materia que la individúe) resulta irrepetible.

Lo interesante es que ese Ser Infinito nos haya revelado que no puede evitar el desbordarse interiormente²⁵. Si se me permite

²⁵ También un ser infernal, por ser con esos accidentes, por ser en esos accidentes, no puede evitar desbordarse en un obrar infernal; aunque ese obrar sea solo pensar y querer, sin hacer nada externo. La diferencia es que el obrar Divino en su seno produce otra Persona, mientras que el obrar infernal interno se queda en el seno de su persona sin producir otra persona. La otra diferencia es que el obrar del sujeto que acabó en el infierno sí que era libre y no inevitable, las procesiones divinas son inevitables. Pero, una vez que la voluntad demoniaca es irreformable, el estado infernal es un desbordamiento de ese ser que resulta inevitable.

la expresión, diríamos que el vaso del Ser, por su mismo obrar, rebosa. Y rebosa en forma de Logos y de Pneuma, en forma de Palabra Hablada y de Aliento Santo. Es decir, la Fuente se desborda en forma de dos corrientes, pues tanto la palabra humana como el aliento humano son dos torrentes que corren, que discurren, que salen.

Dios al sacar-entregar-conceder fuera de sí parte de su Ser, da lugar a una creación, a la aparición de un ser finito²⁶. Ese rebosar hacia afuera supone un acto libre de su voluntad. Cierto

Resulta evidente el paralelismo entre desbordamiento en el seno de Dios y desbordamiento del obrar dentro de ese ser infernal: obras que son pensamientos, afectos, actos de voluntad, imaginaciones, enfados, envidias, remordimientos inútiles... Se dirá que el desbordamiento interno divino es inevitable, mientras que el demonio es libre. Cierto que es libre. Pero, una vez que es irreformable, no puede evitar que sus potencias se desborden en actos malignos.

De algún modo, la procesión del Hijo (Conocimiento) y del Espíritu Santo (Querer) se repite a nivel unipersonal como desbordamiento de conocimiento malo y de un querer malo, quedando todo eso en el seno del sujeto demoniaco. Las malas obras externas tendrían su paralelismo en los actos creadores divinos.

²⁶ El binomio **Ser Tripersonal y creación** encuentra su paralelismo con el **ser demoniaco y sus obras externas**. Antes hemos visto el paralelismo entre vida interna divina que lleva a las **procesiones divinas**, y la vida interna demoniaca y los **desbordamientos malignos** que tienen lugar en el propio seno del sujeto. El otro binomio paralelo es el que existe entre Dios **rodeado del cielo**, entendido este como la sociedad de los bienaventurados, y el demonio **rodeado del infierno**, es decir la sociedad de los condenados que le rodea. No olvidemos que cada demonio, en cierto modo, se ha hecho dios para sí mismo. Cada demonio se considera centro de todo. Cada condenación eterna implica una idolatría del propio yo. Para cada demonio, el centro del averno es él mismo, aunque tenga, por obligación, que someterse a otro yo, el de Satán.

Los tres binomios divino-demoniacos muestran tres admirables paralelismos. Entender mejor a la Trinidad supone comprender mejor la vida de cada condenado.

Veo muy difícil que un alma sencilla sin mucha formación pueda llegar a leer hasta la presente página sin aburrirse soberanamente y no arrojar con saña, lejos de sí, el libro por soporífero hasta el hastío. (No descarto que el demonio le tiene a ello.) Pero si ha llegado hasta aquí, esa alma cándida puede llegar a pensar que lo que he dicho de los tres binomios divino-demoniacos es blasfemo. Y tiene razón, la vida interna demoniaca es la versión blasfema de la vida intratrinitaria. La mera existencia de un demonio es la existencia de un ser blasfemo. Si el Ser resplandece de gloria, y el mismo Ser es Gloria, el ser demoniaco emana blasfemia y él mismo es una blasfemia viviente. No se puede vivir infernalmente sin odiar a Dios.

que la Creación es un modo en el que rebosa la felicidad divina²⁷, cierto que la efusión de existencias desde el Ser Divino es un desbordarse de su amor. Sí, es verdad que la catarata de seres finitos, una cascada generosa y llena de poder, hay que entenderla desde la contemplación de la vida intratrinitaria. Eso es así. Pero la diferencia entre la impresionante catarata creacional y las dos Cataratas Internas es infinita.

Tanto la catarata finita como las Cataratas Internas tienen un carácter de donación²⁸. En ambos casos, se quiere hacer regalo de la consciencia y de la felicidad. El Padre se desborda, el Hijo se desborda; y el Espíritu Santo rebosa amor hacia las otras dos Personas. Toda la acción de la Tercera Persona se vuelca hacia sí mismo, hacia el Padre y hacia el Hijo. El Espíritu Santo se conoce a sí mismo y se complace, y conoce y ama a las otras dos Personas. Y, en ese sentimiento de amor, surge la decisión: “¡Creemos otras personas que sean conscientes y que sean felices!”. Para ser feliz se requiere ser consciente, para ser

²⁷ También el infierno existe por un desbordamiento de felicidad divina. Muchos consideran que el infierno únicamente existe como prueba de su gloria, su glorificación a través de la Justicia que brilla en el averno. Pero, aunque también glorifica a Dios, existe como desbordamiento de su amor.

Alguien añadirá: “Sí, amor, pero con justicia”. Ciertamente, pero no hay más justicia en el infierno que en el cielo. De hecho, si viéramos el interior del Ser Infinito, comprobaríamos que en Él hay tanto amor por sus hijos en el cielo como por sus hijos en el infierno, aunque los efectos sean tan distintos. Cada uno de los seres que existen, existe como puede existir.

El condenado existe como puede existir inmerso en ese estado. Eso implica muchas variantes, y cada una de esas variantes es dinámica, cambia con el tiempo; y se pasa de una variante a otra. Y las distintas variantes de condenación que es cada réprobo entran en contacto unas con otras, se influyen, interactúan, en cierto modo, se combinan. Lo mismo es válido para el cielo.

²⁸ Se tiende a pensar en el cielo como regalo y en el infierno como imposición. Pero tanto el cielo como el infierno son donación. También se piensa en el cielo como felicidad y en el infierno como sufrimiento. Esto es correcto, pero resulta más completo afirmar que el primer estado es “visión beatífica” + “felicidad sobrenatural”, mientras que el averno es una mezcla de “felicidad natural” + sufrimiento.

consciente se requiere ser persona²⁹. Las Personas crearon otras personas. La Consciencia Suprema creó otras consciencias. La Libertad Suprema creó seres libres³⁰.

Dios decidió crear seres que compartieran su felicidad. El Omnipotente compartió. El Señor nos enseña a compartir porque Él compartió. Él no tenía nada para compartir, junto al Ser no había nada. Así que dio lo único que “tenía”: el ser. El Ser se compartió del único modo que podía hacerlo: en algún grado. El Ser se comparte como ser. Puede parecer un poco atrevida la expresión, pero Dios se da a sí mismo. Ya que es metafísicamente imposible hacer una copia de su Esencia, pues no hay materia que la individúe, se da a sí mismo del único modo que resulta posible: otorgar el ser en un grado. No es que el Omnipotente quiera limitar, es que otorgar el ser implica otorgarlo en un grado. Su Voluntad no es limitar, pero dar supone dar de un modo determinado³¹.

²⁹ Es tristísimo darnos cuenta de que cada condenado vive en el averno con perfecta consciencia. La consciencia no está narcotizada y el sujeto siente de modo pleno. Parece increíble que ese sufrimiento no pueda partir a la persona. Es decir, que el peso del sufrimiento no pueda llegar a hacer estallar ese ser, que no pueda quebrantarlo hasta el punto de que el mecanismo del sufrimiento quede roto.

³⁰ El Ser como Libertad solo puede estar a favor de la libertad de sus creaciones conscientes. Esto vale para la historia humana, pero también para la historia del infierno que continuará durante siglos sin fin. Los demonios están encadenados, pero a sí mismos. La Libertad Infinita vigila, cuida e interviene para que el ansia perenne que tienen los malos por encadenar a otros residentes del infierno sea obstaculizada e, incluso, impedida.

³¹ Tremenda situación para Dios la que se da antes de crear un ser libre y saber que, si lo despierta a la luz de la consciencia, irá al infierno. La alternativa es o crearlo, sabiendo que acabará allí, o no crearlo. Despertarlo a la consciencia y tener esa existencia doliente, o no despertarlo nunca de la nada. En realidad, no se “despierta” a nadie, porque todavía no existe un alguien.

De ahí que estaba el Omnipotente otorgando modos determinados de existir en el averno al decretar: “Tú sal de la nada, tú no saldrás de la nada”. A nadie lo predestinó al tártaro. Pero sabía que otorgarle la existencia era otorgarle esa existencia.

Dios nunca se sintió solo. La creación de un mundo angélico y del mundo humano no le aportaba nada. Cuando veamos en el más allá (si nos salvamos) lo que es la felicidad divina, comprenderemos por qué era imposible que Él fuera más feliz. Si nos creaba y le amábamos, nosotros seríamos los beneficiados, no Él.

Dios quería hacer partícipes a otros seres de su felicidad. Esa afirmación sigue siendo válida para todos aquellos que mantiene en la existencia; y seguirá siendo válida durante toda la eternidad. La felicidad implica otorgar el libre albedrío. Dios sigue otorgando el libre albedrío a todas las personas que existen, salvas o condenadas. Antes de crear a nadie, sabía que si les daba libertad, era con todas las consecuencias. Únicamente se puede otorgar la libertad con todas sus consecuencias.

El tiempo de prueba permitía a los espíritus el mejorarse, crecer, forjar virtudes. Solo hay un Ser en el que el ser metafísico concuerde con su bondad moral. Solo hay una Esencia en la que Ser es igual a Santidad. Para los demás, la bondad moral deberá construirse a partir del ser. Y esa bondad no es ni puede ser un acto de creación, sino de libertad. Un acto de libertad compuesto de muchísimos actos, de miles y de millones de actos, años de decisiones, de incremento de la bondad. Resultado de todo ello es que se alcanza un determinado grado de bondad. Una bondad moral que sobrepuja cualitativamente a cualquier bondad metafísica que pueda existir en un ser. Con toda verdad, el Padre Celestial puede decir a un hijo queridísimo suyo: “Vales más que todo el Universo”. Todo el universo material no se puede comparar al amor de un hijo por su Padre Eterno.

Y esa transformación personal, libre, permanecería en el transcurrir de los siglos. El peligro era que algunos se malignizaran. En abstracto sabía que eso podía suceder. En concreto sabía que eso iba a suceder. Dios ya sabía perfectamente

el infierno que iba a surgir si realizaba esa donación. Lo conocía con todos sus detalles. Conocía el nombre de todos sus moradores. Sabe cuál será el rostro del último hombre que será condenado. Cuando su madre le acaricie, le dé de mamar su pecho y le cante con cariño, Dios contemplará la escena sabiendo: Él será el último condenado para toda la eternidad. Pasarán los siglos de los siglos, repitiéndose: “Yo fui la última alma que cayó en el Abismo”.

La posibilidad de la aparición del mal nunca fue un error en los planes divinos. Los designios divinos son tan puros e inmaculados como lo fueron al principio. Pero Dios quiso otorgar el don de la existencia, la felicidad de existir, incluso al que se torciera.

- A. Ni Dios es culpable de haber cometido el Mal por haberlo permitido.
- B. Ni el infierno escapa al poder de Dios, como si Este fuera débil.

Ni la Mano de Dios cometió el Mal ni el infierno escapa a su Mano por los siglos. El querer divino ni es culpable ni es débil.

La realidad, afirmada con la precisión de una formulación matemática, es la única posible dado que Dios es Bueno, y dado que ha otorgado la libertad, verdadera libertad: Dios nunca ha querido ningún mal, la libertad humana es verdadera. La realidad se mueve en la franja existente entre estas dos verdades. El infierno es una realidad estática (en cuanto eterna) y dinámica (en cuanto que es vida y tiene variaciones). El infierno es una realidad que existe y se mueve en la franja entre la Voluntad Santa (que no quiere ningún mal) y la voluntad irremisible (que no puede cambiar). Pero ni Dios es culpable ni es débil. Al mismo tiempo, el alma ni quiere ni puede cambiar.

Sin poder salir de dentro de la palma de Dios

la boca que segrega veneno

¡Cómo has caído del cielo, brillante hijo del amanecer!

Isaías 14, 12



el diablo engendrador

El Gran Dragón fornicó con otros albedríos y concibió. Incubó cientos de miles de huevos en su seno, en el calor de su odio. No fue una gestación breve. Cada una de las fases del crecimiento debió llevarse a perfección. Cuando se consumó la petrificación del corazón de cada uno de sus hijos, eclosionó una nueva raza de seres espirituales. Nunca antes se había visto esa estirpe de criaturas: los demonios.

Cada uno de ellos era fruto de la unión antinatural entre Lucifer y una voluntad. Cada una de esas voluntades se dejó acariciar por el Maligno. Cada una de ellas permitió que le abrazara. No hubo en todo ello nada carnal. Primero fue un acoger en el entendimiento las razones de la Serpiente. Después fue un dejarse abrazar por la belleza de ese espíritu. Por último, recibieron las semillas de ese odio, semillas rodeadas de fuego.

No todo era locura en Lucifer, estaba dotado de razones. No todo en él era deformación, también era bello. Ese furor salvaje por la libertad. Ser como Dios, ser totalmente libres. Probar un licor prohibido, experimentar el fuego del deseo de ser dioses.

Invadidos con esas semillas de hierro y fuego se produjo la embriaguez de la propia divinización. Cada huevo cobijó el

desarrollo de un nuevo ser. Qué débil parecía el sometimiento a un Creador que se veía como un anciano frágil, frente a esas semillas duras, férreas, que iban forjando una coraza de fuerza alrededor de cada espíritu angélico rebelde. Las semillas en el interior del espíritu se ramificaban y daban nuevos frutos oscuros, pero que tenían un sabor completamente nuevo.

Lucifer cambió en este proceso. Se fue convirtiendo en la Magna Anaconda. Sus huevos maduraban en su seno, pero ella misma iba completando su propia transformación. Por primera vez experimentó la paternidad. También él era un dios con sus propias criaturas. También él las había modelado a su imagen.

La Libertad fue el gran grito de rebelión. No buscamos el mal de nadie, solo queremos ser autónomos, romper nuestras cadenas. Pasar de ser siervos a ser señores de nosotros mismos. Alguno, en su febril embriaguez, llegó a pensar que, tal vez, al romper esas ataduras morales, se convertiría en un Dios en pequeño. ¿Qué pasará si quebranto estas ligaduras de amor que me aprisionan? Ligaduras de eso que llaman amor, obediencia, adoración.

Alguno llegó a exclamar que Lucifer era la Cuarta Persona de la Trinidad. ¿Llegó él mismo a creer tal cosa siquiera por un momento? Lo cierto es que Lucifer se había transformado, lentamente, paso a paso, en algo que no era lo inicialmente previsto. Pero acabó por aceptar su propio aspecto, su propio interior, sus propios afectos. Le habían engañado: el Bien era el Mal, y el Mal era el Bien. Se contempló a sí mismo, aceptaba lo que veía. También él era padre, también él había salido del Ser Divino. En su seno había más huevos, más gestaciones. La libertad se mostraba multiforme en sus variantes.

No todos los huevos eclosionaron mostrando una nueva criatura. Algunos de esos huevos nunca se abrieron en su

momento de madurez, sino que los espíritus de su interior, medio formados, se escaparon de ese seno leviatánico. No todos los rebeldes culminaron la metamorfosis. Para ellos los arrepentidos comenzaba la dura labor de, primero, retroceder tímidamente; después la tarea de buscar cómo salir de allí; de alejarse cada vez más rápido. Entendían que había que huir con celeridad de los linderos de ese camino de mutación. Si no se daban prisa, si se adormecían, la inercia de su nuevo “organismo” espiritual arrastraría su voluntad.

Comenzaba para ellos la ardua tarea de expulsar, vomitar, exudar, gota a gota, todos los tóxicos contenidos en sus espíritus. Había que darse prisa: en ese estado de debilidad, cualquier ola les arrastraría mar adentro. En ese estado de postración, era fácil dejarse arrastrar, dejarse vencer, y abandonar la playa del arrepentimiento. Abandonarla siendo arrastrados adonde no harían pie. Era duro. Pero si triunfaban, si daban débiles pasos hacia la luz, tendrían toda la eternidad para decirse a sí mismos: “Si hubiera seguido unos pasos más allá en aquel desdichado camino, mi transformación hubiera sido irreversible”.

El Gran Dragón había inoculado lascivia espiritual en muchedumbres de albedríos angélicos y había recogido su cosecha. Después vendría una segunda fornicación de Lucifer, esta vez con una nueva naturaleza: la de los humanos. También lograría que algunos de esos “mamíferos con alma” –como los llamaba con desprecio– se convirtieran en hijos suyos. También lograría que algunas de esas almas entraran en su oscuro seno de serpiente y fueran gestados hasta lograr la versión infernal de los humanos. La Anaconda parió hombres-demonios, hijos de Dios perfectamente demonizados. Algunos hombres, no sin esfuerzo, llegaron a ser estirpe de Belcebú.

Los dos partos, el de los ángeles diabolizados y el de los humanos satanizados, fueron partos dolorosos. En el primer parto, en el que parió a los espíritus satanizados, las lágrimas de tormento y rabia, los aullidos, llenaron el cielo. Los bramidos de dolor espiritual provenían del engendrador y de los engendrados.

En el segundo parto, en el que parió a los hombres-demonios hubo sangre, verdadera sangre; y dolor, mucho dolor. Belial se sintió complacido: ímprobos habían sido los espasmos de los partos, pero las dos estirpes se habían establecido, se había logrado alcanzar el punto de no retorno. Nunca estaría solo. Fuera cual fuera su destino, millones de seres le acompañarían.

satán mirando a su creador



Milenios después de la escena anterior. Yo y Dios, frente a frente. Mi silencio frente a Él. Le veo a través de un velo. Las veladuras me permiten contemplarle como un sol ardiente. No es justo: le escudriño a través de ese velo, sabiendo que Él me ve tal cual soy. Sé, bien lo sé, que ve hasta lo más profundo de mis pensamientos. No es justo, no es una relación equilibrada.

Tras un largo silencio, le dije exasperado a mi Creador, pero tratando de que no se notara demasiado que estaba al límite, de que estaba a punto de estallar en un ataque de nervios:

–Me quiero marchar.

–Nada te lo impide.

Me callé, sabía que era verdad. Él siempre respondiendo con esa serenidad, con ese dominio.

–Quiero marcharme totalmente, del todo.

–Puedes alejarte cuanto quieras.

Yo sabía que podía apartarme de Él sin límite alguno. Nuestro mundo espiritual no tiene fronteras. No hay fronteras donde no hay espacio. Pero, por muy absoluto que fuera mi apartamiento, Él seguiría escuchando mis pensamientos, viendo mis imaginaciones. Él seguiría manteniéndome en el ser. Yo no tengo intimidad frente a Él. También esa es otra opresión. Me invade, tengo derecho a defenderme.

Fui a decirle algo... pero era inútil. No es fácil dialogar con Alguien que sabe lo que le vas a decir. No es fácil conversar con Aquel que ya sabe el final de la conversación. No es justo. Es una relación demasiado desigual. Además de que no quiero tener ninguna relación, únicamente quiero marcharme. Pero, al final, me quedo embobado, mirándole, incubando mi resentimiento.

Yo no tengo dos ojos como los pobres mamíferos humanos. Mi visión va más allá de esas limitaciones. Miro al infierno, sí. Pero también miro a Dios simultáneamente. Si mis súbditos se apercibieran de que no puedo dejar de mirarle... se sentirían defraudados. Pero es así. Por rabia, por lo que sea, pero mi visión no se aparta de ese Sol que me atormenta. Es mi tormento, pero mis ojos se van hacia ese centro luminoso. Mi mente no puede dejar de incubar pensamientos, sentimientos, acerca de Aquel que evita que vuelva a la nada.

He aprendido a desear la Nada. He aprendido a verla como un lecho cálido y mullido en el que sumergirme en un sueño del que no saldré. Hay temporadas en las que no deseo otra cosa que ese lecho. Hay temporadas en las que el único reino que codicio es esa cama, inmensa, la más mullida de todas. Otras veces deseo estar despierto, aunque solo sea para poder seguir odiando, sobre todo para eso.

Otra vez me sumo en el silencio frente a Dios, frente a frente. Me miro a mí mismo, no necesito espejo. Veo mi feo rostro. Fui tan bello. Ahora he envejecido. ¿Por qué mi rostro se ha vuelto como el de una serpiente gigantesca? ¿Por qué mi cuerpo se enrosca sobre sí mismo? Mis anillos se deslizan sobre ellos mismos, girando con lentitud. Meto mi cabeza entre ellos, como si quisiera refugiarme de mí mismo. Envidio al niño que duerme en paz. Mis ojos no tienen párpados. No puedo dejar de pensar. ¿No dormiré en millones de años? Al menos, puedo dormir.

rumiando pensamientos



La Gran Anaconda está enroscada sobre sí misma, dormita. Trata de no pensar en nada. Está enfadada con todos, consigo misma, con Dios, con la existencia. Trata de no moverse, su pensamiento trata de no moverse, de abandonarse al adormecimiento. Sus dientes babea un veneno amarillo. Está deseando morder a algo o a alguien, inocular en alguien ese tormento interno, su propio abrasador padecimiento. Pero es mejor no moverse, seguir con la cabeza dentro de todo ese ovillo de anillos. Así pasa el tiempo.

El Tiempo se hace y se deshace. Transcurre, desaparece, permanece. Ahora no sabe si han pasado días o semanas. El infierno sigue funcionando sin la Magna Anaconda. Hay más serpientes, más pequeñas, que constituyen la jerarquía de esos moradores. Todos saben que, en el centro del averno, ella mora enrollada durante temporadas. Algún pensamiento, de vez en cuando, se musita en su interior: “Después del Juicio Final, cuando ya no haya presas, estas temporadas dormitando quiero que duren siglos”. Pasan horas, incluso algún día.

Un recuerdo se le clava, repentino, en la mente. Ha recordado lo que le dijo un arcángel cuando fue a tentar a unos cardenales. Vio al arcángel, pero insistió en seguir adelante. El arcángel levantó su mirada a lo alto y exclamó:

–Oh, Dios Invencible, Tú eres el que derrama su rocío sobre el infierno, el que deshace los huracanes del averno, el que acompaña de forma invisible al réprobo solitario que llora en un rincón del tártaro.

El Dragón resistió y quiso seguir avanzando. El arcángel dijo más cosas con ese mismo tono de invocación al Altísimo. La Serpiente se retorció. Esos pensamientos le quemaban en su interior. Llegó un punto en que no pudo más. Aquellos pensamientos le golpeaban la cabeza desde dentro. Era como si el interior de su cráneo se erizase por dentro. No podía más. Se deslizó y se marchó. Ahora ese pensamiento, que creía ya borrado de su memoria, ha aperecido, como una púa de madera clavada en el interior de su cabeza.

secuestrar a dios



Vivir aparte, independencia, autonomía es lo que desea Satanás. Odia a Dios. Si pudiera lo destruiría. Pero no tiene duda de que el ser de sí mismo procede del Ser Infinito. No alberga la menor duda de que si destruyera a Dios, él mismo –Satanás– dejaría de existir. Aun así, preferiría inmolarse si con ello lograra hacer daño al Señor. Morir haciendo daño, para él sería una buena causa; una empresa digna de tal sacrificio.

Si no matar a Dios, al menos hacerle daño. Sabe que es imposible. Aun así, se deleita en darle vueltas a lo inalcanzable, en pensar y repensar cómo sería factible lograr lo irrealizable. Se considera a sí mismo el Maestro de lo Imposible. “Todos seguían

el camino trillado de lo que se consideraba correcto –piensa–, yo intenté lo que se creía inviable”.

El Diablo se afana en buscar el talón de Aquiles, el punto débil del Todopoderoso. Se conformaría con hacerle pecar. Un solo pecado y Dios dejaría de ser Dios. Pasó con Adán, pasó con él mismo, Lucifer. La Encarnación siempre la vio como su gran oportunidad de lograr una caída de “El que no puede caer”. Su mente le decía que era imposible que Jesucristo pecara, totalmente imposible. Pero se hizo ilusiones al verlo revestido de frágil humanidad. El demonio no es mero raciocinio y solo raciocinio, también se engaña a sí mismo, a lo que se añade el hecho de que su razón se halla deformada.

Si la muerte de Dios resulta una empresa ilusoria, Satanás se complace en pensar en un Dios prisionero de los poderes infernales. “Sí, que exista para que nosotros sigamos existiendo”. Considera tan maravillosa la fantasía de un Creador encadenado que continúe existiendo como mero Motor del ser, una Fuente en manos del infierno. Mejor la existencia de un Dios Esclavo que su inexistencia. Mejor un Dios que sufre eternamente que su desaparición. En estos delirios se entretiene como un perro que roe un hueso.

Tales fantasías se suceden con la dura aceptación de la realidad. Aunque, en seguida, se repone y se repite a sí mismo con orgullo: “Dios domina allí, yo domino aquí. Él tiene su reino, yo tengo el mío”. Sus pensamientos están distorsionados porque surgen de un espíritu deformado. Su mente vuelve, una y otra vez, a roer ese hueso, esos razonamientos de rabia.

El Todopoderoso podría otorgarle una luz que le concediera ver con nitidez, pero esa nitidez se deformaría de nuevo como la nieve que cayera sobre un desierto tropical y se fundiese. La luz sobrenatural se fundiría inútil en la superficie árida y abrasadora

de su yo, porque las causas de la deformación están presentes en él.

Su voluntad no acepta ninguna razón, ninguna visión que se le concediera por una gracia sobrenatural, porque ha rechazado totalmente a Dios mismo sabiendo quién es Dios. Su yo es irrecuperable. Por puro odio, preferiría que Dios existiese para que sufriese. Es justamente la antítesis de un Dios que quiere compartir su felicidad. La voluntad del Diablo es insanable.

Dios es, internamente, una Cascada de Donación. Y la creación es consecuencia de esa Felicidad Rebosante. Frente a esa Vida Interna Divina, frente a ese Dador de vida externa, se halla esa burbuja de resentimiento, un libre albedrío insanable.

un infierno centrado en el diablo



En el poema *El Diablo engendrador*, puede parecer que presento una sociedad infernal muy centrada en un solo ser personal, Satanás. Cierto es que la rebelión fue un acto colectivo. Ahora bien, la Biblia presenta ese hecho en el Apocalipsis como muy centrado en el Diablo. ¿Por qué? Pues porque, de hecho, fue así. Esa rebelión podía no haber contado con una cabeza clara y ser un acto más coral. Pero si la Biblia lo presenta así, es que fue así. Es una consecuencia lógica de creer no solo en la inerrancia de las Escrituras, sino en que en ellas está perfectamente cuidado hasta el más mínimo detalle.

Fijémonos en el III Reich, aquella sociedad fue una sociedad demoniaca que estaba compuesta por unos 79 millones de alemanes. Y, sin embargo, fue una sociedad centrada en una sola persona, en un solo sujeto: Adolf Hitler. Hubo muchos sujetos, pero una sola figura central que actuó sobre esa sociedad como lo haría una cabeza sobre un cuerpo.

La rebelión de las glorias podría haber acaecido de muchas maneras. Podrían haberse rebelado un grupo de mil glorias de jerarquías inferiores y permaneciendo fiel todo el resto de la creación angélica, con Lucífer manteniéndose en la obediencia a Dios. Es decir, podían haberse rebelado solo unas pocas cabezas de ese mundo espiritual, pocas y todas ellas situadas por debajo de la inteligencia y el poder³² de Lucifer.

Pero, de hecho, fue alguien extremadamente poderoso, Lucifer, el que lideró esa desobediencia. No cabe duda de que, en el Libro del Apocalipsis, se insiste mucho en su centralidad. Y el Apocalipsis lo hace en consonancia con el modo de hablar de Jesús que, muchas veces, al mencionar al Diablo para referirse a todo ese mundo oscuro espiritual. Los poderes infernales se personifican en un solo individuo, del mismo modo que los soldados ingleses podían decir: “Vamos a luchar contra Hitler”. El Apocalipsis refiriéndose a él con una gran figura visual: el Dragón. Mientras que todos los demás espíritus que le siguieron son englobados de un modo tan genérico como *sus ángeles*.

En mi poema, siguiendo ese mismo tenor bíblico, he centrado mis palabras en el Dragón. Hay muchas serpientes y escorpiones, pero solo un dragón. Por supuesto que soy consciente de que tanto la rebelión como la obra de tentación a los humanos fue una obra colectiva. Cuando digo que Satán engendró, no lo hizo todo directamente él. Unas acciones de tentación y persuasión las hizo directamente, pero la mayoría fueron hechas a través de sus seguidores. De ahí que, cuando hablo del “seno de la anaconda”, debe ser entendido esto de un modo poético.

³² Un ángel no puede agarrar a otro espíritu por el “cuello” ni le puede dar un golpe físico. Así que, cuando hablamos de poder, nos estamos refiriendo a autoridad. Ya se verá en esta obra cómo la autoridad (tanto entre humanos como entre glorias) es verdadero poder, aunque no sea un poder físico.

referencias temporales en el evo



Como voy a hacer muchas referencias temporales al hablar del evo, conviene que dé unas breves explicaciones. Soy consciente de que en el evo no transcurren ni días ni semanas. Es una mera sucesión de actos de entendimiento y de actos de voluntad. El evo existía antes de que existiera el tiempo material, antes de la creación del cosmos. Y los ángeles están sumergidos en esa continuidad de actos de sus espíritus, aunque los actos que realizan en nuestro cosmos suceden en un tiempo determinado. Es como si yo meto mi mano en un estanque de peces. Mi mano puede actuar en un lugar determinado del estanque, pero yo sigo fuera. Del mismo modo, los ángeles, cuando obran algo en el cosmos, actúan en un momento del espacio y del tiempo, pero siguen fuera del tiempo. Ellos no se sumergen en la temporalidad, actúan en ella. Observan el tiempo, pero ellos siguen en una línea temporal distinta.

En el tiempo interno de un ángel, un segmento de esa línea puede ser percibido muy largo, aunque en la línea paralela del tiempo material sea muy breve, y viceversa. También nosotros, que tenemos alma, sentimos que hay un tiempo que se nos ha hecho mucho más corto y otro tiempo que se nos ha hecho muy largo.

Pero, en esta obra, para dar algún tipo de referencia de duración en el evo, permítaseme hablar con medidas temporales materiales para ofrecer algún tipo de dimensión concreta a ese continuum subjetivo que es el evo. Sirva esa explicación para cuando, en esta obra, hable de horas, años o siglos en el evo. Soy muy consciente de que en el evo no pasan ni horas ni años. Pero también para un demonio hay segmentos temporales del evo que se les hacen largos como un año para un humano que vive en la tierra. Nótese que las almas separadas del cuerpo viven en el evo

exactamente igual que las glorias. Dios no vive en el evo, sino en un eterno presente. Nadie puede vivir sin un antes ni un después más que Dios, pues solo Él carece de movimiento filosófico, es decir, de paso de la potencia al acto.

infierno atenuado o infierno excruciante



El infierno es la existencia eterna sin Dios, solo eso. Allí no hay demonios con cuernos y colmillos que atraviesen nuestras pobres carnes con fieros tridentes ni calderos borboteantes de agua hirviendo. La idea de un infierno donde el dolor es paroxístico, en todo momento, es falsa. Hay que decirlo así de claro. Dios no es un mantenedor de sufrimiento en estado puro.

¿Quién puede imaginar a un Ser eternamente feliz que mantuviese en un sufrimiento inimaginable a miles o millones de seres, durante toda la eternidad, para satisfacer las necesidades de una justicia que exige un pago en dolor? ¿Es ese estado el lugar de un sufrimiento constante como el que se siente en un inaguantable dolor de muelas, o como el sufrimiento que uno experimenta poniendo el brazo en medio del fuego? La respuesta es no. Indudablemente, así no es el infierno.

Cierto que en el infierno hay un fuego, pero es un fuego inmaterial, símbolo del dolor. Cierto que los condenados albergan un gusano que nunca muere, pero la figura visual de un gusano que carcome el interior simboliza el remordimiento. Es verdad que en esa eternidad hay momentos de sufrimiento paroxístico, como también hay momentos de depresión en los que el condenado no quiere saber nada de nadie ni de nada, cerrándose

en sí mismo, encerrándose en sus propios pensamientos, insensible a todo lo externo, durante días o semanas del evo.

Sí, existen momentos en los que el dolor llega a un nivel abrumador. Momentos en los que el fuego del dolor espiritual sobre el espíritu réprobo es acerbo como el fuego de la tierra lo sería aplicado sobre un cuerpo. Hay momentos concretos en que un demonio (que no tiene cuerpo) sufre con la rabia y la intensidad como lo haría un humano al que le metiesen su mano en mitad del fuego de una hoguera durante un minuto entero. Cierto que hay momentos u horas en los que el alma siente tal sufrimiento en el interior de su yo, que se podría comparar al hierro rusiente que un verdugo aplicara sobre nuestras carnes; sólo que en este caso el verdugo somos nosotros mismos, nuestra propia mente, nuestra propia psicología. Voy a decir un pensamiento que, por sencillo, no podemos olvidarlo: el dolor espiritual puede ser tan intenso como el dolor corporal. Por supuesto que hay sufrimientos espirituales más dolorosos que otros corporales, y viceversa.

Antes de la resurrección, el alma solo puede sufrir dolores espirituales. Después de la resurrección, su dolor seguirá siendo en exclusiva espiritual. Los dolores corporales serán excepcionales, provocados por los que allí habitan: riñas entre condenados, ataques físicos entre ellos, golpes o mordiscos. Pero serán episodios puntuales de sufrimiento corporal. Hay que rechazar como inaceptable la idea del infierno como una orgía de tridentes de acero, de puñales de filo aguzado y garras afiladas. ¿Es el infierno una región de la que se ha desentendido el Todopoderoso? ¿El Padre de esos infelices mira a otro lado?

¿Son falsas esas pinturas de los templos? No. Espiritualmente hablando, hay demonios que clavan sus recriminaciones sobre las almas sufrientes. Esas recriminaciones transpasan su alma como un tridente: “Ya ves, has acabado aquí

tú que fuiste papa en la Iglesia. Fuiste sumo pontífice y estás ahora entre el estiércol de la Humanidad”. Puede parecer que el alma se acabará acostumbrando a una recriminación así, pero los demonios ya saben muy bien qué tienen que decir a cada uno. En la tierra, un matrimonio que siempre se enzarza en las más agrias recriminaciones puede mantener el mismo nivel de convivencia sufriente, a pesar de que las recriminaciones sean las mismas, durante cuarenta o más años.

Los demonios pueden clavar esas ideas como tridentes, como garfios, como ganchos afilados y provocar verdadero dolor en la mente, en los sentimientos de un condenado. No es que las almas pasivamente sufran y los demonios activamente hagan sufrir, como si los demonios sufrieran menos y les correspondiera únicamente el papel de verdugos. En el infierno, los hombres se hacen sufrir entre sí, los demonios se hacen también sufrir entre sí, y ambas esferas se interrelacionan con sus propios espíritus deformes lo que provoca continuos roces y fricciones. Sin duda, la mayor parte del tiempo, la relación en el interior de la esfera humana y en el interior de la esfera demoniaca, así como en la relación entre ambas esferas, se mueve dentro de lo que llamaríamos una relación correcta. Los momentos de recriminación o insulto son excepcionales. Las riñas no son lo habitual.

En el III Reich, los miembros de las SS eran como hombres-demonio. Y, sin embargo, las relaciones entre ellos, casi todo el tiempo, eran correctas. Dígase lo mismo de la relación entre los jerarcas soviéticos en las épocas de mayor represión.

Hay espíritus más malignos que otros. El espíritu que se deleita en hacer sufrir a los que hay a su alrededor tiene el ardor del odio dentro de sí. Esa ascua no se apaga y abrasa al mismo portador. Esos seres de especial maldad hacen sufrir a los que están a su alrededor (réprobos o demonios), aunque tampoco es

que esos “tridentes” se claven de forma continua. Las pinturas de las iglesias muestran que hay momentos en que eso sucede, pero no significa que eso sea constante.

¿Y qué pueden significar los calderos de agua hirviente de las pinturas de las iglesias? En los calderos, solo hay algunos condenados y hay distintos calderos, símbolo de que hay grupos de personas que tienen un sufrimiento interior especial dentro del estado de condenación. Y así podríamos buscar un significado concreto a cada tortura que se ha representado en la pintura y la piedra a lo largo de los siglos.

Se pinta a los demonios pinchando a los que están en esos calderos. Esto no es incorrecto. El sufrimiento no viene del clima (extremo frío o calor), no viene de la naturaleza, sino de sus moradores: tanto demonios como réprobos causan sufrimiento a los moradores de ese estado infernal. Entendido así, esas visiones de demonios añadiendo sufrimiento a grupos concretos de condenados son totalmente correctas. No solo unos se atormentan a otros con recriminaciones y odio, sino que hay jerarquías tanto demoniacas como de los réprobos que permiten ejercer autoridad en esas dos sociedades. Con lo cual, se producen sufrimiento (espiritual) de un modo individual, pero también de un modo grupal, de un modo espontáneo y de un modo más organizado. Esto segundo para mantener esas estructuras de poder, poder que se reduce a ejercicio de la autoridad.

Ese lenguaje pictórico no es falso entendido como una metáfora. Jesús mismo habló del gusano que nunca muere y del fuego eterno, dando comienzo con ello a un lenguaje simbólico que no pretendía acabar en esos dos ejemplos que puso.

Esas torturas iconográficas se reducen, en esencia, a demonios que hacen sufrir con instrumentos, a calderos de agua hirviente y a demonios que muerden. Estos tres tipos de

sufrimientos muestran un simbolismo fácil de entender de un modo enteramente espiritual, pero que no debe ser entendido de un modo material. Todas estas escenas iconográficas de tortura tienen lugar en medio de la tiniebla del infierno (que representa la tiniebla de las almas que allí moran), del fuego (el fuego del remordimiento) y del caos (la sociedad demoniaca no es un orden perfecto, sino un orden con elementos de brutalidad y rebelión).

Todas estas almas humanas discurren entre seres no humanos, híbridos entre hombres y animales: símbolo esos híbridos de que poseen racionalidad, pero que, al mismo tiempo, padecen las pasiones brutales de las fieras. Los humanos allí aparecen desnudos, para que entendamos que ya solo son almas, desnudas de todo honor y autoridad terrena. Sin duda hay una autoridad en esa masa humana de réprobos.

Cualquier masa humana acaba generando una sociedad. Imaginemos a mil personas escogidas al azar y abandonadas en una isla. Si retornamos un años después, sin duda, se habría generado algún tipo de sociedad. Y toda sociedad implica autoridad. La autoridad en la masa de réprobos se creará con criterios propios y ajustados a esa situación, lo cual no tiene por qué coincidir con los criterios de nuestro mundo. Probablemente, la inteligencia y la maldad sean dos criterios preeminentes. En una situación selvática, la falta de escrúpulos, la malicia, la capacidad para la crueldad, son una fuerza que empuja a ciertos individuos a imponerse sobre otros. Sin capacidad de coerción física, ¿la maldad y la violencia se convierten en elementos que ayuden a prevalecer en esa sociedad? Sin duda. Cierto que hay que añadir otros elementos como la inteligencia, la capacidad para convencer a otros, de manera que la jerarquía humana infernal resulta de una combinación de cualidades, de amistades y de causas aleatorias.

Por lo tanto, las pinturas que nos muestran con vivos colores cómo es el infierno no son verdaderas a nivel material, pero sí lo son a nivel espiritual. Ahora bien, el infierno es eso, pero no siempre se mantiene en ese nivel de sufrimiento paroxístico. Las pinturas no nos muestran una mentira: ese dolor lacerante se da. Pero, durante la mayor parte del tiempo, allí solo hay existencia sin esperanza, sin ir más lejos en el nivel del sufrimiento.

poniendo límites a los huracanes de fuego



Es cierto que los condenados eternamente lo están porque han querido seguir un camino independiente de Dios. Es cierto que ellos no quieren saber nada del Creador. Pero el Señor también está en el infierno. El Altísimo ve el infierno, lo mantiene en el ser. El Padre celestial es bueno con los condenados, aunque ellos no quieran reconocerlo. Si los abandonara de forma absoluta, limitándose a mantenerlos en el ser, los condenados podrían hundirse sin límite en, entonces sí, una orgía de inacabable crueldad entre ellos.

Después de la resurrección universal, el infierno podría convertirse en una carnicería física de no existir una intervención invisible del Altísimo: se clavarían las uñas entre ellos, se sacarían los ojos, se morderían. No, el infierno no está abandonado a su suerte. Hay límites, hay muros invisibles que impiden determinadas acciones, hay leyes. Leyes cuya posibilidad de transgresión no está en manos de sus inquilinos.

Si hay alguna agresión física, la herida en ese cuerpo resucitado se va sanando: bien por sus propias fuerzas naturales, bien por intervención del Señor. Un profundo corte se puede sanar por las fuerzas naturales del propio cuerpo resucitado, según el

tiempo necesario aquí en la tierra para ese tipo de heridas. Mientras que si un condenado le saca un ojo a alguien o le corta una mano, pienso que Dios interviene para que se regenere con lentitud. De lo contrario, a lo largo de la eternidad, el infierno acabaría lleno de tuertos, mancos y otro tipo de mutilaciones.

Aunque, pienso que las agresiones físicas (las graves y las menores), normalmente, están impedidas por Dios. En el infierno hay demasiado odio. Los humanos acabarían, de otra forma, siempre en un estado demasiado lamentable. No se trata únicamente de que Dios impida determinadas formas de infligir sufrimiento corporal, sino de que Dios pone límite al sufrimiento físico que unos pueden provocar en otros.

No es que el trato en el infierno sea exquisito y educado. Dios, por razones determinadas, puede permitir agresiones físicas, riñas corporales y, excepcionalmente, heridas mayores. Pero el sufrimiento físico tiene que ser excepcional. Sería tremendo pensar en el averno como una perrera en la que los seres humanos se muerden entre sí como si estuvieran en jaulas. Una cosa es la agresión espiritual entre ellos, y otra muy distinta son las heridas físicas. Aquí no vale decir: “Ellos se lo han buscado”; porque Dios es mejor que ellos. El sufrimiento espiritual que se infligen es inevitable: si están juntos, ellos son así.

El Omnipotente tiene que intervenir para evitar que cada condenado vaya creciendo en odio, en desesperación, sin alcanzar nunca el fin. De lo contrario, caer en el infierno sería como hundirse en un abismo en el que uno no termina de caer. Un abismo en el que cada alma sería arrastrada hacia mayor odio y rabia.

En la naturaleza de la tierra, observamos que se forman huracanes. Pero Dios ha dispuesto medios para que se vayan deshaciendo. En el infierno también se forman esos huracanes de

rencor y aborrecimiento. Y también allí Dios ha dispuesto los medios para que se deshagan.

nivel esencialmente estable de sufrimiento



Cualquier mente sensata entiende que el nivel de sufrimiento debe mantenerse esencialmente estable durante la eternidad, de lo contrario, cada alma condenada, antes o después, como si fuera un agujero negro, iría comprimiéndose en su odio, con presiones internas cada vez más inhumanas en su nivel de dolor, sin que alcanzara nunca límite alguno. Siempre es posible sufrir un poco más. El odio llama a más odio.

Dado que no existe ningún mecanismo psicológico que pueda ejercer la función de barrera final para contener el odio, la rabia y la desesperación, esa barrera la tiene que poner directamente el Creador. Lo mismo tiene que suceder con la tristeza. Si no fuera así, la depresión acabaría siendo absoluta. El condenado pasaría toda la eternidad tan inactivo, ausente y carente de reacciones como un trozo de musgo o una seta. El musgo y la seta están vivos, pero su vida está reducida a lo mínimo. También, aquí en la tierra, hay seres humanos que acaban todo el día con una mirada vacía, sin mirar ya nada, sin pensar nada.

El único mecanismo que puede contener ese círculo vicioso es la gracia: la ayuda invisible que viene directamente de Dios. No es una gracia salvífica –están totalmente cerrados a ella–, pero sí que es una gracia que refresca al alma, que le da nuevas fuerzas naturales, que ilumina su entendimiento que le otorga nuevos ánimos para seguir viviendo. No solo ánimo, también le da fuerza

para hacer lo que debe en el orden natural, para sobreponerse con energía a las pasiones descontroladas que, como un fuego, no encontrarían límite en su acción devoradora. Si Dios no lloviera sobre esas almas, la intensidad creciente del fuego espiritual no tendría límite en el interior del alma humana o del espíritu demoníaco.

En los tratados de teología cuando se habla de “gracia” respecto a los viadores, se refieren a la gracia sobrenatural. Es decir, se refieren a las mociones recibidas en el alma que provienen directamente de Dios y que mueven a un bien sobrenatural. Mueven, por eso se le llama también “moción”. En el caso de los condenados, solo pueden recibir de Dios gracias naturales. Es decir, mociones que también provienen directamente del Altísimo y que, como si de un rayo de luz se tratara, mueven al alma a bienes naturales. Esas inspiraciones, recuerdos, sentimientos, etc, impulsarán al condenado, unas veces, a moderar su odio; otras, a salir de la tristeza; otras, a interesarse por un bien natural: la amistad, el conocimiento, etc. Sirva esta distinción entre gracia natural y sobrenatural para el resto de la presente obra.

Pero lo propio de la gracia (sea natural o sobrenatural) es que proviene directamente de Dios. Si el ánimo, la consolación, cualquier otra moción positiva, proviene de las criaturas, entonces, hablaremos, en general, de “ayuda”, a veces, usaré la palabra latina *adiutorium* para referirme a este concepto del *adiutorium divinum in inferno* y que no haya ninguna duda de a qué me estoy refiriendo. En el estado de condenación eterna, hay una **acción directa** de Dios que es la gracia natural; y hay una **ayuda indirecta** que proviene de las criaturas que rodean al espíritu condenado.

Este *adiutorium*, esta ayuda, existe porque los demonios pueden asistirse entre sí, darse ánimos, consejos, etc. Es un lugar

de odio, pero no solo de odio. Y no solo los sujetos que le rodean, sino también las cosas que le rodean. Por ejemplo, un humano réprobo puede leer un libro y sacar buenos propósitos (naturales) de esa lectura. Un réprobo puede leer con placer el *Sobre la vejez* de Cicerón, o las *Meditaciones* de Marco Aurelio, la literatura china o la japonesa, y sacar consejo de esas lecturas. Puede contemplar la armonía del cosmos y sentir su belleza, y de ahí salir con ánimos para seguir viviendo. Puede contemplar la historia universal, las obras de arte, profundizar en el conocimiento de la biología. Otros, por tendencia de su personalidad, se inclinarán más a la amistad, a la vida social.

Las ayudas que reciben los réprobos están dispuestas por la Providencia Divina, Providencia que mueve las causas intermedias. Dios cuida tanto a los condenados –réprobos o demonios– como a sus hijos mientras estaban en el mundo. No necesitan menos su cuidado los condenados que los viadores. Sin la Divina Providencia, los condenados se hundirían en los peores sentimientos sin que ese hundimiento tuviera fin. Y ese *adiutorium* se combina armónicamente, se entrelaza, con la acción directa de la gracia, las cuales provienen directamente de Dios y van derechas al alma humana o al espíritu demoniaco.

Las ayudas naturales no solo son necesarias para evitar que el alma se vaya llenando de más odio, sino también para contener la tristeza. La tristeza, se puede comparar al frío que congela. El alma acabaría congelada en un estado en todo igual a la depresión. El sujeto seguiría vivo, pero reducida su vida al mínimo movimiento interno de las potencias intelectuales y de la voluntad. Sería como una vida latente, sin dar signos de vida al exterior. Esas personas depresivas que pueden estar mirando hacia el suelo durante horas son un ejemplo del estadio final al que llevaría la tristeza suprema del infierno.

Aquí, en la tierra, los sujetos que están en un estado depresivo tan grave lo están por su psicología, no por su cuerpo. Con los condenados en el tártaro pasaría lo mismo, exactamente lo mismo. Es la psicología deformada (por el pecado) la que les reduciría a ese estado de pérdida de cualquier ilusión. El único modo de romper ese círculo vicioso es que los rayos de Dios calienten ese hielo y el alma torne a ponerse en marcha, poco a poco.

Cada alma del tártaro acabaría en el huracán más furioso de rabia, un huracán sin fin; o en un estado de perfecta depresión. Dios tiene, en ocasiones, que llover sobre esas almas ardientes de fuego. En otras almas frías y congeladas, Dios las calienta con sus rayos para que la vida natural siga presente en un nivel aceptable, la vida natural de la psicología de un ser humano o angélico.

La fantasía de un reino infernal totalmente independiente de Dios no es posible. Todos acabarían descendiendo sin fin en un abismo interno de fuego cada vez más aterrador; otros finalizarían en un estado de vida latente. Mantener en la existencia unas eternas ascuas de odio sería espantoso (por más que ellos sean causa de ese fuego), mantener en la existencia a unos cadáveres vivientes tampoco tendría más sentido que mantener un pabellón de miles de personas mirando al suelo o a la pared de enfrente durante años y años.

Cierto que el infierno contiene almas con ese fuego abrumador y almas con esa muerte depresiva en su interior. Pero, como los huracanes de la tierra, esos torbellinos se deshacen y vuelve un estado de calma. Calma que, en el infierno, nunca será perfecta. Mientras que la situación de los hombres o demonios hundidos en la depresión se asemeja a los ríos congelados, en los que el agua, tras un duro invierno, acaba abriéndose paso entre el hielo y arrastrando esos bloques de muerte, muerte psicológica. El

Omnipotente, en el infierno, deshace los huracanes de odio y deshíela los ríos congelados.

El problema teológico se plantearía en el hecho de qué sentido tendría mantener en la existencia a una criatura que ya únicamente fuera fuego de odio o a otra que fuera únicamente inactividad cadavérica. Mantener una cierta medida de lo uno y de lo otro –odio o tristeza– no plantea ese problema teológico. De hecho, aquí sobre la tierra ya vemos que algunos viven toda la existencia con una cierta mayor o menor medida de esos dos elementos.

Dios no puede evitar la permanencia de un cierto nivel de esos elementos (de odio lacerante y de depresión aguda) si la persona resiste su ayuda. La única manera de evitarlo sería quitarle el ser. Ahora bien, teológicamente el hecho resulta totalmente diverso si esas dos características pasaran a ser el todo de ese ser finito.

Porque la cuestión que debemos plantearnos, una y otra vez, es qué sentido, por parte de Dios, tiene mantener la existencia de millares de condenados. Si no enfocamos la cuestión de cómo es el infierno bajo la guía del sentido que tiene en sí mismo considerado y en relación a Dios, incurriremos en la crueldad teológica. Según consideremos cómo es Dios, así entenderemos qué es el infierno. Los que han configurado, en sus entendimientos, una imagen cruel de Dios, han desarrollado una cruel idea del averno. Mientras que otros creemos que el infierno es un lugar de tristeza, pero mitigado por la Mano de Dios. La vida en el infierno es cruel a veces, pero no es terriblemente cruel en cada momento y eso sin fin.

Insisto, con toda razón, sin exagerar lo más mínimo, el odio se puede comparar al fuego por su ardor. Cada condenado, al

final, tras esa fase ardiente de ira y rabia, acusa el golpe brutal entre el odio y la realidad; una realidad que ellos no pueden cambiar y que saben que no pueden cambiar. Esa frustración genera, sin duda, una poderosa tendencia a una depresión profundísima.

Si Dios no lo impidiera, cada alma, cada demonio, se cerraría en sí mismo. Serían como tortugas aisladas en su caparazón de tristeza. Ya no atenderían a nadie que tratara de comunicarse con ellos. Vivirían una existencia muda, como la del enfermo mental embobado que no piensa en nada. Los condenados con sufrimiento lacerante encontrarían la calma solo llegando, poco a poco, a un estado en el que no pensarán en nada. ¿Es el infierno la agrupación de millones de seres-tortuga manteniendo una vida casi vegetal? ¿Es algo así lo que Dios mantiene en la existencia?

Si Dios se desentendiese de los destinos de los desgraciados que están en ese estado, el infierno o sería una orgía de rabia o sería una masa de seres-tortuga. ¿Pero Dios puede desentenderse de ese lugar? ¿Un Dios que es completa bondad podría ser indiferente a estos desdichados hijos suyos? Estoy seguro de que no. La cuestión no es si ellos merecerían ese estado lacerante, sino lo que sería bueno o no que Dios permitiese.

Frente a un infierno lacerante, creo en la existencia de un infierno moderado. Frente a un infierno que siempre sea fuego, creo en un infierno en el que hay fuego. Obsérvese que creo en el fuego eterno, en un fuego inextinguible que nace del interior del yo del condenado. Pero no pienso que nadie esté durante siglos sintiendo lo que sentiría si estuviera colocado sobre una parrilla material sobre un fuego físico.



No puedo dejar de señalar que la Biblia compara varias veces a los espíritus angélicos con las estrellas. Pues bien, el final de los espíritus condenados es en todo igual a la muerte de las estrellas físicas. Hay una fase de supernova que sería símbolo del espíritu que explota en odio, en furia, en rencor. Después de esta fase que deja exhausto al espíritu, viene la etapa de enana blanca. La que fue una estrella se queda sin luz, se enfría, se queda como muerta. Solo queda una debilísima actividad latente en el centro de su núcleo.

Si Dios no interviniese, el infierno abandonado a sí mismo no sería una sociedad, sería un cementerio, una biblioteca donde están archivados los villanos del pasado, un archivo viviente. Un infierno así lo puedo imaginar si no existiera Dios. Pero si existe el infierno es porque existe Dios; si Dios no existiese no existirían ni espíritus ni nada. Luego si existe Dios, el infierno no puede sustraerse al hecho de un Dios que observa a todas sus criaturas y que interviene.

Pienso que hay que entender el infierno desde la Parábola del Hijo Pródigo: el padre permite que su segundo hijo abandone la casa paterna, pero, evidentemente, no añade más sufrimientos sobre ese miserable descendiente que se marcha. ¿Si hubiera podido habría ayudado a la distancia el padre a su hijo pródigo? ¡Sin duda!

Esto no es una teoría. Aquí, en la tierra, cuando un hijo abandonó de mala manera la casa paterna y cayó en la droga, en cualquier vicio, vemos que sus padres le ayudan si pueden en la distancia. Lo hacen sin ser notados si esa ayuda va a ofender a su hijo. Aunque, por orgullo, el hijo no quiera ser socorrido, los padres no abandonan a sus hijos. ¿Va a ser más buena una madre de la tierra que Dios?

Sí, cierto, los condenados no solo son mantenidos en el ser por Dios, sino que, además, sin esa lluvia divina, sin esos rayos celestiales, la “vida” no sería posible en el infierno. Es decir, sin la intervención de un Dios que amanece sobre buenos y malos, una vida mínimamente razonable no sería posible en el infierno. Y digo “razonable”, porque Dios solo puede mantener en la existencia un infierno razonable. Sería indigno del Bien Infinito mantener en la existencia un infierno irrazonable.

La parábola de un hijo pródigo que nunca volvió a casa eso es el infierno. Cada alma morando en el averno ha sido pródiga. Es decir, ha desperdiciado la generosa providencia que el Padre Celestial le ha dado para poder regresar a Él, a su casa. Aun así, seguro, no son abandonados. Observemos que, aquí en la tierra, la providencia de Dios también actúa (tanto en el campo natural como en el sobrenatural) con la gracia y la ayuda a través de las criaturas. No todo lo hace a través de las criaturas, no todo lo hace a través de la gracia. El paralelismo resulta claro. Las simetrías del mundo material, biológico y espiritual, así como las simetrías dentro de los distintos reinos de lo espiritual, son una muestra de orden divino. Caos, desorden, vorágine de confusión frente a patrones simétricos de orden; de orden divino puesto que esos patrones, esas leyes esenciales, han sido decretadas por la Mano Divina. Lo mismo que en la vida biológica hay un ADN esencial, también en el infierno hay unas leyes nucleares, unas reglas esenciales que afectan al núcleo de ese estado.

El sufrimiento de cada condenado es tener que convivir consigo mismo, hora tras hora. El pecado es deformación, egoísmo, exigencia de lo que uno cree que se le debe. Cada condenado piensa que los hombres, Dios, el Destino, el universo están en deuda con él, que han sido crueles con él. Como la fuente de la crueldad nace en el propio corazón, el individuo se ve

forzado a convivir con su propio yo. No puede escapar a su propia psicología, a su propia manera de entender el mundo y de verse a sí mismo.

El sufrimiento del infierno es tener que existir con la propia deformación, tener que convivir con el propio yo, no poder huir de la propia psicología. Ni se puede huir, ni se quiere huir, ni se ve que se deba huir. A mayor deformación, mayor dolor. Todo es espiritual, nada físico. Es cierto que, en esa situación, duele la relación con otras personas que son malas, y las personas malas siempre hacen sufrir, antes o después. Pero la esencia de ese sufrimiento infernal es el propio yo.

En el cielo, cada bienaventurado goza de Dios con una intensidad distinta. El premio es el mismo para todos: la visión del Altísimo. Pero cada uno goza en un grado, según la psicología, las virtudes, y el amor que uno forjó en la propia alma durante su tiempo de prueba. El tiempo de prueba en la tierra no tiene otro sentido que forjar las características de un alma para toda la eternidad.

Cuanto más ama un ser humano, más gozará de Dios. El premio es igual para todos: Dios. Cada uno es feliz en un grado. El premio del cielo no consiste en que a uno le ponen encima collares de oro, o que vive en palacios o que participa en festines de lujosa vajilla, tampoco en que se le tributen honores o se le cubra con vestidos especiales. Solo hay un premio: la visión beatífica. Los demás goces del cielo, como la compañía de los bienaventurados, suponen un conjunto de alegrías finitas frente al premio infinito que es Dios. Todos tienen el mismo premio, todos gozan del mismo objeto, el Creador; pero cada uno tiene un distinto nivel de felicidad, de delectación, de amor. ¿Por qué el gozo es distinto? Porque cada alma es distinta. *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur.*

El alma bienaventurada, con sus virtudes, con su psicología, con su nivel de amor, que se forjaron en el tiempo de vida sobre la tierra, goza de un único premio común: la visión de la esencia de Dios. Un mismo premio, pero cada uno lo goza en su propio grado. Lo mismo sucede en el infierno. El sufrimiento es el propio yo, porque la existencia es recibida, vivida, entendida según el propio yo deformado.

Si un condenado aceptase con amorosa resignación su condena eterna, si rezase, si tratase de hacer el bien a sus compañeros de condena, experimentaría la paz, experimentaría el amor a los demás, el frescor de la paz se posaría en su alma. Estaría para siempre rodeado de condenados, sí, pero, al menos, con paz interior. El problema es que nada te puede librar de ti mismo. Aquí, en la tierra, observamos que un santo puede vivir sereno (en la medida de lo posible) en una prisión regida por horribles carceleros: el santo, dentro de ella, puede vivir amando, en un inacabable diálogo con Dios. Mientras que un hombre malo puede ser totalmente infeliz en una bonita casa con la más bondadosa de las esposas y unos hijos inocentes y buenos que le dan cariño y ningún problema.

Cada uno vive como es. Pero, para que el infierno siga siendo lo que es sin caer en círculos viciosos (que llevarían a los extremos abismales que he descrito), Dios tiene que intervenir. De lo contrario, el camino de degradación no tendría límite. Por más que te resistieras durante siglos, acabarías cediendo y cayendo en un abismo de odio cada vez más intenso.

Lo mismo sucede en el cielo, el nivel de felicidad (aunque tenga variaciones) se mantiene esencialmente igual. Si no fuera así, si cada bienaventurado siguiera aumentando sustancialmente de grado de amor y gozo cada mes, cada año de la eternidad, al final, tras milenios, todos estarían en un grado millones de veces superior al que tuvieron al entrar en la visión beatífica. Si esta

fuera la evolución de todos los bienaventurados tras la muerte, no tendría mucho sentido esforzarse durante la vida. Porque, al final, todos acabarían gozando en el cielo como si hubieran sido en la tierra santa Teresa de Jesús o san Juan de la Cruz.

Si la ascensión en el grado de felicidad fuera ilimitada, el esfuerzo heroico en la tierra, el ascetismo, las renunciaciones, no tendrían sentido si lo consideramos en cuanto al nivel del premio: todos llegaríamos a ingentes grados de felicidad, unos antes, otros después. No tendría sentido esforzarse por lograr un mayor premio en el más allá, ya que todos acabaríamos por llegar a cualquier grado de gloria sin alcanzar nunca al final. Se privaría de sentido al esfuerzo. Existirían grados, sí; pero todos acabaríamos pasando por todos los grados. Eso no puede ser así. Ni el infierno es un descenso cualitativo sin fin, ni el cielo puede ser como si todos fuéramos cohetes lanzados hacia lo alto sin que alcanzásemos nunca al final. Ni el infierno es un descenso sin final en el tormento, ni el cielo es una ascensión sin límite.

En ambos casos me refiero al grado cualitativo de felicidad o de infelicidad. La existencia de un grado esencial (de felicidad o infelicidad) no impide cambios accidentales dentro de ese grado, pues la vida es dinamismo.

No es que Dios no quiera que sigamos ascendiendo en el grado de felicidad del cielo, no es que el Bien Infinito haya decidido poner un límite a nuestra felicidad. Sino que ese mantenerse en un mismo nivel esencial de felicidad es así por el mismo ser de las cosas. Si no fuera así, bastaría colocar en el cielo a toda la Humanidad nada más crearla, en el grado mínimo de gloria, como el grado de los bebés recién bautizados. Y así, sin hacerle pasar a la Humanidad por prueba alguna, las almas irían creciendo en grado de amor llegando al nivel de felicidad de los más grandes místicos de la tierra y seguirían y seguirían sin fin ascendiendo.

¿Para qué hacerles pasar por una prueba y aceptar el riesgo de que algunas almas se condenen? ¿Para qué permitir su sufrimiento en la prueba si, al final, sin prueba, pueden llegar a cualquier grado de felicidad por alto que esté situado? Si eso fuera así, ¿para qué permitir las guerras, el hambre y la enfermedad? Dejaría de tener sentido la idea de forjar el alma. Indudablemente, esta ascensión ilimitada no puede ser posible por algo que tiene que ver con el ser de las cosas, Dios no hace nada en vano. Y menos cuando estamos hablando de permitir o no tantísimo sufrimiento.

Vamos a condensar estos razonamientos en una serie de afirmaciones que iluminan todo este asunto y que ofrecidos de forma esquemática pueden aparecer más claros:

Dios no quiere el sufrimiento en vano.

El que Dios haya puesto un tiempo de prueba para forjar el grado de felicidad eterna de las almas es la demostración de que esa prueba es necesaria para llegar a esos niveles de amor y felicidad.

Si Dios nos hubiera podido dar lo mismo sin hacernos pasar por el sufrimiento, sin ninguna duda, lo hubiera hecho.

La siguiente serie de razonamientos complementa la anterior:

Si Dios hubiera podido hacer que el aumento de grado de nuestra felicidad no tuviera fin, lo hubiera hecho.

Si Dios pudiera hacer gozar más a los bienaventurados, lo haría.

Si la ascensión ilimitada de grado fuera posible, el mayor o menor esfuerzo de los viadores no tendría sentido en cuanto a la retribución eterna.

Luego si ha dispuesto un tiempo de prueba, es porque no puede existir esa ascensión ilimitada.

Estas dos series iluminan aspectos lógicos de la existencia tanto del cielo como del infierno. La lógica interna de las dos series anteriores se puede complementar con las siguientes afirmaciones:

Si existe el infierno, es porque tiene que existir. Si Dios hubiera podido hacer que no existiera sin caer en inconveniencia, lo hubiera hecho.

La única razón de conveniencia para la existencia del infierno es que, por la felicidad natural que se encuentra en él, a los condenados les vale la pena existir.

Cielo e infierno se mantienen en un nivel esencial estable de felicidad y de sufrimiento.

Tanto en el cielo, como en el infierno, existe una felicidad natural que proviene de la felicidad de los entes finitos.

Cierto que la gran felicidad y la gran infelicidad de ambos estados es la visión o la no visión de Dios. Pero no olvidemos que también en la tierra carecemos de la visión de Dios y vemos que la infelicidad no llega a los niveles del infierno. La razón del mayor sufrimiento allí es que todos los moradores del averno están moralmente deformados. Aquí los condenados tienen a su alrededor a almas buenas o, al menos, no almas definitivamente corrompidas.

A esta razón “externa”, se une el que los réprobos saben que existe Dios y que ya no dudan de que la eternidad no ha hecho más que comenzar. El ateo en la tierra, como los condenados en el tártaro, carece de la visión beatífica y tampoco tiene esperanza de verlo. Hay ateos que no tienen la menor esperanza de ello, están totalmente seguros de que no existe. Pero piensan que la muerte será un dormir, el descanso de la no existencia.

Como se ve, el estado infernal de algunas almas ya existe en la tierra, pero sin dos elementos que harán más acerva su existencia en el averno. Esos dos elementos que se unirán a la que era la situación de su alma como viadores son los ya mencionados: la seguridad de que Dios sí que existe (y no lo verán nunca) y la compañía ya solo de individuos corrompidos de forma perfecta.

El primer aspecto requiere algunos matices: al no haber visto el rostro de Dios, pueden convencerse de que la idea que

existe de Dios es un concepto sobreestimado, que la realidad de eso que llaman “Dios” es menor que lo que se ha transmitido de unos a otros. El segundo aspecto, el de la compañía, puede no ser tan espantoso como pueda pensarse, también aquí en la tierra hay individuos que viven rodeados casi todo el tiempo de personas muy malas. Hay individuos que buena parte de su convivencia es con sujetos que les hacen sufrir mucho.

Si valoramos atentamente estas dos circunstancias, nos damos cuenta de que la esencia del sufrimiento del condenado es enteramente personal e interna. Lo cual nos lleva a entender que la mayor parte del sufrimiento infernal ya se da, aquí en la tierra, en algunos viadores. Lo repito, algunos aquí ya sufren acompañados de las peores personas, aquí algunos ya viven sin Dios y sin esperanza de Dios. Esto nos lleva a entender mejor por qué la existencia en el infierno no sea tan exasperante como podría imaginarse por las pinturas de las iglesias o las iluminaciones de los pergaminos. Es un lago de fuego, como afirma el Apocalipsis, pero hay que entenderlo de forma conceptual. El que esa expresión sean conceptos no significa que no sea real. No es físico, pero sí que es real lo que se quiere expresar con esa imagen.

La felicidad y el sufrimiento eternos se mantienen sustancialmente iguales. El sufrimiento se mantiene esencialmente igual por intervención de Dios. El grado de felicidad se mantiene sustancialmente igual por el hecho de que en el cielo ya nada tenga mérito. Es decir, por el hecho de que ya solo podremos llenar el recipiente, pero ya no forjar el recipiente. Solo la entrega, la confianza en la fe, la donación, durante el tiempo como viadores, pueden ensanchar la capacidad de amar del alma. Después solo podemos llenar de felicidad esa alma.

No es la cantidad lo que nos hace gozar más o menos de Dios, sino el modo en que amamos y recibimos ese amor divino. Lo mismo vale para el infierno: es el modo en que percibimos la existencia y la vivimos lo que hace que suframos más o menos.

La única posición razonable es considerar que el grado de felicidad y sufrimiento debe mantenerse esencialmente invariable a lo largo de la eternidad. Digo “esencialmente”, porque la psicología de las personas (salvas o condenadas) experimenta variaciones. No todos los días están de igual humor los réprobos. Hay días mejores y días peores. Hay días que están hechos una furia, otros días están más tranquilos.

Recordemos siempre que, junto al premio y al castigo esencial de las dos moradas finales de la eternidad, hay una serie de felicidades naturales: la compañía de los otros, la inserción en una sociedad con toda su red de relaciones sociales. En el infierno, esta sociedad es una fuente de felicidad natural y también de sufrimientos, como en la tierra. Felicidad natural que puede ser grande y sufrimientos que también pueden llegar a ser torturantes.

Una última consideración, del mismo modo que Dios nunca, jamás, hace sufrir en vano, si Dios pudiera hacer gozar más a los bienaventurados, los haría gozar más. Si Dios pudiera haber hecho más copias idénticas de sí mismo, las hubiera hecho. Es decir, si Dios pudiera crear, al menos, a otro Dios, lo hubiera hecho. Si hubiera podido crear mil millones de Dioses, es decir, de Seres Infinitos, lo hubiera hecho. Si hubiera podido crear, al menos, uno más, lo hubiera hecho.

Pero tal cosa resulta metafísicamente imposible. La razón es que no hay materia que individúe esa Esencia Divina (como en el caso de los hombres que comparten la misma esencia) ni puede cambiarse la esencia para que sean distintos sujetos (como es el

caso de los ángeles), pues el resultado es que ya no sería el Ser Infinito. Las procesiones divinas intratrinitarias se producen por la misma necesidad del Ser y son un misterio. ¿Por qué tres y no cuatro? La única razón que podemos encontrar es que todo espíritu tiene conocimiento y voluntad. El resto de acciones son derivaciones menores de esos dos elementos.

Pero saber que si Dios hubiera podido crear otro Dios lo hubiera hecho, nos lleva a entender la generosidad de Dios. Si Dios hubiera podido evitar el sufrimiento para lograr lo que ha logrado, lo hubiera hecho. El Diablo quiso hacerse Dios y quiso evitar, a toda costa, el sufrimiento; entendido este como obediencia, como sometimiento. Dios sigue el ser necesario de las cosas tanto en el otorgar el ser como en el permitir el sufrimiento. Dios es como si afirmase: “Sigo las leyes de la lógica. Sigo las necesidades que implica el ser”. El Diablo es como si afirmarse: “Yo puedo torcer las leyes de la lógica. Me puedo liberar de las necesidades del ser”.

Dios conoce lo que es necesario, lo conveniente y lo contingente. El Diablo quiso quebrantar las líneas que dividían esos tres conceptos. Al final, las cosas son como son. El Diablo padece, dentro de sí, la tensión entre lo que es y lo que quiere ser. Me refiero no solo a su propio ser personal, sino también al ser de todo lo que le rodea.

Padece el rozamiento sin fin entre su querer y lo necesario. Incluso lo contingente y lo conveniente que ocurre alrededor de él le produce sufrimiento, porque choca con lo que querría que fueran las cosas. Ni siquiera el infierno es como él querría que fuese. Hay una presión constante y dolorosa entre el ser y el querer, entre la existencia y la voluntad. Todo lo dicho es válido para cada condenado, sea humano o demonio. Cada condenado es una variante menor del Diablo.

El infierno es no solo la suma de muchas condenaciones personales, sino la interrelación de esas condenaciones individuales. La interrelación genera nuevos efectos: siendo causa de nuevos sufrimientos, siendo causa de felicidades naturales que alivian la eternidad. El infierno, simultáneamente, causa lo uno y lo otro. La suma de todos los condenados genera una unidad, el infierno, que se convierte en fuente propia de causalidad.

El infierno, propiamente hablando, es una sociedad. Al hablar de lo que hay en un sujeto hay que hablar de condenación. El condenado está en el infierno. El infierno, propiamente hablando, no está en el condenado. Es comprensible que, **por extensión**, a veces, se afirme que el infierno está en el interior del condenado. Pero, estrictamente hablando, lo que está dentro de él es el sufrimiento infernal. El infierno es una realidad colectiva, la condenación personal es algo propio del sujeto.

El estado interno del réprobo es fruto de sus propias obras. Sin embargo, el infierno es resultado de muchas decisiones colectivas. Al principio estaban los réprobos, después se fue erigiendo, conformando, a esa sociedad, la cual tiene su propia historia. No hay un único futuro para el infierno, muchos futuros están abiertos para sus moradores. Es una sociedad sin futuro en el sentido de que no hay esperanza de salvación para ellos. Y sus “esperanzas menores”, esperanzas meramente naturales, esperanzas de mejorar algo esa sociedad, están lastradas por el hecho de que sus integrantes son malos: egoístas, mentirosos, no se puede confiar en ellos, etc. Pero hay condenados “más serios” y otros mucho más traicioneros y falsos. Hay réprobos que se esfuerzan más por mejorar esa sociedad –mejoras naturales– y otros que dan la espalda a esos “idealismos”.

También en el infierno hay una verdadera historia. Démonos cuenta de que, en mi opinión, estamos hablando de millones de sujetos; millones de personas que no se van a pasar toda la

eternidad sin hacer nada, mano sobre mano. Y no debemos ver esas “mejoras” como algo inútil, como castillos de arena. Los esfuerzos que hacemos nosotros ahora por mejorar nuestra sociedad humana de viadores son esfuerzos que tienen la limitación del limitado tiempo que moramos sobre la tierra. Aun así, esas mejoras de nuestra sociedad tienen consecuencias grandes en el bienestar o el sufrimiento de los humanos. Lo mismo sucede en el infierno. A menudo, tenemos una visión estática tanto del cielo como del infierno. Cuando hablo de una historia celeste e infernal, parece que estoy humanizando demasiado ambas sociedades. Pero la alternativa es reducir a ambas sociedades al papel de espectadores de la Divinidad (en el caso de los bienaventurados) y al de dejarse arrastrar por un remolino caótico (en el caso de los réprobos). Algunos cristianos tienen una visión del cielo que tiene concomitancias con otras filosofías, consideran que el cielo es un sumergirse en Dios en el que la propia identidad se desvanece y el tiempo deja de existir. Ese estado beatífico sin temporalidad, no existe para las criaturas.

Cuando afirmo que en el infierno hay una verdadera historia, estoy diciendo algo más que afirmar que en el infierno hay tiempo. También en el piso parisino de Marthe de Florian, cerrado durante setenta años, pasaba el tiempo, pero no había historia. El piso estuvo cerrado, nadie entró y todo se quedó inmóvil durante esos decenios. También en una gruta cerrada durante mil años, pasa el tiempo, pero no hay historia.

Afirmar que en el infierno hay historia es más que afirmar que pasa el tiempo. La historia implica una sucesión de acontecimientos, en una colectividad, que son dignos de ser guardados en la memoria.

Todos hemos escuchado como se contraponía el concepto **historia** al concepto de **eternidad**. Todos hemos escuchado que después de la muerte no hay tiempo, y que después del Juicio

Final no hay historia. Pero sí, la eternidad (como perpetuidad) es una eternidad histórica. La única eternidad sin historia es el eterno presente de Dios.

Hay que olvidarse del cielo como un eterno éxtasis que me reduce a la categoría de un ser feliz que se dedica en exclusiva solo a mirar a Dios. Lo más correcto sería hablar de **historia viadora**, la de aquí, frente a **historia bienaventurada**, la de los que contemplan a Dios; comprendiendo esta última la **historia celeste** que sería la época de la Humanidad sin cuerpo (antes de la Resurrección Universal) y la **historia de la Nueva Jerusalén**, la época de la Humanidad con cuerpo (después de la Resurrección Universal) y que no es celeste, ya que esa Nueva Jerusalén descenderá sobre la tierra, sobre la nueva tierra que Dios rehará tras el Apocalipsis.

Ciertamente, lo que, en muchas predicaciones, se denomina “eternidad” contiene sus fases, sin contar con que la misma palabra “eternidad” posee dos significados muy distintos. Si quisiéramos crear una terminología más precisa, considero que podría ser esta:

Eternidad

–Eternidad divina: eterno presente

–Eternidad creatural: perpetuidad

historia

–historia viadora

–historia purgativa

–historia bienaventurada

–historia celeste

–historia de la Nueva Jerusalén

Sí, tampoco debemos olvidar que hay toda una **historia purgativa**. También en el estado de purificación existe una verdadera y auténtica sociedad, aunque esa sociedad está radicalmente centrada en la oración; oración que incluye la meditación y la reflexión. Pero también entre ellos se ayudan y hay comunicación. En mi opinión, en algunos estratos inferiores del purgatorio, los condenados a ciertas moradas sufren en una tremenda soledad. Tanto el purgatorio como el infierno pueden tener miembros que viven en una gran soledad, miembros alejados de la sociedad de ambos estados, replegados sobre sus propios espíritus, inmersos en su propio sufrimiento y con mínima relación con los demás.

La historia purgativa, es decir, la historia de todos los seres que han pasado por el estado de purificación a lo largo de los siglos es una historia radicalmente distinta de la historia infernal o de la historia celestial, porque se trata de una sociedad totalmente centrada en la purificación. Se trata de una historia de ayuda entre ellos, pero sí que es una historia más “monástica” si se me permite la expresión. La historia de un hospital donde siempre hay ingresados unos quinientos pacientes, no es lo mismo que la crónica de una población normal donde moran quinientos habitantes. La historia del purgatorio está limitada por su fin radical (que limita muchas otras cosas que se podrían hacer) y por la transitoriedad de la estancia de sus miembros. También la historia de una estación de tren, por grande que sea, es limitada. Pasa mucha gente y tienen relación entre ellos, pero están de paso.

algunas características del diablo



¿La felicidad natural también existe en el sujeto que está en la cúspide de la jerarquía demoniaca? Sí, por

supuesto. También su naturaleza permanece. Y si grande fue su responsabilidad debido a su naturaleza preeminente, no por eso esa naturaleza deja de permanecer.

Además, no debemos dar por supuesto que el Diablo es más malvado que todos los demás demonios. Hitler fue el gran responsable de todo el sufrimiento del III Reich, fue la causa primera que puso en marcha todo, fue la causa superior que coordinó todo el mal. ¿Pero pudo un subordinado llegar a ser más maligno que su jefe? Reformulemos la cuestión con otra pregunta: ¿En un campo de concentración de la II Guerra Mundial, el jefe del campo siempre tiene que ser el más malvado de todos los que trabajan allí o puede serlo un subordinado? Está claro que la jerarquía humana, la jerarquía en el desempeño del Poder, no siempre se corresponde con la capacidad de cualquier libre albedrío para alcanzar nuevas cotas de mal. Luego no necesariamente Lucifer es el más malvado.

¿Pero fue el primero en rebelarse? Tampoco eso necesariamente tiene por qué ser así. Ciertamente, él encabezó la desobediencia. Pero la chispa de la sedición pudo saltar de otra gloria inferior. La revuelta pudo prender en un grupo de glorias y Lucifer unirse a ellas, liderándolas por su propio peso en la jerarquía de los espíritus angélicos.

Personalmente, considero que Lucifer fue el primero en rebelarse. Veo argumentos de conveniencia para que la chispa surja del más inteligente, enamorado de sí mismo. También considero que Satán es el más maligno de todos los demonios, su responsabilidad es apoteósica. Pero, para ambas cosas, solo tengo argumentos de conveniencia, no de necesidad; y, por tanto, mi opinión es enteramente personal.

Por todo lo dicho, solo Dios sabe quién es el sujeto más sufriente que mora en las profundidades del abismo. ¿Quién es el

que más sufre? Sin duda, el más malvado. La mayor maldad conlleva mayor sufrimiento.

Podemos estar seguros de que, incluso sobre ese sujeto, el más desgraciado de todos, Dios hará surgir las pequeñas felicidades naturales para que no se abandone al huracán de la ira o al hielo de la depresión. Incluso en el desierto más arenoso, tóxico y ardiente del espíritu, nace, de tanto en tanto, alguna zona de hierba, alguna flor, algún cactus que ofrece frutos sabrosos.

el infierno como isla



El infierno como isla en mitad del Océano de la existencia, pero privados del Sol del Ser Infinito. Si tenemos claro que Dios no mantiene en la existencia a un hijo suyo únicamente para que sufra, ¿qué imagen podríamos usar, entonces, para imaginar el infierno? Pienso que la imagen conceptual más razonable es imaginar el infierno como una isla en mitad del océano. Una isla habitable en medio del océano de la existencia. La isla, repito, como concepto.

Una isla en la que viven millones de seres humanos que forman una sociedad en la que charlan, pasean, se hacen visitas entre sí, estudian diversos temas: filosofía, matemáticas, teología, se estudian a ellos mismos. Todos los campos del conocimiento están sujetos a la posibilidad de conocerlos.

Hay días en los que alcanzan una gran resignación, momentos en los que los placeres intelectuales les llenan su tiempo sin acordarse de nada negativo, hay horas en las que pueden disfrutar de los placeres de la conversación e, incluso, de la amistad. Recordemos que su naturaleza sigue sustancialmente intacta.

Seguro que les interesa conocer el mundo material que les rodea: la astronomía, la biología, la geología, la física. Les interesa conocer la historia, la literatura, todos los campos del saber y el arte. En el mundo de los condenados, hay vida social y amistades. Son una sociedad, recordémoslo. Todo ser racional (humano o angélico) es social. Condenados o bienaventurados forman una comunidad allí donde están. En el infierno, se lleva una vida sin Dios, pero en ella surgen pequeñas satisfacciones; pueden, por ejemplo, ayudarse entre sí, enseñarse, hacerse favores. Recordemos que el rico Epulón pidió ayuda para sus hermanos a Abrahán, aun estando abrasado por la sed.

No hay una felicidad plena ni siquiera en el campo natural, porque están deformados. Pero una existencia natural sin Dios no es solo sufrimiento. Dado que tienen cuerpo, sin duda pueden pasear, nadar, subir montañas. La idea de que los condenados están confinados en unas cuevas bajo tierra es una imagen que resulta adecuada para dar a entender ese estado mental de los espíritus que viven en la oscuridad, y no solo en la oscuridad (como aquí en la tierra), sino en la profundidad de la oscuridad. Lo subterráneo expresa esa terrible región espiritual de los espíritus. Región espiritual, no material. Los réprobos se han condenado a sí mismos a un confinamiento interno, se han cerrado a sí mismos frente a Dios.

dónde estará el infierno



Pensar que literalmente los cuerpos resucitados de los condenados están reunidos en cuevas y con fuego material, conforma una imagen visual en la que ya solo faltan formas monstruosas trinchando a las almas de vez en cuando, y con una gran figura demoniaca central que va

masticando a algún condenado. Todas esas imágenes son ciertas, pero a un nivel espiritual: fuego del remordimiento, las cuevas como símbolo de las regiones oscuras del espíritu, los tridentes como recuerdo del daño que se hacen entre sí los condenados, el Diablo infligiendo más dolor en alguno de los que considera sus súbditos.

Pero el Diablo únicamente puede infligir dolor recriminando y humillando, también (en los casos peores) ordenando que alguien sea aislado, es decir, que los demás le hagan el vacío. Eso no es poca cosa. Una no pequeña parte de los sufrimientos que padece un humano en su vida terrena son sufrimientos sociales: la ingratitud, la murmuración, la vergüenza, etc. Son situaciones que hacen sufrir realmente. Lo mismo sucederá en esa sociedad que es el infierno. Y no pensemos que es poca cosa. Aquí, en la tierra, no nos parece poca cosa; tampoco allí.

¿Cómo hace sufrir el Diablo a un alma en la tierra? ¿Le clava un puñal? ¿Le propina golpes? El demonio hace sufrir a través de las especies inteligibles que le introduce en la memoria, en la imaginación, en el intelecto. No es un sufrimiento sin importancia. Vemos cómo aquí, en este mundo, actualmente, muchos humanos preferirían sufrir de un modo físico si con ello se librarán de sus calvarios interiores; eso nos ayuda a entender la capacidad para hacer sufrir que existe en esa sociedad infernal.

He dicho antes que, durante toda esa eternidad de condenación, los resucitados podrán pasear, nadar, subir montañas; le he dado muchas vueltas a la cuestión de cómo será físicamente el infierno. El Padre Celestial no confinará a sus hijos bajo tierra, de eso estoy seguro. Tampoco los confinará en una pequeña isla de este planeta, la isla estaría atestada. Tampoco

abandonará a sus hijos en un amplio desierto ardiente. Ya es suficiente el sufrimiento espiritual. Dios no añadirá nada más.

Pero tampoco puede dejar sueltos a los réprobos en mitad de la sociedad de los bienaventurados. Si dejara sueltos a los condenados en la Tierra después de la Resurrección Universal, los condenados interferirían en la vida de los bienaventurados.

¿Dónde situar al infierno después de la resurrección universal? Hay una posibilidad y es que Dios coloque a los condenados en una parte del planeta con una barrera que no puedan traspasar. Pero eso significaría restar parte de la nueva Tierra a los bienaventurados e implicaría confinar, para siempre, en un espacio reducido a los condenados. Y las palabras “para siempre” no deben ser tomadas a la ligera. No es lo mismo estar encerrado en una gran isla del tamaño de Australia durante cien años, que estar allí sin fin. Por todo lo cual, me parece más razonable que Dios cree otro planeta, similar a la Tierra, donde los condenados puedan moverse con entera libertad.

La idea de que los réprobos puedan estar bajo tierra físicamente debe ser desechada con rotundidad. Al Omnipotente no le cuesta ningún esfuerzo crear otro planeta. Pudiéndolo hacer, ¿por qué no lo va a hacer? Va a ser su morada ¡para siempre! Sobre este asunto, discutía con una persona esta misma mañana. Ella pensaba que sí que estarían bajo tierra. En el fondo, bajo su perspectiva, dominaba la idea legalista: ¡Que no hubieran pecado!

Pero entendido todo el tema de la condenación desde la donación que implica la vida interna Santísima Trinidad, entendido todo bajo el deseo de que hacer partícipes de su felicidad, no tengo la menor duda: se les entrega un entero planeta, bellísimo, con una naturaleza virgen y perfecta.

La existencia de este planeta es para bien de los humanos réprobos, porque la sociedad de los demonios, no lo olvidemos, mora en el campo de lo espiritual. No necesitan para nada un soporte material. Ahora bien, los demonios desean relacionarse con los que son como ellos. Así como los humanos bienaventurados desean relacionarse con los santos ángeles y viceversa.

De manera que ese mundo material que es la morada de los condenados estará habitado por hombres condenados y por demonios que serán visibles a los ojos humanos. Del mismo modo, el planeta Tierra estará habitado por hombres bienaventurados y por ángeles. Cada uno de esos dos planetas será el nexo entre esos dos mundos material y espiritual.

Es cierto que, hasta la Resurrección Universal, las almas están en una dimensión espiritual, en una morada que nada tiene de material. Pero el alma humana necesita tener algo material ante los ojos de su mente. Del mismo modo que el alma, aun siendo feliz en el cielo, se siente incompleta hasta que recupera su cuerpo, también su mente se siente incompleta sin tener un mundo material alrededor de ella, aunque solo sea para mirarlo, para recorrerlo, sin poder actuar en él.

De manera que las almas, aun no ocupando ningún lugar material, sí que están (por razón de su obrar) en un lugar concreto. Y la razón es la que he dicho: la psicología humana precisa tener un mundo material delante de los ojos. Los ángeles, no; pero los humanos, sí que tienen esa necesidad. No se sienten a gusto en un mundo meramente “vaporoso”. Los bienaventurados sí que son felices porque ven a Dios.

Jesucristo y su santa madre tienen cuerpo, por lo cual están en algún lugar. No pienso que sea razonable pensar que están en una isla en medio de la nada del espacio. Alguien dirá que están

en otra dimensión. Pero sea como sea esa dimensión, al final, allí habrá un lugar. Con lo cual, aunque la palabra “dimensión” suene a algo misterioso, todo se reduce a que o están en este universo físico o están en otro universo físico. Jesús y María o están en un lugar de este universo o están en un lugar físico no conectado con este universo, a eso se reduce las vaporosas palabras “otra dimensión”. ¿Para qué estar en otro universo? ¿Tiene alguna ventaja tal cosa? Pienso que no.

Dado que la idea de una isla flotando en mitad de la nada me parece totalmente artificial, pienso que Jesús y María están en un planeta similar a la Tierra cuando fue creada en tiempos del Génesis. Y que están allí rodeados de almas y ángeles. Allí estarán también Enoc y Elías, tal vez están como dormidos, pues si no su etapa de viadores duraría milenios.

Por lo tanto, en mi modesta opinión, tras pensar, durante años, que las almas están en lugares etéreos, ahora pienso que están alrededor de Jesús y María, los cuales están en un planeta paradisiaco, un planeta físico, situado en algún lugar de este universo.

¿Y los condenados? No hay ninguna región de este mundo que sea la morada de los réprobos. ¿Están bajo tierra? El Hades era considerado una región subterránea. La palabra *inferi* significa “las [regiones] inferiores”. ¿Están en lugares desérticos? Podría parecer que ese es un entorno natural posible para esas almas. ¿Pero qué mal harían si estuvieran sobre el mundo entero? No podrían tentar a los humanos salvo que Dios lo permitiera. Nada se puede decir con seguridad acerca de dónde están las almas de los condenados. Ni siquiera podemos descartar que se hallen en el planeta que será su morada eterna cuando resuciten. Lo que es seguro es que están en uno de estos cuatro sitios:

–En ningún lugar físico. Solo moran, en exclusiva en una dimensión espiritual.

–Bajo tierra.

–En algunas regiones de la tierra.

–En otro planeta.

Dudé si exponer aquí esta cuestión acerca del lugar. Muchos considerarán que es una cuestión no seria, como si las cuestiones serias solo fueran las preguntas abstractas. ¿Cómo no va a ser serio preguntarse dónde morarán los cuerpos resucitados de los condenados? Lo que puede ser o no ser serio es la respuesta. En cualquier caso, demos las vueltas que demos a este asunto, solo tenemos esas cuatro posibilidades citadas.

el arrepentimiento del demonio



La constante pregunta de los teólogos: ¿Si el Diablo se arrepintiera de corazón, Dios le perdonaría? Sin ninguna duda. Si un condenado se arrepintiera, amara a Dios y comenzara a ser bueno, saldría del infierno. La condenación eterna implica, esencialmente, un estado del alma, no es algo externo que recae sobre el sujeto. Si uno ya no mora en ese estado, incluso aunque su cuerpo (si ocurre después de la resurrección) siguiera físicamente allí, en el infierno, durante un tiempo, su alma ya estaría en paz.

Si alguien dejara de vivir en este estado espiritual, Dios le sacaría físicamente del lugar donde estén los réprobos. Si un condenado dejara de odiar y amara a Dios, el Señor rescataría al cuerpo del lugar infernal. Al rescate del alma, seguiría el rescate del cuerpo. A la salida del estado de condenación, seguiría la salida del infierno.

diseccionando los elementos personales que son la esencia del infierno



¿Qué es lo que hace que el purgatorio no sea el infierno? También en el purgatorio hay ausencia de Dios y sufrimiento. Y, si embargo, el purgatorio no es un infierno de duración limitada. Alguien dirá que, en el purgatorio, el alma siente el amor a Dios. San Juan de la Cruz afirmó que hay almas en el purgatorio que no saben si están en el infierno para siempre. En cualquier caso, no olvidemos que, en el infierno y también en la tierra, un alma puede sentirse rechazada por Dios, puede sentir una sequedad total respecto a su Creador. Un alma en el purgatorio podría no sentir ni el más mínimo amor a Dios. Obsérvese que digo “sentir” y no “tener”. Pero, aunque la diferencia es grande, el alma se sentirá totalmente abandonada.

He dicho que el purgatorio no es un infierno de duración limitada. Si vemos la esencia de los dos estados, no lo es, son dos estados distintos. Pero un alma situada en lo más profundo del purgatorio sí que puede sentir en cierta medida el ardor del infierno. Jesús habla de fuego al referirse al infierno. Usa esa palabra para referirse comparativamente a algo tan doloroso como quemarse en el fuego material. En las moradas más altas del purgatorio, reina el amor a Dios. Pero, en las profundidades del purgatorio, sí que se puede sentir verdadero fuego dentro del alma.

Esos niveles inferiores del purgatorio, por profundos que sean, no constituyen parte del averno; pero las almas situadas allí pueden percibir su morada de purificación como un auténtico infierno. De hecho, puede llegar a creer que está condenada, que el amor que siente hacia Dios es una mera ilusión, una mentira creada por su propia mente. Puede pensar que su deseo de Dios le lleva al autoconvencimiento subconsciente de que existe en él ese

amor. Y que, por tanto, ha confundido deseo con amor. Este pensamiento resulta espantoso, porque un alma puede pasar muchos años en el purgatorio, creyendo que está condenada, aunque se engañe a sí misma. Este pensamiento es tan aterrador que no pienso que Dios deje mucho tiempo a un alma en la tortura de preguntarse cada día: “¿Estoy condenada para siempre?”.

Imaginemos lo atormentador de convivir cada día con este pensamiento: “No acepto mi condenación eterna. Por eso me aferro al espejismo de mi amor a Dios, a la conveniencia de pedir constantemente perdón a Dios. Pero estoy en el infierno”.

De nuevo, hay que repetir que si Dios no abandona al sufrimiento ciego ni a las almas de la tierra ni a las del infierno, tampoco a las del purgatorio. Si el purgatorio fuese abandonado a su propio destino, el fuego que hay en los estratos inferiores arrastraría a la desesperación a muchos de sus moradores. Cuanto mayor sea la deformación y maldad de un alma en el purgatorio, mayor sería el riesgo de desesperación si el Padre Celestial no interviniese.

Probablemente, esa intervención se realiza a través de santos y ángeles, también de otros purgantes que ya están en una situación mejor y al haber pasado por ese tormento pueden aconsejar muy adecuadamente. La misma praxis de la Iglesia, orando por los difuntos, parece insistir en que el *adiutorium* para esas almas es el modo ordinario para que reciban auxilio, consuelo e instrucción. Sin descartar, que también las gracias divinas descienden sobre esas almas. Aunque sean gracias que ya no pueden aumentar el grado de gloria.

La disección meticulosa del estado anímico de los condenados al infierno, nos lleva a entender que la raya que divide ambos estados (infierno y purgatorio) es la irreversibilidad

de la decisión. El infierno es eterno, porque la decisión es eterna. Ciertamente que la eternidad es un elemento esencial de ese estado de condenación; pero también un ateo en la tierra carece de la visión de Dios y puede estar completamente convencido de que no lo verá nunca. El presente de ese ateo es continuo, es como un fragmento de eternidad. El ahora –en sí mismo considerado, es decir, desde la mera temporalidad– es igual en la historia actual y en la eternidad. En un ser humano, el ahora histórico y el ahora eterno son, temporalmente hablando, exactamente iguales. Solo el ahora del evo presenta algunas particularidades especiales.

Teniendo en cuenta esto, el ateo del que hablaba ya padece dos elementos esenciales del infierno (vivir sin Dios y sin esperanza de Dios), pero le falta uno: la decisión irreversible de que si existe Dios, no quiere estar con Él. Pero, en algunos casos, la voluntad está tan madura que, cuando se presente la última gracia, ese último elemento se dará con la naturalidad de un fruto que cae maduro de la rama.

Pero, tras lo dicho, hay que añadir que la ausencia de Dios y la total ausencia de la esperanza no bastan para configurar la desolación que se sufre en la condenación. Alguien con esas dos ausencias, pero sin esa voluntad definitiva, puede pregonar, en algunos momentos, el sabor del infierno.

Así como, en el infierno, hay momentos de felicidad natural; también, en la tierra, alguien puede sufrir como un réprobo del averno. Pero se requiere el cambio psicológico que implica que ese estado se haga irreversible para que ese sabor se vuelva cualitativamente distinto, un sabor agrio con el inconfundible sabor de la eternidad, la eternidad del rechazo.

Por eso un campo de concentración como Auschwitz no era el infierno. Todo era como el infierno, menos sus víctimas. El

entorno y los sufrimientos de un campo de concentración (en un momento dado) podían ser peores que los del tártaro (ya he dicho que el sufrimiento del averno no es siempre lacerante), pero el infierno (globalmente considerado) es peor que un campo de concentración porque es el yo el que se convierte en infierno férreamente indestructible para el propio sujeto que debe soportar ese yo con sus pensamientos, sentimientos, rencores y rabias. Los torturadores de Auschwitz sí que tenían en sus almas los sentimientos y dolor del fuego del infierno.

Si uno observa las fotos de los condenados de los campos de concentración, en los estadios finales, tras largas estancias, se observa una mirada vacía, inexpresiva, pero serena. Ese estado anímico lo corroboran los relatos de los que los liberaron. Mientras que si uno ve las fotos de los rostros de los torturadores (antes y después de la liberación), en muchos casos, se observa el fuego del infierno en sus ojos; como mínimo se percibe la fría crueldad de esas almas. Resulta paradójico, víctimas y torturadores moraban en el campo de concentración; pero en unos penetró el fuego del infierno y en los otros no.

No piense el lector que estoy haciendo de menos el sufrimiento de esas víctimas era algo sin importancia. La maldad de los torturadores era inmensa, porque inmenso era el sufrimiento que provocaban. Sí, era inmenso, gigantesco, el quebrantamiento físico e interno de los prisioneros. Pero sus almas eran mundos totalmente diversos. En unas solo había tristeza, desesperanza y sufrimiento. En las de los torturadores, ardía el verdadero fuego infernal. Cierto que hubo víctimas que se suicidaron. Pero no poder más, nada tiene que ver con el ardor de la maldad. Son dos realidades cualitativamente distintas, y con eso no hago de menos, para nada, el sufrimiento de los prisioneros. Los unos pueden ser liberados (y algunos lo fueron),

los otros tienen la fuente de la iniquidad dentro, nadie los puede liberar desde fuera.

Alguien puede liberar, desde fuera, a un carcelero, ayudándole a que comience un proceso de cambio interno. A veces, se consigue. Pero, en otros casos, ni el Omnipotente puede lograr que se inicie ese proceso de cambio.

Pero, lo repito, de ningún modo pienso que el sufrimiento de esas víctimas eran algo menor. En tiempos de Stalin, un pobre ruso torturado por la KGV, podía sufrir, en esos momentos negros, más que un condenado en el infierno en un, digamos, día normal. Resistir días de tortura máxima por parte de expertos de la KGV (huesos rotos, amputaciones, daños físicos irreversibles) podemos decir que significa sufrir con un nivel de sufrimiento máximo. Se puede afirmar, con verdad, que no es posible sufrir más. Pero, globalmente considerado, el yo del réprobo tiene tanto dolor que cualquiera de nosotros preferiríamos pasar unos días de torturas de pesadilla antes que caer en un estado interno del que **ya no se sale nunca** y donde el sufrimiento se torna **cualitativamente distinto** a los sufrimientos físicos transitorios de la tierra. Lo único que nos puede llevarnos a hacer una idea de ese sufrimiento cualitativamente distinto es el sufrimiento espiritual permanente que algunas personas padecen en vida durante años.

Incluso meses o años de torturas con un sufrimiento máximo serían preferibles a una cantidad de dolor que no tiene fin. Pero, precisamente, porque Dios vigila e impide, nadie, en la tierra, será torturado más allá de cierto límite. Cuanto mayor sea el sufrimiento, más breve será. Cuanto menor sea, puede prolongarse más tiempo. Dios no está ausente de este mundo.

Pero, incluso, si el sufrimiento máximo durara meses, sería preferible eso a entrar en el estado del que no hay liberación posible. Los enfermos prefieren pasar por un gran dolor, pero limitado, a causa de una operación quirúrgica, antes que soportar un sufrimiento menor, pero crónico. Cuanto mayor sea el sufrimiento crónico, mayor es el dolor limitado que están dispuestos a pagar por su liberación.

No hay cantidad de dolor limitado, aunque fuera del máximo nivel, que un alma no estuviera dispuesta a pagar por liberarse del fuego infernal de una vez para siempre. No importa cuánto fuera el tiempo de ese sufrimiento de nivel máximo, siempre valdría la pena, siempre sería una liberación. Pero ningún condenado estaría dispuesto a este trato si se le ofreciera, porque es su propia voluntad la causante. Si es la voluntad la que quiere alejarse de Dios, no va a aceptar un trato de ese tipo para acercarse a Dios. Si quisiera acercarse a Dios, lo haría sin ningún trato, sin ninguna propuesta. Uno se acerca a Dios por ser Él quien es. Ciertamente que para el acercamiento sobrenatural se requiere de una gracia y esta no se les va a dar a los réprobos. Pero sí que nosotros podríamos pensar que es posible una búsqueda, un acercamiento natural a Dios del entendimiento y de la voluntad del réprobo. Pero, a nivel lógico, esta es la piedra angular de este estado: la voluntad cerrada. La eternidad del alejamiento es una consecuencia de ese acto irreversible de la voluntad, y no al revés.

Como vemos, los elementos esenciales que configuran el estado personal de condenación son tres: voluntad, ausencia, eternidad. Es la voluntad irreversible de rechazo la que marca la línea de diferencia entre el estado de viador, el de purificación y el de condenación. Todos los demás elementos que están en el infierno, personales y colectivos, son derivaciones de esta, digámoslo así, triple estructura atómica. Es decir, cada réprobo tiene este núcleo en su estado.

En el cielo, sin embargo, las cosas son muy distintas porque nos movemos en el campo de lo sobrenatural y no en el de la mera naturaleza. Ahora bien, esa irreversibilidad de la voluntad que la lleva a la condenación tiene algo tan impresionante, en el hecho de su cambio cualitativo, que casi podríamos afirmar que va más allá de lo natural; es como si entrásemos en el campo de lo infranatural. Una cosa es el mal que vemos normalmente, y otra el mal irreversible. Los viadores, normalmente inconscientes y olvidados de su destino eterno, se mueven con sus voluntades entre dos eternidades; se mueven, tan a menudo de forma insensata, entre el reino de lo sobrenatural y el de lo infranatural.

He hablado mucho de la felicidad natural en el tártaro, pero hay que dejarlo claro: los infiernos que el hombre ha creado sobre la tierra no se pueden comparar al abismo sin esperanza donde se acumulan los creadores de esos infiernos menores. ¿Cómo será el abismo de un corazón humano del que surgieron esos infiernos menores? Pues el averno es donde acumulan esos corazones. El infierno es el resultado de la acumulación de dolor de los torturadores que se atormentan a sí mismos.

En la salvación concurren dos elementos: en el lado del hombre, la voluntad por cambiar; en el lado de Dios, la gracia. Dios nunca va a dejar de hacer su parte, porque su voluntad salvífica es universal. Por tanto, todo el que quiera ser bueno y someterse a Dios, podrá ir cambiando con el tiempo, sea cual sea su situación inicial de degradación. Irá avanzando y, poco a poco, acabaría saliendo de su ciénaga. ¿Pero por qué nadie sale del Hades? Porque la decisión es definitiva. Por eso el infierno es el infierno, y cualquier otra cosa no lo es. Hay una diferencia cualitativa entre cualquier pesadilla y una pesadilla sin fin.

Es como un obeso mórbido de más de 200 kg. de peso, ningún acto concreto de gula al comer merece algo tan penoso como que él viva en esa cárcel de grasa en la que vive. Pero si se mantiene en esa situación, año tras año, no es por esa hamburguesa que ahora mismo come o por esa bebida azucarada que ahora está bebiendo. Cualquier ingesta que hoy o mañana o pasado mañana haga es demasiado pequeña para ser la causa total del resultado final. La verdadera causa está en la voluntad. Su cárcel es su voluntad. La cárcel de grasa en la que mora ese espíritu es resultado de lo que está en el centro de su espíritu: la voluntad deformada. Si con una liposucción fuera posible absorber esa grasa, la volvería a generar en unos cuantos meses, mientras no se cambie la deformación de su voluntad.

No es, por tanto, el objeto del pecado cometido lo que hace irreversible ese estado, sino la voluntad. No es la materialidad de lo que se hizo, lo que merece que alguien more en ese estado eterno, sino la voluntad.

Con razón que Nuestro Maestro nos enseñase que solo hay un pecado que no se perdonará ni en esta era (*aion* en griego) ni en la próxima era. Jesucristo, de forma expresa, dijo que solo hay un pecado que condena eternamente. Cristo no explicitó cuál es el objeto de ese pecado porque no es ningún pecado en concreto, sino la voluntad perfecta, consumada e irreversible de rechazar todo arrepentimiento.

Si enfocamos esta situación desde la gracia, parece que es Dios quien condena, pues parece que es como si dijese: “No otorgo la moción al arrepentimiento que salva”. Si enfocamos las cosas desde la libertad humana, parece que la salvación y la condenación dependen solo del libre albedrío. Lo cierto es que no debemos entender el misterio de la condenación ni de un modo calvinista ni de un modo pelagiano.

Sin la ayuda de la gracia nadie puede arrepentirse. Ese algo invisible que viene de lo alto es lo que mueve a pedir perdón. Pero no es erróneo enfocar las cosas desde el hombre y su psicología, porque Dios no va a dejar de hacer lo posible por salvar a un hijo suyo. Podemos enfocar las cosas desde el hombre, seguros de que Dios no va a dejar de hacer su parte.

Si Dios viera que, enviando una moción sobrenatural, un alma se salva, no dejaría de hacerlo. Aunque después ese hombre tuviera que sufrir un millón de años en el purgatorio. Dios preferiría que un hombre pasara un billón de años en el purgatorio, antes de que permanezca en el infierno toda la eternidad.

Es cierto que el condenado no se salva ni puede salvarse porque Dios no le envía ya ninguna gracia salvífica. Pero Dios no la envía, porque sabe que se ha llegado a un punto en el que tal moción resultaría inútil. Y hablo de “punto” porque hay un momento determinado en el que esa petrificación sin fisuras ocurre. Ciertamente, hay un momento en el que hay un antes y un después. Un antes en el que la salvación es posible, y un después en el que se dará un rechazo definitivo sin fisuras. En toda alma condenada, hubo un momento en el que se decidió su eternidad.

Si la salvación de un alma únicamente dependiera de la voluntad del Altísimo, Dios la salvaría. Nadie se halla en el infierno por la mera voluntad de Dios, como Lutero o Calvino llegaron a pensar. Y pensaban eso, porque creían que sería desmerecer el poder de Dios negar que el Señor pudiera salvar a quien quisiera. Esos dos autores tenían razón en que Dios puede salvar, pero con una salvedad: a menos que el alma se cierre de forma irreversible.

Alguien dirá que Dios puede enviar una gracia de arrepentimiento mayor, concluyendo que, por tanto, Dios sí que

podría salvar a todos. Según esta concepción, Dios siempre podría hacer más y el alma, antes o después, acabaría sucumbiendo a esa invitación de la gracia. Pero démonos cuenta de un pequeño detalle: si Dios siempre anima a los misioneros, a los párrocos, a las almas devotas, a hacer todo lo posible para lograr la conversión de un gran pecador; si Dios nos anima, nos pide, nos suplica, a que no ahorremos ningún sacrificio, ayuno, penitencias corporales para lograr la conversión de un pecador, ¿Dios no va a hacer lo mismo? ¿Dios va a pedir lo que Él no hace? Si nos pide lo máximo, estemos seguros de que Él no va a dejar de hacer lo mismo.

De ahí que es lógico pensar que la cesación de las gracias se produce únicamente cuando se llega a un punto en el que ya no tiene sentido continuar. De lo contrario, Dios, como un cazador, perseguiría su presa durante toda la eternidad. Por más vueltas que le doy a este asunto, no es el capítulo de la justicia el que corta ese flujo de las mociones sobrenaturales, sino el de la irreversibilidad.

Es cierto que no es el objeto del pecado el que condena eternamente, todo puede ser perdonado. No hay pecado, por grande que sea, que Dios no pueda perdonar. Por lo tanto, hay dos afirmaciones en las que se resume todo lo dicho:

1. No hay objeto de pecado que Dios no pueda perdonar.
2. Pero sí que hay voluntad de pecado que Dios no puede doblegar con su amor.

¿Por qué no la puede doblegar? Porque la voluntad es libre. La libertad es así. Esta forma de enfocar la condenación puede inducir a algunos a pecar sin preocuparse de la condenación eterna, pensando que ellos sí que quieren arrepentirse y amar a Dios. Pero esos tales no deberían olvidar que ciertos pecados por su mismo carácter van conduciendo a ese endurecimiento

definitivo del alma del que he hablado. Los pecados graves van conduciendo en la dirección de la perfecta insensibilidad hacia la gracia. Ciertos actos van transformando al alma en un demonio antes de morir.

El que peca y asevera: “Yo me arrepentiré, olvida que ahora realiza acciones que borran la línea que separa el discernimiento del Bien y del Mal. Está borrando esa línea y, mientras tanto, afirma seguro: “Yo me colocaré, antes de morir, en el lado correcto que marca esta línea”. En mitad de la noche en la que se habrá sumido su alma no solo no encontrará esa línea, sino que dudará de que, en realidad, exista esa línea.

las fases de la metamorfosis



Hay que dejar claro, que un alma humana nunca se transforma en un demonio. Son sustancias diversas la angélica y la humana. Pero hay almas que van convirtiéndose en espíritus totalmente parecidos a los demonios. Sirva esta explicación para todas las veces que, en estas páginas, pueda yo afirmar que un hombre se transforma en un demonio, o que otro se transforma en un ángel. Realmente habría que decir que unos hombres son como ángeles, otros hombres son como demonios.

Hecha esta aclaración, se puede afirmar con rotundidad que hay almas que, antes de morir, ya son demonios. El proceso de metamorfosis se va perfeccionando hasta consumarse de forma irreversible. Esa transformación se logra a lo largo de la vida en la tierra o, incluso, en el momento de morir.

Como en la metamorfosis de muchas especies, podemos observar cuatro fases esenciales en la transformación de un ser humano:

Huevo: El mal existe en el alma en su estado embrionario. Los futuros pecados están como lo están en la semilla que no ha germinado. En esta fase, el mal no crece, está recluido en el huevo. Puede madurar, pero no sale de sus límites que es la membrana externa.

Oruga: El mal comienza a dar sus pasos, a alimentarse, a comer la vida del alma simbolizada en esas hojas de la planta. El mal camina, es decir, va progresando, va engordando.

Crisálida: El alma se encierra en sí misma, realiza cambios radicales que le harán pasar de un elemento a otro, de la tierra al infierno. Hasta entonces veía la luz del sol, símbolo de Dios. Ahora se encierra en su propia oscuridad. Aunque dentro del capullo todavía se filtra algo de luz. Pero llega tenue, filtrada.

Mariposa: La fea mariposa de la noche ya no camina en su búsqueda del mal, sino que volará libre de toda recriminación de la conciencia. Por fin se lanzará a la profundidad de la noche sin estar sujeta a ninguna atadura.

Voy a profundizar algo más en estas fases. La primera aproximación la he hecho más rápida para no perder la visión general. Pero ahora retorno a esas fases con más detalle. Fases que se podrían aplicar a la metamorfosis del alma de la siguiente manera, dejando claro que no siempre suceden las cosas como voy a exponer; pues del mismo modo que cada especie de mariposas es distinta, también cada alma es única:

Huevo:

Núcleo: Todo huevo, por pequeño que sea, tiene un núcleo. En esta parte nuclear, casi todos los pecados son de debilidad: pereza, gula, lujuria. En cualquier caso, los pecados son veniales y lucha contra ellos. En esta fase, podemos hablar de manchas, porque todo es muy superficial.

Maduración: El sujeto comienza a no luchar contra la lujuria. Esta lleva a nuevos pecados de debilidad. Conforme la lujuria se va desarrollando, se va perdiendo la fortaleza del alma. Cuando el núcleo ha madurado, el alma ya ha perdido su fuerza y vigor contra las debilidades.

Oruga:

Crecimiento: La lujuria lleva a otros pecados: la mentira, los enfados con familiares y amigos. Los primeros pecados cambian el carácter y el mal se va ramificando hacia otros campos del alma en los que antes

reinaba la paz y la armonía. Resultado de todo esto, pierde el interés por lo espiritual y se vuelve más egoísta. En esa fase, ya no hablamos de una mancha en el espíritu, sino que el mal ha penetrado a capas internas. Si antes hablábamos de mancha, ahora podemos hablar ya de una ramificación.

Madurez: El alma ya ha crecido todo lo que puede crecer en esos campos de pecado del egoísmo. Sin querer hacer sufrir al prójimo, comienza a cometer actos que sí que hacen sufrir a los demás. Por satisfacer sus propios deseos, su propia codicia, comienza a aparecer el sufrimiento de los demás y lo acepta: sufrimiento de una fiel esposa, de sus empleados en el trabajo. La oruga sigue comiendo con avidez, ciega a lo demás. También el alma va siendo capaz de todo con tal de seguir devorando; las pasiones, ciegas, no quieren otra cosa que devorar el objeto de sus pasiones: una amante, el alcohol, la codicia de más dinero, la avidez por ascender en la empresa. Por ello se sacrifica el amor de una esposa o lo que sea. No se quiere hacer sufrir, pero se acepta eso si se considera necesario.

Crisálida

Comienzo de la transformación: En la búsqueda de sus pasiones, volviéndose más y más egoísta, el alma se ha vuelto mala. Se encierra en sí misma ajena al sufrimiento de los demás, cerrada a la luz del mundo espiritual. Allí se convierte en un ser monstruoso, porque ya sí que el objeto de sus acciones es el sufrimiento del prójimo. Hasta ahora, el sufrimiento de los demás ha sido un mero medio para obtener el objeto deseado por sus pasiones. Ahora sí que realiza acciones en las que directamente se realizan acciones que hacen sufrir. Todo lo anterior ha llevado a que nazca el fuego del resentimiento, del rencor, el deseo de la venganza. El ladrón sabe el sufrimiento que provocan sus robos, pero sigue adelante. La esposa que continuamente está humillando a su suegra. El jefe de una empresa que inicualemente despide a su empleado a sabiendas del sufrimiento que va a causar en esa familia.

Meridiano de la transformación: El meridiano se traspasa cuando el sujeto se goza en hacer sufrir al prójimo. La nuera ya no solo humilla a su suegra, sino que se deleita en ello y, directamente, busca medios para hacerlo. El jefe que, injustamente, despide a su empleado y siente placer en esa demostración de poder. Antes esas acciones se hacían a pesar de saber el sufrimiento que acarrearían. Ahora se hacen con placer. Antes había crueldad en esas acciones, ahora se siente la perversión de gozar con ello; a causa de lo cual, se es mucho más cruel. Las acciones que provocan dolor se vuelven más refinadas. Antes de traspasar el meridiano, el alma no quería pensar en Dios y estaba convencido de que

era una mentira. Al pasar el meridiano, el sujeto comienza a pensar (las pocas veces que se ve confrontado a ello) que si existiera Dios, le odiaría. En esta fase considera el mal un bien, y el bien un mal. Antes de traspasar el meridiano, se decía que el mal es necesario, porque el mundo es así. Pero ahora la escala de valores ha sufrido un cambio copernicano.

Mariposa

Mariposa dentro del capullo: Mientras el alma era una crisálida podía arrepentirse. El proceso se podía revertir, aunque cada vez fuera más difícil. Pero llega un momento, en que, dentro del capullo, la metamorfosis se ha completado: el alma ha tomado su decisión irreversible. El capullo simboliza el cuerpo del viador. El alma sigue unida a un cuerpo vivo, pero su alma ya está condenada. No tardará en salir: sea en unas horas, sea en unos pocos días. Aunque Dios, como instrumento de santificación y como lección de adónde se llega por el camino del Mal, puede, incluso, permitir que un alma-demonio more en un cuerpo vivo durante unos meses. Esas personas son lecciones andantes. Ellas nos muestran los frutos consumados del Mal.

Eclosión: El alma ya enteramente transformada sale del cuerpo (simbolizado por el capullo) y vuela libre hacia la oscuridad de la noche a revolotear con otras almas-hermanas. Ya no verán la luz del sol que simboliza a Dios, sino las tenues y débiles luces de la noche, alrededor de las cuales se arremolinarán todas las que son como ellas. El alma es mariposa de la noche y seguirán siéndolo, ya no habrá más metamorfosis. Tendrá días mejores y peores, pero seguirá siendo lo que ha querido ser.

La escala de degradación que he expuesto podría dar la sensación de que, entonces, solo se condenan los ladrones, los mafiosos, los individuos con poder y similares. No, he puesto esos ejemplos por ser claros. Pero uno se puede condenar siendo un ama de casa dedicada solo a sus labores domésticas. El que tiene autoridad sobre otros podrá manifestar más claramente qué hay en su corazón. Pero también el pobre mendigo puede albergar ese corazón. La diferencia es que, en un individuo, su mal interno quedará más patente; mientras que, en el otro individuo, su mal corazón no se manifestará tan claramente.

También podría dar la sensación de que la condenación siempre comienza a dar sus pasos graves por la lujuria: no

siempre es así, pero, en los varones, casi siempre. Pues, con mayor frecuencia, se observa que la mujer controla mucho mejor esa pasión. De manera que, en algunas mujeres, esos primeros pasos van por el camino de la codicia o la vanidad, que, en fondo, es otro tipo de lujuria, aunque no sea física.

Tampoco hay que olvidar que esta misma escala vale para el Bien, solo que en dirección inversa. Hay una metamorfosis que lleva a ser una bella mariposa primaveral que morará a la luz del sol entre flores y prados.

Otro aspecto que debe tenerse en cuenta es que unas almas completan plenamente su metamorfosis durante su vida, mientras que otras se condenarán en el último momento de vida.

Tampoco estoy afirmando que los únicos que no pueden entrar en el cielo son los que han completado esta metamorfosis del Mal. No he dicho eso. He explicado las fases del proceso completo, pero nadie que esté manchado con un solo pecado grave, aunque sea de debilidad, puede entrar en el cielo. De hecho, nada manchado entrará a la presencia de la Pureza Infinita, aunque su suciedad sea venial. Porque hablamos de entrar, de ver, de contemplar la Esencia, pero, en realidad, podríamos hablar de ser acogidos, abrazados, besados y acariciados con besos y caricias paternas.

Nadie con un solo pecado grave presente en su alma podrá ser admitido en las moradas de los bienaventurados. Pero sí que pienso que la mayoría se rendirán ante la última gracia divina y que tan solo aquellos que tomen esa decisión irreversible serán abandonados al destino eterno que han abrazado. Esta tesis aquí expuesta se completa con la exposición que hago en mi libro *Tratado de las almas perdidas*. Con esa otra obra mía, explico hasta qué punto revertir la metamorfosis es un proceso lento,

arduo y doloroso. Qué locura es pensar: “Ahora pecco. Ya me arrepentiré antes de morir”.

Qué fácil es, con la ayuda de Dios, aplastar los huevos del mal, en la propia alma, al principio, antes de que los vicios infesten el espíritu. Qué fácil es aplastar, con la ayuda de Dios, esos huevos antes de que de ellos eclosionen pasiones que son tan incontrolables. Después, esas pasiones se hacen fuertes y cada vez más malignas, y, como boas y pitones, comienzan a estrangular al alma. Qué sufrimiento será revertir la transformación de nuestro propio yo cuando ya es una monstruosa crisálida.

Girando alrededor de un centro oscuro

las bocas de dientes afilados

Sobre tu vientre andarás y polvo comerás.

Génesis 3, 14



DISTINTAS ESFERAS DE CONOCIMIENTO se comunican entre sí. Veo quince esferas muy grandes como planetas, bellas como topacios oscuros. Oscuros por los pensamientos nacidos de una aberración interna. Refulgentes, pero con el brillo apagado de una anomalía profunda que no se percibía en su opacidad exterior. Brillo apagado por el peso de un desconsuelo oculto. A pesar de que son seres inmateriales, presentan un aspecto duro como el de los topacios. Pero con una superficie que parece dura como el metal. Cada una de esas esferas angélicas presenta sus propias vetas, vetas dinámicas, como las bellísimas de Saturno o Júpiter. Estos son los más grandes querubines y serafines que cayeron del cielo. En verdad, son poderosos en su capacidad para conocer. ¡Qué gran inteligencia poseen! Cómo se deleitan en su conocimiento. Entre estas grandes esferas hay un espléndido flujo de conocimiento.

A estos seres gloriosos, pero caídos, no les interesa ni el sexo ni la comida ni las riquezas ni los tesoros, únicamente el conocimiento. Aunque, por detrás de su impresionante dignidad – soberbia dignidad–, pululan, como parásitos gigantes, la lujuria de

la ciencia, la gula del conocer, la codicia de los tesoros de conocimiento.

Están hablando, entre ellos, ahora, sobre Dios. Hay distintas opiniones sobre Él, la mayoría piensa que está sobrevalorado. Hay quienes son de la opinión de que no existe, de que es un invento de los ángeles. Un invento deliberadamente creado, culpablemente forjado, el engaño más grande de la historia. O un mito subconscientemente generado por sus mentes. Unos piensan que no están ante una falsificación dolosa, se inclinan a pensar que es una creación perfectamente colectiva, un resultado inconsciente que hunde sus raíces en los más recónditos deseos de toda inteligencia. Desde luego, si existe –si es que existe algo en el núcleo de ese mito–, está sobredimensionado, concluyen.

Entre los rebeldes, hay quien ha defendido que lo que se ha dado en llamar “Dios” no sea otra cosa que una entidad espiritual no personal. Todas las glorias eran y son seres personales, esa entidad debía ser particular, *sui generis*; algo similar a la energía en el mundo material. Lo que, en el mundo material, es la energía es lo que debe ser, a nivel espiritual, ese sustrato (todavía desconocido) que generó el mito de un Dios Creador. Estos sabios del tártaro denominaron a esa entidad “Protodeidad”.

A esa entidad que no encajaba en el esquema general, a esa entidad que, como una niebla, como un “algo”, permeaba a todos los seres de ese mundo de las glorias, es a lo que se elevó al rango de lo superior. El querubín caído que expuso, por primera vez, esta hipótesis, reconocía sin empacho que no sabía cómo podía ser posible una existencia espiritual que no constituyese un ser personal. Pero esa incapacidad para la intelección quizá era lo que había permitido su elevación a un orden superior.

Entre los que sostenían tal hipótesis, se defendía que alguien, de entre las glorias, había asumido el papel de poner voz

a esa entidad, de suplantar su identidad. Lucifer había descubierto el engaño, había expuesto los fallos lógicos inherentes a la acción de esa protodeidad que se suponía que no podía quebrantar las reglas silogísticas.

Unos demonios seguían siendo ateos a pesar de haber visto la manifestación del Altísimo en el Juicio Final³³, otros han caído en el ateísmo, sin haber sido antes ateos. Algunos otros han llegado a la conclusión de que esa protodeidad o esa “energía etérea” o ese “magno ángel impostor”, en realidad, no son tales, sino que Él es, en verdad, Dios. Aunque suene raro, algunos demonios creen en Dios, sin haberlo visto, otros no. Unos han perdido la fe en su existencia, otros la han recuperado.

Pero, piensen lo que piensen de Dios, son meros pensamientos. No son pensamientos que conduzcan a la aparición de una luz sobrenatural que los lleve a cambiar de vida. Hay diferencia entre la fe natural y la fe sobrenatural. Hay diferencia entre pensamientos naturales y la luz que surge en la mente y que ilumina el interior del todo el espíritu.

Para esos ateos, todo era producto de un magnífico engaño colectivo. Era esa fuerza colectiva del bando contrario la que les había relegado a ese lugar de condenación. Aunque algunos demonios no creyeran en la existencia de Dios, la mayoría, sin embargo, afirmaban no poder negar la evidencia de lo visto en el Juicio Final. Otros, con toda la fuerza de sus voluntades, se negaban a reconocer la misma evidencia.

³³ Escribo estas líneas un millón de años y medio después de ese Juicio. En el cuarto periodo de esta era *post Judicium*. Cada periodo ha sido irregular en su duración y se ha medido por hechos exclusivamente angélicos. Nosotros dividimos nuestro evo en eras, periodos y fases. En estas segmentaciones del tiempo, solo se tienen en cuenta hitos de nuestra sociedad inmaterial. Hay un evo angélico y otro evo infernal. No es como el tiempo material de la Tierra, en el que una hora es una hora en España y en Japón. Sino que hay un *continuum* global en el cielo y otra continuidad colectiva en el infierno.

Satanás sí que creía en Dios. Él, como todos demonios nunca había visto su rostro, pero había comprobado su poder. A pesar de su personal convicción, le complacía que se extendiesen estas hipótesis ateas que debilitaban cualquier aspiración positiva hacia el Todopoderoso. Como repetían algunos con desdén: “¿Todopoderoso? Ciertamente, estamos encerrados aquí. Pero eso es todo lo que hemos visto de su poder”.

Ese estar encerrados consistía en no poder desplazarse a la Jerusalén Celeste. No había ningún muro material, ninguna puerta cerrada. Ese encerramiento, por tanto, había que entenderlo como separación respecto de los buenos. Para algunos demonios, esa limitación era demasiado pequeña para poder hablar, realmente, de omnipotencia.

Y esa imposibilidad para aproximarse a la Jerusalén Celeste, el único camino que les estaba vedado, lo achacaban a aspectos desconocidos de lo que llamaban la “voluntad universal” de todo el mundo angélico. De un modo subconsciente se había formado una “voluntad universal”. Los caídos todavía trataban de entender cuáles eran los mecanismos por los que esa voluntad universal había logrado tener eficiencia. Pero, para ellos, esa era la realidad, y no la quimérica figura de un Ser Todopoderoso.

Jaram-Godar, uno de los eruditos más perspicaces y respetados en los círculos intelectuales del tártaro, siempre repetía: «La Divinidad, bello mito en el que viven felices los mismos ángeles. Lo que es la somnolencia del opio para los mamíferos con alma es la idea de esa Nube Divina para los cándidos ángeles del “cielo”. Debemos tenerles conmiseración. Si pudiéramos atacar el cielo, sería para liberarlos. Pero, dado que se han querido cerrar a sí mismos, debemos abandonarlos a su sueño de la razón».

Las jerarquías intermedias preguntaban, entonces, que si Dios no las había creado, que de dónde habían surgido las glorias. La respuesta era doble. Unos sostenían que habían sido emanados de ese magma denominado Protodeidad. Otros sostenían:

«Los seres angélicos son eternos. Pero un ciclo eterno de retornos se da tanto en el universo material como en el espiritual. Este ciclo, aunque sea largo, de billones de años, acaba generando eventos tan cósmicos como lo fue nuestra aparición, que otros denominan “creación”. Esos eventos de final de periodo nos devolverán al inicio de un nuevo ciclo en el que todo comenzará de nuevo y se renovará».

Para defender estas teorías, se levantaban inmensos pilares de razonamientos. Todas las inteligencias de los demonios estaban deformadas, su soberbia las forzaba a aceptar lo ilógico. Aun así, la mayoría de los demonios, a todos los niveles, reconocían con desesperanza que la realidad era lo que habían visto sus ojos: la impresionante manifestación de un Dios Omnipotente en el Juicio Final.

Pero millones de años sumidos en la soberbia acababan por crear un autoengaño en un cierto número de demonios. Pero la mayoría reconocía que la realidad se imponía: habían querido seguir mezclados con los ángeles y, sin embargo, habían sido separados a la fuerza de ellos por parte de Dios. La voluntad divina se había impuesto y se seguía imponiendo, el camino hacia la sociedad de los ángeles les estaba cerrado. ¿Algún día ese camino se abriría? Algunos eruditos aseguraban eso. Algunos sabios seguían trabajando para descubrir cómo echar abajo las puertas del infierno. Otros grandes demonios, jerarquías poderosas, aseguraban que, a base de fuerza, acabarían por agrietar esos portones. Podemos golpearlas durante milenios, durante eras. Es a base de fuerza como lograremos agrietarlas.

Pero, a muchos, eso les sonaba a propaganda. Esas puertas eran invisibles. No había dónde dar ningún golpe. La única puerta era la Voluntad de Dios. La mayoría daba la espalda a los discursos oficiales: Dios era el Omnipotente, era mejor rendirse a la realidad.

No era cierto que Dios fuese un mero Lucifer de los cielos. No era cierto que hubiese un Lucifer de los ángeles y un Lucifer de los demonios. No, no era un ángel impostor que se hubiese elevado sobre los otros. Dios era el Señor, el único Señor. La realidad... ¿no sería mejor reconocerla? Lo cierto es que allí a nadie allí se le impedía esconder la cabeza en la madriguera de las mentiras. En ese sentido, era un lugar con una gran libertad.

Gran libertad, pero no total: siempre había jerarquías tratando de imponer su visión de las cosas. Cíclicamente, había intentos de imponer una interpretación única. En el averno, existía una tensión entre esos intentos y la libertad. Aunque esos intentos, como la libertad, estaban deformadas. Pero esa interminable pugna entre el orden (de la unidad de pensamiento) y el caos (de la libertad demoniaca) parecían destinada a no tener fin; con épocas de mayor unidad y épocas de mayor diversidad.

El tártaro no era una realidad ni monolítica ni inmóvil. En esa sociedad, pululaban movimientos de pensamiento, luchas por el poder, afectos y desamores; periodos de entusiasmo en los que se emprendían quiméricas torres de Babel (torres inmateriales) y periodos de desencanto y mayor inactividad colectiva.

En el Apocalipsis, se dice que hubo una guerra **entre ángeles**: *Y una guerra estalló en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon contra el Dragón. El Dragon y sus ángeles lucharon* (Apocalipsis 12, 7). Obsérvese que la guerra es entre ángeles, no solo entre ángeles y demonios. En ese momento, la lucha es entre

ángeles viadores, es decir, entre glorias. Había glorias fieles y glorias caídas. Entre los caídos, poco a poco, algunos se fueron transformando en demonios. Lucifer ya se había transformado lo suficiente para que la Biblia lo llame “dragón”. Poco a poco, entre las filas de los caídos van surgiendo demonios. Y así, hubo glorias que no habían tenido fe en Dios, pero la tuvieron en esos querubines caídos y sus hipótesis, hipótesis que explicaban todo, sobre todo que explicaban porqué desobedecer. Fue una guerra entre dos concepciones del universo. No fue una guerra sin más. A la guerra propiamente dicha le precedió una guerra del conocimiento, una confrontación de hipótesis, de cosmovisiones. La guerra propiamente dicha fue una guerra de conocimiento, de virtudes, de santidad, de fascinación por discursos que ganaron el corazón de muchas glorias. De manera, en realidad, hubo una lucha de conocimiento al principio, que desembocó en una lucha abierta y fiera después, pero que también fue una guerra de conocimiento.

Pero, lo repito, fue conocimiento mezclado con mucha oración, que requirió actos de sacrificio, y en la que las virtudes se ejercitaron y se desarrollaron. Por el otro lado, el conocimiento, su cosmovisión, su grito de rebeldía, estaba mezclado con soberbia, con pecado, con lujuria espiritual y, finalmente, con odio. El conocimiento y la soberbia se ramificó en millares, en millones de variantes personales. El conocimiento y la virtud, movidos por el amor, se concretaron en millones de ángeles.

Los demonios que ahora moraban en tártaro se aferraban a la esperanza, aunque fuera falsa. Los que no habían tenido esperanza en el Padre Celestial, ahora la tenían en ese fin de ciclo. Pero la ilusión de esa restauración se prolongaba otro año más y no se veía ningún signo de cambio. Unos se desencantaban de esas perspectivas basadas en un falso conocimiento. Pero otros

reemplazaban una hipótesis por otra, creyendo lo que anhelaban creer. Creer en una esperanza de este mundo para lograr una victoria de este mundo. Poner el corazón en esa victoria final para lograr una felicidad natural. La eternidad como una sucesión de falsas esperanzas, alternadas con larguísimos periodos sin esperanza. Unos demonios viven soplando sobre las ascuas de estas ilusiones, otros viven más resignados.

–Pero yo sé que me creó Él –repuso un pequeño demonio una vez ante los prestigiosos eruditos del tártaro.

–No, lo único que sabes es que, en un momento dado, te hiciste consciente, que te despertaste a la consciencia –le respondieron con la mayor de las tranquilidades.

–Pero la lógica me lleva a la conclusión de que el ser no puede aparecer de la nada.

–Según tu lógica, sí. Pero quizá existe otra lógica que no conocemos, pero que intentamos desentrañar –de nuevo, la respuesta era tranquila. Como si todas esas objeciones ya estuvieran previstas.

–Y, entonces... ¿ahora qué?

–Pues sigamos existiendo –fue la respuesta llena de flema.

Sigamos el recorrido por el infierno, sigamos nuestro periplo. Continuemos esta peregrinación por el mundo de los demonios. Santa peregrinación de nuestra mente si nos lleva más a amar lo santo y lo bueno, si nos lleva a alejarnos más de ese camino que conduce a la región de la desesperanza eterna.

¿fue breve o larga la prueba de las glorias?



La fuente de conocimiento de los ángeles es triple: recibieron, al ser creados, un conocimiento por parte de Dios; después recibieron especies inteligibles por parte de otros espíritus; y, por último, conocen los entes singulares y hacen deducciones. Algunos piensan que, como los ángeles no tienen sentidos, no pueden conocer los entes singulares como nosotros. Eso es un error. Aun sin sentidos, también ellos conocen lo que les rodea y con su mente van de lo singular a lo universal.

Los seres humanos, en nuestras mentes, comenzamos nuestra existencia *tamquam tabula rasa*. Después vamos conociendo por los sentidos y vamos razonando de lo particular a lo universal. Con el tiempo, nuestro razonamiento se hace tanto deductivo como inductivo.

Basados en el distinto modo de conocer de ángeles y humanos, algunos teólogos piensan que la prueba de las glorias fue brevísima y que, de forma casi inmediata, ya se convirtieron en ángeles o en demonios. Pensar en una determinación casi inmediata o brevísima es una idea que no comparto. Este modo triple de conocimiento requiere una temporalidad. Y eso solo para conocer, para santificarse se necesita más tiempo todavía. El hecho de que ese proceso de conocer se lleve a cabo en el evo y de que la mente angélica sea más perfecta no implica el carácter instantáneo, como algunos han enseñado. El proceso de malignización siempre requiere tiempo y fases.

El hecho de la superioridad de la inteligencia angélica puede hacer que una gloria entienda las cosas con más rapidez y claridad, pero eso no implica que el proceso entero de conocimiento y razonamiento no requiera su tiempo, es decir, sus sucesiones dentro del evo.

Además, un hombre puede ser muy inteligente y necesitar darle más y más vueltas a una determinada cuestión, incluso más que un hombre menos inteligente. Pues el inteligente puede vislumbrar consecuencias y ramificaciones que requieren más tiempo para valorarlas.

Las glorias conocían con especies inteligibles y eran muy inteligentes, ¿por esas dos razones se deduce que la prueba fue brevísima? Por supuesto que no. Hasta llegar al punto de no retorno, cada gloria necesitó un tiempo propio. Durante la prueba, estaban juntas todas las glorias, pero el proceso fue personal y también el tiempo requerido para madurar fue único en cada sujeto.

Hubo una confrontación colectiva, pero también hubo un evo personal que discurrió con unas particularidades enteramente propias a cada sujeto. Ninguna gloria pasó a ser maligna sin una serie de fases sucesivas. Fases que requieren tiempo y no poco, precisamente, pues se requiere una consolidación de la voluntad en cada fase para pasar a la siguiente. Esto vale también para la santificación. Los humanos tenemos un espíritu, cada humano es un espíritu, también santificamos ese ser inmaterial y precisamos también de tiempo.

¿necesariamente son más inteligentes los ángeles que los humanos?



Hablando en general, las mentes angélicas son más inteligentes que las mentes humanas. Los espíritus no unidos a ningún cuerpo ocupan un lugar metafísico superior al de los humanos. Dado que están situadas más arriba en la escala de la naturaleza, parece lógico que, en la medida en que ascendamos en esa escala angélica, la inteligencia será superior. Sí, eso es verdad, hablando en general.

Ahora bien, sin negarlo, tengamos en cuenta un pequeño detalle: un ser humano es un espíritu con un cuerpo. Es un hecho que el humano comienza su conocimiento con una mente que es una página en blanco y que conoce de modo deductivo, al principio eso es así. Eso le coloca en una situación, en cuanto al conocimiento, muy inferior a la de cualquier ángel por inferior que sea. Pero no olvidemos que, después de un tiempo de maduración intelectual, al hablar de un ángel y de un hombre, hablamos de dos espíritus, aunque el hombre conoce por un camino y el ángel por otro. El hombre conoce por deducción e inducción. El ángel por la triple vía mencionada.

Son dos caminos de conocimiento, pero, al fin y al cabo, tanto el hombre como el ángel son dos espíritus. Tan espíritu es el alma como la sustancia angélica. No es más espíritu el uno que el otro, aunque uno esté unido por esencia a un cuerpo.

Cierto que ahora cualquier ángel que está en el cielo conoce más y mejor que cualquier humano viador, conoce con una claridad totalmente superior a nosotros, pero cuando el hombre también esté en el cielo las diferencias entre nosotros serán accidentales. Ciertamente que entre los humanos, tanto aquí en la tierra, como después en el cielo, habrá diferencias en la capacidad de

conocimiento. Y que también hay diferencias entre los mismos ángeles. Pero, en general, las diferencias serán accidentales. Aunque, en el cielo, si comparamos al humano dotado de una inteligencia más grande con un humano normal, veremos que la diferencia es muy grande. Y si comparamos a los más grandes ángeles con los ángeles normales, la diferencia será todavía más grande; porque, en el mundo de las glorias, las diferencias son más grandes en cuanto a sus espíritus.

Que haya diferencias de inteligencia entre humanos no plantea problemas teológicos. Tampoco el que la diferencia entre espíritus angélicos sea mayor, pues las glorias son más diferentes entre sí que las almas humanas. Pero afirmo que existe una cierta igualdad sustancial, basándome en que, al fin y al cabo, todos son espíritus, aunque conozcan por vías distintas.

Además, como tradujo san Jerónimo el salmo 8, 6: *Minuisti eum paulo minus ab angelis*. Este versículo en el original hebreo aparece en un versículo antes (Salmo 8, 5), y afirma: *Lo hiciste poco inferior a Elohim*. Ciertamente que ese salmo tiene una lectura mesiánica. Pero no se puede negar que también se puede leer respecto al ser humano como culmen de la creación.

El ser humano ha sido puesto en el mundo material como señor y dominador. Por la gracia, ha sido divinizado. Tenemos, en medio, el conocimiento; justo entre el mero dominio material y la gracia. Y sí, al ser humano, se le ha concedido entender todas las cosas espirituales. Ciertamente que, en su propia medida; cierto que lo hace de acuerdo a sus capacidades. Pero el ser humano es capaz de comprender qué es Dios y conocer cosas de Dios. En el cielo, tendremos una comprensión sustancial de lo que es Dios, aunque no sea una comprensión total. En esencia sabremos qué es el Ser Infinito, aunque no conozcamos integralmente qué es ese Ser. Aunque conozcamos una ínfima parte del Creador, le conoceremos adecuadamente, verdaderamente, esencialmente.

Esta concesión que se le hace a la inteligencia humana es algo tan grande, y la misma inteligencia humana es también tan grande, que, por eso, la hipérbole del salmo. Y también esto me lleva a pensar que las diferencias entre humanos y ángeles, en cuanto a la inteligencia, una vez dotados de visión beatífica, serán accidentales.

Ambos espíritus, ángeles y humanos, somos una chispa de la Gran Inteligencia Divina. ¿El que tengamos cuerpo nos convierte en seres de menor entendimiento?

Aun así, existen dos extremos. El extremo de igualar a todos y que la inteligencia sea parecida en todos los sujetos humanos o angélicos. El otro extremo es considerar que la diferencia es tan grande que, de hecho, a partir de cierto nivel, la inteligencia de los ángeles resulta incomprensible para los niveles inferiores. Considero que la posición más razonable es pensar que esas diferencias se mantienen en niveles esencialmente iguales. Hay diferencias, grandes diferencias, pero solo en los extremos.

Las diferencias de inteligencia son accidentales, pero a nivel natural. Porque las diferencias de comprensión de Dios por la elevación de la gracia sí que son inmensas. Precisamente, por todo lo dicho, pienso que la inteligencia natural de la Virgen María, mientras fue viadora, se mantuvo esencialmente en los parámetros normales de los humanos; aun siendo superior, se mantuvo cerca de esos niveles. Mientras que, en el cielo, su comprensión del Ser Divino es muy superior a la de los mismos ángeles, pero eso por elevación de la gracia.

Es por esa relación armónica entre naturaleza y sobrenaturaleza, por lo que he afirmado esa igualdad esencial. De lo contrario, los ángeles que ven a Dios siempre lo comprenderían mucho mejor a los santos que ven a Dios. Parece más adecuado afirmar que la diferencia entre la inteligencia angélica y la

humana se mantiene entre los dos extremos que huyen de la igualdad perfecta, pero también de las diferencias sustanciales.

Pero sí que honra más la creación el que en el extremo superior sí que haya colosales inteligencias. Si se me permite una comparación, con las inteligencias sucede como con las montañas de la tierra, las cuales se mueven dentro de una cierta escala.

el poder, la inteligencia y la belleza de los ángeles



INTELIGENCIA. Una es la inteligencia que cada ser humano y cada gloria recibe al ser creado. Pero esta inteligencia es algo meramente natural y muy inferior a la inteligencia elevada por la gracia cuando tenga la visión beatífica. La inteligencia bienaventurada, perfeccionada a un nivel cualitativamente superior, al nivel de lo sobrenatural, sobrepasa de un modo muy superior al nivel que se puede llegar con la mera naturaleza.

PODER: En la sociedad de los bienaventurados (sean hombres o ángeles), como en la sociedad de los condenados (sean demonios o réprobos), no existe otro poder entre ellos que el de la autoridad. Entre los bienaventurados, todo es armonía, de manera que las jerarquías organizan todo con la mayor de las suavidades; y con esa misma bondad es recibida toda indicación por parte de las jerarquías inferiores.

En el infierno, la autoridad se mantiene y se refuerza a través de la humillación, la presión social, el aislamiento, el enaltecimiento de los sumisos. Entre los hombres réprobos, al tener cuerpo después de la resurrección, sí que podría existir la coerción física. Y, de hecho, se da. Pero esa capacidad de coerción está limitada por la Providencia Divina. De lo contrario,

la vida de muchos de esos humanos consistiría en una interminable historia de calabozos, cadenas e, incluso, torturas.

BELLEZA: Aunque la naturaleza, tanto la humana como la de las glorias, tiene su propia belleza, la gran belleza del cielo es la de la gracia. Esta sobrepuja de un modo increíble cualquier don natural. Cuando se habla de belleza e inteligencia en el cielo, nos referimos solo a la belleza e inteligencia que depende de la santificación alcanzada. Cualquier otra belleza y cualquier otra inteligencia quedan eclipsadas.

SANTIDAD: La belleza y la inteligencia, o, dicho de otra manera, la belleza de las virtudes del alma y la capacidad de comprender a Dios, dependen totalmente de la santidad lograda. Tanto cuanto uno ha sido divinizado más, en su etapa de viador, así será de bello y así comprenderá más a Dios. La única jerarquía que permanece en el cielo es la de la santidad. ¿Qué es un antiguo rey del reino de Francia o del reino de Judá en el cielo? Nada, solo queda el alma desnuda. Dígase lo mismo respecto a un papa o un obispo. Dígase lo mismo respecto a la jerarquía de la naturaleza cuando las glorias fueron creadas. Todo eso palidece frente al amor, las virtudes y los dones sobrenaturales.

En el infierno, sin embargo, las jerarquías son una mezcla de distintas cualidades naturales y de la maldad. Ellos se quedaron a un nivel natural. Si bien la maldad allí es valorada y se convierte en un elemento de opresión de unos sobre otros.

el último intento divino



El último intento de Dios, el último intento antes de la eternidad, constituye una serie de gracias y de intervenciones divinas. Esas intervenciones pueden ser recuerdos que vienen a la memoria, palabras que Dios susurra,

sentimientos que el Señor hace aflorar a través de su acción en las potencias mentales. Y estas intervenciones directas de Dios, justas y precisas como una flecha que es lanzada hacia el centro de la diana, van acompañadas de gracias espirituales. El último ataque al castillo de la voluntad es algo milimétricamente adecuado a la historia personal del sujeto. Se trata de una intervención perfectamente adaptada a las capacidades del que va a recibir ese impacto. Un impacto que es infiltración en la mente, invitación, moción para que comprenda y acepte.

La última gracia de Dios puede ser una sola gracia poderosa o un cúmulo de mociones sobrenaturales. Ahora bien, de entre todas esas mociones, siempre hay última gracia. La última moción cuyo rechazo implica abrazar un destino sin Dios.

La mente humana, cuando se halla inconsciente en la agonía final, no piensa en nada. En otros casos, si no ha recibido suficientes sedantes, experimentará una vaga sensación incomodidad. Algunos enfermos, sin sedantes, pero ya inconscientes, albergarán la difusa sensación de estar en una pesadilla, pero como si esta pesadilla fuese lejana, sin pensamientos concretos. De una forma natural, en momentos así, no podrían tener calma para pensar, recapacitar y arrepentirse.

Es Dios el que tiene capacidad para imponer la calma y restituir el uso las facultades mentales en medio de la agonía y, entonces, dar sus gracias. Aunque, probablemente, es el justo momento en que el alma sale de cuerpo cuando se dan esas gracias de las que he hablado. Son muchos los enfermos que han referido esa experiencia de salir del cuerpo, y cómo, entonces, disfrutaban de una completa paz, sin dolor, sin frío ni calor, gozando de una plena claridad de pensamiento. El cuerpo deja de ser un peso, se piensa con mayor nitidez.

Es en ese momento, en la mayoría de los casos, cuando considero que reciben el último intento divino. Es decir, justo al salir del cuerpo y atravesar el atrio que les lleva ante el impresionante velo de la Divinidad, la Luz al final del túnel. Aunque la Divinidad está velada por esa luz. Es decir, esa luz grandiosa vela la verdadera Luz de la Esencia Divina. Pero podemos hablar de una verdadera y auténtica manifestación de Dios. Lo mismo que Moisés se encontró con la Zarza Ardiente, todo hijo de Dios se encuentra con su Padre, toda alma se encuentra con el Espíritu Infinito. Eso sí, velado. Se manifiesta, pero sin mostrar su Esencia.

Esos sujetos moribundos confrontados a un intento último y supremo del Omnipotente, confrontados al amor divino que remueve muchos de sus velos, si se deciden por el rechazo del Amor Infinito, ese rechazo tendrá que tener la fuerza proporcional a ese amor divino. De ahí que, en el lecho de muerte, tras la agonía, en un momento de perfecta serenidad, paz y silencio, puedan decidirse, en un momento, de un modo perfecto por el arrepentimiento y la aceptación del Padre, o por el endurecimiento y el odio para rechazar la divina invitación.

Cuando se produce el hecho terrible del rechazo, este siempre es fruto de una larga evolución por etapas. La salvación puede ser instantánea; por ejemplo, por el bautismo. Pero la condenación siempre es el resultado de un proceso largo, jalonado de muchas gracias que invitaron a cambiar de dirección, de remordimientos, de gracias que clamaron de un modo crecientemente angustioso. Pero, una vez alcanzado un punto de no retorno, no es reversible. Siempre es un proceso en el que se avanza con los ojos abiertos. El punto de no retorno es a partir de un instante.

Es cierto que se entra en la condenación poco a poco. Pero, en ese descenso, hay puertas a través de las cuales uno penetra en

un estado cualitativamente peor que el anterior. Por supuesto, esas fases en el descenso no tienen forma de puertas, sino de remordimiento. Solo tras superar el clamor de un remordimiento mayor y distinto que los anteriores es cuando hemos atravesado otro umbral hacia la profundidad. Hay varios jalones siempre en ese rumbo al averno, hay varias de esas puertas claramente marcadas, porque no se puede atravesar cada una de ellas sin tener plena consciencia de estar haciéndolo.

El camino se recorre poco a poco, pero esos nuevos umbrales no se pueden atravesar sin sufrir remordimientos sustancialmente mayores que los anteriores. El remordimiento cambia de intensidad, porque la conciencia advierte que esa acción, en concreto, implica un descenso no cuantitativo, sino cualitativo. La conciencia, por adormilada que se halle, siempre advierte cuándo se va a producir un cambio tan dramático en el alma.

Pero, en ese descenso, al final del camino, ya estamos directamente ante la misma puerta del infierno. Si cada puerta precedente se ha atravesado con plena advertencia, esta última mucho más.

Ningún niño se puede condenar toda la eternidad. La demonización requiere un largo proceso, no es algo que pueda ocurrir en muy poco tiempo. También se requiere madurez. Un individuo con graves deficiencias mentales que no le permitan tener plena responsabilidad tampoco puede condenarse. Sería muy complicado poder afirmar a qué edad se dispone de madurez suficiente y de tiempo para completar el proceso de demonización irreversible. Pero sí que he sido testigo de cómo, entre los dieciséis y los dieciocho años, algunos individuos sí que están totalmente corrompidos por el deseo de hacer el mal por el mal de

un modo tan refinadamente maligno que podemos denominarlo como demoniaco. No hablo de egoísmo, sino de verdadero mal en grado infernal. Seguro que Dios les da más tiempo, pero a esas edades he visto ya el fuego del infierno en los ojos de almas tan jóvenes.

¿La exclusión de forma absoluta y definitiva del arrepentimiento requiere que se haga con un acto formal de renuncia a Dios? ¿O basta con que, de hecho, se dé la espalda al arrepentimiento en ese momento? En mi opinión, la invitación de amor de parte de Dios es tan poderosa que solo se puede resistir con un acto totalmente opuesto. Nadie podría resistir esa fuerza de atracción del Bien Supremo simplemente dando la espalda. Por eso Jesús habló de la blasfemia contra el Espíritu Santo. Es decir, del odio contra la acción directa, invisible, del Otorgador de Perdón.

No dijo que el pecado que condenaba era la blasfemia contra Jesús. Alguien puede estar lleno de prejuicios contra el cristianismo. Por eso Él habló de la Persona que obra invisiblemente, de forma discreta, humilde, adecuada a cada uno. Tampoco habló de la blasfemia contra la Primera Persona, Dios-Padre. Porque también hay gente que ha sido enseñada a odiar la figura de Dios en general. Jesús, en su enseñanza sobre este tipo de pecado, excluyó a la Primera Persona, porque recuerda a Dios Uno y hay quienes están llenos de odio contra esa figura. Se excluyó a sí mismo, Jesús, porque puede haber quien esté lleno de prejuicios contra Él, incluso de prejuicios que le han sido enseñados desde que era un niño. Por eso Jesús habló de la acción perfecta e invisible que actúa de forma suave, dulce y poderosa en el centro de la mente y el corazón.

Algunas personas, ya en vida, tienen en su seno el fuego del infierno. El tártaro, para algunos de ellos, no será, en esencia, otra cosa que la perpetuación de ese estado del alma que ya esencialmente lograron en su etapa de viadores. Para algunos, el rechazo de la última gracia supondrá un cambio esencial de su psicología, pero para otros no significará otra cosa que una continuidad. Cualquier blasfemia proferida con advertencia de lo que se hace, de lo que significa, no se puede realizar sin una disposición muy especial del alma, una situación de odio. La blasfemia, no como acto puntual, sino como actitud permanente implica una situación permanente de rabia.

Como se ha dicho, el pecado definitivo contra el Espíritu Santo no tiene un objeto material concreto. Materialmente pueden ser muchos los pecados que vayan dirigiendo hacia la blasfemia contra la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Pero hay determinados pecados que no se pueden cometer sin que eso conduzca directamente a la meta del rechazo definitivo de la acción del Espíritu Santo. Es indudable que son los pecados de extrema crueldad, los actos en los que uno hace sufrir mucho al prójimo, los que requieren un endurecimiento de la voluntad que encaminan a ese punto de no retorno.

Los pecados monstruosos transforman al espíritu en la misma medida monstruosa de esas mismas acciones. El sujeto sigue teniendo la misma faz corporal, pero el alma se va transformando en una aberrante crisálida. Es curioso observar que, en esta fase tan avanzada, aun teniendo la misma cara en el cuerpo, la cara va trasluciendo la maldad interna. Tiene ojos, frente, mejillas... como siempre, como cualquier ser humano, y, sin embargo, esa iniquidad se transpira hacia fuera, aun estando en silencio, aun sin hacer ningún gesto. ¿Cómo algunos seres humanos pueden tener una mirada oscura? Los ojos simplemente miran, pero sí, es verdad, se percibe eso.

El que realiza actos de crueldad es porque es cruel. No hay una dicotomía entre lo que uno es y lo que uno hace. Y cuando la gracia divina se posa en el corazón del cruel, esta es recibida por la crueldad de su mente. La mente cruel muestra una tendencia a no acoger esa moción que proviene de Dios. La recibe, se posa en él, pero no la acoge. Lo que surge del alma cruel es el rechazo, la reacción con burla o con enfado. La gracia es invitación. Pero, a no ser que la moción celestial sea acogida, cuanto mayor sea la gracia, mayor será la reacción de rechazo. La gracia obra en una dirección, la deformación del alma obra en la otra, la voluntad está en medio de la gracia externa del cielo y las tendencias internas de los vicios.

La gracia última que es enviada por Dios para abrir los ojos del desdichado antes de caer en el abismo sin fin, sin duda, es muy poderosa. Dios si envía una moción, la envía a la medida del mal. En ese momento, o el alma la acoge o se produce una reacción contraria de la misma intensidad que la fuerza de esa gracia última.

En realidad, la reacción contraria debe ser mayor para superar la fuerza de atracción de esa moción hacia el bien. Es una confrontación entre dos fuerzas. Para superar la invitación de Dios, la fuerza negativa tiene que ser superior. Por eso se habla de blasfemia al referirse a este pecado. Únicamente será posible resistir la última invitación poderosísima del Hábito Divino odiándolo. Únicamente el odio puede ofrecer una fuerza suficiente para resistir al Amor Infinito.

Nadie, por tanto, puede condenarse solo con amor al placer o por pereza o por vanidad. Para despegarse definitivamente de la atracción de Dios resulta necesario el odio. Todo condenado es un blasfemo. Ciertamente que la lujuria conduce a perder la visión de las

cosas espirituales, cierto que el egoísmo conduce a distorsionar la imagen de Dios; podríamos seguir con muchos otros pecados, pero tales pecados, faltas o transgresiones no serían suficientes para arrancar una decisión irreversible del alma. Una cosa es vivir alejado de Dios, una cosa es no ver las cosas del espíritu, y otra muy distinta esa decisión cualitativamente distinta.

No estoy diciendo que los pecados graves, en el fondo, son veniales. No. Basta un solo pecado grave para no poder entrar al cielo. Ahora bien, estoy seguro de que Dios enviará una gracia a cada hijo suyo para sacarle del alejamiento de Dios. De manera que solo los más endurecidos podrán resistir esa invitación amorosa como no hay ninguna otra comparable. Pero para resistir al Dios que es compasión y bondad se requiere algo más que amor al placer, ser un vanidoso, ser un drogadicto o maledicente o amante del alcohol.

Hay que insistir en el hecho de que a ese pecado irreversible Nuestro Maestro lo llamó *blasfemia contra el Espíritu Santo*. En la boca de Jesús ninguna palabra es vana. Para llegar a ese estado definitivo, no basta solo con resistir las mociones internas que proceden de nuestra conciencia, de nuestro ángel de la guarda, de los santos que se acercan a nosotros, de las gracias que vienen de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad; sino que hay que blasfemar de ese Dios que intenta que nos arrepintamos, hay que alejar a Dios con nuestro odio. No basta con dar la espalda, hay que despegar a Dios del alma.

Si un alma ha dado la espalda a su Creador, pero no lo ha rechazado con odio, Dios retornará. Retornará como un cazador que busca el momento más adecuado para lograr su presa. Tratará de introducir el arrepentimiento en esa alma, como el viento que se desliza por las rendijas de las ventanas. Pero si la blasfemia es de tal intensidad que ya nada podrá desarraigarla, entonces ya no tiene sentido seguir al acecho del alma, ya no tiene sentido

deslizarse por las rendrijas: Dios abandona esa alma. Esa decisión humana tiene su contrapartida en la decisión divina. El alma queda clausurada por los dos lados: ni ella va a aceptar ninguna gracia, ni Dios va a enviar ninguna moción salvadora más. Ya nada ni nadie podrá salvar a ese desdichado.

A esto se refería san Juan al hablar del misterioso *pecado hacia la muerte* (en griego, *amartia pros zanon*) El Apóstol no explica qué tipo de pecado es ese, pero el oscuro versículo 1 Juan 5,16 enseña que ya no pidamos por el sujeto que tiene ese pecado. El versículo es oscuro, no por casualidad. Quiso dejar mención de esto, pero no quiso explicarlo. Y no quiso explicarlo porque, como se ve en esta obra, es un tema que ha de ser expuesto con muchos matices. Y, por muy bien que lo explicara, podía llevar a una comprensión equivocada de la predestinación. Pero, aunque san Juan no lo hiciera, los teólogos, a lo largo de los siglos, sí que captaron a qué se estaba refiriendo. Lo interesante del versículo es que en él se dice que no se ore por los todavía vivos, pero que ya tienen ese pecado.

No hay pecado que lleve más directamente al rechazo definitivo de Dios que la crueldad. El que es cruel con sus hermanos, lo será con Dios. El que se ríe del sufrimiento de sus hermanos acabará riéndose de un Dios al que considera débil. “Yo soy fuerte, no te necesito” es la idea central que subyace en esa resistencia que a nosotros nos parece incomprensible. Pero, a ese sujeto, la bondad de Dios le parece ridícula; sus invitaciones, despreciables.

Tampoco estoy diciendo que si una persona se ríe de Dios y rechaza a Dios formalmente ya esté condenada. Ese pecado de rechazo sería de la misma especie que el rechazo definitivo e irreversible. Pero para que sea irreversible tiene que contar con

una intensidad y un arraigo que no deje resquicio a la gracia. Es de la misma especie, pero todavía carece de la intensidad suficiente para apagar las mociones que, más adelante, puedan posarse en esa alma.

Por eso nunca podemos estar seguros de la condenación de nadie, aunque sea un genocida que se mofa de Dios. Sabemos que el pecado existe, pero no sabemos quién lo tiene. Por el contrario, en el extremo opuesto, de algunos hombres muy buenos podemos afirmar que, mientras vivieron, mostraron todos los signos de que serán muy grandes en el cielo. Del mismo modo, también es posible afirmar lo inverso de otros que han vivido, ya en la tierra, como demonios. Algunos hombres eminentemente buenos, durante sus vidas, han mostrado todos los signos de que su morada era el cielo. Otros han mostrado signos de que iban totalmente encaminados hacia el infierno. Unos han vivido, años y años, una existencia celestializada. Otros han vivido una existencia endemoniada.

muertos en vida



Ya he dicho que la petrificación de la voluntad, ese acto tremendo de rechazo irreversible a Dios, puede producirse algo antes del momento de la muerte. Lo normal es que esa persona no sea dejada mucho tiempo sobre la tierra en ese estado irreversible. No es conveniente ni para él ni para los demás: ya que puede descender todavía más en su nivel de maldad y puede hacer mucho daño a los demás.

La vida es un tiempo de prueba. Se nos da para forjar una mayor bondad en nuestra alma. ¿Para qué seguir viviendo sobre la tierra si uno ya ha cometido el pecado irreversible? Aun así, hay

que reconocer que la presencia del mal, en este mundo, tiene su razón de ser. Algunas personas permanecerán meses sobre la tierra para que los hijos de Dios vean con más claridad cuáles son los frutos del Mal. Hay seres humanos que son lecciones andantes, lecciones vivas: unos hombres son santos con una santidad fulgurante; están todavía sobre la tierra, pero ya en la antesala del cielo. En el lado opuesto, otros hombres malignos, vivos todavía, pero ya en la antesala del infierno. Unos inundados con olor a cielo, otros exhalando la fetidez de la condenación. Y unos y otros, mientras siguen sobre la faz de este mundo, se convertirán, sin ellos saberlo, en instrumentos de los planes de Dios. Los peores inicuos caminarán sobre la tierra, todavía durante un tiempo, para lograr la santificación heroica de los que están a su alrededor. Los mayores santos se convertirán en impresionante luz y gracia para los demás. Digo “gracia” porque no solo iluminan el camino, sino que su mera presencia (incluso sin hablar) está inundada de tal unción que los que están en su presencia sienten mociones a todas las virtudes: a ser comprensivos con los demás, a ser misericordiosos, a tener paciencia, etc. etc.

Veo difícil que alguien que ya está en un estado irreversible de su voluntad perversa sea dejado durante años sobre la tierra, pero no descarto que haya algún que otro caso. Pues el mal consumado, perfecto, resulta una gran enseñanza, a veces, incluso, sobrecogedora. Dios permite, de tanto en tanto, que florezcan frutos perfectamente maduros de Mal.

Siempre hablamos de Hitler, Stalin, Pol-pot... son lugares comunes, pero es que todos, cristianos y no cristianos, estamos de acuerdo en que son cimas prominentes del Mal, cimas visibles a los ojos de todos. Es toda una lección ver el desenvolvimiento de esos demonios humanos sobre este mundo; una lección que lleva hacia Dios.

Cierto que unos aprovechan esa lección y otros no, cierto que permitir que sean conocidos esos frutos conlleva “efectos secundarios”, es decir, el sufrimiento que provocaron. Pero si el Mal siempre fuera detenido, si la Mano de Dios siempre evitara que maduraran esos frutos, no veríamos adónde llevan esos caminos. Solo los frutos nos pueden abrir los ojos para no caer en el relativismo: unos dicen una cosa; otros, otra. Pero esos frutos, lamentablemente, son frutos de sufrimiento.

Si Dios nos muestra la grandeza de los más altos peñascos nevados de las cordilleras, seguro que alguno morirá congelado en ellos y alguno caerá despeñado. Si Dios permite que esas lecciones del Mal puedan ser conocidas, al ser lecciones vivientes, significa que mantienen su capacidad de obrar. Pero no hay alternativa: o son conocidas porque viven y obran, o no se les permite vivir y no serán conocidas.

El último intento de salvación de un ser humano no se deja en manos de un ángel o de un santo, es una acción directa de Dios. Una acción poderosa, suficiente, a la medida de la deformación de esa mente y esa voluntad. El Espíritu Santo, Él directamente, actuará dentro del alma como sólo Dios puede hacerlo. Solo el odio perfecto puede resistir una llamada repleta de tanto amor por parte del Paráclito. No es posible dar ese “no absoluto” con frialdad y calma. Es necesario el odio intenso perfectamente cerrado que se logra solo tras muchos actos de odio intenso.

Sin odio, uno se rendiría y comenzaría un lento camino de retorno al Padre. El odio es necesario para oponer una fuerza poderosa del yo a la fuerza poderosa de otro Yo, el de Dios. Sin odio, uno se rendiría. Por eso, el Evangelio nos habla de

blasfemia contra el Espíritu Santo, no habla de mera resistencia, no habla de mero rechazo.

Jesús no dijo que uno se condenará “por las blasfemias contra el Espíritu Santo”, sino que habló de una sola, en singular. No son necesarios varios pecados de este tipo, sino solo uno. De ahí que alguien puede blasfemar contra Dios durante años y no haber cometido ese pecado catalogado como la irremisible blasfemia contra el Espíritu Santo que viene para liberarte.

Uno puede resistir a Dios, estar enfadado con Dios, blasfemar contra Él, y no haber llegado a ese nivel de pecado del que ya no hay retorno. Claro está que la blasfemia contra Dios, realizada con plena advertencia y consentimiento, es ya un pecado de la misma especie que el Pecado Definitivo. Cada blasfemia aproxima más a esa situación de endurecimiento final.

Esto es tremendo: es de la misma especie. Es como un avión que va tomando velocidad a lo largo de la pista. Ya no son recorridos y giros por el aeropuerto en dirección hacia la propia pista, sino que la aeronave se encuentra en la pista y en movimiento. En cualquier momento del recorrido de esa pista, puede detener su carrera. Pero una vez que las ruedas se despeguen de la tierra ya volará libre en la dirección a la que se ha aferrado con tenacidad. La presa vuela ya fuera del alcance del cazador.

No hace falta insistir en el hecho de que en la tierra no sabemos quién ha cometido ese pecado. Nuestra postura debe ser la de rezar por todos, pensando que, mientras haya vida, mientras estemos en este mundo, hay esperanza de arrepentimiento. El número de los que han cometido ese pecado y todavía no han muerto únicamente es conocido por el Altísimo. Resultaría sobrecogedor, aquí, en este mundo, encontrarse cara a cara con un condenado vivo. Menos mal que Dios oculta el Destino. De lo

contrario, podríamos mirar los ojos de un réprobo, podríamos hablar con alguien que eternamente será un hombre-demonio.

Pero, aun estando ignorantes de si una persona está inscrita o no en el Libro de la Vida, resulta claro que la muerte del alma se trasluce en algunos sujetos. Incluso los no creyentes, cuyos ojos estén cerrados a lo espiritual, perciben la maldad que hay detrás de los ojos, de los labios, de un hombre de alma endemoniada. Se dan cuenta de que ese sujeto tiene algo especial, algo especialmente oscuro. Los cristianos con gran vida de oración que perciben las realidades espirituales perciben el fuego del infierno en esos ojos. Es una intuición, solo eso. Insisto, nadie aquí sabe si su decisión es irreversible; pero casi todo el mundo se da cuenta de que en esos ojos no es que haya más o menos maldad, sino que es el mismo infierno el que mira a través de ellos.

Pero no es lo mismo estar muerto en vida que estar condenado. Son muchos los que, en la tierra, viven con un alma muerta a la vida espiritual. Unos, que ahora están muertos en el espíritu, tuvieron, un día, vida en esa alma. Mientras que otros nunca tuvieron vida espiritual, solo tuvieron vida natural en sus almas. Lamentablemente, hay muchos muertos en vida.

Pero, lo repito, no es lo mismo tener un alma sin vida de la gracia, que tener un alma definitivamente muerta. En unos casos, están muertos a la vida sobrenatural. En otros casos, poquísimos, aun sin que nosotros podamos saber si su Destino **ya** está fijado, se observa que la muerte de Satanás **ya** reina en ellos. Hay dos “yas”, pero no necesariamente coinciden.

Conocemos la vida de Stalin o de Hitler, hasta en sus más nimios detalles, pero no sabemos si, en vida o después de esta, tomaron una decisión irreversible. Podemos observar hasta dónde llegó el dominio de Satanás sobre esos desdichados esclavos

(aunque fueran jefes de Estado), pero no sabemos si transpasaron la raya de lo irreversible. Lo primero es observable, lo segundo no. También para estos modelos acabados de maldad se aplica la norma de que mientras hay vida, hay esperanza.

La perversidad monstruosa es fácilmente visible en los jefes de Estado, pero sujetos anónimos en cuyas almas reina, de igual modo, esa muerte de Satanás, no menos. Del mismo modo que el bien que se acumula en el alma no depende del poder que tenga ese sujeto en la sociedad, tampoco el mal del alma depende de ese factor de forma sustancial. Aunque, de forma accidental, sí que mayor poder ofrece más actos realizados. Pero la raíz de donde brotan esos actos es espiritual. Por eso puede ser más malvada una panadera que un rey.

Lo que está claro es que, sin haber visitado el infierno, ya hemos visto, cara a cara, aquí sobre la tierra, a muertos en el espíritu, en los que estaba presente el fuego infernal. Pero una cosa es tener dentro del alma ese fuego, y otra muy distinta que ese fuego ya haya alcanzado la característica de ser inextinguible.

De algunos viadores, podemos sospechar que se acercan peligrosamente a ese estado de perfecta impenitencia por sus acciones de extrema crueldad. Esto es más claro al ver a los grandes genocidas, a aquellos que se han gozado de la tortura, buscando nuevos modos de hacer sufrir de modo todavía más insoportable. Pero no podemos ir más allá de la corroboración de que, durante sus vidas, vivieron como demonios y consolidaron, año tras año, la determinación de ser lo que fueron.

En todos los casos, siempre, debemos repetirnos que mientras hay vida, hay esperanza. Mientras Dios mantiene en este mundo a un ser humano, debemos pensar que lo hace porque todavía tiene esperanza de conversión. Pero hay que entender que algunas personas llegan a esa demonización antes de morir, de eso

tampoco hay ninguna duda. El Señor mantiene a esos hombres perversos sobre este mundo, del mismo modo que permite que los demonios pululen entre sus hijos. Ese pulular no tiene otra razón de ser que la santificación de los viadores. En el caso de los hombres-demonio pululan de modo visible, es posible hablar con ellos, es posible ver sus acciones; vemos, en los mismos causantes, las consecuencias de la acumulación de esas acciones. Es decir, no es que hay un efecto de retorno del mal, como si el mal volviera a su origen; sino que el mal que sale afuera en forma de acción, surge del mal interior.

Pero un hombre ya demonizado, en principio, no tardará en morir. Ya que no tiene sentido seguir prolongando mucho su estado de viador. Más tiempo sólo le conducirá a cometer más iniquidades. Si un agricultor arranca al árbol que no produce frutos, cuánto más no arrancará al árbol que produce frutos venenosos.

la existencia social de los condenados



En el más allá, habrá condenados que se comportarán más como un profesor de universidad que se sume en sus investigaciones y entabla relaciones de amistad con otras almas que poseen sus mismos intereses. Los similares se suelen agrupar con los similares. Otros condenados serán individuos más simples que gustarán de pasar el tiempo con espíritus de similar catadura, charlando (durante horas como lo harían en una barra de bar de la tierra), contándose relatos, historias unidas a bravatas, provocando riñas como en la tierra, fanfarroneándose. Aunque, antes de la resurrección universal, no tengan cuerpo se afrentarán y reñirán. Entre unos y otros espíritus

existirá desprecio, tensiones, humillaciones, insultos. Entre otros, también existirá admiración y verdadera amistad, afecto incluso.

En este libro, al hablar de la inteligencia de las glorias, puede parecer que la sociedad de los condenados es una comunidad refinada, distinguida y culta. Pero, entre los ángeles y los humanos, habrá de todo: sujetos elegantes y sujetos más vulgares. La psicología de glorias y humanos es distinta, si ya encontramos diferencias entre la psicología de varones y mujeres, mucho más si hablamos de entidades que tienen otra esencia. Ahora bien, con la misma esencia o distinta, la psicología de cualquier criatura dotada de inteligencia y voluntad tiende a discurrir hacia unos patrones universales y sus combinaciones.

Todos hemos conocido la psicología de aquel que se pasa todo el día en una barra de bar y es fanfarrón y peleón. Sin duda, hay demonios con ese tipo de psicología por mucho que no tengan cuerpo. Todos hemos conocido la psicología del profesor de universidad para el que toda su vida son los libros y el conocimiento de su especialidad, está claro que hay demonios así. Y, por supuesto, todo tipo de variantes y combinaciones.

Podría parecer que, dado que el tiempo pasa y la experiencia crece, la sociedad de los demonios y los réprobos se tendría que ir encaminando hacia una mayor cultura y una mayor valoración del conocimiento, frente a otras pasiones. Pero no olvidemos que está presente otro factor: las pasiones. Las pasiones deforman la psicología. De manera que no siempre los condenados buscan su bien natural, prefiriendo muchas veces querer otros objetos. Y así, en la tierra, vemos que muchos hombres, incluso al final de la vida, no se sienten más inclinados al arte, la belleza y el conocimiento. La capacidad de las pasiones para extraviar al sujeto por laberintos inútiles permanece de forma eterna.

Cierto que un demonio se siente más inclinado al conocimiento que un humano, pues no tiene la distracción de lo corporal. Para él toda su existencia es querer y conocer. Pero, aunque esa inclinación es mayor en ellos, no olvidemos que, al fin y al cabo, tanto el humano como el demonio son espíritus.

¿un condenado ama a su madre?



Un condenado puede amar a su madre difunta a la que no ha encontrado en el infierno y que sabe que, por tanto, está en el cielo. Se necesita odio para resistir a Dios; y el odio es difusivo de por sí. Estar en el infierno provoca que uno odie mucho y a muchos. Pero eso no significa que ese odio sea universal. Un hijo puede seguir manteniendo entrañable amor a su madre. Incluso un réprobo puede seguir amando con verdadero patriotismo a la que fue su nación en la tierra. Un condenado puede llorar de emoción al recordar a su madre. Otro puede seguir afirmando que el Imperio Británico ha sido la realidad más gloriosa de la historia y que se conmueva al recordar esa época en la que vivió y que tiene mitificada en su memoria. Un comisario político de la Unión Soviética puede seguir fiel a su patria como el que es fiel a una religión. Otro puede seguir idolatrando a su amada con la que no llegó a casarse.

El problema es el ambiente venenoso del infierno. No hablo de un ambiente físico, sino espiritual. Cualquier buen sentimiento, por ejemplo, hacia una madre, tenderá a contaminarse al tener que mantenerse en una psicología deformada. Hay una tendencia a que los buenos sentimientos de la tierra que se conserven se vayan corrompiendo, sobre todo con el odio. El odio es una fuerza que como el fuego tiende a devorar todo. Un padre y un hijo que se encuentren en el infierno pueden llorar juntos su destino, pueden

mantener vivo el amor, pero será difícil que el odio contra todo y contra todos no acabe por prender también entre ellos.

Aun así, algunos amarán siempre a sus madres, por seguir con el ejemplo. Otros durante un tiempo. Otros siempre, pero de un modo corrompido. En el tártaro, las reconciliaciones pueden ir y venir, marcharse y regresar, entre los condenados; o entre un condenado y el recuerdo de sus padres, cónyuges u otros familiares. Pero, como las serpientes que segregan veneno, el interior del espíritu es el que contiene esos sentimientos tóxicos. Las almas están rodeadas de serpientes que se miran amenazadoramente, con fiereza y se muerden. Están rodeadas y ellas mismas son serpientes que tienen que soportar el odio de unos sentimientos propios, aunque no se los inoculen a nadie.

Aun así, también allí, en esos páramos, germinan los amores naturales. Pero no son como los que germinan en los prados. Tienen espinas, costras duras y también hay frutos venenosos. Eso sí, lo mismo que en nuestros desiertos, cualquier planta jugosa refresca la boca reseca del que mora en esos eriales espirituales. También esos habitantes de los páramos infernales encuentran, de tanto en tanto, con qué refrescar sus bocas. Y cualquier dulzura de un pequeño fruto sabe a un festín. Hay dulzuras en los desiertos, hay dulzuras en el averno.

¿en qué ocupar el tiempo de la eternidad?



Después de la resurrección de los cuerpos, no queda claro qué harán con todo su tiempo tanto los santos como los réprobos. No parece que haya necesidad de levantar edificios o construir objetos materiales. O tal vez sí que se haga, como excepción, alguna cosa material para ocupar el tiempo. El niño que está en la playa, levanta castillos de arena.

Todos los palacios y obras de arte son castillos de arena al lado de Dios. Aun así, no podemos descartar que hagamos ese tipo de castillos de arena y nos divirtamos mucho con ello.

¿Se construirán edificios, se esculpirán estatuas y se harán grandes obras de arte o científicas? ¿Quién sabe? Plantea muchos problemas una sociedad de seres beatíficos o réprobos que no hacen nada material durante toda la eternidad y únicamente se dedican a lo inmaterial. No nos olvidemos que somos seres materiales. ¿Siendo materiales nos vamos a dedicar solo a lo espiritual?

Pero igualmente plantea muchos problemas entender el para qué realizar operaciones materiales: constructivas, artísticas, artesanales. Si hacemos cosas, ¿no se crearía de nuevo una industria? Si construimos algo, ¿no acabaría habiendo ciudades? Si hay casas, ¿están vacías por dentro? Nada es posible decir al respecto, pues ninguna de las dos opciones expuestas parece estar exenta de graves inconvenientes.

Tan poco atractivo es imaginarse una Humanidad de bienaventurados todo el día tumbados sobre la hierba sin hacer nada (dedicados todo el día a hablar entre nosotros), como una Humanidad que tuviera laboratorios, altos hornos o cadenas de montaje para producir muebles.

Me parece lógico pensar que el mundo físico de los bienaventurados será mantenido en su belleza natural. Es decir, que la naturaleza de la nueva Tierra será dejada en su propia belleza salvaje, como en los tiempos del Génesis. Pero que los hombres sí que trabajen tranquilamente, sin ambición, en trabajos preindustriales que para nada afearán ese mundo. Me puedo imaginar una Humanidad que emprende tareas constructivas como los pueblos de la Antigüedad. Construcciones que estarán en plena comunión con la naturaleza.

Imaginarse esas construcciones es un buen método para imaginar cómo serán los demás trabajos de esa sociedad. Hay edificaciones que, de ningún modo, me las imagino en un mundo paradisiaco, en un mundo como el Génesis recién salido de las manos de Dios. Pues bien, los trabajos de esos hombres angélicos tienen que estar en la misma línea de armonía que esas edificaciones. Repito este concepto: serán labores preindustriales en plena comunión con la Naturaleza. Ya no existirá la fiebre enloquecedora por poseer, por enriquecerse. El trabajo tendrá que ver más con el trabajo de los monjes en una abadía dedicada a sus campos, a sus libros, a la contemplación.

En la morada de los condenados, es fácil imaginar que la deformación de los espíritus los lleve a realizar malas intervenciones que afeen el hogar natural que Dios les brindó. Sin duda, la acción de los réprobos llevará a afear el mundo que Dios le conceda. No pocas zonas del infierno pueden acabar tan desoladas, yermas y desnudas como aparecen en las pinturas de los museos y los frescos de los templos. Si los réprobos edifican, es muy probable que su sentido de la estética sea tan oscuro como sus almas.

Bienaventurados y réprobos estarán físicamente separados. Pero en lo que pienso que serán muy similares es en que ambos dedicarán casi todo el tiempo a acciones inmateriales. En ambos mundos habrá actividades culturales y sociales, y estarán interesados más bien interesados en la ciencia especulativa y en conocer más la vida vegetal y animal, el universo y a ellos mismos. Pero me muestro convencido de que tampoco en el infierno se dará un desarrollo industrial, sino que, casi en exclusiva, sus actividades serán de producción artística, cultural y científica.

Insisto en que, al respecto de esto, nada se puede decir, con seguridad, de lo que ocurrirá en esa nueva era. Pero tengo la sensación de que la producción material será reducida y preindustrial. De lo contrario, se produciría una transformación de ese mundo natural de los bienaventurados en un mundo más parecido al nuestro.

Hay que entender que tanto los condenados como los salvos conforman verdaderas sociedades. Debemos olvidarnos de la idea de un cielo en el que permaneceremos en un continuo estado de éxtasis, fijos nuestros ojos en la Divinidad, sin hablar con los demás, sin relación con los otros. La Jerusalén Celeste es una verdadera sociedad, el infierno también. Esto es válido también para los espíritus angélicos, bienaventurados o condenados. Un condenado no es como un caracol encerrado en su coraza todo el día rabiando. Habrá momentos así, incluso temporadas largas, pero no será lo habitual. Lo habitual será la actuación de la naturaleza humana con todas sus potencias.

el purgatorio como sociedad



Hay quien tiene una difusa idea de que el purgatorio es algo así como un conjunto de personas aisladas, cada una concentrada en su propio sufrimiento. Como si el purgatorio fuera un pasillo con celdas o un campo árido donde cada uno sufre en soledad. Lo más natural es que las almas del purgatorio también mantengan relaciones entre sí. No las relaciones plenas de la sociedad celeste o la infernal, porque, las almas no desearán distraerse entre sí, pues querrán vivir concentradas en la oración. Pero, entre ellas, se ayudarán con consejos, dándose ánimo, a veces orarán juntas, recibirán visitas de los santos y de los ángeles. No serán visitas sociales, sino que

será como el que está en un retiro espiritual y recibe los consejos espirituales de un sacerdote.

Estas visitas serán como predicaciones: imaginemos a un santo hablando de Dios a cien almas, respondiendo a las preguntas que le formulen, dándoles consejos concretos acerca de cómo aprovechar ese tiempo de purificación. Otras veces, serán visitas personales, en las que se le ayudará a un individuo concreto a vencer un defecto que tiene, o se le ayudará a cambiar su opinión sobre algunos temas. El purgatorio es un estado de sufrimiento, pero el sufrimiento sin más, solo el sufrimiento, no purifica a ninguna alma. Es necesaria la concurrencia de la gracia para entender el sentido de todo y que así la voluntad pueda aprovechar ese estado.

Sin duda hay medios provenientes directamente de Dios, también interacción entre los bienaventurados y los purgantes, e interacción entre las almas del purgatorio ya muy avanzadas con las que lo están menos. Esos actos de caridad, ayudándose entre sí, consolándose, aconsejándose, ayudan al que está comenzando su vía de purificación y ayuda también a la misma alma del que está más avanzado en ese camino. Y no se piense que, a veces, no tendrán que ejercer la paciencia, ya que algunas almas llegarán muy heridas interiormente, tercas unas, soberbias otras.

Las almas del purgatorio no conforman, digámoslo así, una sociedad normal. Pues se trata de una sociedad dominada por el deseo de no distraerse, lo cual reducirá mucho las relaciones entre ellos. Además, sus integrantes están de paso. En ese sentido, el purgatorio se parece a un campo de eremitas que, a veces, se reúnen a alabar a Dios, a compartir cómo van avanzando en ese tiempo. Se parece más a eso que a una sociedad normal en la que se despliega todo el abanico de posibilidades sociales.

A eso hay que añadir que, en la parte inferior del purgatorio, el sufrimiento, en ocasiones, se parece a lo que se ve en algunos retablos: almas entre llamas. Sí, allí penan almas rodeadas de las propias llamas espirituales: la llama del remordimiento, el fuego del dolor de los propios pecados que les abrasa.

En un primer momento, lo mismo que cuando se enciende una llama material, el fuego se va acrecentando, porque la persona se va haciendo consciente de más pecados y se hace consciente de un modo más perfecto. Pero llega un momento máximo en el que la persona conoce todos sus pecados y se arrepiente de ellos de un modo perfecto. A partir de cierto momento, el fuego irá decreciendo hasta transformarse en dolor, sí, pero lleno de paz. La paz y el amor de Dios sobrepujarán al doloroso recuerdo de las faltas pasadas. Lo mismo que en el fuego material, llega el momento en que el alma ha consumido todo su combustible.

Después de los rescoldos, queda la paz templada de las cenizas, símbolo del recuerdo. Es decir, ese recuerdo doloroso permanece, pero ya enteramente transformado en amor. El alma tiene que consumir a su ritmo, ella misma, ese combustible. Sería no solo cruel, sino destructivo, arrojarla con toda esa “madera” en el seno de un Fuego de Amor Infinito, que es Amor, pero tan intenso como el fuego. El alma quedaría invadida de un dolor excruciante que le crearía heridas espirituales. Si fuera mejor arrojarlas directamente a ese Horno de Amor que es Dios, se haría así. Si permanecen ardiendo ellas solas antes de entrar en esa Presencia, es porque es mejor para ellas mismas.

Como se ve, el sufrimiento del purgatorio es gradual, proporcionado a las propias fuerzas, ayudado por la gracia y la ayuda de bienaventurados y purgantes. En unas moradas del purgatorio hay fuego; en otras, predomina la ayuda mútua; en otras, espera orante. Aunque, cuando hablamos de moradas,

estamos hablando más bien de fases en ese estado de purificación. Las almas no ocupan sitio, de manera que las moradas son grupos que podemos formar según su situación. También, en nuestro mundo, hablamos de ricos o de dentistas, por ejemplo. Pero los ricos no viven físicamente juntos, aunque muchas veces interactúen entre ellos. Lo mismo pasa con los dentistas, forman un grupo, pero no viven en un lugar. Con las moradas del purgatorio pasa lo mismo.

Aunque me inclino a pensar que también ellas, psicológicamente, necesitan sentirse en algún lugar físico. Y, por eso, tal vez están agrupadas en algún sitio de la Tierra. De los espíritus se dice que están en un lugar físico porque obran allí, afirma santo Tomás de Aquino. Eso es así y no cabe otra posibilidad. El alma no tiene un cuerpo sutil. Es solo espíritu. No está en ningún sitio físico. Pero se puede decir que estas almas están en algún lugar de la tierra en cuanto que obran en ese lugar, aunque solo sea conociéndolo. Sea donde sea que las haya colocado el Señor, lo habrá hecho en un lugar óptimo para esa función purificadora. Es decir, pienso que será un lugar tranquilo, con belleza natural.

¿Hay sufrimiento espantoso en algún lugar del purgatorio? Sí, desgraciadamente, sí. Pero ese sufrimiento espantoso solo tiene lugar en la parte inferior del purgatorio, es decir, entre las almas que vagan desoladas, sintiendo un abandono total, inmersas en una oscuridad interna torturadora. Estoy seguro de que la parte inferior del purgatorio está sobre la tierra, vagan sobre la faz de la tierra, invisibles a los hombres; viendo, día tras día, en el libro del mundo, los pecados y la virtud. Su triste existir trata, lo primero de todo, de comprender.

Esas almas extraordinariamente deformes y ciegas, al principio, entienden muy poco y con extrema lentitud. Es una situación de avance espiritual lento y doloroso por la oscuridad en la que se encuentran. Y esa fase puede durar siglos. Nadie les encierra en esa oscuridad y tristeza porque quiera hacerles sufrir. Pero ellas avanzan según su propia voluntad y su voluntad puede poco.

Pensemos en los grandes monstruos del Mal, por ejemplo, en aquellos jefes de Estado que hicieron sufrir con tormentos a los que anhelaban la libertad, que encerraron de por vida a sus súbditos en horribidas prisiones, que provocaron guerras, etc., etc. Si esos grandes monstruos se salvan de la condenación eterna, encontrarán, en el más allá, algo que podemos describir como un infierno transitorio.

Es verdad, en parte, que la única diferencia entre las capas superiores del infierno y las inferiores del purgatorio es la existencia o no de una decisión irreversible.

Pero también es verdad que, fruto de esa decisión de no retorno, se produce un cambio psicológico para mal que hace muy distintos a los moradores de un estado de condenación frente a los moradores de un estado de purificación. La diferencia entre el mosto y el vino es que uno ha fermentado y el otro no. Los réprobos han fermentado en su propio odio. Unos están ebrios de su condenación, otros no.

Pero démonos cuenta de que, sin las ayudas adecuadas, esa etapa de sufrimiento podría avinagrar a las almas purgantes. Cuanta mayor sea la necesidad de purificación, más tiempo y más sufrimiento se requiere; por tanto, a mayor presión, mayor posibilidad hay de que el alma se quebrante.

Hay tres esferas que se relacionan según la medida y modo determinado por el cielo: purgantes, santos y ángeles. Digo “por

el cielo”, porque los bienaventurados se organizan para ayudar a esas almas. No todo lo hace directamente Dios. El Señor se complace en obrar a través de las causas segundas. Hasta tal punto que nos ha permitido, incluso a nosotros los viadores, ayudar a los purgantes.

Solo la gracia y la relación entre las tres esferas de las que he hablado puede evitar ese efecto adverso del sufrimiento. Los condenados no tienen parte alguna en esa morada, pues su obrar solo iría encaminado hacia la desesperación. Aunque, en la morada inferior, esas almas que vagan sí que ven a los demonios y sufren su acción.

Como se ve, el purgatorio completa de un modo perfectamente lógico todos los peldaños que van del Príncipe de las Tinieblas al Rey de la Luz. Sin el purgatorio, existiría un gran vacío en esa escala. Lutero creía que esta morada era un invento de la Iglesia. Pero, sin esa franja intermedia, existirían una serie de combinaciones y posibilidades del ser individual, en relación a la gracia y a la decisión salvífica, que, simplemente, tendríamos que decir que no existen porque sí, sin poder dar ninguna explicación. Sería el único espacio vacío en esta escala de posibilidades que va desde lo más profundo del abismo del averno a lo más alto del cielo.

La arquitectura teológica del catolicismo nos ofrece una construcción en la que no hay saltos en el vacío, ya hablemos de grados, del purgatorio o de por qué Dios no pudo salvar a algunos de sus hijos. El catolicismo puede ser rechazado por los ateos, pero no se le puede acusar de inconsistencia lógica. Hay religiones que son parecidas a los cuentos de hadas. Mientras que la arquitectura racional del catolicismo es formidable, resulta impresionante como una catedral gótica incluso para los ateos.

El protestantismo tradicional ha sostenido un cielo y un infierno sin grados, pero ya se ve que eso es imposible. Será imposible estar en un lado u otro y no experimentar grados de sufrimiento o de gozo. La teología protestante ha supuesto que la gracia divina invadía la entera persona de un modo arrollador. ¿Entonces para qué un tiempo de prueba sobre la tierra? Directamente nos podía haber ahorrado el tiempo de sufrimiento aquí; y no estamos hablando, precisamente, de poco sufrimiento, sino de cantidades ingentes de dolor. Si todo fuera así, ¿por qué no puso a todos los hombres de golpe en el cielo, sin más? En una bienaventuranza sin grados de felicidad, sin duda, eso sería lo mejor. Pero hay grados porque eso depende del ser de las cosas. Y, para que haya grados superiores, es necesario que haya un tiempo de forja de esos grados. Podemos imaginarnos a Dios que nos dirá en el cielo: “¿Creéis que si hubiera habido otro camino, que si os hubiera podido ahorrar todo ese sufrimiento, no lo hubiera hecho?”.

Dios podría haber creado a toda la Humanidad y haberlos salvado como a los niños sin uso de razón recién bautizados. Todos hubiéramos estado en el grado mínimo de bienaventuranza. Entonces no habría habido condenados, pero tampoco grados superiores de felicidad. Y no estamos hablando de una pequeña mejora. Fijémonos en los grados tan distintos de felicidad entre los bebés recién nacidos y los adultos nadando en los ríos, escalando montañas, recorriendo bosques, saltando en paracaídas, etc., etc. ¡Son grados tan distintos! Pero aquí, en la tierra, lograr esos grados de felicidad conlleva trabajo, esfuerzo y pasar por malos momentos. Y, aún así, ¿quién preferiría la felicidad de un recién nacido a la de un hombre con una vida plena, variada, disfrutando de este mundo y de las relaciones con sus semejantes? Sin duda, nadie. Pues esto nos lleva a entender, un poco, cómo son las diferencias entre gozar y gozar en el cielo.

el único infierno que puede existir



Ya he explicado que la existencia de un infierno dejado de la mano de Dios sería incompatible con la bondad de Dios. Un *infernus relictus* (infierno abandonado) sería un *infernus laceratus* (infierno desgarrado), esto es, esa sociedad acabaría convirtiéndose en un infierno de condenados desgarrados por el dolor. Hay una diferencia entre el dolor y el dolor lacerante. La existencia de un *Deus Bonus* y un *infernus relictus* son incompatibles. O existe lo uno o existe lo otro. Únicamente la inexistencia de Dios permitiría que el sufrimiento humano no tuviera límite en su monstruosa intensidad. Claro que si no existiera Dios, no existiría nada, incluido ese individuo que sufre.

En abstracto, el peor pecado es el odio a Dios. Hay una relación causa-efecto entre el amor a Dios y el amor al prójimo: el amor a Dios lleva a amar al prójimo, y viceversa. Pues, de igual modo, también el odio a Dios lleva a odiar al prójimo, y viceversa. Cuando digo “viceversa”, me refiero a que el odio al prójimo, cuanto más fuerte, más lleva a odiar a Dios. Por eso se puede afirmar que el peor pecado es gozarse en hacer sufrir al prójimo y hacerle sufrir con crueldad, con la mayor intensidad. En abstracto, el peor pecado es el odio a Dios; pero esa iniquidad se concreta en el gozo por hacer sufrir al prójimo.

Pues bien, no podemos decir que ese gozo en hacer sufrir sea un pecado en el hombre y una virtud en Dios. Recordemos que Dios se goza en todas sus obras. Un *infernus moderatus* (infierno moderado) implica que Dios les mantiene en esa existencia, porque vivir en ese estado es mejor, es preferible, a no vivir. No está de más recordar que *moderatus* en latín significa tanto “moderado”, como “gobernado”, *moderor* significa

“gobernar”. El infierno no es una mera caja para acumular objetos inservibles, sino que es un acto de misericordia de Dios, un acto de bondad, un regalo, el regalo de la existencia para esos hijos pródigos. Un regalo que incluye pequeños placeres naturales.

De esto se sigue que Dios, como buen Señor, ha establecido unas leyes que rijan de forma invisible el infierno, aunque sus mismos moradores, no las conozcan o no las quieran reconocer. De esta manera se evita que ese estado se pueda convertir en un estado de sufrimiento creciente, y sin límite en ese crecimiento.

Los demonios pueden ser muy crueles, pueden asediar a un alma. Pueden hacerse el mayor daño posible entre ellos, daño inmaterial. Sin ciertos límites impuestos por la Mano Divina, algunos condenados llegarían a abismos de sufrimiento impresionantes. ¿Qué impide un aumento eterno del dolor? En un infierno totalmente abandonado por Dios a su suerte, esto podría ser. Pero tal pensamiento resulta intolerable. El peso de sufrimiento que se generaría resulta difícil de soportar para cualquier inteligencia que trate de imaginarlo y ponderarlo.

Dios alivia los sufrimientos del infierno. Los alivia, primero de todo, permitiendo que las almas vivan juntas; es decir, formando una sociedad. Sería mucho peor que cada uno de los réprobos viviera separado, aislado. Ciertamente que la convivencia con esos condenados es una fuente continua de dolor, porque son personas llenas de malos sentimientos. Pero, al mismo tiempo, ese mal es menor que el mal de la soledad absoluta.

A veces, he pensado lo tremendo que sería que un solo individuo (angélico o humano), uno solo, se hubiera condenado. ¿Podemos imaginar lo que es una eternidad en interminable soledad sin poder hablar con nadie? El infierno sería mil veces peor.

Afortunadamente para los condenados, estos no viven su eternidad en soledad. Ahora bien, Dios tiene que poner ciertas leyes que ni los demonios ni los réprobos pueden quebrantar. Si no fuera así, los condenados estarían abandonados completamente a la mala voluntad de los habitantes del averno con los que conviven. De ahí que, de un modo invisible, la Mano de Dios evita que el ensañamiento llegue más allá de ciertos límites.

Cuanto más malo sea uno, más sufrirá porque uno mismo es la causa del sufrimiento. El fuego del infierno, cuando aparece, lo hace dentro del alma. El hijo pródigo de la parábola tenía sus felicidades en su destierro autoinfligido. Vivía triste, pero no siempre estaba desesperado. Su existencia era lamentable, globalmente considerada, pero no experimentaba una perfecta desesperación en cada segundo de su vida alejado del padre y su casa.

El sufrimiento del infierno es eterno, pero variable; es continuo, pero no creciente. Puede llegar a ser paroxístico solo en algunos momentos, normalmente se limita a ser una existencia triste con momentos de ira. Nadie es feliz en el infierno, pero la existencia en ese lugar tiene sus pequeñas satisfacciones, pequeñas alegrías. También los matorrales crecen en las llanuras de los desiertos. El desierto no es solo páramo de desolación. Los moradores de los desiertos aprenden a amar el desierto.

Comprendemos que el infierno es un desierto que no está dejado de la mano de Dios. Ahora bien, podríamos preguntarnos si el Omnipotente no podría intervenir más en ese desierto, en ese paraje desolado de toda vida sobrenatural. Sí que podría hacerlo. Pero una **mayor intervención** divina provocaría más sufrimiento en los réprobos. No olvidemos que esa sociedad está formada por sujetos que han querido alejarse de Dios. Podría **intervenir menos** también, pero si interviniera menos, los condenados se

producirían mayor sufrimiento del que ahora tienen. Como se ve, la intervención de Dios requiere de una sabiduría magnífica para realizarla en la medida adecuada. Reconociendo que esa medida adecuada constituye una franja. Y que, en esa franja, hay oscilaciones, pues la variación es propia de la vida.

Hay leyes que impiden que las agresiones físicas pasen más allá de cierto límite. Pero, sin duda, Dios también interviene, invisiblemente, para que las agresiones no físicas (agresiones con la humillación, con el insulto, etc) no pasen de cierto límite y hundan a la persona más de lo debido. También se ha mostrado antes cómo hay leyes que rigen el campo interno del sujeto y que impiden que los réprobos y los demonios se hundan en una depresión total.

A esto se añaden las leyes que permiten la existencia de una sociedad, la aparición de pequeños placeres. Aunque este último tipo de “leyes”, en realidad, más que leyes del infierno son consecuencias de la pervivencia de la naturaleza, aunque sea deformada.

Por eso, cuando hablo de leyes del infierno, me estoy refiriendo a cuatro tipos esenciales que después se derivan en otras muchas:

LEYES POSITIVAS

–**Leyes positivas personales:** Las leyes de la naturaleza que siguen actuando en la persona, con los gozos que el propio ser conlleva. La inteligencia y demás capacidades de todo ser racional tienen su propia causalidad positiva.

–**Leyes positivas sociales:** Vivir en sociedad conlleva pequeños placeres. Y toda sociedad está regida por una serie de normas ínsitas a todo grupo social, sea de hormigas o de demonios. Aquí también se puede incluir la belleza del mundo material en el que han sido colocados los condenados. Ese mundo también produce placeres en los individuos que lo contemplan, que lo estudian, que lo recorren.

LEYES NEGATIVAS

–**Leyes negativas personales:** Las aquellas por las que Dios, con su gracia (gracia natural) impide que la persona (demoniaca o humana) caiga en un círculo vicioso sin fin que le llevaría a una existencia sumida en la más completa depresión.

–**Leyes negativas sociales:** Son aquellas que impiden que una agresión (física o no) carezca de límite, con las consecuencias que eso tendría para el cuerpo o el alma de la persona. También aquí se incluyen las leyes físicas que impidan que los condenados destruyan enteramente la naturaleza del entorno donde vivan los réprobos resucitados.

Estos cuatro tipos de leyes conforman la arquitectura del infierno. Y así existe una sociedad demoniaca porque Dios ha permitido que exista; porque Dios podría haber aislado a sus miembros. Pero con eso solo hubiera conseguido más sufrimiento. ¿Para qué? Ciertamente que la compañía de los otros es fuente de satisfacciones y de tristezas, como en la tierra. Otras leyes impiden que los condenados más furiosos destruyan toda la belleza del mundo material en el que han sido colocados. Seguro que la acción de los condenados afea ese mundo, pero si Dios no actuara, siempre habría suficientes extremistas que convertirían su morada material en un verdadero desierto, por el placer de destruir. No sabemos qué leyes tienen que regir allí, pero seguro que hay leyes que impiden eso.

Después de lo visto, queda claro que esa sociedad no se dedica solo a tentar a los humanos, sino que también tiene sus propios alicientes. Todo lo que se ha “construido” en el infierno, construcción social –construcción de relaciones, conocimiento, amistades–, se ha erigido porque Dios estableció unas leyes esenciales que permitieron ese desarrollo, esa evolución, esa historia colectiva que entrelaza las historias personales. La vida biológica evolucionó en la Tierra no de un modo ciego, sino porque tuvo una serie de leyes que lo permitieron. El paralelismo con el infierno es claro.

Cuando hablamos de “leyes”, no me estoy refiriendo a leyes promulgadas que tienen una redacción con palabras y que los sujetos se esfuerzan por cumplir; sino que son, más bien, disposiciones cuya efectividad resulta insoslayable, quieran obedecer o no los réprobos. Es decir, en unos casos, hablamos de disposiciones que son como muros invisibles, obstáculos inmateriales; en otros casos, hablamos tanto de discretas acciones positivas de Dios, como de consecuencias positivas de las leyes que rigen la naturaleza de los elementos individuales que componen el conjunto. En el infierno, la obediencia a esas disposiciones básicas no podría ser dejada a la buena voluntad de los demonios.

Por tanto, unas serán **leyes directas de Dios**, como barreras que no pueden traspasarse. Otras, sin embargo, son las **leyes de la Providencia**. Es decir, normas a través de las cuales Dios otorga elementos positivos y evita que los negativos lleguen más allá de cierta medida.

tres infiernos posibles



¿Podría ser el infierno el resultado de una construcción de leyes básicas esenciales (de obligado cumplimiento) y de leyes accidentales que permitieran un mayor o menor esfuerzo por cumplirlas? Puede parecer esta una cuestión muy teórica. Pero, según la respondamos, tendremos un infierno muy distinto. Voy a intentar afrontar esta cuestión por partes.

Los demonios pueden hacer menos mal o más mal, puesto que conservan el libre albedrío. Pueden contenerse en su odio, en su afán por dañar a otros demonios o réprobos. En la medida en que se dejen llevar de esas pasiones malas, ellos mismos sufren en primera persona el fuego de ese odio, el veneno de esos

pensamientos mortíferos. Si un réprobo resucitado ataca físicamente a otro hombre y le araña y le golpea, él mismo sufre en su alma los arañazos y los golpes de sus propios sentimientos. Y Dios contendrá, de algún modo, la posibilidad de ir más allá de su ataque, sin poder llegar a las amputaciones, a dañar los ojos, por ejemplo.

Pero que exista o no esa norma por la que Dios impida, por ejemplo, las amputaciones o que un réprobo se pase diez años encadenado en una prisión sin ventanas, hace que el infierno sea muy distinto. Incluso hay grandes cambios si se permiten las amputaciones de forma excepcional o si se prohíben de forma absoluta. Si Dios no interviniera impidiendo este tipo de cosas, la situación de los humanos sería peor que la de los demonios. Pues los humanos, a través del cuerpo, sí que podrían ser sometidos a un sufrimiento mucho mayor.

Amputaciones, encadenamientos... ¿puede haber guerras físicas entre los humanos resucitados del infierno? Como se ve, una red de leyes-barreras y de acciones de la Providencia actúan de forma negativa y positiva, exaltando y abajando, consolando y humillando al que lleve la opresión demasiado lejos.

Habiendo dejado claro que los réprobos mantienen la libertad para hacer más mal o menos mal, ¿cabría la posibilidad de que, más allá de las leyes esenciales, haya leyes menores que les permitan tener satisfacciones naturales provenientes directamente de Dios si hacen el bien, bien natural, un bien que no lleva al arrepentimiento? Dicho de otro modo, ¿podría existir un infierno en el que hubiera una intervención más fuerte de Dios, no solo impidiendo acciones, sino también premiando directamente algunas obras?

Ya he dicho que el bien natural realizado en el infierno tiene su repercusión positiva. Por ejemplo, el demonio que se esfuerza por odiar menos, él mismo se beneficia teniendo más calma, más serenidad. Otro ejemplo, el demonio que se dedica a cultivar la ciencia, él mismo se beneficia de esos pequeños gozos naturales de la búsqueda de la verdad y del conocimiento de esta. Un tercer ejemplo, el demonio que trata de aconsejar para bien a otros condenados, que los anima a seguir (dentro del infierno) un camino menos torcido, él mismo siente la satisfacción de lo que hace.

Existe un bien natural en el estado de condenación, eso está fuera de toda duda. Un bien natural propio y un bien natural que puede ser expansivo. ¿Puede un demonio consolar a otro que está derrumbado? Sí, puede haber casos en que sí. Otro aspecto que podemos dar por cierto es que los demonios pueden hablar con Dios y Él puede responderles. Recuérdese como esto está descrito en el Libro de Job. Si pueden hablar, cabe la posibilidad de verdaderas conversaciones con el Creador.

Con estos elementos, vuelvo a plantear la cuestión inicial: ¿Cabe la posibilidad de que Dios intervenga directamente, en el infierno, mucho más de lo que pensamos, con una manifiesta intervención positiva, con premios puntuales? En mi opinión, no. La separación definitiva respecto al Creador solo puede realizarse a través del odio. De ahí que el infierno sea el estado de los que quieren apartarse de Dios. De ahí que un Hades en el que hubiera un intervencionismo directo de Dios para otorgar premios positivos implicaría un mayor sufrimiento en los réprobos. Dios interviene, pero oculto. Dios interviene sí, pero tanto otorgando como impidiendo de un modo invisible. Se llega a esta conclusión por la misma esencia de ese estado. Y es que el mismo modo que un *infernus laceratus*, un infierno lacerado y abandonado a sí mismo, es imposible, por la misma razón del ser de las cosas; así

también un *infernus edenicus*, es decir, un infierno quasiparadisiaco en el que Dios se pasease por él, acariciando, de vez en cuando, a algunos de sus réprobos, también es imposible.

El corazón palpitante del tártaro es el odio. Si Dios pudiera extinguir ese corazón, lo haría. Pero dado que es un corazón indestructible, un núcleo siempre venenosamente radioactivo, la consecuencia es que la esencia de ese estado implica el deseo de apartarse de Dios. Luego un Padre Celestial que se pasea por el infierno, como lo hacía con los primeros primeros padres en el Edén, sería infligir un mayor dolor a esos seres, imponiendo su presencia a los que quieren estar sin Él.

No es posible ni un *infernus laceratus* ni un *infernus edenicus*. El único infierno posible es el *infernus moderatus*, y puede llegar a ser *maxime moderatus* siempre y cuando se mantenga entre dos franjas no posibles: la de un averno abandonado a sí mismo y la de un averno edénico.

El infierno paroxístico resulta imposible porque existe un Dios infinitamente bueno. El infierno edénico no es posible porque sus inquilinos no quieren ningún tipo de acercamiento al Creador. Un infierno es imposible por la bondad de Dios y el otro infierno es imposible por la iniquidad de sus inquilinos.

Aunque el infierno real, el único que existe y puede existir, se mueve entre las dos franjas, eso no significa que no pueda haber momentos de sufrimiento paroxístico dentro de ese estado. del mismo modo, también puede haber momentos en que un alma puede sentir una caricia de Dios: una caricia transitoria (se apagará), no sobrenatural, leve (nada que ver con las alegrías del cielo). Epulón suplicó una gota de agua *que refresque mi lengua* (Lucas 16, 24a).

He intentado ver qué infiernos son posibles. Y, después, ver qué infiernos están exentos de inconveniencias internas. La

descripción lograda, en estas páginas, me parece que es la descripción de un tártaro que vale para todos los condenados, sean como sean

La misma construcción de argumentaciones acerca del *infernus moderatus* vale tanto para los réprobos como para los demonios. Por supuesto que estos razonamientos expuestos valen también para el Diablo. Vale para el Dragón porque el razonamiento se basa en el ser de las cosas. Por lo cual, vale para todo sujeto dotado de libre albedrío que se aleje definitivamente del Creador.

el pasaje de epulón

Alguien podría preguntar: ¿Epulón estaba en el infierno o en el purgatorio? Estaba en el infierno por dos razones:

1. Se afirma que está en el Hades (Lucas 16, 23). Término que tiene un sentido infernal. Véase, por ejemplo, cuando Jesús dice: *Y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella* [la Iglesia] (Mateo 16, 18).
2. La segunda razón refuerza la primera, y es que Abrahán le contesta que *entre nosotros y vosotros ha sido establecido un gran "jasma"* [hueco, vacío, brecha], *de manera que aquellos que desean pasar de aquí a vosotros no pueden, ni pueden pasar de allí a nosotros* (Lucas 16, 26).

Obsérvese un detalle significativo. Siempre se suele traducir este versículo como si Abrahán contestara que entre ellos hay un gran "abismo". Pero la palabra griega no significa "abismo", sino "hueco, vacío". Esto teológicamente es muy profundo. Solo hay dos abismos: el abismo del odio eterno y el Abismo del Amor Divino. Entre ellos no hay un tercer abismo, solo un vacío.

Otro elemento interesante es que se dice que ese vacío se ha "establecido". El verbo griego *stérizó* se puede traducir por "establecer, colocar firme, hacer seguro". Es decir, no se dice, simplemente, que entre esos dos lugares "hay" un vacío, sino que

se dice que esa brecha que hay es firme, segura, estable. Esos dos mundos están separados y esa situación es firme.

Estando en el infierno, tras la súplica, tal vez, Epulón se revolvió con furia contra el mismo Abrahán. Pero, aunque eso sucediera después, observamos este episodio de inequívoca súplica, el verdadero deseo del bien de los hermanos de su familia y la afirmación, al mismo tiempo, de que *estoy sufriendo en esta llama* (Lucas 16, 24b).

los errores de esta obra



A estas alturas, no puedo evitar escribir unas palabras que no son una digresión. Me pregunto cuántos son los errores que pululan por esta obra. Tal vez debería haber escrito estas líneas al final de este libro. Pero es ahora cuando he querido hacer una apología y reconocer, al mismo tiempo, que nadie sabe en qué se equivoca.

He tratado de revisar qué conclusiones silogísticas eran defectuosas y han circulado por estas páginas golpeando otros razonamientos, sacándolos de sus lugares naturales. He revisado mis razonamientos como el contable que vuelve a rehacer todas sus cuentas, y que, una vez tras otra, llega a los mismos resultados parciales y al mismo resultado final. Un resultado que incluye el concepto naturaleza y que le da la importancia que le es debida, que desecha ciertos infiernos, etc.

Detrás de las afirmaciones vertidas aquí, hay razonamientos y más razonamientos, aunque el andamiaje haya sido retirado para dejar el edificio final. He intentado que los muros del averno de este libro se basaran en la lógica.

Habría sido posible también haber desplegado esta obra como una larga, fría, desnuda, sucesión de silogismos. Podría haber dividido y subdividido todas estas páginas en cuestiones y artículos al modo de la *Summa Theologica*. Pero tal modo de exponer las cosas no hubiera aportado nada, salvo una mayor apariencia de seguridad. Considero que era preferible exponer la visión del infierno a través de un largo *respondeo*. También podía haber quitado unas cuántas cuestiones que, a ojos de algunos, parecerá que quitan seriedad a estas páginas.

En mi descripción del averno, he deseado no dejarme llevar de mis sentimientos, mi propósito ha sido construir sobre la razón objetiva. No es este un ensayo escriturístico, es decir, una obra que trata de sustentar cada afirmación en versículos de la Biblia. Pero, sin las Escrituras, hubiera sido imposible llegar tan lejos, en este camino, solo con las fuerzas de la razón.

He intentado, y creo que se ve en estas páginas, tener una actitud honesta: nunca la palabrería oculta un razonamiento débil. Pero, aun actuando con honestidad, es cierto que yo, de forma inconsciente, puedo caer, como todos, en la terquedad, en aferrarme a mis prejuicios o a unas conclusiones que no se adecúen a la realidad. No ha sido mi intención aferrarme a mis esquemas. Aunque no tener la intención, no significa que me halle excluido de caer.

Muchas veces, reconocer que algo tenga que ser reformulado no será tanto que yo tenga que reconocer, propiamente, un error, sino la existencia de más posibilidades. Es decir, los errores inconscientes que se puedan hallar en mi obra, probablemente, no provengan de afirmaciones en sí mismas erróneas, sino de la exclusión de la posibilidad de que el infierno sea de otras maneras. Solo la visión del más allá me hará ver en qué erré.

Os confieso que, algunas veces, me ha entrado el escrúpulo de pensar que quizá el odio sea mucho más intenso en ese estado de lo que pienso. Pero reviso todo el *iter logicus*, el itinerario lógico que he seguido, y creo que no me he equivocado en mi edificación. Cierto que esa lenidad, en mi modo de enfocar cómo es el tártaro, podría constituir un foco de error básico en toda esta mi construcción. Ahora bien, me tranquilizo repitiéndome que, en el fondo, siempre he afirmado la presencia del odio en la medida, grado e intensidad de lo que merece cada individuo. Sí, esa sería la otra gran crítica que se podría hacer a esta obra, pero nunca he dejado de repetir que cada uno sufre según merece.

Aunque llevo toda una vida dándole vueltas al tema del abismo infernal, albergo el temor a equivocarme. Me tranquilizo pensando que los siglos han pasado y tras hacerlo han demostrado hasta qué punto Aristóteles acertó, de una vez para siempre, en sus construcciones metafísicas. Los siglos han transcurrido bajo los puentes del mundo y las grandes mentes han demostrado de qué modo tan imperecedero el Aquinate acertó, de una vez para siempre, en la descripción de las estructuras esenciales de tantos temas sobre los que trató; también él dictó líneas acerca de las vigas esenciales que sostienen el cielo y el infierno, y esas vigas siguen ahí, sólidas y en su sitio.

La obra grandiosa de estos dos personajes que se complementan y se continúan, el Estagirita y el Aquinate –y de otros satélites girando a su alrededor– me consuela: es posible ¡ver!, es posible alcanzar la verdad. Con humildad me consuelo pensando que, tal vez, me haya sido dado atisbar cómo puede ser ese inframundo que es el reino lleno de profundidades de oscuridad.

He recorrido esos parajes en mis obras no por una revelación, ni mía ni ajena, sino porque me he pasado toda una vida meditando y reflexionando acerca de esa Región de Muerte,

allí donde reina la muerte espiritual, allí donde hallamos una perfecta muerte sobrenatural. Pero, incluso, en las profundidades abisales pulula, aletea, resiste la vida; vida natural, pero vida; existencia, sentimientos, conocimiento, relaciones, pequeñas alegrías. También en el infierno encontramos serenidad, aceptación, amistad y fragmentos de paz.

Alguien, lo repito, me acusará de pintar un infierno demasiado templado. Lo reconozco, el averno tiene que ser (como sufrimiento basal) todo lo moderado que se pueda: lo que se puede dentro de un estado de apartamiento de Dios basado en el odio. Es un estado de sufrimiento sin esperanza cuya medida la da la eternidad.

Eso hace que cualquier sufrimiento terreno sea mil veces preferible al infierno. Digo “mil veces”, pero podría decir “mil millones de veces”, podría decir que cualquier sufrimiento terreno es preferible “trillones de veces” a la reprobación eterna. Cualquier cantidad con la que desee plantear una comparación será siempre inferior a la realidad.

Los que plantean otros infiernos más brutales deberían hacerse una idea más realista de lo que están hablando. No tengo el más mínimo interés en aguar la idea de algunos acerca de la condena infernal. Por supuesto que creo todos y cada uno de los versículos que hablan del infierno en la Biblia. No es a pesar de ellos que he construido este ensayo, sino gracias a la luz que la meditación que ellos me han ofrecido.

Después de haber meditado cada una de las palabras bíblicas, es cuando he querido con la sonda de la razón tantear las profundidades existentes bajo las aguas muertas. Y creo que la sonda de la razón ha alcanzado, en este ensayo, el fondo de la verdadera naturaleza de ese estado. El resultado no es una cuestión de decisiones personales del teólogo. Por muy estricto

que quiera ser el viador que se abisma con su mente en lo que debe ser ese estado, al final, debe primar la búsqueda de la verdad.

Que mis lectores me disculpen si en algo me he equivocado. En mi descargo, diré que no me he tomado a la ligera la labor de hablar de la condenación eterna. Detrás de este libro hay una vida dedicada a reflexionar sobre este campo una y otra vez. Pero todos nos equivocamos y no sabemos en qué hemos fallado.

Se me acusará de tener una visión del infierno demasiado poco dura. ¿Pero es podemos dejar de pensar que si concebiéramos el abismo como una fragua, aquello que está soportando los golpes (eternos) del Martillo de la Justicia no sería otra cosa que una masa rusiente de seres humanos? ¿Qué sentido tendría una fragua así? ¿Qué sentido tendría el repicar de ese martilleo continuo, sin descanso, irresistible? De nuevo, la pregunta inicial que sobrevuela esta obra reaparece: ¿En qué Dios creemos?

sufrimiento basal



Alguien podría pensar que este infierno que he descrito es demasiado moderado, que se sufre poco. No, siempre hay un sufrimiento de base, un sufrimiento continuo, un “sufrimiento basal” si se me permite tomar una expresión de la biología. Así lo define el Diccionario de la Real Academia:

Basal: Dicho del nivel de actividad de una función orgánica. Que es el que tiene durante el reposo y el ayuno.

Hay un dolor continuo, porque una persona mala percibe de un modo torcido y desfigurado la realidad que le rodea, también se percibe a sí mismo y lo que le sucede de un modo contrahecho. Se percibe desde la soberbia o desde el egoísmo o desde la convicción de que lo que le sucede no es justo; y así año tras año.

Hay momentos en que ese sufrimiento aumenta. Por ejemplo, por algo que le ha dicho otro condenado o por los mismos vericuetos a los que les conducen sus propios pensamientos: celos, enfados, remordimiento... En ocasiones, ese sufrimiento se vuelve intensísimo. Sí, en el Hades, hay remordimiento, lo cual es distinto del arrepentimiento. Aunque se duelen de “haber sido tan tontos”, de haberse dejado engañar, no muestran ningún propósito de enmienda. Pero, aunque esto sucede, por sus actos pretéritos no sienten dolor en todo momento. Psicológicamente, por orgullo, hay una tendencia a reafirmarse en sus acciones de la vida en la tierra.

Pero sí que hay momentos puntuales de dolor por sus errores. Es como si, en medio de sus tinieblas, la luz de la verdad se impusiera por un momento. Es el dolor de reconocer su gran equivocación, “¿por qué me dejé engañar?”, pero sin que eso les conduzca a ningún pensamiento salvífico. También Judas se suicidó invadido por el remordimiento. Quiso dejar de existir sin pedir perdón a Dios. Ese no soportar el recuerdo del propio delito, ese querer dejar de existir, no es salvífico. Hay un remordimiento que lleva al verdadero arrepentimiento (pero para dar ese paso sobrenatural se necesita una moción de lo alto), y hay otro remordimiento que lleva o a la desesperación o a aceptar con acritud la situación actual.

En la visión que algunos han tenido del infierno, Dios aparece como un torturador. Pero Dios no hace otra cosa que atenuar el dolor. Que el Señor es responsable de todo lo que permite, eso resulta innegable. De ahí que el infierno debe ofrecer un balance positivo, un saldo de felicidad natural.

Mis palabras parecerán que describen un tipo de infierno demasiado suave, pero, una vez, paseando con un juez me comentaba: *La gente se queja de que las penas son demasiado livianas. Pero no saben lo que es estar un año en la cárcel.* No,

mi infierno no es demasiado suave. La gente no tiene ni la más mínima experiencia personal de lo que es la eternidad.

Con razón que las mentes más perspicaces de los creyentes católicos y no católicos del siglo XX hayan manifestado que no les entra en la cabeza la idea la idea de un infierno exacerbado, donde los condenados sufren de un modo dolorosísimo y espantoso en todo momento: casi diríamos que su oficio es sufrir. El error aparecía con más claridad en un tártaro exacerbado de dolores corporales. Para las mentes rudas y simples de siglos pasados, cualquier otra cosa que un lugar de tortura corporal les hubiera parecido demasiado bueno. Pero si los humanos son condenados por haber cometido pecados, ¿un infierno de continuas torturas corporales no sería acaso el gran pecado de Dios? La existencia de ese infierno se convertiría en el pecado del Bien Infinito. El fin no justifica los medios. El fin de la gloria de Dios, tampoco.

Debo confesar que siempre me ha aburrido soberanamente *La Divina Comedia*. Dante ofrece una visión del infierno como tortura física. Era la visión de la mayoría de los cristianos de la época. Tal vez hubo individuos que comenzaron a pensar en la línea de la presente obra, pero unos dudaron si esa postura era ortodoxa, otros no se atrevieron a ponerlo por escrito.

Dante explica que los aduladores están sumergidos en excrementos humanos, que representan sus propias palabras; que los simoniacos viven colocados con la cabeza hacia abajo y con llamas que les queman los pies; que los gobernantes corruptos se bañan en brea hirviente; que los ladrones son mordidos por serpientes; que los traidores a sus propios familiares están sumergidos en hielo hasta la cara.

Al final, todas las torturas de Dante se reducen a unos cuantos sufrimientos esenciales (frío, fuego, mordiscos...) y solo cabe cambiar la escenografía. ¿Cabe darles un sentido espiritual a estos suplicios físicos? Se podría, pero no debemos olvidar que, sea cual sea el objeto del pecado que se cometió en vida, al final, lo que único que queda son sus efectos en el alma. Efectos que no son otra cosa que los pecados. Pecados externos que acaban convirtiéndose en deformación interna permanente.

El que reiteró los pecados de ira acabó convirtiéndose en iracundo. El que reiteró los pecados envidia acabó convirtiéndose en envidioso. El que reiteró los pecados de avaricia acabó convirtiéndose en avaricioso. Podríamos seguir con el resto de pecados. Pero esos pecados conforman una síntesis. De manera que uno que, en la tierra pecó de avaricia y de lujuria, en el infierno eso puede quedar recapitulado, meramente, en una psicología orgullosa y egoísta.

Los pecados concretos y materiales de otra alma se recapitulan en que esa persona, en la eternidad, tendrá una especial inclinación a la rabia y a echarse la culpa a sí mismo con acritud. Y así podríamos seguir con cada persona del infierno. Los pecados materiales cometidos se sintetizan en una deformación permanente de la que no hay tantas variantes esenciales: orgullo, ira, acritud, tristeza... Eso sí, cada sujeto presentará unas características completamente personales, únicas, en su deformación eterna. Las variantes esenciales son pocas; las particularidades personales, únicas.

Por eso, la visión de *La Divina Comedia* clasificando por objeto del pecado es algo meramente teatral, no basado en la realidad. Por eso, también, las descripciones de los tormentos del infierno en Evangelio son tan someras: fuego, tinieblas, gusano que nunca muere, exclusión del banquete, sed en el rico Epulón. Y, en realidad, no se trata de categorías excluyentes, sino de

realidades espirituales que se dan, todas ellas, en cada condenado. Cada uno de ellos vive con tinieblas en su mente, sufriendo a veces el gusano del remordimiento, sufriendo a veces el fuego de la rabia, etc.

En algunas bromas y películas, aparece un infierno donde los condenados se lo pasan bien, como si estuvieran en una alegre fiesta animada. Evidentemente, se trata de una parodia que nadie se toma en serio. Pero, aunque nadie crea en un lugar así, nos ofrece el otro extremo del arco: la idea de un averno de eternas torturas físicas debe ser desechado, pero tampoco es un lugar placentero.

El infierno no es una sociedad en la que la diferencia con el cielo es que sus habitantes tienen cuernos en la cabeza. Eso sería como pensar que la diferencia entre la Alemania de Hitler y los Estados Unidos de Roosevelt radicaba solo en los uniformes.

Observemos dos familias, una enteramente feliz, en la que los miembros se quieren de todo corazón, se ayudan, se consuelan; mientras que la otra familia es un continuo infierno, todo son gritos, recriminaciones, llantos. Externamente, vemos dos casas, muebles, una parecida distribución de la jornada, las sucesiones del trabajo y del descanso, comidas en común. Sin embargo, son dos mundos enteramente distintos.

La descripción que he hecho de la sociedad infernal y de los placeres naturales que hay en ella puede ofrecer una sensación equivocada que parezca acercar el averno a la concepción paródica mencionada. Pero tampoco podemos imaginarlo en el otro extremo absoluto, porque sus sufrimientos son eternos. El infierno dantesco es una fantasía, el paródico también.

Creo que un buen ejemplo del equilibrio sutil, grandioso, divino, en el que se mueve ese reino es la consideración de los movimientos del planeta Tierra. Todos conocen los movimientos de rotación y traslación, pero existen también los movimientos de precesión y nutación. Si el eje del planeta no estuviera inclinado, no habría estaciones. Sin esa inclinación, habría lugares mucho más extensos inhabitables por el frío o por el calor. El planeta seguiría teniendo la misma extensión, pero la zona habitable sería menor.

El infierno tiene una extensión de posibilidades naturales positivas. Posibilidades que provienen de las naturalezas de las glorias y de las naturalezas humanas. Pero si se realizara un pequeño cambio en las “inclinaciones del eje” del infierno, aun siendo, **por naturaleza**, esas posibilidades las mismas; **de hecho**, la zona habitable de infierno se reduciría, me refiero a la franja para que los sujetos condenados moren de un modo razonable. No me estoy refiriendo a una franja física, sino espiritual. Los demonios moran en una dimensión enteramente inmaterial.

Si Dios cambiara ese “eje de inclinación”, los mismos habitantes del infierno vivirían sujetos a más ardor de su propia ira o más sujetos al gélido frío de su tristeza. Siendo los mismos los pecados cometidos en la etapa de viadores, un cambio en esas leyes del infierno provocaría mayor sufrimiento. Sin duda, el Todopoderoso ha hecho con el infierno como con la tierra: darle la inclinación y la traslación más adecuada. Es a cosas así a las que me refiero al hablar de las leyes del infierno.

Los seres humanos podemos hacer lo que queramos sobre la superficie de la Tierra, pero no está en nuestra mano cambiar la rotación o la precesión. Eso escapa a nuestras posibilidades por malos que seamos, por mal que usemos de las fuerzas de la naturaleza. Es un buen ejemplo de a qué me he estado refiriendo

por esas normas divinas que Dios ha impreso en esa morada infernal.

Decretar esas normas supone una acción que hay que realizar con sumo cuidado, pues hay que evitar no solo los extremos de un infierno paródico y un infierno dantesco, sino incluso *un infernus edenicus* o un *infernus laceratus*. Hay que evitar incluso versiones más moderadas, pero inviables del averno.

Recordemos que el *infernus edenicus* no es posible porque sus moradores quieren estar sin Dios. Y vivir deformados y sin Dios siempre lleva al sufrimiento. Así que ese tipo de infierno no puede darse. En el *infernus laceratus*, se quebrantaría la psicología de la persona.

Como se observa, el paralelismo con el planeta Tierra es, una vez más, admirable; pues también un cambio en ese eje de inclinación no significaría que se reduciría la tierra habitable, sino que la transformaría en inhabitable y la vida no sería posible. Del mismo modo, la actuación divina con sus disposiciones disponen todo, magistralmente, con una infinita sabiduría, para evitar que el infierno se vuelva inhabitable, tanto por un exceso de intervención divina como por una deficiencia de esa misma intervención.

Soy consciente de que lo expresado hasta aquí sobre los movimientos de la Tierra es una comparación referido al infierno. Pero permítaseme continuar un poco más con la alegoría, y preguntarme: ¿Cuál es el movimiento de precesión infernal? ¿Cuál es su movimiento de traslación y rotación?

La respuesta es el dinamismo de la vida. Recordemos que también los demonios tienen vida, aunque carezcan de cuerpo. Un

infierno estático sería insoportable. No es que fuera difícil vivir en él, sencillamente sería insoportable.

Lo que hace habitable el infierno es la variación, los cambios. En el mundo de los demonios, esos cambios son totalmente inmateriales. Con lo cual, solo pueden ser cambios en el mundo de conocimiento, de las relaciones sociales, del amor natural hacia lo que hay en ese universo de condenados. Las cosas que les interesan a las glorias condenadas son inmateriales y, en definitiva, tienen que ver con el conocimiento y otros sujetos condenados. No hay otras posibilidades.

Pero las posibilidades de la propia naturaleza, combinada con la causalidad de toda esa sociedad, es lo que provoca cambios en ese evo de los demonios. Lo mismo en los humanos, aunque haya que añadir lo material. Sin ese cambio incesante, ameno, atractivo, el evo sería una cárcel. Lo que hace que un hombre se desespere encadenado a una pared en una mazmorra durante años es la ausencia de cambio. Ese sujeto pudiéndose mover en una prisión grande tendría más cambios, se entristecería, pero no enloquecería. Los humanos estamos prisioneros en el planeta, pero no lo notamos, porque hay todavía más cambios y variaciones que en una cárcel. Lo que hace que el infierno sea habitable es que está dotado de vida social que produce cambios. La existencia de vida social y cultura en el infierno, por tanto, no es una opción. Sin ella, sus moradores enloquecerían.

Mucho me temo que los únicos cambios posibles para los demonios son los producidos por su misma sociedad. En ellos no hay traslaciones o rotaciones de otro tipo que la interacción entre ellos. Pero para una gloria esto no es un problema. Ellos no echan de menos los elementos variados de un mundo material que para nosotros son tan importantes. Ellos no consideran su mundo aburrido y limitado. Al revés, el universo de las glorias es mucho

más rico e interesante que universo material, que, metafísicamente, siempre va ser inferior.

Pongamos un ejemplo, un hombre aislado en una isla preferiría tener trato y contacto con cien rosas que cultiva en su jardín o con cien seres humanos. Está claro que preferirá el trato con seres inteligentes, seres situados metafísicamente en un escalafón superior al de las rosas y, por tanto, con una eficiencia superior. ¿Y si le quitaran las rosas? Indudablemente, preferiría la riqueza de la relación humana con esas cien personas. Si hay que elegir, no lamentaría su pérdida.

Lo mismo sucede con las glorias, no echan de menos, para nada, el mundo material. Para ellos es como comparar rosas con humanos. Su mundo de espíritus que a nosotros nos puede parecer etéreo y aburrido es mucho más rico que todo nuestro planeta material. El mundo de las glorias es rico, lleno de vida, variado. Ese mundo, incluso caído, deformado y transformado para mal, sigue teniendo riqueza, vida, belleza y variedad. Se ha vuelto demoniaco, se ha afeado, se ha vuelto dura la vida en él, pero sigue teniendo ese dinamismo que podemos comparar a la rotación, traslación y precesión.

Se trata de un mundo en movimiento, una sociedad cambiante. En un valle, el bosque es el mismo a lo largo de las estaciones, pero cambia. La sociedad caída es la misma, pero también experimenta cambios. Los cambios materiales de un bosque siguen unos ritmos regulares de tiempo.

Los cambios de la sociedad de las glorias condenadas siguen unos ritmos variables en esa línea del evo. Pero también esos cambios siguen unos ritmos regulares, aunque no sean de tiempo material. El auge, maduración, decrepitud y caída de esas realidades edificadas en los espirituales terrenos que son las naturalezas demoniacas también ofrecen una verdadera

regularidad. No regularidad de tiempo, pero sí de procesos. Podemos seguir pintando el averno como un caos, pero no es perfecto y eterno caos. Es un orden que, por el pecado, experimenta mayores o menores índices de perturbación.

tamquam tabula rasa



Imaginemos que, en nuestro planeta, en vez de tener cinco continentes rodeados de mares, hubiera existido un único continente con la misma extensión actual de tierras emergidas, un continente con una forma parecida a Australia. Si eso hubiera sido así, la sociedad humana habría evolucionado de un modo distinto. Parece lógico pensar, por lo menos a primera vista, que, en una única masa continental, habría existido mucha más facilidad para las comunicaciones a través de su línea ininterrumpida costera. Eso, tal vez, hubiera causado una Humanidad más homogénea, menos variada. Un solo continente sin islas hubiera dado lugar a una mayor uniformidad racial y cultural. Sin duda, un entorno físico así habría favorecido la aparición de un gran imperio costero, un imperio único. Sin barreras orográficas, antes o después, una potencia se hubiera hecho con el Poder en toda la línea de la costa.

¿Podemos aplicar lo mismo a la sociedad de los demonios? ¿Un pequeño cambio de origen en la naturaleza de todos los demonios o en buena parte de ellos implicaría cambios bastante notables en el modo en que se habría podido desarrollar esa sociedad? ¿Colocar una concreta combinación de elementos en la naturaleza angélica, en los accidentes de su esencia, facilitaría una evolución dentro de un determinado abanico de posibilidades, frente a otros caminos? ¿Facilitaría eso una dirección de evolución frente a otras? ¿Lo mismo que hay continentes en el

escenario en el que se desenvuelve la Humanidad, también hay otros elementos inmateriales, en el mundo demoniaco, que han propiciado unos caminos frente a otros?

Hay que aclarar que, al hablar de elementos inmateriales que encauzan hacia una evolución en una dirección, no me estoy refiriendo a un entorno, sino a los elementos personales. El único entorno para ellos es el conjunto de las entidades espirituales con las que se relacionan.

Intentemos abordar esta cuestión. Primero de todo, hay que partir del hecho de que, en el mundo real, no existe el espíritu angélico en abstracto. Al ser traídos a la existencia, fueron creados con particularidades concretas. Con el ser humano pasa algo parecido. Por ejemplo, si Dios hubiese cambiado algunas leyes de la biología, el sexo hubiera podido ser algo muchísimo más importante para los humanos. Eso es fácil entenderlo, ¿pero Dios hubiera podido crear una Humanidad en la que la música o la literatura habrían sido mucho más importantes? ¿Podría haber creado una Humanidad que sintiese mucha más inclinación a las matemáticas? No es fácil responder a esta cuestión teórica.

Pero la respondamos como la respondamos, me parece que Dios no encauzó la evolución angélica en el momento de la creación de las glorias. Ciertamente Dios puede influir en la historia humana o en la angélica. Pero, al crear, ambos espíritus (glorias o almas), estos son creados *tamquam tabula rasa*, es decir, son como una página en blanco. Después será su libertad la que forjará lo que quiera, con su libre albedrío, sobre esa superficie en blanco. Por supuesto que, en el ser humano, existe una inclinación al pecado a raíz del pecado de nuestros primeros padres. Pero prefiero dejar aparte esa cuestión para centrarme ahora en la cuestión de la naturaleza, sin añadir otra cuestión más.

Aunque las almas sean creadas *tamquam tabula rasa*, el entorno influye; es decir, las generaciones, con sus capas superpuestas, influyen como una sucesión de causas y efectos que se combinan, neutralizan y refuerzan. Pero esa influencia actúa *a posteriori*, es decir, tras ser creadas esas almas. Al crear a los humanos, me parece mucho más interesante que Dios los cree totalmente indeterminados, para que Él contemple el espectáculo de la propia determinación, el espectáculo que a Él y a nosotros nos permite ver cómo se desarrolla la Humanidad con total libertad. Si esta es la opción más bella, la más interesante, para el linaje humano, las mismas razones valen el universo angélico.

Es mucho más interesante crear a un linaje humano y contemplar el maravilloso espectáculo de ver hacia dónde va, que crear ese linaje y encauzarlo de un modo rígido. Lo mismo es válido para el mundo de los espíritus angélicos al ser creados. Por supuesto que Dios sí que intervino para que la Humanidad no se volcase en un camino de pecado. Pero la intervención divina se redujo a ese campo: evitar el mal moral, promover el bien. Lo mismo debió suceder, sin duda, en el mundo de las glorias angélicas. Y si Dios quiso contemplar el proceso de la evolución de la libertad antes de determinación definitiva (para bien o para mal), la misma razón también válida para después. Es decir, el Creador deja libertad a la sociedad de los bienaventurados y a la de los condenados para que encaminen hacia donde quieran.

El libre albedrío es un maravilloso don. No lo han perdido los bienaventurados, tampoco los condenados. Unos ya no pueden pecar, otros ya no pueden arrepentirse. Pero, en todos los campos, son libres.

El Creador quiso contemplar el espectáculo del desarrollo de la libertad desplegándose en dos historias sin fin, tanto en la historia demoniaca, como en la historia angélica. Incluso un determinismo meramente parcial hubiera robado mucho interés a

esa evolución. Aunque el Padre Celestial sí que interviene en el ámbito moral, en la etapa de viadores, porque no se va a quedar inactivo al ver que sus hijos se están degradando. Pero su intervención se circunscribe al campo moral.

Este criterio general de la indeterminación, de la perfecta libertad, es válido, incluso, para el desarrollo de la historia del infierno. El Padre Celestial contempla el desarrollo temporal del reino de la condenación. Y ese desarrollo no deja de ser apasionante.

El averno, en cierto modo, será lo que sus integrantes quieran que sea. Tanto los viadores como los salvos y los réprobos, gozan de una libertad plena. ¿Qué sentido tendría otorgar una libertad limitada, determinada y encauzada? La Sabiduría Infinita estaría disminuyendo la grandeza de su propia obra de arte. Él puede hacer lo que quiera como si ambas sociedades fueran arcilla en sus manos. ¿Pero qué interés tendría eso? Lo interesante es otorgar la libertad.

De manera que las almas y las glorias son traídas a la existencia *tamquam tabula rasa*. Entonces es el comienzo de la libertad, la cual no se interrumpirá. La libertad forma una continuidad sin interrupciones. En el caso del averno, las leyes del ser imponen que esa evolución se mueva en la franja que ya he descrito. El infierno nunca dejará de ser el infierno, pero será interesante saber por qué etapas, por qué fases, pasará esa sociedad: fases centrípetas, fases centrífugas, periodos de tiempo en que un grupo de jerarcas querrán imponer sus ideas, periodos de tiempo más turbulentos. Las historias de dinastías y reinos humanos tendrán su correlato en esa sociedad de espíritus, *mutatis mutandis*.

En Dios no hay Historia; pero en el infierno, sí. En esa historia del averno se entrelazarán los actores humanos y los

demoniacos. En la medida en que unas cosas ocurran más en una esfera o en la otra, podremos hablar de una historia demoniaca o de una historia de los réprobos. Pero ambas sucesiones temporales están entrelazadas, porque ambas sociedades lo están de forma irreversible. La acción de los demonios influye y actúa en la de los réprobos, y viceversa.

Siempre se dibuja a los demonios atormentando a los réprobos, nunca al revés. Pero lo cierto es que ambas sociedades se atormentan entre sí y ninguna está por encima de la otra. Sin duda, la sociedad humana tendrá su propia cabeza. Y si no logra imponer su autoridad, habrá varias principales. Es posible que el Anticristo sea un candidato a ser esa cabeza. Pero su importancia en un momento histórico determinado no le asegura su preponderancia durante la eternidad.

El Dragon fue origen de la rebelión y, sin duda, tuvo prendas naturales que le colocaron muy por encima de las demás glorias. Él, es decir, Satanás, sí que será cabeza del infierno. Pero también él será disputado de tanto en tanto. Mantenerse en la cúspide de la autoridad le requerirá esfuerzo y trabajo.

Habrà una verdadera historia del infierno, como la hay ahora sobre la tierra. Igualmente sucederá en el cielo. Y también en esa historia de los salvos se entrelazarán los hechos angélicos con los de los humanos bienaventurados.

La historia de los humanos viadores y la historia de la eternidad infernal son esferas muy distintas: en la segunda no hay generación de más sujetos ni muerte física ni territorios físicos que conquistar. En ese sentido, en muchos campos, es una sociedad mucho más estática. Pero el correlato con las dinastías serán los grandes jerarcas y sus grupos de satélites; los reinos tendrán su correlato en los inmensos grupos de cientos de

millones de ángeles y de ángeles sobre los que ejercerán un dominio esos jerarcas: dominio intelectual, dominio de influencia.

Habrán épocas centrífugas en las que se cuestionará el mando del Dragón. Habrán épocas en las que se ejercerá un dominio más centralizado por parte de la Gran Serpiente. Las luchas no serán físicas, sino intelectuales. El mundo físico de los resucitados réprobos sí que podrá experimentar esas fases centrífugas como verdadera separación entre ellos, formando grupos aparte. Lo mismo, con los cambios necesarios, sucederá entre los demonios; de ahí que se pueda hablar de reinos y luchas.

La sociedad de los humanos viadores es radicalmente diversa a la sociedad de los réprobos, por ende, ambas experimentan y experimentarán una evolución diversa, de acuerdo a la situación tan distinta de los moradores de esos estados. Pero, aunque la esencia de esos estados (estado de viador y estado de condenación) sean tan diferentes, podemos encontrar claros correlatos. No olvidemos que san Pablo, al hablar de los demonios, habla de tronos y dominaciones, términos que, de por sí, ya son un correlato con la realidad humana del Poder.

En otro lugar, Jesús usa la comparación con las serpientes y los escorpiones, que no son seres sociales; aunque sí que tengan un cierto nivel de relación entre sus congéneres. Con lo cual, hay que combinar una comparación claramente social (tronos y potestades) con la otra comparación asocial (serpientes y escorpiones). La síntesis nos ofrece atisbos de cómo es ese conjunto de condenados.

dios no cierra los ojos al infierno



Inconscientemente, tendemos a concebir el infierno como el lugar al que Dios le ha dado la espalda. Sabemos que el Altísimo lo ve todo. Pero después permanece esa tendencia humana a mantener este tipo de forma de ver el lugar de condenación: el Señor está presente en el cielo, el Señor solo ve lo que sucede en el infierno; Dios actúa en el cielo, Dios abandona a los condenados a su propia interacción.

Esta forma de concebir ambos reinos, el de las tinieblas y el de la Luz, no es incorrecta, pero debe ser matizada. Es cierto que hay una presencia de Dios en los bienaventurados (presencia divina en la persona) y en la sociedad de los bienaventurados (presencia divina en el conjunto) que no existe en los condenados. En los réprobos existe una presencia que mantiene en el ser. En los santificados existe, además, una presencia vivificadora. No voy a afirmar que a los segundos meramente los mantiene en el ser, porque ya han quedado claros los argumentos por los que Dios actúa para que los condenados mantengan una vida psicológica razonable. Si otorga la existencia, cuida para que esa existencia se mantenga de un modo razonable. Y por razonable aquí se puede entender tolerable.

Pero, más allá de estos mínimos, más allá de las acciones divinas que resultan razonables para el sostenimiento de la vida natural en el infierno, no debemos olvidar que, para el Motor Inmóvil, el infierno está tan presente como el cielo. Para el Padre de todos los hombres, tan presente a sus ojos y a su corazón está el réprobo como el bienaventurado. El menor y más pequeño de los condenados, está tan presente a los ojos de Dios como lo está la Santísima Virgen María. El infierno es visto por el Señor, en todos sus detalles y recovecos, y lo ve a través de su Amor Infinito, con su Amor Infinito. El entero Hades está presente en la

mente divina con todos los pensamientos de sus moradores, con todos los sentimientos de los que allí pululan. Cada condenado está en la palma de Dios, si queremos usar esta imagen.

La existencia del infierno, como la del cielo, depende de un único acto divino simplicísimo. Las existencias de esas dos esferas celestial e infernal se hallan incluidas en un único acto eterno de la Voluntad del Señor. Si decimos que el único acto divino de amor simplicísimo es de amor a sí mismo, es algo correcto. Pero, dado que ese acto de amor, genera y espira a dos Personas divinas, se puede decir que: el Amor de Dios a sí mismo ES el amor entre las Tres Personas. Y escribo “es” con mayúscula porque ese Acto de Ser se “materializa” –permítaseme tal expresión incorrecta– en una Persona: la Segunda Persona. Y ese acto de amor se desborda en otra Persona: la Tercera Persona. El Amor de Dios a sí mismo ES el amor a las Tres Personas. Ellas son el Amor **de Dios**. Ellas son el Amor **a Dios**, el Amor que existe **en Dios**.

Expresar este acto divino con esta formulación: “Dios se ama a sí mismo”, parece egoísmo. Pero si el mismo contenido teológico lo expresamos de esta otra manera: “El acto simplicísimo de amor de Dios ES amor entre las Personas”, entonces entendemos el amor como pura donación. El amor de Dios a sí mismo es puro acto de dar, no es egoismo ni soberbia. Así es como hay que entender la doctrina de la *Summa Theologica* acerca de la glorificación divina de sí mismo.

Si recapacitamos acerca de lo afirmado, la existencia del infierno (así como la del cielo) se halla inserta en el amor de las Tres Personas. El mantenimiento del infierno en la existencia se halla inserto en ese acto divino simplicísimo, único, en el que no hay partes. Dios-Hijo, al amar a Dios-Padre, ama todo lo que se incluye en la voluntad del Padre desde siempre. Dígase lo mismo

en sentido inverso: Dios-Padre ama todo lo que quiere Dios-Hijo. Y lo mismo es válido respecto a la Tercera Persona.

Que el Hijo ame al Padre implica amar-aceptar-querer el hecho de que existe una decisión eterna en el Padre de que, en un momento dado, apareciera (se permitiera) el infierno. Y el Padre ama que el hecho de que existe esa misma decisión eterna en el Hijo. Amar al Hijo implica amar ese acto de la voluntad del Hijo, el mismo acto de voluntad que se encuentra en la Tercera Persona: el infierno va a existir, es bueno que exista, amar al Hijo implica concordar amorosamente en esa decisión. Amar al Espíritu Santo implica concordar en ese querer. Ese “¡quiero!” poderoso, perfecto, por supuesto, es un “quiero permitir”.

Cierto que debemos distinguir entre voluntad antecedente y voluntad consecuente. Pero también es verdad que, aunque sea por razón de la permisión, Dios quiere que siga existiendo el infierno, quiere seguir manteniéndolo en el ser. Y la gran razón última para esa decisión es el Amor de Dios. En verdad, el Amor es lo que mantiene el infierno. Es la sobreabundancia de amor entre las Tres Personas la que se derrama hacia afuera de Dios en ese designio.

En infierno no es, en sentido absoluto, el lugar abandonado de Dios: de un modo natural, tan presente está Dios en el cielo como el infierno. Es como si Dios siguiera sosteniendo los hilos que sustentan a cada uno de los objetos y sujetos del Hades. En cuanto a lo sobrenatural, el infierno es un desierto. Ninguna planta verde sobrenatural crece en sus áridas tierras. ¿Pero hubiera sido un acto de bondad de los europeos del siglo XIX matar a los moradores de los desiertos saharianos por el hecho de que llevaran una vida en mitad de ese ardor, sin bosques ni ríos? Evidentemente, no.

Pues lo mismo ocurre con Dios, ya antes de la creación del mundo, las Tres Personas tenían en su mano la posibilidad de que dejaran de existir las almas que tomaran una decisión irreversible de alejamiento. Pero fue el amor de Dios el que determinó: ¡Qué sigan existiendo! No fue un acto de crueldad, sino de Amor. Mejor que sigan vagando en esas eternas arenas ardientes, que no que dejen de existir.

Es el Amor de Dios el que sustenta el infierno, es su Voluntad la que lo mantiene; no es el odio divino. Es cierto que Dios odia el pecado, pero no es ese odio la razón por la que Dios sostiene ningún hilo del ser. La razón del ser creatural siempre es una razón positiva. El acto de ser finito solo puede basarse en lo positivo. El ser constituye afirmación positiva. Solo lo accidental inserto en ese ser podrá añadir razones negativas para que esa existencia posea carencias.

Esta no es una mera cuestión teórica con interés para los neoescolásticos, sino que es una cuestión muy trascendental para entender la historia de la eternidad. Pues si eso no fuera así, sino al revés, se podría afirmar que Dios creó esos seres libres para manifestar su Justicia. Y si esto fuera así, si la relación causal fuera inversa –la Justicia y no el Amor, lo negativo frente a la afirmación–, entonces no habría problema en que Dios pudiera crear un universo cuyo único fin fuera proclamar su inmensa y colosal Justicia implacable porque todos sus moradores se han corrompido y se han condenado.

Que existiera o no un universo solo de condenados sería una mera cuestión de cantidad, de número, pero el argumento se mantendría válido: Dios crea para manifestar su Justicia. No hace falta insistir en lo erróneo de tal enfoque. Desde un punto de vista causal último, Dios mantiene en el ser por una razón afirmativa, positiva, por amor.

No sería tan difícil imaginar una Humanidad que llegara a una cantidad de pecado tal que corrompiera mortalmente a todos; no a muchos, sino a todos sus miembros. Una Humanidad que entrara en un círculo vicioso que depravara a todos sus miembros no solo espacialmente (en todo el mundo), sino también temporalmente, cada generación corrompería a la siguiente. ¿Sería posible una Humanidad en la que el odio generara más odio y se llegase a la perfecta corrupción de sus almas? Sí, sería posible una Humanidad en la que la opresión hiciera aparecer más y más rabia. Sería perfectamente posible imaginar una Tierra en la que sus viadores hubieran construido una versión muy cercana al infierno. Una situación en la que la sociedad de viadores y la sociedad infernal se identificaran; una sociedad de viadores que se convirtiera en la incubadora perfecta de crisálidas para el infierno.

¿Podría ocurrir eso? Sin ninguna duda. O, mejor dicho, podría ocurrir eso solo con una condición: que Dios no existiera. Es incompatible la existencia de esa humanidad con la existencia de un Dios Bueno.

¿Nos podemos imaginar a un Dios que diga: “Voy a crear seres libres que sufran eternamente para glorificar mi Justicia”? Si esa fuera razón suficiente, no habría nada malo en crear millares de universos dolientes en los que solo reinara el dolor eterno.

Una verdad radical (*radix*) que se colige de todo esto es que **el infierno existe por amor**. No es la Justicia Divina la que mantiene al condenado en el ser, sino el Amor; o, mejor dicha, no es la Justicia **la razón primera causal** de su mantenimiento en la existencia. El desgraciado ser que sufre no es instrumentalizado para que Dios sea glorificado más.

El Espíritu Santo no aparece por la Justicia Divina, sino por amor. Aunque la existencia de la Tercera Persona incluya la

virtud de la Justicia en grado infinito. Una vez más, la vida intratrinitaria nos ofrece la clave para entender toda la creación.

La Justicia Divina, a nivel causal, se incluye en su Amor. Dios (que ya conocía el futuro) ni crea a la Humanidad por causa de la Justicia ni la mantiene en la existencia por esa razón, no como razón primera. La afirmación “Dios mantiene el infierno por su Justicia” es verdadera, pero entendiendo que la razón segunda de la justicia se incluye, se inserta, se subordina, a la razón primera del amor.

Hablando de Dios, no tiene sentido alegar: “Es que Dios no lo sabía”. Cuando creó el universo, sabía ya todo. De manera que tan necio es creer en un Dios demasiado humano (un Dios disminuido) que no puede curar el dolor de muelas de su hijo o evitar la existencia de los campos de concentración, como creer en un Dios inhumano (un Dios insensible) que crea con el fin de exaltarse a sí mismo a través del dolor.

La primera concepción errónea de Dios no tiene en cuenta la metafísica, reduciéndolo todo a errados sentimientos y a poesía subjetivista que prescinde de la realidad objetiva; en realidad, eso no es la Divinidad. La segunda concepción errónea de Dios lo asimila a Lucifer. Creer en un determinado tipo de infierno, como se hizo en siglos pasados por parte de algunos teólogos, conllevaba tener que aceptar que Dios, por amor de sí mismo, a causa de la glorificación que se debía a sí mismo, no tenía otra alternativa que mantener ese asador de cuerpos resucitados. Ese falso Dios es como si dijera: “Soy tan excelso que no puedo cometer el desorden de perdonaros la deuda infinita que habéis contraído”.

No debemos ser muy duros con algunos teólogos de épocas precedentes. Ellos sabían que las pinturas eran expresiones

humanas de algo que nebulosamente encerraban en el misterio: “Cuando muramos ya veremos cómo es esa morada del dolor”. Encongiéndose de hombros o mirando hacia arriba, esa era la respuesta usual del maestro benedictino a los frailes de su abadía que le preguntaban, o del canónigo a los oyentes de su lección en una escuela catedralicia. Todo se encerraba en el misterio. Tanto los maestros como los alumnos entendían intuitivamente que aquellas imágenes crueles eran demasiado superlativas, cuando lo único realmente superlativo era la Divinidad.

De manera que esta tendencia a la implacabilidad existía, sin ninguna duda, basta leer a san Agustín, pero atenuada por la seguridad de que de ese más allá solo nos podíamos hacer una pequeña idea. Esos pensadores antiguos y medievales no fueron tan cafres como, a veces, pensamos. Pero la tendencia a creer que el mantenimiento del sufrimiento eterno se basaba solo en la Justicia se entendía como una necesidad.

Pero los más extremistas que no atenuaban por su intuición lo que consideraban exigencias escriturísticas y teológicas, pensaban que solo la justicia implacable **de un determinado tipo de Divinidad** podía dar respuesta a semejante “evento” presente en el universo. Un determinado tipo de infierno conlleva una determinada sustentación causal a nivel lógico. Eso tenía indudables repercusiones en el modo de entender a Dios.

Santo Tomás de Aquino sí que se dio cuenta de que, desde un punto de vista metafísico, solo Dios mismo podía ser el fin de todo lo creado y que Dios era Amor. Este ensayo explicita las consecuencias que estaban presentes en la construcción teológica de santo Tomás. Aunque estoy seguro de que él mismo (si lo intuyó) hubiera sentido, en esa época, escrúpulo y temor en plantear esta visión del infierno, la que ofrezco aquí. Escrúpulo a

equivocarse: “¿No estaré diluyendo demasiado lo que es un castigo?”. Temor a que los demás le iban a acusar de describir un infierno que no era tal. “Eso, más que el infierno, parece un palacio”, le hubieran dicho algunos.

Sin duda, sin ninguna duda, más teólogos atisbaron esta realidad que expongo en este ensayo. Pero las dos razones, el escrúpulo y el temor, les hicieron desistir de llevar sus razonamientos hasta el final. Pero, a todos mis lectores, les digo con total seguridad que es la Justicia la que se incluye en el Amor, y no al revés. Y soy muy consciente de que Justicia y Amor se funden en un Ser simplicísimo en el que no hay partes. Pero, en relación a nosotros, *quoad nos*, un cambio de la causalidad lógica (en el mantenimiento del infierno) sí que implica un cambio muy radical en la consideración de por qué sufrimos y, por tanto, acerca de cómo puede llegar a ser ese lugar de sufrimiento eterno.

Al final, la verdadera esencia de todo este asunto, el verdadero núcleo de toda la argumentación sobre cómo es la condenación eterna y por qué existe y todos sus detalles radica en un Dios que es amor. La afirmación tomista de que Dios se ama a sí mismo y creó el mundo por amor a sí mismo es cierta entendiendo que ese amor es donación, que la glorificación de Dios es donación. Solo así podemos entender el infierno. De otro modo, la glorificación de Dios por sí mismo sería egoísmo, su Justicia sería crueldad. Mal entendido el amor de Dios a sí mismo, mal entendido el hecho de que Dios creó el universo para su gloria, conllevaría un Dios que sacrifica cualquier cosa para su propia exaltación.

La condenación eterna no cabe entenderla más que como participación positiva en el Ser, solo puede ser justificable como

donación de felicidad. Lo otro sería admitir un pensamiento oscuro en mitad de la infinita blanca pureza del pensamiento divino. El Padre Celestial no puede instrumentalizar la infelicidad eterna de alguien en beneficio de nada ni de nadie. No puede decir: “Tú sufrirás eternamente, pero será por una buena razón”. La única razón porque la que puede permitir ese sufrimiento eterno es el bien mismo del sujeto. Y semejante plan es la verdadera y auténtica glorificación de Dios. Los asadores eternos no glorificaban al Creador.

Aunque el Señor creó seres libres (perfectamente libres), todo era conocido por el Todopoderoso antes de esa creación. Así que aquí no se puede alegar que hubo problemas posteriores. Por eso los condenados son incluidos en esa decisión de comunicar su felicidad, incluso antes de existir. También los condenados participan de la felicidad de Dios, es decir, participan de la felicidad de existir, lo hacen en una variada gama de grados de felicidad natural mezclada con sufrimiento, con sufrimientos constantes y con sufrimientos eventuales.

Los abismos de oscuridad no pueden constituir una mancha en la gloria del Señor. Lo repito porque esta es una afirmación esencial: la existencia de cualquier ser finito únicamente se justifica bajo la razón de una decisión de comunicar su propia felicidad. El infierno solo se puede mantener bajo esa premisa. Las columnas causales del mantenimiento en el ser del infierno **no pueden basarse** en el deseo divino de erigir un monumento a su propia justicia. ¿Podemos imaginar un monumento eterno construido únicamente con los sillares del sufrimiento? Existen eternos hijos pródigos, pero nunca han podido salir de la presencia un Dios maternal. No han podido “salir” ni siquiera un poco, se han manchado, se han enrrabietado, pero siguen en casa, por más que en esa casa hay un banquete al que no asisten.

No podemos decir que el Todopoderoso ha creado el infierno, ya que el infierno es obra de sus forjadores. Forjadores que no son creadores. Ellos no han creado algo nuevo que no existía. Esos forjadores han cambiado un accidente que se inserta en una esencia. Los forjadores del infierno son transformadores, no creadores en sentido estricto. Pero su acción se asimila, en sentido lato, a la creación, porque su transformación hizo aparecer lo que no existía. En ese sentido, insisto, en sentido lato, comparativo, no estricto, ellos crearon algo nuevo: el odio. Y del odio se ramificaron cientos y miles de derivaciones, combinaciones y nuevas síntesis.

El Todopoderoso no creó el infierno, no lo construyó. Pero, cuando no existía nada, cuando todavía no existía ni un alma, el Creador dijo: “Que exista el cielo y el infierno”. No lo creó, pero dijo: “Que exista si tiene que existir”. Es decir, le ofreció la posibilidad de existir, y si existía determinó una franja en la que se moverían los “seres que se alejan”.

Cierto que es un querer de permisión. Pero también podía haber dejado de crear a aquellos que conocía (y Dios lo sabía) que iban, finalmente, a caer en la condenación. ¿Pudo haberlo hecho? ¿Pudo haber dejado de crear exactamente a aquellos sujetos concretos para los que la existencia implicaría la existencia como hijos pródigos eternos? Indudablemente sí.

Pero, entonces, nunca hubieran existido los millares o decenas de millares de seres que viven en un estado de apartamiento a Dios. La privación hubiera sido peor que la existencia. Mejor despertar a la luz de la existencia, aunque ese despertar a la luz implique que caminarán en la eternidad con un cierto peso a sus espaldas, que caminarán con la carga de un cierto nivel de sufrimiento. Nadie les puede quitar esa carga, porque son ellos mismos, su propio yo, la propia carga. No está el yo y el sufrimiento, sino que el yo es el sufrimiento. Por eso no

hay forma de derribar las murallas del averno para liberarles. La única liberación del sufrimiento sería destruirles a ellos mismos.

Pero que no quede por mi parte el repetir incansablemente, otra vez más, que el sufrimiento del infierno no es un juego de niños. Si alguien piensa que el infierno es como un club inglés, como un club de campo, está muy equivocado. Allí reina el odio y el odio separa a los que conviven. He hablado de la felicidad natural, pero allí reina la tristeza.

Hitler, cuando ya su alma era un perfecto pozo de soberbia, egoísmo, mentira y crueldad, disfrutaba de amenas cenas con amigos, comentaba las películas de cine que veía y paseaba por el bosque. Insisto, eso era así cuando ya era una perfecta sentina de podredumbre. Cierto que después, en las últimas semanas viviendo en el búnker, fue penetrando hacia un estado en el que se alternaba la ira y la depresión, pero eso fue solo en su etapa final.

Cierto que, al llegar al infierno, un alma pierde toda esperanza, no puede negar la realidad de su “encerramiento”, la palpable realidad de su error, además de que el alma ya está rodeada solo de malos. Cierto que el tártaro supone una continuidad (respecto a la etapa de viador), pero también un cambio. Pero, recordémoslo, Hitler, totalmente podrido en su interior, seguía disfrutando de jornadas entretenidas y placenteras.

Si Hitler se condenó, su eternidad será una sucesión de esas jornadas entretenidas con las etapas peores de su vida en el búnker. Aunque, esas jornadas entretenidas habrán descendido un escalón, pues muchos elementos agradables externos ya no estarán presentes, y porque él también habrá descendido otro escalón en su capacidad de gozar de lo bueno, al haber perdido toda esperanza, al haberse llenado de más amargura al verse allí, al confrontarse con la realidad y no aceptarla.

He mencionado que la amistad es posible entre réprobos, pero es la amistad entre individuos egoistas, hastiados de la existencia y de ellos mismos. Todos los aspectos positivos que he desgornado estoy convencido de que son verdaderos, pero vividos en una situación de sufrimiento basal.

Pero, precisamente, porque me puedo hacer una idea (pobre idea) de lo que debe ser vivir sin gozar de Dios es por lo que trato de entender el porqué del designio divino de permitir su existencia. Porque es demasiado terrible ese día a día en ese reino de oscuridad es por lo que Dios hace descender su rocío sobre sus llamas, un rocío que viene directamente de Dios sobre las llamas que proceden del yo ardiente de rabia. Precisamente, porque creo que me ha sido dado entender lo que implica vivir en ese estado, es por lo que he entendido cuáles deben ser las leyes que lo rigen.

Dios es fuente de la felicidad para los bienaventurados y para los condenados. Es cierto que no es lo mismo para un alma vivir como una trucha inmersa en un Río de agua viva, que vivir como una lombriz bajo tierra. Pero también la lombriz vive razonablemente, y también ella, que se alimenta de la tierra, vive por el agua que cae de los cielos y que llega hasta allí. La trucha vive inmersa en un río claro lleno de luz y vida. La lombriz también bebe agua; agua, en definitiva, proveniente del cielo, pero ya turbia.

Al demonio le vale la pena existir. Aunque él mismo, en ocasiones, preferiría dejar de hacerlo, pero lo cierto es que le vale la pena. Más bien hay en existir que en la nada. Pero esto es cierto si el sufrimiento se alterna con temporadas de calma. No niego que, en algunos momentos, el dolor pueda resultar paroxístico; seguro que es así. Pero esas fases furiosas necesariamente tienen que estar seguidas por periodos de atonía. Dios no mantendría en

funcionamiento una mera factoría de sufrimiento y dolor. Un Creador que es padre no mantendría en la existencia al dolor en estado puro. ¿Con qué fin podría hacer algo así? La única razón que se puede esgrimir sería la de la justicia. Pero no hay crimen por horrible que sea que no se pueda pagar con sufrimiento durante millones de años.

El mal que podemos cometer siempre es finito. Aunque uno haya asesinado a millones de personas, su mal siempre es limitado. Un mal limitado implica una deuda limitada. Luego el infierno no es eterno por el mal cometido (razón objetiva), sino por la cerrazón del sujeto a salir de esa situación (razón subjetiva). No puede haber razón objetiva suficiente para justificar la eternidad de la condena, la única razón que podría explicar tal cosa es la razón subjetiva. Por eso, solo hay un pecado que no se perdonará ni en esta era (la presente) ni en la futura (la que viene después de la muerte).

Las necesidades de la justicia han justificado el infierno desde supuestas razones objetivas. Pero no importa el mal que haya uno cometido, antes o después el reo satisfaría por sus pecados. Ningún ser humano puede contraer una deuda infinita. ¿Nos podemos imaginar lo que son mil billones de billones de años sufriendo intensamente? No hay mal finito cometido por una criatura finita que no pueda ser satisfecho al nivel de la justicia de satisfacción.

Algunos teólogos se dieron cuenta de este hecho y para justificar la existencia del infierno apelaron a la teoría de que ciertas ofensas sí que tienen un cierto carácter infinito por ser infligidas contra la Divinidad. Pero ese argumento no convence, porque la criatura comete la ofensa desde su conocimiento limitado. Ninguna criatura tiene una idea perfecta ni de la santidad del Tres veces Santo ni de la eternidad de sufrimiento a la que se enfrenta. Todo consentimiento al acto pecaminoso, por

tanto, se uniría a una advertencia limitada. Ciertamente que el culpable sabría que peca contra Dios, por mal que lo conociera a Él; y, en ese sentido, su advertencia (aunque limitada) sería suficiente. ¿Pero si la razón del carácter infinito fuera esa, acaso todo pecado no es, en cierto modo, un acto contra la majestad de Dios?

Así que observamos dos extremos: Si uno solo se condenara por pecados cuyo objeto sea directamente Dios, prácticamente ningún pecado sería mortal. Pero si uno se condena por ofender a Dios, entonces todos los pecados, todos, serían mortales.

Por lo tanto, aunque haya pecados que por su gravedad impiden entrar en el cielo (los pecados mortales), la razón última de la eternidad de esa exclusión no puede radicar en lo objetivo (una deuda finita), sino en lo subjetivo (la voluntad cerrada a la gracia). La ofensa siempre sería limitada. Ninguna criatura puede hacer un bien infinito ni un mal infinito.

Por supuesto que lo objetivo fue conduciendo, peldaño a peldaño, hacia lo subjetivo. Pero, al final, el infierno está cerrado por dentro. Por dentro y por fuera, dado que Dios ya no va a enviar ninguna gracia sobrenatural. No basta la voluntad del condenado para salvarse, no basta la voluntad de Dios para salvar si el libre albedrío de la criatura lo rechaza.

Ciertamente que, sobre esta puerta doblemente cerrada, por fuera y por dentro, planea la pregunta: ¿Y si Dios hubiera enviado más gracias? ¿Y si el Padre Celestial hubiera dirigido hacia esa alma mil gracias más, y gracias mil veces más poderosas? Este dilema no puede ser soslayado. La única forma de resolver esta cuestión es que no debemos olvidar que Dios todo lo hace bien. Podemos estar seguros de que Dios hizo todo lo que se debía hacer, que Él hizo todo lo que era conveniente hacer. Dios hizo con cada condenado lo que debía y convenía, pues Dios nada hace mal ni por acción ni por omisión. Y Dios no hizo aquello que ya no tenía

ningún sentido. Dejó de hacer lo que ya, de ningún modo, convenía que fuera hecho. ¿Se hubiera podido hacer más? Sí. Pero si Dios no lo hizo, es que no convenía, ya era inútil.

¿Le valió la pena haber nacido a judas?

Hay un versículo del Evangelio que, durante decenios, fue una piedra atascada en mi engranaje teológico. El versículo es el siguiente:

¡Pero ay de aquel por el que el Hijo del hombre es traicionado! Hubiera sido mejor para ese no haber nacido (Mateo 26, 24).

Tengo por cierto que ese versículo significa que Judas Iscariote se condenó eternamente. Pero lo tengo por cierto de un modo personal, porque esas palabras (aunque parezcan tan claras) tampoco se escapan de la posibilidad de analizarlas bajo razonamientos que desdibujarían el sentido primario que salta a la vista al leerlas sin más. En este caso, la lectura sencilla es la que vale.

Bajo esa lectura sencilla, las palabras de Jesús no dejan ningún lugar a dudas. No hay forma de entenderlas si, al final, se salvó. ¿Podríamos, acaso, entender que Jesús dijera?: “Si vas a pasar mucho tiempo en el purgatorio, mejor es que no hubieras nacido”. ¿Podríamos entender que Jesús afirmara?: “Si vas a pecar mucho, mejor es que no hubieras nacido”. O esta otra: “Si me vas a hacer sufrir mucho, mejor es que no hubieras nacido. Evidentemente, no. La afirmación únicamente posee sentido en caso de que un nacimiento no solo provoque males, sino un mal inacabable. De cualquier otra manera que afrontemos esas palabras, solo tienen sentido si Judas se condenó en el infierno.

Ahora bien, dentro de los esquemas de mi teología del infierno, a todo condenado le vale la pena seguir existiendo en vez de no existir. Mejor gozar las alegrías de la existencia mezcladas con sufrimiento que no tener nada. El problema era que el versículo respecto a Judas no me parecía que encajara con eso. Jesús había dicho, expresamente, que mejor le hubiera sido no haber nacido.

Por más vueltas que le daba, no veía solución alguna. Como el matemático que revisa sus operaciones en la pizarra y comprueba si el resultado final es correcto, así hice yo. Con toda honestidad, los silogismos daban un resultado lógico tan incontrovertible como las operaciones matemáticas ofrecen un resultado numérico: es mejor existir en el infierno que no existir. Los silogismos concluían en un resultado tan objetivo como el que puede obtenerse por la trigonometría.

Pero la piedra de ese versículo se atascaba en los engranajes de mis razonamientos, no veía que encajase en ningún lugar de mis esquemas. Durante años, no abandoné mi tesis teológica, pues, más de una vez, había visto como teólogos de siglos pretéritos no encontraban cómo hacer compatible un versículo con su construcción teológica y, sin embargo, la solución que ellos nunca encontraron, aparecía fácil para nosotros.

En esa situación estaba yo, cuando, un buen día, me di cuenta de que ese versículo acerca de Judas tenía que ser entendido según otro de Job:

¿Por qué no fui enterrado como un aborto, como un niño que nunca ve la luz? (Job 3, 16).

Es decir, para Judas hubiera sido mejor morir en el seno de su madre que tener un tiempo de vida sobre la tierra. Si su madre hubiera sufrido un aborto, el alma de su hijo se hubiera

presentado ante su Padre celestial sin méritos, pero sin pecados. En ese caso, su destino eterno hubiera sido mejor que el que ahora padece. Hubiera existido en un grado de felicidad pequeño, mas hubiera existido sin padecimientos. Es decir, esas palabras de Jesús —*más le valiera no haber nacido*—, en mi opinión, deben ser entendidas al modo bíblico del libro de Job, no al modo metafísico de Aristóteles. Jesús no afirma que mejor le hubiera sido no existir, sino no nacer.

Si lo entendiéramos de otra manera, como lo había hecho yo durante años, el versículo, en el fondo, significaría: Hubiera sido mejor para ese que el Creador no lo hubiera traído a la existencia. El problema es que Dios le otorgó el ser, a pesar de saber qué haría él con el ser. Luego el resultado final de ese acto divino tiene que ser positivo después de hacer las sumas y restas entre el debe y el haber.

Alguien me dirá que el bien del mundo justificaba esa contabilidad en la que, al final, para Judas, el resultado iba a ser negativo para él. Pero ya he dicho que Dios jamás instrumentalizaría la eternidad de un hijo suyo por el bien del resto. La frase de Jesús es perfecta, desde la afirmación de Job: en el sentido de que es mejor llegar con las manos vacías a la eternidad, que en un estado de deformación inamovible.

Lo cual nos lleva a otra consideración: ¿Es preferible para un ser humano no haber existido nunca a morir con inmensos pecados, verdaderamente colosales, pero arrepentido y justificado? La respuesta es sí: el purgatorio quemará toda la mugre y el oro que haya en el alma brillará para siempre. El inmenso pecador gozará más de Dios después de pasar por el purgatorio, que el niño que murió sin pecados, pero sin méritos.

En esta consideración, entendemos la razón por la que Dios permite tantos pecados en este mundo: el resultado final de la contabilidad es positivo. Los pecados merecen un tiempo de purificación, pero en la eternidad se goza a través de las virtudes que uno forjó, por pequeñas que sean.

Una última consideración, al principio de toda esta cuestión, había dicho que entendía ese versículo sobre Judas de un modo sencillo, al modo que surge en una primera lectura no complicada. ¿A qué lectura me estaba refiriendo? Podríamos interpretar el texto de esta manera: Hubiera sido preferible que Judas no hubiera nacido (para evitarse todos los sufrimientos que vinieron de sus pecados), pero eso no implica que Judas no se salvara. Incluso si Judas se salvó, hubiera sufrido menos si hubiera muerto en el seno de su madre. Pues, aunque se haya salvado, ha sufrido mucho a causa de sus pecados.

Desde un punto de vista estrictamente lógico, es cierto. Pero no es eso lo que uno concluye en una primera lectura sencilla. Las palabras de Jesús dicen lo que dicen. Los presentes que escucharon a Jesús presumo que entendieron su condenación eterna. Y lo mismo los primeros cristianos que escuchaban a un lector que iba leyendo este texto de los papiros evangélicos. Pero hay que ser honestos y reconocer que esa otra ramificación de argumentos también entra dentro de lo posible. Este es un ejemplo de cómo la *Sola Scriptura* supone un laberinto imposible, pues las ramificaciones pueden llevarnos a conclusiones muy diversas.

Mi conclusión es la que he dicho. Allí se nos dice que Judas se condenó eternamente, pero sus palabras contienen un matiz que no están afirmando que mejor le fuera no existir que existir.

La corrupcion del esplendor de la unción

las venenosas fauces afiladas como puñales

Te establecí como querubín ungido
en la montaña del Dios Santo
Ezequiel 28, 14



qqq

Vuestros teólogos siempre hablan de mis prendas naturales: mi inteligencia, mi fuerza, mis capacidades... Pero se olvidan de la unción divina que recibí. Aun siendo espíritu como era, yo, ¡culmen de la Creación!, vertice superior de la pirámide que forman todas las criaturas, fui ungido con gracias especiales por parte del Altísimo. Gracias especiales para ejercer bien mi función, dones que me santificaron, esos regalos debían servir para conducir a las glorias con mis tesoros de virtud, de entendimiento, de prudencia.

Yo no solo era el pináculo del mundo angélico, sino también el puente entre la Divinidad y los que estaban por debajo de mí. Os recuerdo, a vosotros que tenéis pontífices, que *pontifex* viene de la palabra “puente”. Yo fui puente, fui “construido” para ello.

No era una cuestión solo de poder, gocé de una autoridad como nadie otro. No era una cuestión solo de inteligencia; mi intelecto era el más lúcido, el más preclaro, entre los seres gloriosos. Mi puesto concordaba con mis capacidades. Pero no, no era solo eso: ¡yo iba a ejercer un verdadero sacerdocio! Os recuerdo que no existía la Mujer, esa Mujer, ni los santos que

vendrían después. Hubo una era en la que entre Dios y yo, no había nadie. Estaba ungido con gracias que me acompañaban siempre. El esplendor de los tesoros que se me habían sido concedidos eran los adecuados para que la cúspide de la creación brillara con una luz digna de la Mano que hizo todo. La cúspide natural del mundo angélico había sido engalanada con un resplandor de virtud. Era completamente lógico que la cúspide de toda la Creación fuera una obra maestra, un vértice resplandeciente, un pináculo cuajado de piedras preciosas.

Para un Dios-Bondad, era lógico que la cima de su creación estuviera dotada no solo de una belleza natural. Para Él lo más importante no era lo natural. En mí, lo natural era pedestal para sus joyas, las que de Él había recibido. El equilibrio del plan divino era mucho mayor del que atisban vuestros teólogos cuando solo piensan en la naturaleza al hablar de nosotros. Qué tontos. Os quedáis muy abajo de lo que, realmente, fui. Lo natural en mí solo fue pedestal de lo otro.

Por eso mi corrupción, eso que llaman corrupción, para Él fue una tragedia. Yo era la indiscutible cabeza, grandiosa (en lo natural) y santa (en lo moral) de toda la multitud de los hijos de Dios. Por eso mi grito de libertad fue un terremoto como no ha habido a haber otro. Ante mi “no” retemblaron los pilares de todo el universo angélico. Cómo se conmovió todo. Nunca el universo se ha vuelto a conmocionar así.

Mil veces me he arrepentido de lo que hice. No exagero, os aseguro que no exagero, si os digo que me he arrepentido, dolido y llorado millones de veces de aquellas primeras decisiones que me alejaron del que me creó y del estado en el que me encontraba. Pero sí, vuestros teólogos tienen razón: no pienso pedir perdón.

Satán, cansado, alzó los ojos y contempló su universo angélico. ¿A qué se puede comparar ese universo? Los espíritus eran como esferas que desprendían una cierta luminosidad. De lejos, formaban algo parecido a una galaxia, pero si uno se aproximaba se apreciaba que tenían una cierta similitud a sistemas de soles, planetas y satélites. Planetas más grandes alrededor de los cuales orbitaban planetas mucho más pequeños. Satélites menores que se movían alrededor de otros satélites mayores.

No era un cúmulo de espíritus amontonados sin más, sino un sistema jerarquizado a través de centenares de gradaciones organizadas por inteligencia, capacidades y que otorgaban autoridad a unos sobre otros. Cada órbita no era espacial, sino símbolo de la interacción del demonio menor respecto al mayor. No había movimiento espacial, sino relaciones entre los espíritus inferiores y los superiores. Del mismo modo que también había movimientos (relaciones) entre los espíritus de un grupo con los de otro grupo.

Lucifer para recorrer ese universo no tenía que desplazarse, solo tenía que fijar su mirada en los distintos sectores de ese mundo inmaterial. Con sus ojos, podía internarse en los recovecos de esa sociedad. Él los veía a ellos y ellos le veían a él. Era un universo espiritual bastante transparente.

Satán no tenía una forma humana. Podemos imaginarlo como una gran masa oscura, colosal, cubierta de ojos, símbolo del conocimiento. Podía hablar con varios demonios a la vez y recorrer ese mundo en varios lugares simultáneamente. Varios lugares, pero su capacidad, aunque grande, era limitada. Él no se desplazaba por el infierno, es como si estuviera inmóvil, era su visión la que recorría unos y otros grupos. Allí, a lo lejos, observaba un demonio especialmente callado e inactivo, sumido en la tristeza. Allá observaba una acalorada discusión entre unas

decenas de jefes. Por supuesto, no pensaba intervenir. Casi siempre Satán miraba y callaba. Ya pasaron los tiempos de ilusión y entusiasmo en que no deseaba otra cosa que poner orden en sus filas.

Si las estrellas de una galaxia resplandecen con una luz clara y bella, aquí estos seres mostraban una luminosidad apagada, como lunar. En algunos momentos, en sus superficies se mostraban feas erupciones de malos sentimientos. Superficies que no eran perfectamente regulares. Su geometría se había distorsionado. Unos más, otros menos, pero todos mostraban desfigurada su primitiva naturaleza.

Belcebú miró hacia abajo, al mundo de los humanos rechazados por Dios. Resucitados ocupaban espacio. No dormían como ovejas sobre el campo. Habían construido varias ciudades en la tierra que habitaban. Eran moradas como las de una sociedad preindustrial. Allí ya no se desarrollaría nunca la industria. Las casas eran de muchos estilos, pero casi todas de planta baja. En algunas zonas, había construcciones más altas. Unas construcciones recordaban a la Babilonia del siglo VII a.C., otras a una aldea china del siglo XIX. Eran barrios de estilo ecléctico. Por supuesto que, entre todos esos núcleos urbanos, había una ciudad que era la capital. Pero no se trataba de una urbe especialmente impresionante. Más grande y con algunos edificios monumentales, pero no espectacular.

También tenía culpa en ello el que allí también había habido conflictos y enfrentamientos, aunque sin llegar a los extremos cruentos de la historia humana sobre la tierra. En esas luchas, prácticamente incruentas, aunque no exentas de un tributo de dolor físico, también la capital había conocido la labor del fuego y de la piqueta. El infierno estaba condenado a un cierto suplicio consistente en hacer y rehacer. Las estructuras sociales humanas

podían estar tranquilas o, al menos, mantenerse durante mil años o diez mil años o cien mil años. Pero, antes o después, la tormenta de los enfrentamientos se instalaba en esa sociedad. Y de formar una unidad, pasaban sus elementos a enfrentarse. Las cosas sufrían, no solo los cuerpos. El mito de Tántalo no era tan falso como pudiera suponerse.

Pero, a pesar de los escombros siempre presentes, a pesar de las ruinas, no hay que pensar que las calles de estas ciudades eran oscuras, sucias y de estética maligna. Había de todo. También había construcciones de aspecto siniestro.

En la capital, se levantaban una veintena de gigantescas pirámides de piedra oscura. Algunas de esas pirámides negras eran como las aztecas, otras de estilo egipcio; otras empinadas y cubiertas de remates escultóricos como algunos templos hindúes.

Esas grandes “montañas” estaban rodeadas de unas cincuenta pirámides menores más dispersas por la urbe. Y todas ellas se levantaban rodeadas de callejuelas de aspecto infame. Otras partes de la capital mostraban un aspecto más decente. Pero el centro se resentía con las cicatrices de su historia.

La presencia del pecado se mostraba en la inevitable suciedad y el mal estado de algunas zonas. La deformación de las almas siempre se refleja en las cosas. Pero si había construcciones que tenían una estética demoniaca, también había barrios que recordaban al París del siglo XVI, otros barrios eran como los tranquilos y relajados pueblos mexicanos de la época colonial. Todo allí era ecléctico, toda la historia de la Humanidad se condensaba en la arquitectura de esas poblaciones.

Pero ya no tenía sentido comenzar una industrialización como la que experimentó el mundo en el pasado. Una vida más sencilla, tranquila y relajada era preferible tanto para los santos

del cielo como para los réprobos del infierno. Todos sospechaban que, en el infierno, debía existir alguna ley invisible por la que un retorno a la industrialización no resultaba posible. Algo impedía un retorno a rehacer la red de fábricas y factorías que ellos habían conocido en la historia humana como viadores. Cada vez que se había intentado, esa nueva Torre de Babel se desmoronaba en medio de las divergencias y desuniones. Se había intentado tantas veces. Pero daba la sensación de que flotaba una fuerza invisible que imponía ciertos límites. Y, en eso, muchos estaban de acuerdo: era preferible que todo se mantuviera así, más simple.

Los réprobos trabajan para tejer vestiduras, para crear algunas obras de arte. Creaban galeones para recorrer ese mundo, realizaban expediciones geográficas. Hacía siglos que se habían establecido a lo largo y ancho de ese planeta. Pero, como no se reproducían, seguía siendo un mundo esencialmente deshabitado y así seguiría.

Belial contemplaba el infierno humano. Esos humanos... como las hormigas, siempre afanados en sus montañitas de arena. Se acordó del comienzo del Libro del Cohelet: *Vanidad de vanidades...* No, nunca aprenderían. Siempre agitados con sus efímeros castillos de cartas. No aprenderían ni en una eternidad. Siempre estarían distraídos con sus construcciones y sus intrigas. Ya no se podían matar, cegar o mutilar. Pero siempre lucha como en una manada de monos para que un ejemplar dominante ocupe el lugar predominante.

Tenían razón los ateos, pensó Belial, en el fondo, aquello era una gran manada de chimpancés. Claro que el refinado universo de los ángeles caídos no era tan distinto. También ellos tenían conjuras, intrigas y luchas. No tenían pelo sobre la piel, pero no eran tan distintos.

Satán movió la cabeza, resignado. Las cosas son así y seguirán siendo así. Para distraerse volvió a mirar a esas hormiguitas, los humanos. Recorría con su mirada plazas donde se vendían objetos, el oro seguía existiendo; recorría calles anchas de moradores que paseaban y charlaban. Vio cómo unos doscientos trabajadores sudaban, bajo un sol ardiente de agosto, por erigir un obelisco, un monolito a la gloria de un Jordramorobor, un demonio situado a poca distancia de sí mismo, Belial.

Más lejos, en una callejuela desierta, de paredes desconchadas y charcos en el suelo, formados por los desagües, encontró sentado en el suelo a un ser humano al que reconoció. Iba vestido con una túnica corta, sucia y raída. El sujeto hundió su cabeza entre las manos. Dos pequeños demonios, que tenían la apariencia de dos hombres con rostros de lobo y hocicos de hiena, se estaban riendo de él.

Satán se regodeó en la escena. Bien conocía a ese obispo holandés del siglo XIV. Al caer en el infierno, le había dado el nombre de Jarusatrad que significa “El agrio martillo contra toda virtud”. Y vaya que si lo había sido. Había pisado con desprecio cualquier religiosidad en las almas.

–Tú, al final, ya no creías ni en Dios ni en la otra vida –le reprochó cantarín uno de esos dos miserables demonios.

–Pero ya ves, querido obispo, existe la otra vida –le recordó entre risitas el otro.

El réprobo levantó levemente sus ojos para mirar esos rostros animalescos. Sin decir nada, volvió a hundir su cabeza, ocultando su vergüenza entre las palmas de sus manos. Ambos demonios se sentaron a su derecha e izquierda y estuvieron un rato riéndose con bromas burlonas a su costa. Al cabo de unos

diez minutos, el réprobo se puso violentamente en pie y se marchó a grandes zancadas. Pero los dos demonios le siguieron.

–¡Es un obispo, es un obispo! –repetían a sus espaldas señalándole.

La gente se detenía para mirarle. Sonrisas maliciosas. El perseguido se detuvo tomó una piedra y se la lanzó a uno de esos dos demonios. La piedra atravesó su cuerpo inmaterial. Aquella cólera en plena calle era otro espectáculo para los aburridos moradores de ese barrio.

Una vieja avariciosa y maledicente le dedicó los más dolorosos reproches al obispo. Sus palabras fueron como una flecha directa al corazón de ese condenado. Este, automáticamente, se revolvió contra ella y la atacó. La vieja se sabía defender. Ambos se enzarzaron en una pelea, revolcándose por el suelo. Los circunstantes les jalearon. Se golpearon, pero apenas se arañaron.

El avergonzado prelado se levantó, se encaró con todos los presentes y corriendo se alejó hacia calles más pequeñas y desiertas, jadeando y mirando hacia atrás. Los demonios que le seguían ya habían perdido todo interés en él.

El episodio le hizo gracia a Satán. Siguió mirando. Le gustaba ver qué se vendía en las calles. Había una parte muy parecida a la romana Plaza Navona. Después miró los palacios, barrocos y con sirvientes con librea. Satán había reconocido a diez príncipes sobre el Pueblo de los Hijos de Adán. Diez reyezuelos infernales que estaban en lo más alto de esas jerarquías humanas. Siempre había alguno, entre esos diez, que pretendía ser el rey sobre esos jefes humanos. Pero el Diablo, de ninguna manera quería ceder su puesto como cabeza de ambos mundos. Prefería que el infierno humano no tuviera un rey claro. Que

hubiera diez reyezuelos sin cabeza clara le parecía lo mejor. Aunque la capitalidad de Belcebú sobre todos los condenados (humanos o demonios) estaba bien asentada.

Los ojos de Belcebú, estaba cubierto de ojos, miraron los mares de ese planeta, sus selvas. A mil kilómetros de la capital, había una población de cinco mil habitantes, tranquila y reposada. Descansaba bajo un sol tropical con perros y gatos en las calles. Lucifer hizo vagar su mirada por ese lugar. Escuchó varias conversaciones. En una de ellas, una mujer le comentaba a otra:

–Vivir aquí es experimentar el tiempo haciéndose y rehaciéndose.

–Tranquila. Hoy estas triste, dentro de diez días puedes estar moderadamente contenta.

Hubo un largo silencio de varios minutos. Después, una de ellas abanicándose añadió:

–El Diablo nos asegura que el infierno no existe.

–El Diablo... Desde luego no es él el más importante en este mundo. Siempre está replegado sobre sí mismo, siempre está con su cabeza de reptil sumergida en sus tristezas.

Los aguzados oídos de serpiente no podían escuchar todo lo que, en cada momento, se decía en el infierno. Solo podían escuchar allí y aquí. Siempre escuchaba críticas contra él. No pensaba mover un dedo contra esas dos “lagartijas”.

Una de esas mujeres continuó con tono de decepción:

–Por el infierno se ha matado y se ha muerto.

Satán se dio cuenta de que iban a seguir charlando durante una hora entera sobre las cosas de siempre. Aquello le aburría.

Levantó su vista y se dedicó a ver qué hacían los demonios de una determinada jerarquía, los que se dedicaban a recopilar y profundizar en la historia humana.

el tiempo en el infierno



El tiempo en la eternidad se convierte en un peso sobre la cabeza del condenado. El tiempo es tortura. Pero la criatura no puede existir de otra manera que en el tiempo. Dado que, en cada sujeto, hay periodos de ira, de tristeza, de ilusión, etc., podríamos hablar de fases en el tiempo. Periodos que se suceden como la noche y el día, como las estaciones. En un condenado, puede haber más fases que esas dos mencionadas del planeta Tierra. Y su duración carece de la duración regular del tiempo material, sino que estamos hablando de la duración subjetiva de lo que cada individuo pase en cada una de esas fases. Las fases se suceden, pero acompasadas al ritmo personal de cada alma y de cada gloria. En cada uno, el número de fases es personal, así como su duración. A eso se añade que unos tendrán unas fases más regulares; y otros, más irregulares.

Hay ciclos en la psicología de cada demonio o réprobo. Hay tiempos dentro del tiempo eterno personal. ¿También el infierno conoce sus propios ciclos, en todo similares a los personales? ¿O solo existe una sucesión lineal de periodos? Parece claro que existen esos ciclos individuales trasladados al común de esa sociedad. De lo que no hay ninguna duda es que existe un evo personal y un evo grupal. Al relacionarse entre sí los espíritus, al interactuar entre sí los demonios, los evos individuales tienen puntos de intersección. El evo personal está continuamente entrelazado con el evo de otros seres.

Si imaginamos la sucesión de actos de un demonio y los de otro demonio como dos líneas, veremos que una línea, en algunos tramos, está repleta de actos, mientras que otro está más inactivo. En una línea, hay tramos muy densos. En la línea de otro individuo, hay partes que parecen ir rápidas y otras más lentas.

Pero veríamos que, entre esas dos líneas, hay, continuamente, como puentes, los cuales son las intersecciones, por ejemplo, una conversación. Esos puentes, si lo imaginamos visualmente, no son siempre paralelos entre sí, sino que, en muchas ocasiones, parecen converger en un punto de la otra línea paralela. ¿Por qué? Porque un tiempo de un espíritu pudo ser muy denso (muchos actos de sus potencias intelectuales) “lanzándose” hacia el tiempo de otro espíritu que iba más “lento”.

Si eso lo multiplicamos a través de cientos y miles de líneas paralelas de evo, entenderemos (de un modo visual) que forman una red: líneas personales de evo que se relacionan formando esos puentes. El conjunto tiene el aspecto de una red. Pero de una red que progresa temporalmente, de una red no estática, sino dinámica: eso es el tiempo grupal.

Sin duda hay evos grupales más pequeños, formados, esencialmente, por un pequeño número de espíritus. Hay evos grupales más amplios que conforman un transcurso del evo con otro ritmo. Y hay un evo infernal que es el transcurso global de las sucesiones de actos dentro de los habitantes del infierno. Junto a este evo infernal está el tiempo material del infierno para los seres que tienen cuerpo. Ambas sucesiones temporales se entrelazan.

El tiempo material es objetivo y regular. Lo tienen no solo los réprobos, sino que también las plantas, los animales y los astros. Para ellos transcurre el mismo tiempo que para los

hombres resucitados condenados. Pero con un pequeño matiz añadido, puesto que el ser humano tiene alma, eso significa que percibe el tiempo material en su mente espiritual. Por eso, una fracción de tiempo se le puede hacer corta, y otra muy larga. La percepción del tiempo cambia, y a veces mucho, según lo percibe el alma. En el ser humano, solo percibimos esa diferencia de velocidad en el tiempo, un tiempo que se nos hace más corto o más largo.

Para que el ser humano viviera en el evo percibiendo todas sus diferencias respecto al tiempo material tendría que salir de su cuerpo y vivir sumergido únicamente en la sucesión de actos de su mente. Pero el que estemos en un cuerpo no significa que el alma no tenga cierta influencia en el modo en que vivimos el tiempo, en el modo en que lo percibimos. El modo en que vive la temporalidad un hombre en el infierno es el tiempo objetivo con una cierta influencia del tiempo subjetivo.

Recapitulando, hay estos distintos tipos de temporalidad entre los condenados: evo y tiempo material. Y el evo puede ser personal, grupal (el de un grupo de espíritus) y global (el de todo el infierno). Los ángeles del cielo viven en su propio evo, mientras que el tiempo material es el mismo para los hombres bienaventurados y para los condenados. Ambas sociedades humanas moran en el mismo cosmos y pasa el tiempo del mismo modo objetivo.

El tiempo material discurre como un *continuum*. Gracias a que en esa continuidad hay hitos, podemos aclararnos cuando señalamos un periodo concreto de ese tiempo. Lo mismo sucede en el evo global: si en él no hubiera hitos, marcas, hechos que señalaran una parte de la temporalidad, no sería posible aclararse cuando alguien hablara de un momento determinado.

En el mundo material, la sucesión de día y noche, de meses lunares, de años solares facilita esa orientación en ese río temporal. Los sucesos de esa sociedad de demonios también marcan hitos, pero es muy probable que ellos hayan convenido en algún sistema para poder marcar periodos de temporalidad común en ese evo global. Cuando hablo de sistema, tiene que ser alguna acción de esos espíritus, porque en su universo no hay objetos materiales. En el universo angélico no hay cosas, solo hay espíritus. Aunque el universo de los espíritus pueda entrar en contacto con el cosmos material.

Lo mismo que nosotros los humanos tenemos relojes que marcan periodos de tiempo, así los demonios pueden tener a algunos espíritus encargados de hacer algo que sirva de referencia objetiva para todos los tiempos subjetivos del evo. Lo mismo que nosotros numeramos nuestros periodos temporales, también harán eso los espíritus. La otra posibilidad es que nuestro cosmos material con sus ciclos les sirva como reloj.

Pienso que el modo en que ellos miden esa continuidad que es la temporalidad eterna es por los dos sistemas. Aunque, para orientarse temporalmente en su universo de espíritus, les resultará más fácil y más útil su sistema de medición espiritual, más que la intersección con nuestra temporalidad material.

las estaciones del evo



En el planeta Tierra, hay estaciones. Si el calor y el frío se mantuvieran estables en cada zona terráquea, en unos lugares el calor desecaría completamente las tierras y la vida moriría en ellas; y, en otras zonas, el frío haría lo mismo, matar toda la vida. La alternancia de calor y frío en el planeta

distribuyen ese mismo calor y frío, y crea interacciones climáticas que permiten la vida. Las estaciones permiten la vida. Incluso en la zona ecuatorial, la temperatura se mantiene estable, por la interacción con las zonas de las estaciones. Sin estaciones presentes en las zonas más al norte y al sur, incluso en la franja ecuatorial la vida no sería posible.

Este mismo mecanismo estacional se puede trasladar al evo del infierno: en el evo hay estaciones. No son estaciones térmicas, sino de las fases de los espíritus. Lo mismo que hay fases en el evo personal, hay fases en el evo global. El evo presenta una evolución lineal: periodos que se suceden. Pero también podemos observar unas fases en todo semejantes a las estaciones del planeta Tierra.

¿Cuántas son esas estaciones del evo global? No lo sabemos. Pero el paralelismo con el frío y el calor de la Tierra parece ofrecernos una idea de cómo puede funcionar. El calor como símbolo de la ira, la rabia y el odio. El frío como símbolo de la tristeza, de la inactividad. A eso habría que añadir las pequeñas alegrías de la existencia de los condenados, las ilusiones propias de las empresas de la sociedad infernal. Todos estos elementos conforman una combinación que provocan la sucesión de estados colectivos. De manera que esa sociedad experimenta fases. La historia de su eternidad es lineal, pero en esa linealidad es donde se observan esas “estaciones”. Las estaciones del evo global pueden tal vez ser solo dos, variando entre el odio y la tristeza. O tal vez se combinen con otros elementos provocando más de cuatro estaciones que se suceden durante toda la eternidad.

Mi opinión es que las estaciones del infierno son cuatro:

Primavera: La efervescencia creciente de una ilusión por alguna empresa colectiva que une a toda la sociedad infernal.

Verano: Se llega al culmen del entusiasmo, de la soberbia, pero también del odio. Los problemas en la erección de esa Torre de Babel generan el enfrentamiento entre sus componentes.

Otoño: Se va perdiendo la ilusión por esa empresa. Por más que se intenta resucitar ese ideal, se va imponiendo la realidad.

Invierno: Todos se retiran a su vida ordinaria. La tristeza reina. Se impone la idea de que nada puede cambiar en el infierno, de que nada vale la pena.

Como ya se ha dicho, estas cuatro fases no tienen un tiempo objetivo fijo como ocurre en el tiempo material. Los humanos también viven, con mayor o menor intensidad, estas cuatro estaciones que son del evo, pero que influyen en todo el infierno, también en el infierno humano.

un infierno posible entre los muchos hipotéticos



De lo dicho hasta ahora a lo largo de las páginas precedentes, se observa que, en teoría, son varios los infiernos que podemos imaginar como posibles, aunque solo uno exista en la realidad. El que existe en el mundo real debe compaginarse con la existencia de Dios; y, por tanto, no debe ser abrumador. Si no existiera Dios, podríamos crear aquí sobre la tierra el mayor sufrimiento posible durante un tiempo; nadie nos pondría coto a la inventiva más refinadamente sádica. No habría ningún límite a la capacidad para construir microinfiernos, únicamente los límites de la capacidad de sufrimiento de los individuos.

Pero la existencia de un Dios bueno y providente pone coto al sufrimiento en los dos ámbitos, tanto en el temporal-terreno, como en el eterno-infernal. El imperio de Dios conlleva la existencia de un “muro de contención”. Ese “muro”, en realidad,

implica que hay varios límites en cuanto al tiempo, modo e intensidad.

El Señor modera el modo, tiempo e intensidad del dolor del averno, globalmente considerado, y del infierno personal que es la mente de cada persona. De entre todos los infiernos hipotéticos, podemos esperar que el Altísimo haya permitido que exista el que sea el menos doloroso para sus moradores. ¿Pudiendo elegir, Dios escogería el más duro? Alguien responderá que Dios no elige, que simplemente se aplica la justicia. Pero, cuando hablamos de un Poder Omnipotente, no podemos despachar la cuestión alegando que Dios se limita a mirar, a inhibirse, a ser testigo. Afirmar eso de Quien mantiene en la existencia de sus hijos es no entender qué difusa es la línea que distingue el designio querido por Él y la inhibición cuando nos referimos a Dios.

En realidad, cuando ellos hablan del inhibirse de Dios para que se haga “justicia”, se están refiriendo a “satisfacción” de la culpa cometida. Pero ya se ha explicado que la eternidad del castigo no viene dada de la necesidad de satisfacción (causa objetiva), todo mal es limitado, sino de la cerrazón frente a lo que sería su fuente de sanación (causa subjetiva). Dios es una infinita Fuente de Sanación. Su mera presencia ya actúa de esa manera. Actúa así porque su mismo Ser es sanación, perdón, restauración; y no podemos quitar al Altísimo del universo, no lo podemos quitar de ninguna parte del universo.

Por todo lo cual, el infierno es realización de la Justicia, pero no existe por una mera razón de Justicia. El infierno es un lugar de castigo, pero no se decidió su existencia con el fin primordial de castigar. Es un reino de dolor, pero no se mantiene ese reino en nuestro universo para que ellos sufran. Existen y sufren, pero no existen para sufrir; sino que sufren porque existen.

Cuando yo era un seminarista pensaba que si no existiera el infierno, en algunos casos no se haría justicia. ¿Sería justo que el que ha pasado toda su vida haciendo sufrir a los demás, simplemente se durmiese en la nada? Pero fijémonos en un detalle: El sujeto que hizo padecer a millares de personas en un campo de concentración, realmente, con toda verdad, llevó el infierno en su alma. El mal que salió hacia fuera de su corazón estaba dentro de su corazón. El mal que realizaba hacia fuera transformaba su alma en esa misma medida. Ese doble fluir hacia fuera y hacia dentro tiene repercusiones internas inevitables. La acción puede ser externa, pero transformó su alma en una medida exacta y precisa según la medida de su mal.

¿Cuánto infierno lleva un sujeto dentro de sí? Exactamente según el mal que ha cometido, deseado y ponderado llevar a cabo. Alguien pensará que hacer sufrir atrocemente a 20.000 personas durante un año y después que el culpable se suicide implica una imposibilidad, aquí en la tierra, de que él sufra lo que hizo sufrir. Pero no es así, durante ese año sufrió en la medida de sus actos, deseos y pensamientos. Del mismo modo, el asceta que ayunó, se dedicó a la oración y se crucificó, también gozó de una pureza de alma, de una paz, de una gozosa luz espiritual que resulta inefable, pero proporcionada a su amor y virtudes.

En los santos, incluso en las más oscuras tinieblas de la noche oscura, de los escrúpulos y de los tormentos espirituales, sus almas gozan de esa paz y de esa luz que vale más que todos los gozos del mundo. Mientras que el inicuo, incluso sumergido en los más grandes placeres posibles del sexo, la gula y el lujo, sentirá en el centro de su alma el sabor a ceniza de su existencia. Eso el inicuo, porque el hombre-demonio no sentirá simplemente amargura, sino el frío filo de la espada de fuego que le atraviesa todo su ser.

Si el infierno no existiera, probablemente la Justicia habría quedado satisfecha simplemente con la vida del culpable sobre la tierra. También la virtud lograría su premio ya solo con la dulzura que producen los frutos de la virtud. Pues la virtud sobrenatural es imposible separarla de las gracias sobrenaturales y, por tanto, de sus consolaciones. Aunque sí que sea posible separarla, durante un tiempo. Es decir, sí que es posible que la persona buena, durante un tiempo, viva desolada sin percibir ningún fruto de su virtud, es decir, sin recibir ninguna consolación. Pero esto es solo posible durante un tiempo. Del mismo modo que el hombre más inicuo puede pasar momentos de gran felicidad natural, momentos en que se olvide del todo de los frutos de su iniquidad: amargura, sospechas, celos.

De todas maneras, algo innato a nosotros nos recuerda que el premio de la virtud será en la eternidad algo mucho más grande que el mero gozo en la tierra de un alma deificada. Y, del mismo modo, algo innato en nosotros nos recuerda que el castigo a la iniquidad será algo mucho más grande que el peso de la iniquidad aquí en la tierra.

La Justicia en la tierra es solo suficiente, exacta. La Justicia después de la vida es sobreabundante, tanto en un sentido como en otro. Pero recordemos que el premio en el cielo es sobreabundante: abunda más de lo que, en estricta justicia, mereceríamos por nuestros actos. El premio es, en verdad, excesivo; porque Dios es un exceso. El castigo en el infierno es sobreabundante, es decir, va más allá del sufrimiento finito que provocaron nuestros pecados en otros sujetos. Si el premio en el cielo va más allá de las obras, el castigo en el infierno también. El premio de los bienaventurados es excesivo por la mera existencia de Dios. El castigo de los condenados es excesivo por ellos mismos que lo hacen eterno. Dios hace excesivo el premio. El

alma convertida en un dios para sí misma hace excesivo el castigo.

dios como arquitecto del infierno



Así que hay una justicia en la tierra, para bien y para mal. Y hay una justicia después de la tierra, mucho más grande que los frutos del Bien y del Mal. Y dado que no es la necesidad de la satisfacción lo que mantiene en el ser a un réprobo, Dios, sin duda, ha determinado las normas generales que rigen y regirán la sociedad de los condenados. Después, esa sociedad réproba puede dotarse de normas, prácticas y usos consensuados por ellos mismos.

Dios, lejos de inhibirse, actúa como arquitecto general de un modo que recuerda mucho a cómo creo el universo. Dotó al universo no solo de materia, sino también de unas leyes físicas. Después dejó que esas causas fueran desarrollando su propia evolución. Cualquier cambio en esas leyes hubiera producido inmensos cambios en el universo al cabo de millones de años. Dios es autor de cada una de las 185 lunas que orbitan alrededor de los grandes planetas de nuestro sistema; es autor de cada uno de los cuerpos que se mueven en el Cinturón de Asteroides entre Marte y Júpiter. La lista podría seguir. Lo interesante es que todo, salvo el momento inicial de la creación, lo hizo por mediación.

El Creador ha permitido todos y cada uno de los detalles del infierno que existe. En algunos aspectos les ha ayudado (ayuda positiva), en otros aspectos ha puesto un límite al sufrimiento (ayuda negativa). Lo repito, Dios no es creador del infierno, pero sí que (dado que convenía que existiese e iba a existir) actuó como arquitecto de ese lugar y de ese estado, arquitecto de las dos

sociedades que la componen (humana y demoniaca), y de la interactuación entre ángeles caídos y réprobos.

Dios no es creador del averno, pero sí su arquitecto. Aquí, en la tierra, vemos que las autoridades de una nación no quieren que haya presos. Pero, dado que los va a haber, crean las cárceles y determinan cómo van a ser estas. Después la vida interna de esa cárcel es fruto de las decisiones de sus inquilinos. Dios no crea una cárcel material porque los condenados son esa cárcel. Los muros infranqueables son la decisión irreversible. Muros de piedra, porque la decisión es pétreo. Pero, dentro de los muros del infierno, solo son necesarias unas leyes generales; en el resto de aspectos, reina la libertad.

En una cárcel material de este mundo, no es humano levantar unos muros y dejar que los prisioneros hagan lo que quieran dentro de esos muros. Algo así sucede con el tártaro. Y es que las cárceles de nuestro mundo son como una parábola del tártaro. Entender la mentalidad de un preso es un modo de penetrar en la mente de un condenado eterno. Eso se ve más claro si ese preso está condenado a cadena perpetua y es un preso malo. En una cárcel, los mismos presos saben que hay distintos tipos de presos. Todos están en la prisión, pero ellos saben que el interior de cada preso es distinto. Unos son buenos, han cambiado; durante la estancia, se han arrepentido y han consumado un proceso de regeneración. No hablo desde la teoría. Yo, visitando la cárcel para predicarles, he visto la bondad en los ojos de los presos buenos.

Mientras que otros presos son malos, el mal en ellos se ha cronificado. Ningún proceso de arrepentimiento, de regeneración, ha prendido en ellos en tantos años de condena. Por supuesto, hay otros presos que están en un término medio entre los presos buenos y los malos.

En todo esto vemos aspectos que nos recuerdan al infierno y al purgatorio. La raya definitiva es el Juicio Final. La separación irreversible para todos se produce cuando el cambio ya es irreversible para todos. No significa que, antes de ese momento del veredicto supremo, algunos no se hayan cronificado ya. Pero hasta el Juicio Final habrá algunos viadores.

Creo que, en estas páginas, se ha mostrado de forma suficiente que ni siquiera el infierno puede estar abandonado enteramente a su suerte. Dios tiene que elegir qué tipo de averno va a existir. Y si la elección recae en Él, podemos estar seguros de que elegirá la opción más benigna. Afirmino, y lo hago de todo corazón, que el averno es un lugar de venganza. Pues, según el diccionario, la definición de venganza es la satisfacción que se toma del daño recibido. Pero si siguen existiendo los condenados, no es por la venganza. Es un lugar de venganza que no existe por la venganza.

Jesús ha sido definido con toda verdad como Tierra de los vivientes. Jesús es el Paraiso del Edén y la Tierra Prometida. El infierno es lo negativo, lo que falta. No es la tierra donde Dios ha puesto cosas que hagan sufrir. ¿No hay nada externo al condenado que haga sufrir en el infierno? Sí. Los entes que hacen sufrir en el infierno a los condenados son los otros condenados. El único modo de quitar ese sufrimiento sería la incomunicación. Pero de la incomunicación surgiría más sufrimiento.

Jesús, Tierra de los vivientes; el infierno, tierra de la venganza. Jesús es la tierra de los que existen con una vida sobrenatural. El infierno es tierra de los que existen con una vida natural gravemente deforme.

Siguiendo este paralelismo, ¿se puede afirmar que el Diablo es Tierra de los eternamente muertos? Las conexiones de Jesús

con los bienaventurados, a través de la gracia, son solo posibles para Dios. Ahora bien, no podemos dejar de ver un cierto paralelismo entre la gracia y la tentación. Son sustancialmente distintas, pero si la gracia es una moción sobrenatural que proviene directamente de Dios y que va al espíritu; la tentación es una moción natural que procede del Diablo y que también va al espíritu del demonio o del réprobo.

El Diablo no puede tentar a todos a la vez, esa es otra diferencia. Salvo cuando habla a todo el infierno. En esas ocasiones, todos los condenados le escuchan y todos pueden sentir su influjo.

Pero, aun siendo sustancialmente distintas, sí que se observa un paralelismo entre la gracia y la tentación. Aunque la tentación, muchas veces sea mediada: Satán tienta a unos demonios que, a su vez, tientan a otros. La gracia es directa desde Dios. La tentación sigue una sucesión de causas y efectos, pasando de unos tentadores a otros. Camino en el que el mismo objeto y modo de la tentación se va transformando.

Por lo tanto, de acuerdo a este paralelismo, se puede afirmar que el Diablo es la tierra de los muertos vivientes; en el sentido de que el espíritu de Satán –sus pensamientos, sus sentimientos– han pasado a ser el reino inmaterial en el que anidan los moradores del tártaro. Ese “anidar en Satán” se puede entender también como que Satán ha anidado en esa alma, en ese demonio. Es decir, le ha inoculado sus afectos, su modo de ver el mundo. En ese sentido, se puede decir que los condenados anidan en el Diablo.

No podemos dejar de pensar en las imágenes de ciertos animales en cuyo lomo vive su prole. Pienso en la agresiva zarigüeya que lleva a sus cachorros agarrados a su lomo. Pero, sobre todo, pienso en el sapo de la especie surinam que puede

llevar a cien de sus crías en la espalda. Cada cría vive su propia “cuevecita” en la espalda de ese anfibio.

Ya en mi libro *La tiniebla en el exorcismo* traté el tema de las semejanzas entre el Cuerpo Místico de Cristo y el *Corpus Diaboli* que es el infierno. No olvidemos que *mysticum* significa “misterioso”. Sin ningún escrúpulo, dadas las conexiones que existen entre sus miembros, podemos hablar de un Cuerpo Místico del Diablo.

Aunque el Señor no hace sufrir, podemos afirmar, con toda verdad, que el Altísimo es también el Dios de la venganza. Entendida esta afirmación de un modo recto –según la mera definición del diccionario–, es una afirmación verdadera. Para la víctima que sufre aquí en la tierra, la mera existencia de Dios es la seguridad de que Él le otorgará la justa venganza. Incluso, aunque la víctima no desee ninguna venganza, el Señor no puede dejar de ser Dios, y ser Dios significa ser justo.

Sé que puede parecer una contradicción la unión de estos dos conceptos: un Dios que no hace sufrir y un Dios de la venganza. También parece contradictorio un Dios que ama al condenado y que, al mismo tiempo, permite un sufrimiento extraordinario en el santo al que está probando. Sí, el Señor es amor y, al mismo tiempo, permite la crueldad. El Altísimo no gobierna de acuerdo a nuestro pobre y limitado entender. Dios es según su Ser. Es decir, así como el infierno podría ser de varias maneras (dentro del margen de lo conveniente); Dios, sin embargo, solo es como tiene que ser. Dios solo puede ser como tiene que ser. El Omnipotente es según su Ser, y no puede ser de otra manera. De manera que Dios no tiene otra alternativa que actuar siempre con justicia, nunca puede ser injusto. Solo puede ser misericordioso mientras eso no le lleve a la injusticia.

El infierno, el universo, la Humanidad podrían ser de muchas maneras. Pero Dios solo es como tiene que ser. El Todopoderoso solo puede ser de una única manera, nada se le puede añadir ni quitar a modo en que Él es.

Cuando Dios deja de otorgar gracias sobrenaturales, cuando permite que algo siga existiendo sobre la Tierra, el obrar divino depende de cómo Él es. De manera que sí, el Señor es el Dios de la Venganza. Sé que hay personas tan caritativas con el culpable que creen ser más buenas que Dios. Pero ellas lo son con su pobre amor y su limitado entender. Dios está a un nivel de entendimiento y amor infinitamente superior. Si entendemos las leyes del infierno, entenderemos porqué la venganza de Dios es sobreabundante. Dios castiga con un rigor que nada tiene que ver con cualquier cosa que veamos en la Tierra. Cualquier condenado al averno preferiría mil veces, un millón de veces, sufrir cualquier condena tiránica de un déspota de la tierra que no la condena del infierno. Cualquier cosa mejor que esa eternidad.

Precisamente, el gran error de Lucifer fue convencerse a sí mismo de que nada tenía que temer de un dios-abuelita que, al final, humillándose ese Creador, le abriría las puertas del cielo, pidiéndole que entrara.

Ese fue el engaño que le permitió ir tan lejos y superar el temor inicial, el lógico temor inicial: “Nada tengo que temer de un Dios tan excesivamente bueno. La puerta siempre la tengo abierta. Haga lo que haga, siempre podré entrar de nuevo”.

Dentro de todo lo que he dicho hasta ahora en este ensayo, sin negar nada de lo afirmado, Lucifer se encontró con la sorpresa del rigor Dios. Un rigor del que había sido advertido millares de veces. En un momento dado, se encontró ante la Puerta cerrada, cerrada para siempre. Resulta impresionante, para alguien que ya sabe, comprende y ha experimentado lo que es la eternidad,

entender qué significa que esa inmensa Puerta está cerrada por los siglos de los siglos. Ya entendemos que esa puerta no es material, que es la ausencia de cualquier gracia sobrenatural.

No se vea una contradicción entre esa sorpresa por encontrarse con la puerta cerrada y la doctrina, que tantas veces he repetido, de una decisión irreversible por parte del culpable. El culpable se sorprende de que la puerta no siga abierta después de su decisión personal irreversible. No quiere entrar por esa puerta, pero esperaba que estuviera siempre abierta. No quiere estar con ese dios-abuelita, pero estaba convencido de que los brazos de ese dios-abuelita siempre estarían abiertos para él.

Como ejemplo de esta mentalidad, recuerdo una chica joven célebre que se hundió en la droga. Ella, libremente, fue aceptando, paso a paso, ese hundimiento con el que perdió el trabajo que tenía, el dinero y, finalmente, la salud. A cada paso, ella aceptó lo que conllevaban sus decisiones. Me sorprendió que, en la etapa final, concedió una entrevista (la última antes de morir) en la que llena de rabia echó en cara a todos el estar en ese estado: sin dinero y enferma. *Es increíble que la sociedad deje que te hundas así*, dijo con amarga ira. Habían sido decisiones, muchas, totalmente libres y personales, en las que sabía sus consecuencias. Pero, justo al final, sus únicas palabras fueron de resentimiento a los demás. Trasladó la culpa a los demás de aquellos actos completamente libres. En el Diablo y su progenie existe lo mismo: una inversión de la culpa, un traslado de la responsabilidad. Dios, que me ha intentado ayudar, es el culpable. Dios que siempre me dijo “no” es culpable de mi “sí”.

Pueden quedarse tranquilos los que desearían que los condenados sufrieran más: cada uno de ellos sufre exactamente según es su espíritu. Todo acto ha dejado una marca en su alma.

Esa marca es la deformación del espíritu. Cada réprobo vive la existencia según su alma. Toda la historia de ese hombre permanece en su espíritu, como las causas existen en el efecto. En su alma está todo, pues de su alma salió todo. Insisto, en cada réprobo, todo el pasado está presente como la causa en el efecto. Y todo su futuro (eterno) está presente como está presente el efecto en la causa (irreversible). Lo interesante de cada réprobo es que es un presente prisionero entre un pasado irreformable y un futuro también irreformable. Es un presente libre dentro del perímetro de su prisión, una voluntad que no puede (ni quiere) atravesar los pétreos muros de su decisión. Todas las decisiones pasadas han confluído en una decisión suprema. Todas las decisiones futuras quedan condicionadas por esa decisión central de la voluntad.

Podemos encontrar un paralelismo en el acto de voluntad que constituye el inicio del matrimonio. Todas las decisiones durante ese noviazgo, todos los actos de voluntad previos, confluyen en ese acto definitivo e irreversible de la boda en la que la voluntad decide ligarse a esa persona durante toda la vida, de forma indefinida, compartiendo su tiempo, su casa, sus vacaciones, todo lo que constituye su existencia. Es un acto de voluntad en un momento dado, pero que determina para siempre todos los actos posteriores. Es cierto que, en algunos casos, esa voluntad cesa. Pero, en otros, esa voluntad persiste inquebrantable, con el carácter de lo incondicionado e indefinido, probando que existen ese tipo de actos de voluntad.

Todo el noviazgo confluyó en un acto de la voluntad que el tiempo mostraría como perfecto. La decisión del novio apareció antes de la boda. Pero, en la boda, esa decisión se ratificó en su irreversibilidad. Se pudo ratificar porque la decisión ya existía antes. De nuevo, son patentes las similitudes entre “decisión perfecta previa” del novio y “ratificación de la decisión

irreversible en la boda”, frente a “decisión perfecta previa” del réprobo y “ratificación de la decisión irreversible” en el Juicio Final.

Esto no significa que no haya novios que se decidan, después de que aparezcan dudas, no mucho antes de la boda. Del mismo modo, habrá viadores que, después de dudas, se decidirán no mucho antes del veredicto del Juicio Final. De nuevo, las similitudes resultan claras.

evitando el hundimiento del infierno

Dios ayuda a esos desdichados únicamente en la medida que se dejan ayudar. La misericordia recae sobre los malos, aunque no la agradezcan. La Mano de Dios está sobre ellos, conozcan o no lo que Él hace por ellos. Por otra parte, ya se ha explicado que, sin esta divina misericordia, el infierno colapsaría. Es decir, globalmente considerada, ya no sería una sociedad; personalmente considerados, sus integrantes no gozarían de una verdadera vida, una vida humana. Pues, en el caso del “colapso del infierno”, Dios mantendría con vida un cementerio en el que cada ser vivo se habría recluido en su propio ataúd. No habría mucha diferencia entre mantener en el ser a esos muertos vivientes o que cesaran en su existir. No habría mucha diferencia entre existir como un oso que hiberna o ya no existir. El hundimiento del infierno sería como una implosión. Es decir, todas las actividades sociales y personales de esa sociedad se irían retrayendo, con el pasar de los siglos, hasta que el infierno se redujese a su núcleo de existencia, la mera existencia sin actividad externa, un cementerio sumido en el silencio. El ejemplo de la contracción que sufren las estrellas, al final de su vida, resulta patente.

Se podría afirmar que el infierno es el lugar donde no llega la misericordia de Dios, solo si entendemos esa aseveración de un modo muy determinado y con muchos matices. Resulta más claro, menos confuso, afirmar también la misericordia divina llega hasta las profundidades.

Cierto que ese abismo ya no hay misericordia sobrenatural y que allí la misericordia natural (ante los sufrimientos) se ve impedida por el hecho de que quitar enteramente la causa del sufrimiento sería quitar el yo: la víctima y el verdugo se identifican. Así que la compasión hacia el yo del réprobo se ve impedida por el yo del réprobo. En el mismo acto divino de conceder, se incluye la justicia. En los mismos actos de misericordia, se incluye la justicia de que ese yo siga existiendo. Ese “quiero que existas” se convierte en el más terrible acto de justicia. Pero esa misma justicia constituye su amoroso acto de compasión. El infierno es, simultáneamente, venganza y amor, justicia y compasión.

Si una víctima de la tierra clama a Dios pidiendo satisfacción, de verdad que un ángel le podría consolar diciéndole que la venganza de Dios es eterna. Es cierto que los habitantes del tártaro viven en un abismo: ellos son ese abismo. Y unos viven en regiones abismales más profundas que otros. Lo más probable es que la Gran Serpiente dormite en el fondo de esa sima, en el punto más bajo. El peor veneno, el más tóxico, es el que se destila en sus fauces.

Dios puede enviar gracias a las almas de los condenados. No serán gracias que los lleven, muevan e inciten a la salvación. Pero sí gracias, mociones, iluminaciones, que les conduzcan a aceptar su situación, a no desesperarse, a no odiar tanto, a no hundirse en una tristeza que les invalide. Hay una diferencia radical entre estar

sumido en la tristeza –ellos lo están–, y estar enterrado en una tristeza que invalida las capacidades naturales. Llevando una vida más bien de hibernación, es decir, viviendo en una profunda depresión de nada servirían esas capacidades, ya que estarían incapacitadas.

Para evitar ese estado final incapacitante (que sería inevitable) es para lo que actúa Dios de un modo invisible. En esta acción invisible, los condenados no reconocerán la Mano de Dios. Pensarán que todo lo positivo que aflora en ellos es producto de sus propios pensamientos, de su propio carácter, de sus virtudes naturales. Tampoco aquí, en este mundo, los viadores nos damos cuenta de las gracias actuales. Normalmente, pensamos que son nuestros pensamientos. Del mismo modo, Dios actúa invisiblemente en el cosmos material y los ateos no reconocen la acción de una Mano Creadora, lo mismo sucederá en la providencia divina sobre el averno.

Todos sabemos lo dura que se hace la vida para muchos viadores a causa de las tristezas de este mundo: traiciones de los amigos, murmuración, desamor, recriminaciones; soledad, a pesar de estar rodeado de personas. En el mundo, hay tristezas, pero los viadores obtienen ayudas para su psicología, para seguir resistiendo, gracias a las alegrías que otros les dan. Esas ayudas reconfortan, dan nuevos ánimos.

En el infierno, esa ayuda directa de Dios de la que he hablado es tanto más necesaria cuanto que estamos hablando de un desierto, de una morada donde solo hay malos. En los desiertos de este mundo, algo de vida es posible únicamente si Dios hace aflorar unos pocos manantiales en esos páramos desolados. Lo mismo sucede en el estado de condenación, no basta con que el Altísimo les conceda seguir existiendo: no podría existir la vida en el infierno –algo digno de llamarse “vida”– sin

esos manantiales de gozo natural que apagasen una sed ardiente que, de otro modo, se volvería enloquecedora.

Padre Abrahán, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, pues estoy sufriendo en esta llama (Lucas 16, 24). Una vez más, otra, resuenan esas palabras. Esas palabras vuelven a escucharse en esta obra porque resonarán toda la eternidad. ¿Los réprobos piden misericordia? A veces sí. En ocasiones blasfeman, la mayor parte de las veces dan la espalda a Dios, hay momentos en que piden que se alivie su sufrimiento, su llama de fuego. En ese versículo se usa “llama” en singular, cada uno tiene su propia llama, dentro. El Evangelio podría haber usado la palabra “hoguera” u “horno”, pero usa dice “llama”.

¿Hay veces que hay demonios que se sienten como dentro de un horno? Sí. ¿Todos juntos no forman como una hoguera? Sí. Pero, ordinariamente, se aplica lo que dice el Evangelio: cada uno tiene su llama.

El pasaje de Epulón no solo muestra que el condenado se preocupa por sus hermanos vivos, sino que este versículo en concreto muestra que puede existir alguna consolación en ese lugar de sufrimiento. Abrahán no puede consolar a Epulón. La consolación que viene de fuera está en las manos de Dios. Si los santos pudieran consolar a los condenados, los bienaventurados se volcarían en ayudarles: y se rompería la separación de ambos mundos. Romper esa separación traería males para los bienaventurados, por la acción de los malos; y traería males a los condenados, porque el fuego de sus almas se haría más intenso, ya que tendrían siempre nuevo material que arrojar a su hoguera personal de reproches y envidia. Es mejor que ayude Dios y que lo haga de un modo invisible.

Pero sí, el Creador coloca manantiales en el desierto del infierno. Esos manantiales son símbolo de los gozos naturales. El rocío que cae sobre el desierto es símbolo de la gracia natural. Muchos pequeños reptiles e insectos viven del rocío en las áridas arenas del desierto.

Y así, la naturaleza ayudada por las gracias naturales que provienen de Dios, incluso, en esa sociedad de condenados, se generarán bienes naturales que ayudarán a mantener, digámoslo así, la habitabilidad del infierno.

Podemos ir más allá y preguntarnos: ¿en los periodos de calma, algún demonio puede leer pacíficamente *La subida al Monte Carmelo* (de san Juan de la Cruz), las obras de santa Teresa de Jesús o la Biblia? Me refiero, por supuesto, a una lectura que no va a provocar un efecto salvífico; me refiero, por tanto, a una lectura por un interés cultural o por razón del mero placer estético. En un primer momento, pensé que eso era imposible. Si persiste un rechazo de Dios eterno, el objeto aborrecido solo produce aversión. En un primer momento, pensé que no era posible la lectura pacífica de textos que se refieren a Dios escritos por hombres santos. Que solo era posible una lectura de estos textos llena de odio, hecha con el propósito de conocer más para tentar a los hombres, o de leer para blasfemar de lo que se lee, para ridiculizarlo.

Ahora bien, tras meditar el asunto algo más, sí que pienso que algunos demonios pueden leer obras espirituales con el espíritu de suficiencia, de orgullo, de total distancia, con que lo hace, en la tierra, un catedrático ateo que debe preparar una clase para sus alumnos. Esa lectura fría, gélida, que no cambia el alma impermeable, es posible en los réprobos. No olvidemos que, por ejemplo, la lectura de las obras completas de san Agustín no va a producir un acto salvífico si esa lectura no está acompañada de la irrupción de la gracia sobrenatural.

Por supuesto que algunos demonios no pueden, de ninguna manera, hacer esto: el sentimiento de aversión los domina enteramente. Pero otros réprobos sí que pueden contemplar todos los detalles de una catedral, valorar una pintura religiosa, o charlar con otros réprobos acerca de Dios, y hacerlo de un modo relajado y tranquilo. No olvidemos que, en el Libro de Job, Satanás habla con Dios. Cierto que no se nos describe el tono del Maligno. Quizá dirigió sus palabras lleno de furia. Quizá lo hizo con un tono despectivo, pero razonablemente sereno. No lo sabemos, pero varias opciones son posibles.

¿pueden caer gracias sobrenaturales en el infierno?



Está claro que la condenación del infierno es eterna, no solo porque lo afirme la Sagrada Escritura, sino también porque es lo que define ese estado. Si hablamos del infierno, estamos refiriéndonos a un estado de eterno alejamiento de Dios. Si no fuera eterno, estaríamos hablando de otro estado, no del infierno. ¿Pero, preguntémonos, sería posible que alguna gracia sobrenatural cayera en alguna alma?

La respuesta es no. Si eso fuera posible, antes o después, alguna gracia sobrenatural conseguiría asentarse en un espíritu y sería la fase previa para recibir nuevas gracias sobrenaturales. Si multiplicamos esta situación durante, no ya miles de años, sino durante una cantidad infinita de años, al final, esa alma acabaría saliendo del averno. Y el mismo proceso acabaría sucediendo en todos los réprobos y demonios.

Por poner un ejemplo, si una central nuclear tuviera una sola y única posibilidad de que su núcleo se fundiera y explotara una vez cada un millón de años, entonces, en la eternidad, todas las centrales nucleares del mundo acabarían explotando, sería una

mera cuestión de tiempo. Una posibilidad cada un millón de años, multiplicada por una cantidad infinita de tiempo, da como resultado que el evento acaba sucediendo siempre.

Si el infierno es eterno, ninguna gracia sobrenatural puede descender sobre esos espíritus. Es cierto que si el alma está perfecta y absolutamente cerrada, no hay ni una posibilidad cada millón de años. Si la vida biológica aparece de forma natural y espontánea, una vez cada un millón de planetas igual a la tierra, si hubiera un número infinito de planetas, habría infinitos planetas con vida. Pero si la vida aparece, únicamente, si Dios pone la primera semilla; entonces, no importa cuantos planetas existan: ni siquiera, aunque su número fuera infinito, aparecería nunca la vida. Si la posibilidad es cero, no importa que haya un número infinito de planetas.

Lo mismo sucede en el infierno, si la voluntad está perfecta y absolutamente cerrada, no importa que transcurra un infinito número de milenios: la posibilidad de salvación será cero.

Imaginemos que la gracia salvífica es como la semilla de un roble que cae en un desierto. El problema para que germine no está en la semilla, sino en la falta de agua y en la falta de un suelo adecuado. La semilla de un roble no puede crecer en un suelo donde no hay otra cosa que arena perfectamente seca. Del mismo modo, el problema para que germine la vida sobrenatural en un réprobo no está en la falta de la semilla, sino en que carece del mínimo sustrato para que esa moción divina pueda sobrevivir y arraigarse.

Hay muchos tipos de gracias y hay muchos tipos de condenados, del mismo modo que hay muchos tipos de semillas. Pero ninguna semilla puede arraigarse sobre una pulida superficie de mármol sin fisuras. Y esas son almas sin fisuras y duras como

el mármol. Ninguna semilla puede crecer sobre el fuego. Los ejemplos podrían continuar.

¿Sería, por tanto, posible que sobre los condenados del infierno cayeran gracias sobrenaturales que, como semillas, germinarían, ofrecerían un alivio sobrenatural y después morirían, al modo de las fugaces plantas verdes del desierto que viven una o dos semanas? La respuesta es no. Tal cosa no es factible. No es que mueran esas plantas verdes de la gracia sobrenatural, es que no pueden crecer. Dios no va a enviar semillas a allí donde esas semillas ya son inútiles. Si bien reconozco que la razón última para negar esta posibilidad de gracias sobrenaturales es el hecho de que Dios nos haya revelado la eternidad del infierno. Y, en las Escrituras, lo ha hecho sin ninguna duda. Hay condenados.

Las únicas plantitas verdes tiernas que crecen en los áridos páramos interiores de los espíritus condenados son los pequeños gozos que conlleva la vida natural. Y, como esas plantas desérticas, suelen tener una vida fugaz si son tiernas. Otras plantas menos agradables y llenas de espinas sí que crecen de forma estable. Siguiendo este simil vegetal, la diferencia que hay entre las distintas especies de cactus de un páramo, y un verde y exuberante prado de hierba, flores y mariposas es la diferencia entre un alma bienaventurada y otra condenada.

Es el mismo sol el que abrasa en el desierto del Sahara y es tan agradable en un bosque suizo. En un lugar, el viajero busca desesperadamente la sombra y caminar se hace insoportable. En el otro lugar, el viajero se pone al sol para sentir la caricia templada de sus agradables rayos y el lugar invita al paseo.

Al condenado se le hace insoportable seguir andando por el camino de la vida. Esa región desolada –no me estoy refiriendo a una región física– tampoco invita a recorrerla. Esa región es el mundo demoniaco y el de los réprobos. Aun así, es lo que hay y el

condenado acabará recorriéndola y aprendiendo a reconocer lo bueno que hay ella. Incluso el Hades está dotado de una belleza propia, como todo desierto. Entre cactus y animales venenosos, con sed y bajo un sol abrasador, el condenado reconocerá la belleza del lugar. Incluso el III Reich tenía su propia belleza demoniaca.

Siguiendo otro simil, el orográfico, la diferencia entre un sistema de cuevas subterráneas (con su pequeño ecosistema de insectos y murciélagos) y la belleza de las cumbres de una cordillera y sus feraces laderas y valles es la diferencia entre el abismo y el Reino de los cielos.

la lista infernal



He dicho que Dios nos ha revelado que hay condenados. La posibilidad de un infierno vacío está descartada por las Escrituras. No es cierto que no sepamos de nadie cuyo destino eterno sea la condenación. Existe en la Biblia un elenco de demonios y réprobos, solo uno. Aparece en el libro final, el Apocalipsis. Esta es la lista final de condenados, la única lista completa de toda la Biblia dividida en dos textos:

Y el **Diablo** que los había engañado fue arrojado al lago de fuego y azúfre, donde la **Bestia** y el **Falso Profeta** estaban, y serán atormentados día y noche hacia las edades de las edades (Apocalipsis 20, 10).

Entonces, la Muerte y el **Hades** fueron arrojados en el lago de fuego. Esta es la segunda muerte, el lago de fuego. Y **si alguno no fue encontrado escrito en el Libro de la Vida** fue arrojado al lago de fuego (Apocalipsis 20, 14-15)

La Muerte no es un ser personal. Su mención significa la destrucción de la muerte. Cuando se dice que el Hades fue arrojado al infierno, lo que se significa es que todos los moradores de esa región de tinieblas fueron condenados para siempre.

Así que encontramos dos sociedades expresamente mencionadas como arrojadas a la condenación eterna: la Bestia (que es una sociedad humana) y el Hades. Pero estos textos tienen una clara ambivalencia interpretativa. Hay dos individuos condenados con toda seguridad: el Diablo y el Falso Profeta. Es posible que el Falso Profeta sea el Anticristo. Sin duda el Anticristo es la cabeza de la Bestia.

El Diablo es posible entenderlo como *Corpus Diaboli*, es decir, como cuerpo místico infernal. De manera que esos textos se pueden entender como dos personas condenadas, y como dos sociedades condenadas: la demoniaca y la humana. El Apocalipsis zanja la cuestión de la lista de condenados con esa afirmación global: se condenaron las cabezas de dos colectividades y esas dos sociedades. El segundo texto entenderlo como una redundancia: se condenan todos los que no están en ese libro. Pienso que la interpretación correcta es la combinación de ambas posibilidades.

El infierno es la segunda muerte. ¿Cómo entender el infierno? Con la contraposición entre muerte y vida. También se habla de que *serán atormentados*. No se habla solo de sufrimiento, sino que el verbo griego significa “torturar, hacer sufrir con graves sufrimientos”. Y se dice que esa tortura es incesante, *noche y día*. Se añade otro elemento: el fuego. Pero, dado que el Diablo no tiene cuerpo, ese fuego no puede ser material. Tampoco su tortura, por la misma razón, puede ser física. Ese lago es un estado espiritual.

Volvamos a recomponer el cuadro que se nos ofrece: muerte, tormento, incesante, fuego. ¿Esto se conjuga con lo que he escrito de un *infernus moderatus*? La cuestión no es si esto se conjuga con lo que he escrito, sino si se compatibiliza con la

existencia de Dios. Los cuatro elementos son verdaderos, la cuestión es la medida.

Pero sí, el infierno tiene ausencia de vida sobrenatural (muerte), dolores graves (tormento), sufrimiento basal (día y noche) y pasiones que queman como el fuego. El lago implica el concepto de sociedad, es la suma de todas las llamas individuales.

Sea cual sea la concepción que tengamos del infierno, por revelación divina, tiene esos cuatro elementos. Es la medida la que no la conocemos. Aunque, en cierto modo, sí que la conocemos: la medida es la medida de la iniquidad personal. ¿Hasta qué punto la segunda muerte es muerte? La respuesta es: ¿acaso no hemos visto con nuestros ojos, sobre la tierra, hasta dónde llega la corrupción de algunas almas? Sí, hemos sido testigos de ese fuego, de ese tormento sin descanso. ¿No hemos visto a hermanos nuestros que ya eran atormentados por su propia voluntad? Sí, sin ninguna duda, conocemos mucho más del infierno de lo que creemos. Si bien, el conjunto, cuando apareció, fue una nueva realidad. Una realidad que acentúa el tormento y que lo atenúa a la vez. Nada cambiará, sustancialmente, en esa realidad tras el Juicio Final. En el Hades ya ahora hay fuego. ¿Acaso no se quejaba Epulón de su llama?

He dicho que nada cambiará sustancialmente, porque accidentalmente sí que cambiarán algunas cosas. Ahora los demonios tienen la maligna alegría de obrar en nuestro mundo, sobre nuestras almas. Tras el Juicio Final, se sentirán como encarcelados. El no poder hacernos daño les dará esa sensación de cárcel.

La otra cosa que cambiará será la percepción del tiempo. Ahora, entrelazados con la historia humana, tienen una sensación de variedad, de novedades. Al no haber viadores y ser separados de los buenos, sentirán un vacío, sentirán que se adentrán en un

tiempo sin fin. Ya ahora están en un tiempo sin fin, pero la historia humana les distrae de la idea de eternidad, de abismo temporal sin fin. De pronto, tendrán la sensación de estar solos: solos y encerrados.

Solos, sin viadores, sin historia humana. **Encerrados**, sin poder actuar sobre los bienaventurados. Puede parecer que se les priva de poco, pero es que, justamente, eso es lo que quieren hacer. Y, justamente eso, es lo que ya no podrán hacer. Por eso los demonios de los gerasenos se resistían a salir de los dos posesos. Ellos quieren actuar en este mundo, aunque sea dentro de una piara de cerdos. Jesús quiso que supiéramos de ese deseo, pero determinó que no pudieran hacer otra cosa que lo que hicieron.

Quiero repetir que no veo cómo entender las Escrituras de otra forma que afirmando la condenación eterna de Judas Iscariote. Si nos tomamos en serio las palabras de la Biblia, no veo otra interpretación posible.

hablando con dios



Para algunos lectores, habrá supuesto una sorpresa la existencia de un *adiutorium* y de una *gratia naturalis* en el lugar del castigo, de un castigo que parece máximo. Pero, precisamente, porque es máximo, se precisa ayuda para superar el odio y la tristeza en grados inhumanos. No se supera el odio y la tristeza, pero sí que se logran vadear los niveles inhumanos de estos. El castigo máximo requiere la ayuda máxima (posible). Aunque, desgraciadamente, esa ayuda máxima es máxima dentro de lo que se dejan ayudar. No solo es poco lo que se dejan ayudar, sino que, además, la ayuda divina debe ser

invisible, para no provocarles, para no incitarles a morder la mano que les de de comer. ¿Es un lugar desolado el tártaro? Sí, pero hasta el desierto más inhumano no está carente de su propia belleza. ¿Podemos encontrar aspectos positivos en los peores desiertos? Sin ninguna duda.

Para completar algo más lo positivo de este panorama, nos podemos preguntar: ¿pueden los demonios hablar con Dios? Ciertamente, sí. Cualquier condenado, ciertamente, puede hablar con el Todopoderoso con solo dirigirse a Él en el interior de su mente. Dios escucha todo. ¿Y les contesta? Sí, puede contestarles.

Dios escucha todo lo que le dicen los habitantes del Hades con la parsimonia de un padre que escucha a un hijo suyo incurable que la mayor parte del tiempo se limita a decir cosas sin sentido. El Padre Celestial la mayor parte del tiempo callará, pues el Señor no pierde el tiempo en lo inútil, no hace cosas para nada. Muchas de las cosas que, desde el infierno, se le dicen al Altísimo no requieren contestación alguna. Responder sería como tratar de hacer razonar al que no puede razonar.

No pocas veces, escuchar a un réprobo es como escuchar a un enfermo que delira; en este caso, un enfermo de maldad. La mayor parte de las cosas que se dicen desde el abismo hacia el cielo, solo reciben como respuesta el silencio del Todopoderoso; lleno de amor hacia ellos, pero comprobando lo incurable que es su enfermedad. Dios no es insensible. Si pudiera sufrir, sufriría. Está tan lleno de amor que sufriría si pudiera. Pero está lleno de una felicidad tan plena que esa dicha gozosa apaga todo dolor. Si antes decía que ninguna gracia sobrenatural puede arraigar en un réprobo, ningún dolor puede llegar a brotar en Dios. En ese Sol Ardiente de Felicidad, ninguna tristeza puede surgir. Dios no es insensible, pero no puede sufrir ni la más mínima pena. Es más sensible que la más amorosa de las madres, no es una roca fría.

Pero, precisamente, el amor es de tal grado que le imposibilita la tristeza o el dolor. Ni los santos pueden aumentar su felicidad ni los réprobos pueden disminuirla.

Dios no es insensible como una roca, tiene sentimientos. Pero sus sentimientos, en Él, están unificados y simplificados en un único acto de amor-conocimiento. Antropomórficamente hablando podemos afirmar que “el Señor mira con tristeza a sus hijos condenados”. Pero son modos de hablar para entendernos. Porque, en realidad, un Dios infinitamente feliz conoce (y aprueba) el bien de sus buenos hijos, y conoce (y reprueba) el mal de sus malos hijos.

Dios escucha sin ira a sus desgraciados hijos. Ellos pueden dirigirse al Dios Uno o cada una de las Tres Personas. Aunque muchas veces, el Rey Celestial calla, no es una fría roca insensible: les compadece; desde su Infinita Felicidad les compadece.

En algunas ocasiones, esa comunicación entre las dos esferas (la demoniaca y la divina) sí que es un bien natural, aunque no conduzca a ningún fruto salvífico. Dios no va a hacer nada inútil, pero sí que hace lo conveniente: dialogar con un réprobo, a veces, es adecuado y provechoso. Sin duda, se dan este tipo de conversaciones provechosas, por la razón antes indicada de que Dios ofrece ayudas naturales a esos desdichados.

Desde luego, en el Libro de Job, aparece una de estas conversaciones. Al fin y al cabo, un réprobo es hijo de Dios. Y el Padre de ellos no rechazará mantener una conversación con su hijo si es una conversación razonable. El réprobo no necesita ir a ningún lugar para dialogar con Dios. El Señor está en todas partes.

Los demonios son hijos de Dios, no son cosas. Un planeta no es hijo de Dios ni lo es una roca. Pero un ser personal que ha

recibido todo del Padre Celestial sí que es hijo de Él. Las estrellas y los planetas no son hijos, son cosas. Pero los seres personales sí que son hijos. Cada ser personal estaba llamado a ser hijo no solo por recibir la existencia de Él, sino también (a través de la gracia sobrenatural) por parecerse más a Él en el pensar, en el sentir, en su querer y en el amor.

Un hijo humano que es sacado de la casa de su padre, cuando es un bebé, sigue siendo hijo de su padre: aunque su verdadero padre no lo alimente ni lo eduque, ni el niño sienta su afecto. Lo que sucede con los linajes humanos, ocurre con los condenados. Tanto los demonios como los réprobos son hijos de Dios por la naturaleza. No solo lo fueron, lo son.

Es cierto que los demonios y los réprobos se han hecho del linaje de su maestro Satanás. En ese sentido, adoptivamente, por semejanza, se han hecho hijos del Diablo; exactamente lo mismo se puede afirmar de los humanos réprobos: son hijos de Satanás por adopción. Y, como sucede con los hijos adoptados de la tierra, se acaban pareciendo al padre adoptivo.

Pero tanto los demonios como los réprobos son hijos de Dios, y su Padre Celestial los mira y cuida como a hijos. El Rey de los cielos cuida a la descendencia que ha caído en el tártaro tanto como ellos se dejan cuidar. En esta obra se ha insistido muchas veces que ese cuidado es muy invisible y discreto, puesto que son hijos pródigos llenos de orgullo. Además, se trata de un cuidado divino que se reduce a lo natural. Pero esta providencia resulta indudable, pues si les da el ser, en cada momento, ¿se les va a dejar de dar lo que es menos, es decir, el cuidado de ese ser?; rotundamente no.

Ahora bien, ¿los condenados están sometidos al Diablo? Esencialmente, no. Accidentalmente, sí. Demonios y réprobos son seres personales libres. Pero están sometidos a las autoridades

infernales (humanas o demoniacas), en la medida en que esas jerarquías pueden ejercer su autoridad. Como se ha mostrado, sus medios coactivos son limitados. Pero, no por limitados, son poca cosa. Su capacidad para humillar y aislar puede provocar mucho, muchísimo, sufrimiento. Lo vemos en la sociedad humana de la Tierra, aunque las burlas y los desprecios no lleguen al ataque físico. Sobre todo, la capacidad para aislar del resto de las relaciones sociales es uno de los males que más hacen sufrir aquí en la tierra y, seguro, también en el tártaro.

Esencialmente, los condenados son libres. Pero ellos tienen mucho interés en insertarse en esa sociedad y en ser bien considerados, en mantener un puesto en esas relaciones. Esas jerarquías tratan a todos con orgullo y desprecio. Pueden hacer lo que quieran, pero se someten.

No solo es una relación de autoridad, son de su linaje. Demonios y réprobos, en ocasiones, sienten repulsa por el Dragón. Pero, muy a menudo, sienten admiración y hasta idolatría por ese espíritu que lo ven como indomable, lleno de fuerza. Belcebú es su padre, su maestro, alimentó sus almas (con tentaciones) y se convirtió en su príncipe. El Diablo es príncipe, no rey. Pero es visto, por algunos, como rey y aun como dios. Démonos cuenta de que a Dios lo ven como un dios. Aunque hay demonios que ven a Belcebú como un pobre ser despreciable, lleno de limitaciones. Y esos mismos, a veces, reconocen que Dios no es un dios, sino el Ser Infinito. Hay momentos en que no pueden negar la realidad de las limitaciones (en lo natural) y miserias (en lo moral) del Trono del Infierno, y la infinitud del Trono del Cielo. Aunque se esfuerzan por considerar que el Mal es un bien, y el Bien un mal, hay momentos en que no pueden dejar de ver que el Mal es repugnante y el Bien deseable. Hay momentos en que sus ojos no pueden dejar de ver la objetividad

del ser de las cosas. Después retoman su autoengaño o, al menos, dan la espalda a lo que han visto en sus mentes.

Pero el engaño nunca es perfecto, su conciencia se lo recordará, de vez en cuando, toda la eternidad. **Porque los condenados tienen conciencia.** Cada uno posee una voz interior, que procede de ellos mismos. Esa voz no es la de un ángel, sino que nace del propio intelecto. Y es la razón la que le recuerda a la persona que el Bien es deseable.

Sí, tienen conciencia, hay ocasiones en las que los demonios resisten y no hacen lo que entienden que es malo. Y, en otras ocasiones, hacen el bien, siguiendo su conciencia, aunque ese bien sea natural y lo realicen buscando fines naturales: el origen, el objeto y el fin es natural. Pero la conciencia le advierte a cada demonio que cuanto más mal haga, más va a sufrir sus consecuencias. Por poner un ejemplo general: cuanto más odies, más vas a sufrir. Poniendo un ejemplo más específico: si haces caso a esa orden concreta de ese demonio de hacer la vida imposible a ese réprobo, vas hacer un acto muy malo. Incluso, en esa morada de desolación, hacer el mal no deja de tener consecuencias.

Puede parecer paradójico, pero hasta el demonio sufre tentaciones. No solo ellos sufren incitaciones de otros demonios, también sufren las seducciones a hacer el mal que proceden de sí mismos. Cuando la libertad contempla un mal apetecible, puede surgir la tentación sin necesidad de que intervenga otro sujeto. De hecho, nadie tentó al primer demonio que pecó.

El Diablo tentó a Nuestro Señor en el desierto porque no pudo resistir la tentación de intentarlo. A sabiendas de que era imposible que Él cayese, conociendo que su tentación se convertiría en un medio para la santificación de Jesús. Era una

acción que solo le iba a provocar males al Maligno, pero no pudo resistir la fascinación de intentarlo.

un príncipe sobre los príncipes oscuros



Belial ejerce un cierto señorío sobre el infierno, con las limitaciones que tiene tratar de dominar a unos sujetos soberbios y rebeldes. Es cierto que nos referimos a Dios como el “Señor”, porque el Creador ejerce un señorío omnipotente sobre cielo, tierra e infierno. Por eso, Él es Rey con una total legitimidad y un absoluto dominio.

Pero el Príncipe de los rebeldes no por imperfecto deja de ejercer un dominio sobre los moradores de esa región de condenación. A Belcebú yo nunca lo denomino como **Señor del Infierno** o **Rey del Abismo**. (Si se usan esas palabras deben usarse en mayúscula, porque se trata de títulos únicos referidos a una figura concreta; es decir, no se trata de títulos genéricos que pueda llevar ningún otro individuo.) Y no uso esos términos porque implica admitir para él los títulos de “rey” o “señor” que se le aplican a él de forma imperfecta en ese ámbito infernal.

Lo adecuado es referirse a él como **Príncipe del Abismo**. La palabra “príncipe”, en español (como en todas las lenguas latinas) significa el “hijo del rey que es heredero de la corona”. Pero, en latín, significa “primero en autoridad, principal, notable”. De ahí que en español signifique también, en general, de un modo indeterminado, el más alto grado de la nobleza por debajo del rey. Es en ese sentido sí que se aplica de forma perfecta a Lucifer.

El infierno tiene sus príncipes, y él es el príncipe de esos príncipes. No es incorrecto decir que Belial es el Señor del Infierno. Pero su señorío es imperfecto, nunca se usan esos términos de rey o señor para él en la Sagrada Escritura. Mientras

que la Biblia sí que se refiere a él como “príncipe”. En ese concepto de “príncipe” se incluye un cierto señorío y es, por tanto, como un reyezuelo.

Pero, entendiéndolo según estos criterios, no hay ningún inconveniente en afirmar que Satán es Rey del Infierno, para contraponer los dos reinos: el de los cielos y el de los infiernos, cada uno con su rey, cada uno con su trono, con sus príncipes, cada reino con sus propias leyes.

Tampoco hay inconveniente en llamarlo Señor del Averno. Porque es como si se dijera a cada réprobo: “No has querido tener a tu Padre Celestial como Señor, pues tendrás a Lucifer como señor. No has querido arrodillarte para ser feliz en el cielo, pues tendrás que arrodillarte y servir en el infierno”.

Belcebú es el príncipe por antonomasia del averno. Ese título es indudable, aunque haya quienes, seguro, se lo disputan en el tártaro, alegando que alejarse de Dios no implicaba someterse a él. Pero Belial sí que se cree rey y señor. De hecho, erróneamente, está plenamente convencido de ser el Dios del Mal, el Dios del infierno. Pongo la palabra “Dios” en mayúscula, porque Lucifer no cree ser un dios, sino la figura única contrapuesta al Dios del Bien.

Incluso la omnipotencia de Dios o su poder para crear, el Diablo los reconoce con muchos matices, con muchos peros. Como si ambas facetas fuesen fruto de algo misterioso que algún día la Serpiente Antigua pudiera llegar a dominar. Ve a Dios **no como Dios por su Ser**, sino como si su inmenso poder dependiera de algún factor secreto que, algún día, él pudiera también conocer. El Diablo piensa de Dios como poseedor de un inmenso poder, no tanto como el que está dotado de la omnipotencia.

Cierto que Satanás se ve a sí mismo como limitado y finito, pero él también piensa de Dios como alguien limitado y finito; no solo eso: lo ve lleno de defectos. Satanás ve a Dios como un Dios cruel y arbitrario. Para él, eso que llaman “Bien” es crueldad, y lo que llaman “Mal” es libertad.

Pero, pesar de intentar convencerse de sus propias mentiras, sí que comprueba que, en el Juicio Final, tuvo que hacer lo que determinó Dios: callar cuando se le ordenó callar, quedar inmóvil cuando se le ordenó quedar inmóvil. Hubiera querido hablar con arrogancia ante el Trono de Dios. Habría deseado hacer su gran discurso final ante todas las criaturas. Lanzar su último gran grito de rebelión ante todos los santos y príncipes del cielo. Pero... tuvo que someterse. No pudo luchar frente a la Voluntad de Dios. El Omnipotente no necesitó ni siquiera a ningún ángel que le conminara. La Voluntad de Dios se aplicaba sin más. Eso lo notó en sí mismo el Maligno: tuvo que callar, cuando Dios quiso que callara.

No solo eso, fue arrojado al infierno cuando se dictó la sentencia. Aquello no fue una sentencia, fue la Sentencia: inapelable, inamovible, eterna, inquebrantable. Otros con él recibieron la Sentencia. Después de tantas mentiras, de tantas creídas por ellos mismos, no dejó de ser graciosa la incredulidad de algunos condenados. ¿Entonces estaban condenados!? Era el hecho más previsible, más anunciado de toda la historia... y estaban sorprendidos. La realidad del Veredicto era incontestable. En ese momento, comenzó la eternidad.

En realidad, ese tiempo después del Juicio no era distinto del anterior, era una mera continuidad. Pero solo entonces percibieron el peso verdadero de la eternidad. Desde el primer momento, era como una losa. Y, a diferencia de las prisiones materiales, la losa del tiempo no se podía quebrar.

Ser arrojado al infierno implica que ya no se puede “salir” a tentar a los bienaventurados. Ese otro mundo que habían conocido pasaría a ser un recuerdo, no sería ya un “lugar” visitable. Sabían, bien lo sabían, que ese otro reino había un banquete. Vivir en el abismo era, de por sí, un sufrimiento. Pero a eso se añadía el saber que existía la felicidad plena. Ellos deseaban ver y conocer; pero si hubieran visto, hubieran sufrido más. Del mismo modo que, en la tierra, es preferible muchas veces no saber, para no sufrir más.

También, en el averno, era una misericordia divina que ese banquete estuviera velado. Como las polillas que se acercan al fuego, hubieran sentido aversión por ese fuego, pero no hubieran podido resistir el volver, una y otra vez, con sus mentes a revolotear alrededor de ese fuego, quemándose de envidia, ardiendo de celos.

La posibilidad de un infierno vacío



El que ha leído las páginas precedentes se ha hecho consciente de que lo extraordinariamente difícil no es llegar a ese punto en que un alma se torna enteramente insensible al deseo de conversión, sino llegar al punto de la decisión irreversible. La cerrazón al amor de Dios no es una actitud ni ordinaria ni natural. Pero la cerrazón eterna tiene un carácter que parece ir más allá de lo humano, más allá de lo natural. Para lograrlo no basta con hacer una fuerte violencia contra las tendencias innatas en el ser humano. ¿Cómo tiene que ser esta deformación para que queden fríos para siempre los corazones de los réprobos al hablar con Dios, al leer las obras de los santos, al contemplar la vida de aquellos que han sido heroicos en la caridad?

Si Dios, en la Biblia, nunca nos hubiera hablado del infierno, los teólogos hubieran podido indagar con sus mentes la posibilidad del apartamiento eterno de Dios. Conozco, por propia experiencia, la realidad de algunas personas que viven en un completo apartamiento de Dios en esta vida. Ciertamente que ese apartamiento y esa insensibilidad se daban en esta vida y, por tanto, en principio, era una deformación temporal y reversible.

Conocemos, por otros casos, la posibilidad de vivir esta vida, en la Tierra, no solo con apartamiento y cerrazón respecto al Creador; sino, incluso, llenos de odio a Dios. Ahora bien, si Dios no nos hubiera revelado la realidad del infierno, los teólogos se hubieran preguntado, como una mera posibilidad, si ese apartamiento temporal (que se ve en la tierra) podría ser eterno en el más allá.

Es decir, incluso si Dios nos hubiera asegurado que ninguno (ni hombre ni ángel) se había condenado, las grandes mentes hubieran podido sondear cómo hubiera podido ser ese estado de condenación de haber existido. ¿Hasta un ateo podría con su razón descubrir estas leyes del infierno de las que he hablado aquí? Lo cierto es que, sin la revelación de la Sagrada Escritura, la mente humana hubiera podido avanzar poco y sin poder evitar errores.

Si Dios hubiera revelado todo lo que aparece en la Biblia, pero nada acerca de si existen condenados, yo hubiera sostenido que habríamos podido reflexionar acerca del infierno como hipótesis, pero hubiera pensado que esa sociedad existente en el campo de los mundos posibles no existiría jamás en la realidad: porque ninguna criatura finita podría resistir las arrolladoras mociones del Amor Infinito. Un ser humano podría cerrarse del todo durante un tiempo, pero su Padre celestial tendría la entera eternidad para lanzar su continua invitación al amor. Y Dios solo necesita ganar una sola vez para lograr que la persona cambie y

no retorne al estado de insensibilidad. ¿Qué importa que el proceso de reversión de las deformidades del alma tenga que conllevar fases que duren mil años o un millón de años? Lo importante sería que el alma se salvase.

Si Dios no hubiera revelado la existencia del infierno, yo hubiera sostenido la tesis de una resistencia limitada en el tiempo: “Dios, al final, siempre gana. Nadie puede resistirse toda una eternidad. Basta flaquear una vez, para que uno caiga de rodillas e implore el perdón”. Yo hubiera defendido que era posible la resistencia perfecta, absoluta, pero únicamente durante algún tiempo, aunque ese periodo de tiempo tuviera una duración astronómica; en el peor de los casos, hubiera dicho: “¿Quién no se arrepentirá al cabo de un billón de años?”. La revelación bíblica cierra el camino a esto. Existe la posibilidad de una determinación no solo perfecta, sino irreversible.

Téngase en cuenta que resulta muy fácil entender porqué los bienaventurados ya no pueden pecar. ¿Quién puede ver a Dios y preferir el mal después, por pequeño que sea el pecado? Sería como escoger un montón de paja sucia frente al tesoro más grande del mundo. El proceso transformativo de la psicología del bienaventurado explica totalmente porqué los hombres, disfrutando enteramente de su libertad, ya no pueden pecar.

Pero, en el caso de los condenados, eso no está tan claro. Por supuesto que, en el infierno, una vez que uno entra ahí, se da un proceso transformativo, pero se trata de un proceso limitado, natural. El del cielo es un proceso sobrenatural, porque están ante lo que excede toda naturaleza; pero lo natural siempre es limitado.

¿Por qué si los condenados solo sufren una transformación natural, por qué si mantienen su razón y su libertad, nunca jamás, ni durante medio minuto, podrán arrepentirse y escoger a Dios con toda su voluntad? En la presente obra, he intentado entender

cómo sería eso posible. Pero debo dejar claro que tengo que hacer un acto de fe en las Escrituras.

Mas lo repito, si Dios no lo hubiera revelado, yo creería que el infierno eterno no existe en el mundo real, solo en el mundo de los mundos posibles. El infierno sin fin sería posible por sí mismo, si Dios no existiera. Pero imposible al lado del Ser en plenitud. Imposible la permanencia de esa sociedad atravesada por la presencia del Bien Infinito, y “atacada” por un Dios que nunca se da por vencido. Pero Dios nos ha revelado que esto no es así. El Señor nos revelado que el Amor llega a lo que parece imposible, que el odio llega a lo que parece imposible.

El *quid* de todo radica en qué es lo que hace que un alma pueda resistir eternamente la gracia sobrenatural. Sé muy bien la respuesta que he ofrecido a esta cuestión, repetida en tantas partes de esta obra; pero si yo solo dispusiera de mi razón, no me convencería. Diría que Dios es demasiado grande como atacante para poder resistir. Diría que el Señor conquista el alma, aunque tenga que asediarla con amor durante un trillón de años. Y no creo que ningún lector se haga, realmente, una idea aproximada de lo que es ese tiempo; para nosotros es una mera cifra.

Claro que si la Escritura afirma que el infierno existe, entonces el único camino lógico que queda, el único camino que lo hace posible, es el proceso de petrificación que ya he explicado. Es una cuestión de mera lógica. Esto se resuelve, podríamos decir, como un problema matemático. A esta cuestión, solo cabe una solución de tipo lógico: el infierno existe por la capacidad de una voluntad para cerrarse de modo definitivo y absoluto. Definitivo: para siempre. Absoluto: sea cual sea la gracia que pueda recibir.

¿Podemos imaginar a un Dios que tuviera una gracia sobrenatural que pudiera sacar a alguien del infierno y no lo

hiciera tras tres billones de años de sufrimiento? No, la única posibilidad para exista el infierno es la causa subjetiva aquí explicada. Lo difícil no es imaginar el infierno, sino compaginar la existencia de esa realidad con un Dios que puede volver al ataque después de siglos, después de un tiempo increíblemente largo. La posibilidad de una cerrazón férrea irreversible la acepto solo por la fe. Pero esa realidad implica un abismo personal demasiado grande, demasiado infrahumano.

Digamos que en el universo hay dos abismos que están en el límite de lo que la razón puede entender: el Abismo de Amor que es Dios y el abismo de odio que es el corazón de todo condenado. La existencia de los dos tipos de abismos la aceptamos por fe. El uno es sobrenatural e infinito; el otro, natural y limitado. El segundo es natural, pues no sobrepuja las posibilidades de la naturaleza, y eso es lo que hace tan difícil comprender cómo puede persistir. Cómo puede persistir la naturaleza en lucha contra la sobrenaturaleza, con una lucha perenne, con una victoria que no se marchita.

El infierno es limitado en su intensidad, pues no existe el odio infinito. El hecho de que sea eterno no lo convierte en infinito más que en la duración. Tampoco el amor de los bienaventurados se vuelve infinito por el hecho de que no tenga fin; se vuelve pleno, pero no infinito. Los abismos del amor divino y del odio infernal son dos simas que están más allá de lo comprensible por la mente humana y cuya existencia la aceptamos por la revelación bíblica.

Si Dios ha revelado la existencia real del infierno, es que Él ha considerado que es mejor que lo sepamos. El averno no es una posibilidad, existe y existirá. Sabiéndolo nos esforzaremos más en poner los medios para no dar ni un paso en el camino que conduce hacia ese abismo.

¿Pero Dios nos ha revelado que existe el infierno? Soy consciente de que este tema lo he tratado antes, pero quiero regresar de nuevo a los textos. Esta obra sobre el infierno quiere ser envolvente, volver, una y otra vez, sobre los asuntos, aportando en cada vuelta algo nuevo.

Si leemos, uno a uno, todos los versículos de la Biblia acerca del tártaro nos daremos cuenta de que el texto sagrado siempre habla en términos futuros, nunca presentes. Esto parecería dar la razón a los que abogan por la posibilidad de un infierno vacío. Ahora bien, sí que hay unos seres a los que Jesús nunca les predica la conversión: los demonios. Basta que existan los demonios para que exista el infierno. Lo tremendo es que exista la condenación eterna, después que sean algunos más o algunos menos ya no plantea nuevos problemas teológicos.

pecar sin preocupación



Tal vez alguien, al haber llegado a esta altura del libro, se diga a sí mismo: “Bien, puedo pecar sin preocupación. Nunca iré al infierno, porque nunca querré ir al infierno. Nunca rechazaré a Dios”. El que piensa así debe recapacitar en lo mucho que se parece su situación al que decide probar una droga pensando: “Solo una vez, después daré marcha atrás y nunca más la probaré”, sin darse cuenta de que, poco a poco, la forma de ver las cosas va cambiando; se va justificando, paulatinamente, la nueva situación; se van aceptando las consecuencias de ese nuevo vicio.

El drogadicto se va convirtiendo en infierno para sí mismo. No es necesario que nadie le añada ningún sufrimiento, es él el que se convierte en tormento de sí mismo. El desdichado sujeto

no quiere ese estado de sufrimiento continuo, pero llega un momento en que la transformación se ha consumado. Él no rechaza, formalmente, la felicidad; pero escoge lo que, de hecho, implica el tormento continuo.

Imaginemos que la vida sobre la tierra pudiera estar llena de enfermedades, pero sin llegar a morir, nunca. Sin duda habría drogadictos (no digo que todos, por supuesto) que podrían repetir sin fin, sin ningún fin, ese ciclo de toma de la droga y sufrimiento de las consecuencias. Si no hubiera muerte física, si la vida sobre la tierra (como viadores) fuera eterna, ¿algunos prolongarían ese ciclo de sufrimiento sin fin? Sin ninguna duda, sí.

La muerte pone término a algunas situaciones en las que el sujeto ya no tiene ni fuerzas para salir de ese estado ni deseos de hacerlo. La mente y la voluntad han conformado un estado de aceptación de la situación. Entendimiento y querer han caído en un círculo vicioso. Sin muerte se repetiría el proceso en el que se sucede la comisión del acto errado y el sufrimiento de las consecuencias. El mal se repite, pero no se sabe salir de él y, finalmente, ya no se quiere salir de él.

La muerte pone un término abrupto a una situación que, de por sí, sería indefinida. Pero si no existiera la posibilidad de una ruptura de ese círculo vicioso veríamos, en estos casos, un ejemplo de cómo puede ser la mentalidad de un condenado. En el fondo, un condenado también ha entrado en un ciclo vicioso plenamente aceptado. Hay casos de drogadictos en los que ya ninguna consecuencia, sea la que sea, les hará recapacitar. Casos en los que no se puede esperar que el sujeto toque fondo y cambie. Porque, pase lo que pase, han aceptado totalmente su estado de miseria. El paralelismo con la psicología del condenado en el infierno resulta patente. Y resulta tan patente porque, de hecho, está viviendo sobre la tierra un verdadero microinfierno sin esperanza.

Por eso, no se debe pecar pensando que uno nunca, jamás, dejará de amar a Dios y que le pedirá perdón antes de morir. En el primer momento, el pecador que se abandona a la lujuria solo desea un placer, pero no quiere el estado final al que lleva ese primer apartamiento de las leyes de Dios: “Yo quiero ese placer una vez, pero sigo siendo el mismo”. No se da cuenta de que, grado a grado, se irá consumando la transformación, entrará en un estado de sufrimiento continuo que nadie quiere por sí mismo. Nadie quiere el infierno por sí mismo. El réprobo puede odiar el infierno, como el drogadicto puede odiar la droga. La odia y la busca. En la misma medida que la busca con ansiedad, en esa misma medida la odia.

El pensamiento puede parecer simplista, pero podemos imaginar la siguiente situación: Un joven de veinte años, tras cometer un grave pecado con el alcohol o de adulterio con la mujer de su mejor amigo, tiene una visión dada por un ángel. Y, en esa visión, el joven ve su futuro diez años después si sigue por ese camino de perdición. Y se ve matándose a sí mismo en un supremo deseo de no existir. El joven ingenuo que comenzó diciendo: “Yo siempre amaré a Dios”, acaba aceptando plenamente un solo deseo: dejar de existir. El que comenzó diciendo que siempre pediría perdón a Dios acaba seguro de que no hay nadie a quien pedir perdón y que, por tanto, ya no existe raya que divida el Bien del Mal.

El que antes de comenzar su camino de pecado tenía un alma pura y cándida acaba por echar en cara a Dios que, si existe, es injusto; que si, realmente está en el cielo, es un opresor; que, si hubiera un Dios, le odiaría por permitir lo que le pasa. Toda caminata, por muy lejos que lleve, comenzó siempre por un solo paso.

Por supuesto que la mayoría de los seres humanos recapacitan y dan marcha atrás cuando su mente todavía está

clara. Y si la mente no está clara, Dios envía gracias poderosas que abran una luz en las tinieblas, gracias que hagan entrever a la persona la belleza del bien y la fealdad del pecado. ¡Qué fácil es dar marcha atrás al principio!

Al final del proceso, no solo las tinieblas se hacen más espesas, sino que el alma se va configurando más con los demonios. Para un hombre, incluso con el concurso de la gracia, no es igual de fácil la conversión en una fase que en otra.

La afirmación “Dios puede siempre conseguirlo” es verdadera, entendido ese “siempre” como un “siempre que sea posible”. Porque llega un momento en que se concluye en esta frase dicha por Dios: “Esta es la última gracia, la última posibilidad de conversión. Después de esta, ni Yo mismo te podré sacar del infierno”. De manera que ese “siempre” es verdadero de forma relativa, es decir, bajo unas condiciones. De forma absoluta, se puede afirmar: “No siempre Dios puede salvar”.

La primera afirmación de que Dios siempre puede salvar, no es verdadera sin más, es decir, es verdadera con ciertos matices. La segunda afirmación de que “Dios siempre puede salvar, siempre que esa posible” sí que es verdadera sin añadir más. Dígase lo mismo respecto a cualquier acción divina:

Dios puede crear cualquier cosa.

Dios puede crear cualquier cosa que sea posible.

Jesús puede hacer cualquier cosa.

Jesús puede hacer cualquier cosa que no sea inconveniente.

Si a un joven que tiene toda la vida por delante, que nunca ha cometido ni un solo delito, que vive feliz, que ama a Dios y al prójimo, le dijera un profeta que, si da un primer paso en un determinado camino, dentro de dos años vivirá sumido en un tormento continuo, que matará a otras personas y que, finalmente, se matará a sí mismo, indudablemente, protestaría que eso es

imposible, que jamás deseará eso y que jamás hará eso. Incluso si el profeta le explicara los pasos concretos que va a tener el proceso, el advertido insistiría que él tiene sus límites, límites que jamás franqueará.

Pero hemos sido testigos de cómo, en algunos individuos, la visión de esos límites se va volviendo más borrosa. Un ladrón y cruel asesino, lleno de amargura y constante agresividad, puede llegar a un estado permanente en el que considere que los esquemas de valores morales son una ética de esclavos, unas cadenas para los débiles; y que las consideradas como acciones “malas”, en realidad, son lo mejor, lo deseable. El Bien se puede acabar considerando una mentira, una debilidad, una ilusión.

Antes he puesto el ejemplo de un drogadicto asesino porque es un caso muy claro de rápida malignización. Pero esa transformación, ese trastocamiento, puede suceder no solo por aquello a lo que lleva el alcohol, la lujuria o la droga, sino también por el dinero o el Poder, en infinidad de variantes. Esa transformación puede suceder con sujetos que aspiran a grandes fortunas, a grandes puestos de gobierno; pero también puede darse en un pobre aldeano que se limita a cultivar nabos, o en una sencilla esposa que apenas sale de su casa. La demonización es posible en cualquier ámbito, para tal transformación solo se requiere libre albedrío.

Aunque, si para llegar a ciertas cotas de virtud heroica, se requiere la acción celeste que eleva a la persona por encima de su naturaleza; también es cierto que para descender a ciertas cotas de malignidad situadas muy por debajo de la naturaleza humana se requiere la tentación de los demonios. El hombre, por sus propios apetitos, por sus propias fuerzas, normalmente, llegaría solo hasta ciertos niveles de maldad. Es el connubio con Satanás lo que le hace gestar un mal inferior. Es el adulterio con el demonio lo que produce algo nuevo que va más allá de lo humano.

Cierto que, si no existiera ningún demonio, algunos seres humanos, únicamente con el libre albedrío, hubieran podido recorrer el mismo camino que Lucifer. Pues el hombre con su libertad, sin intervención de tentación alguna externa, podría convertirse en un monstruo y descender en las escalas de maldad demoniacas. La intervención externa no es absolutamente necesaria, pues nadie tentó al primer demonio que recorrió ese camino. Hubo unos pies que fueron los primeros en hollar determinadas cámaras de maldad, en descender por determinados tramos de la escalera de la iniquidad. Hubo un primer sujeto que no tuvo ayuda de nadie que fuera peor que él.

Pero la maldad más perversa que vemos sobre la tierra, de hecho, nace de esa unión antinatural de la voluntad y el entendimiento humanos con la voluntad y el entendimiento demoniacos. Por eso Jesús menciona con frecuencia al demonio, no es algo meramente ornamental en sus enseñanzas. Las acciones demoniacas son variadas y, al final del camino descendente, se llega a un adulterio entre el espíritu humano y el demoniaco.

también hay dolores lacerantes en el infierno



Mis razonamientos, en esta obra, pueden dar la impresión de que el sufrimiento es apartamiento, pero que nunca hay dolor paroxístico. Desgraciadamente, no es así. Existe ese dolor horroroso por su intensidad; existe, aunque no sea continuo. ¿Pero qué debe ser el que la inteligencia y la voluntad, los sentimientos, todo el yo se arroje a esa pesadilla de dolor, recriminación, rencor y rabia, mientras que los ojos del alma observan que no hay fondo alguno que pueda detener esa caída? Ciertamente que Dios acaba actuando. Pero los ojos del alma

miran hacia la oscuridad inferior y se dan cuenta de que ese dolor, en sí mismo considerado, no tiene fondo, ni en su intensidad ni en su duración. Dios interviene, pero eso no quita que, por algún tiempo, el condenado no tenga esa sensación de caer en el vacío. No se trata de una sensación física, sino de un precipicio espiritual. Después Dios sostiene al alma en esa caída, la detiene. Pero hay un tiempo en que se tiene esa impresión de que uno puede sufrir cada vez más sin que haya ningún límite al dolor.

Un secuestrado que es encerrado en un habitáculo bajo tierra tiene el sufrimiento de no saber si su reclusión durará un mes o un año o quién sabe cuánto. A lo mejor es liberado en tres meses o es asesinado en medio año. Pero, en el presente, se halla bajo el peso del tiempo indefinido, un tiempo sumido en ese sufrimiento, un tiempo que se identifica a sufrimiento. Lo mismo pasa con los réprobos, esa sensación de abismo es difícil de entender si no se ha experimentado. ¿Cómo tener una idea aproximada de lo que significa existir durante un millón de años? De esa manera, en el infierno, el tiempo puede convertirse en un precipicio cuya profundidad abrumba.

Dios no solo tiene en cuenta la intensidad del sufrimiento que proviene de los elementos presentes en el ahora, sino que bien sabe que ese factor finito hay que multiplicarlo por el factor infinito de la eternidad. Es ese precipicio el que fácilmente vuelve insoportable cualquier dolor. La psicología parece que tendría que romperse ante semejante peso, y así sería. Por eso la necesidad de la gracia natural divina sobre los condenados. Por eso la sociedad infernal es, al mismo tiempo, causa de sufrimientos y ayuda para soportar la eternidad. Lo mismo se puede decir de la entera vida como existencia condenada: es dolor y regalo a la vez. Dolor, no siempre tortura. Y no nos olvidemos que la vida de un condenado es vida.

Vida en una región de muerte. Vida natural (y deformada, por tanto, triste) en una región de ausencia de vida sobrenatural. Vida en la que siempre hay un cierto nivel de tristeza, pero que también conoce sus alegrías. La vida allí conoce nuevas alegrías, también sobrevienen nuevas aflicciones. En ese nivel continuo de tristeza, sobrevienen nuevas aflicciones.

La vida natural en la tierra de un pecador es mucho mejor que la vida acompañado ya únicamente de sujetos malos, algunos peores, algunos incluso perversos, y todo ello bajo el peso de la eternidad. El infierno es continuación del estado terreno del alma, pero en una situación peor, porque allí solo hay malos. La bondad de una hija pequeña, el cariño de una esposa, amigos realmente buenos que muestran cariño de forma desinteresada, gente amable y cordial... en la tierra hay mil pequeñas alegrías y serenos gozos que desaparecen en el infierno. El viador egoísta no valora ese rocío refrescante, esa brisa agradable, que significa la presencia de personas buenas que le rodean. Pero, como tantas cosas buenas, solo se valoran cuando se pierden.

El bien de los buenos es consuelo para los malos. Es cierto que, cuando uno se torna en un demonio (aquí en la tierra) uno se encuentra cada vez más gusto entre amigotes igual de malos. Y así hay personas tan pervertidas que desprecian y aguantan con desagrado, la presencia de algunas personas con buenos sentimientos: sea un familiar, un criado, un empleado. Pero, aunque esa animadversión suceda respecto a algunos sujetos concretos, el malvado sigue sintiendo el consuelo de la presencia de los buenos; a veces en forma de paz, de tranquilidad, de cariño.

Lamentablemente para los condenados, resulta necesario esa ausencia de personas buenas en el abismo. Buenos y malos están mezclados en la tierra, pero el malvado hace sufrir. Y consumada la transformación psicológica que supone la vida en el tártaro, el

malo haría sufrir más a los buenos. Además de que resistiría menos muchos aspectos de los hombres buenos.

Cierto que el más allá es una continuidad de la situación del alma aquí en la tierra, pero el alma experimenta una mutación psicológica al ser sumergida el alma en ese Horno de Bien que es Dios, y en ese Lago de Fuego que es el infierno. Aquí, en la tierra, cualquier ser humano interactúa con una cierta cantidad de hombres buenos y malos. En el infierno, uno ya estará solamente rodeado de hombres malos; y de seres humanos en los que arde un doloroso fuego espiritual. Mezclar bienaventurados e inicuos solo sería para mal. Ni los bienaventurados ya se harían más santos ni los condenados más felices. A los santos se les haría sufrir y los réprobos arderían con más furor.

también los condenados son hijos de dios



Dios está tan pendiente de cada alma bienaventurada o condenada como si esta se hallara sola en el cielo o en el infierno, como si la Humanidad estuviera limitada a esa sola persona. No solo eso, el Creador está tan pendiente, tan atento, de la existencia de cada saltamontes de la tierra como lo está de sus hijos. Dios mira con agrado y sigue los avatares, de cada oruguita o de cada escarabajo. Se deleita en ver cómo cada uno de ellos eclosiona de su huevo, crece y vive sus aventuras, su pequeño descubrimiento del mundo. Un descubrimiento muy limitado a una inteligencia mínima.

Tendemos a pensar que Dios solo mira a los humanos y que, por ejemplo, los insectos del campo son un mero escenario. Pero no es así. Dios está interesado y sigue con cariño el crecer de cada bichito del bosque. Como un niño que se embelesa con un pajarito

y lo observa, así es el Espíritu de Dios con cada una de las obras materiales que mantiene en la existencia. De ese mismo entusiasmo y fascinación y “alma de niño” goza el Ser Infinito. Es todo lo contrario de un ser frío, glacial, insensible, que se siente por encima de todas las cosas y que trata a los demás con desprecio. Dios mira con ojos de niño cada una de sus diminutas creaciones. El entusiasmo y felicidad infantil con que Dios mira cada criatura solo lo entenderemos en el cielo. Aquí somos obtusos como la inteligencia de esa pequeña oruguita antes mencionada. Nuestros afectos son muy duros, comparados con la ternura del corazón de Dios.

Es por eso que el infierno es una realidad percibida de un modo mucho más brutal por el Amor Infinito que por nosotros, seres mucho más insensibles. Un grupo de individuos sufrimientos eternamente es algo mucho más hiriente para el Padre Celestial que para nuestros duros corazones. Si el Amor Supremo permite que sigan existiendo, tiene clarísimamente que valer la pena. La Inteligencia Divina se enfrenta a un dilema, a dos males: y opta por mantener en la existencia. El balance positivo tiene que ser muy claro.

El Creador está y estará pendiente de cada réprobo como si no existiera nadie más en todo el universo. Ni de día ni de noche, se apartarán los ojos de la Faz Divina de ese hijo suyo réprobo. El Altísimo amará a ese condenado con un amor infinito, aunque ese amor no sea suficiente para sacarlo de ese estado. Y recordemos que ese amor es un Amor Ilimitado, pues el amor en Dios es un acto único, simple, perfecto e infinito. Pero ese Amor no puede sacarlo del infierno. Ya que no puede, su Padre tratará de hacer su

existencia lo más agradable posible. Dios no sufrirá por ese hijo desgraciado, porque no puede sufrir. Resulta imposible que la Felicidad Infinita sufra. Dios encarnado sí que pudo sufrir; también pudo pasar hambre, sed y padecer la tentación. Como verdadero hombre, sufrió. Pero Dios, por su misma Esencia, no puede sufrir.

Los condenados no son cosas, son hijos. Están en un lago de fuego de odio y remordimiento, pero el Altísimo no creó ese fuego. La expresión *lago de fuego y azufre* mencionada en el Apocalipsis (Ap. 20, 10) es muy adecuada. Porque con ello se expresa que no solo hay fuego en el alma de cada condenado, sino que ellos están rodeados del fuego de otros condenados. Vivir atormentado por la propia maldad es malo, pero el sufrimiento se aumenta si uno vive rodeado de la maldad de otros.

Y Dios mencionó el azufre. Esa sustancia es extremadamente maloliente. Expresa la fetidez de vivir en esa sociedad. Además, se trata de una sustancia venenosa, símbolo de los pensamientos venenosos de ese lago. La Humanidad viadora es comparada a un mar en el Apocalipsis. Los condenados no forman un mar, únicamente un lago. La imagen bíblica expresa, por lo tanto, que no son innumerables como un mar, pero tampoco son solo un escaso puñado de condenados. Mar, lago, esa es la comparación. Esa es la respuesta divina a la sempiterna pregunta acerca del número de condenados.

Lago (cantidad), fuego (dolor) y azufre (fetidez) son símbolos de otras realidades, como las calles de oro de la Jerusalén Celeste o las seis alas de los serafines de la visión de Ezequiel o la espada que salía de la boca de Jesucristo en el Apocalipsis.

El acto de amor único y simple de Dios para todas las criaturas les incluye a ellos **también**. No solo “también”, sino **lo mismo** que a los buenos hijos. El acto de amor divino es el mismo, **en sí mismo** considerado, solo se diferencia por **sus efectos**. El Señor tiene el amor más tierno y entrañable que podamos imaginar por esos hijos desdichados, los contempla siempre, los lleva siempre en su “corazón”. La Trinidad los contempla en nuestro ahora, en su pasado y en su futuro. Nadie les comprende mejor que su Padre Celestial. Los réprobos no pueden exigir comprensión, Él la tiene en grado máximo.

Nadie mejor que Él sabe cuáles de sus acciones fueron por debilidad, atenuadas por la ignorancia, influidos por las malas compañías. Ciertamente que el camino de la vida algunos viadores lo comenzaron partiendo con grandes carencias, cierto que en ese camino aparecieron pésimas influencias, nefastos ejemplos. Pero un Dios que está atento de sus hijos tuvo exquisito cuidado de que cada carencia o mala influencia fuera compensada por otro factor. El Todopoderoso Bondadoso compensó todo.

Esa compensación se hizo a través de causas segundas, pero si fue necesario compensó actuando directamente. No importan las malas compañías, el mal ambiente en el que uno creció, o los pésimos padres que le condujeron al mal desde el mismo comienzo: Dios compensó todas y cada una de esas deficiencias. Ni un solo condenado, ni uno solo, podrá alegar que todo le llevó al mal. Si todo le llevó al mal, Dios, directamente, se encargó de conducirlo al bien. Los réprobos saben, aunque solo sea por la última gracia que recibieron antes de morir, que Dios fue extraordinariamente generoso incluso con el que cree ser que el que menos recibió de Dios en toda la historia. Esa generosidad sobreabundante del cielo es una de las razones por las que el gusano del remordimiento roe continuamente el alma. En su

tiempo como viadores, el Altísimo no solo compensó, sino que fue sobreabundante.

Es cierto que los réprobos tienen por padre al Diablo. Voluntariamente se han ido asemejando más y más a él. Pero, por naturaleza, son hijos de Dios. Lo repito: no se han convertido en meros objetos. Fueron hijos y siguen siendo hijos. Otra cosa es que por las características añadidas a su naturaleza se hayan hecho tan semejantes al Diablo que puedan llamarse, con toda razón, hijos de él. Pero, por su naturaleza, son hijos de Dios; aunque, por adopción (es decir, por semejanza) lo sean de Satanás.

¿Siguen intercendiendo los santos o María Santísima por esos hermanos suyos? En mi opinión, no. Una vez acabado el Juicio Final, son dejados en las manos misericordiosas de Dios. Nadie es más misericordioso que Él. La intercesión tuvo sentido solo como participación en la Redención. Acabada esta, ya no es necesario esforzarse por ellos: Dios lo sabe todo y nadie es más bueno que Él. El Altísimo no va a ser más bueno con ellos porque se lo pidan. Mientras hubo tiempo de prueba, la intercesión era un modo de asociarse a la Redención de Cristo. Démonos cuenta de que la Iglesia que ora por todos, nunca ha orado por los condenados. La Palabra de Dios nunca ha animado a pedir por ellos.

La visión del infierno es un espectáculo triste y doloroso. Los bienaventurados dejan el cuidado del Hades en manos del Altísimo. Aun así, sin ninguna duda, si un bienaventurado quiere ver el infierno, podrá contemplarlo, tanto de forma general como en sus más pequeños detalles. Lo mismo que hay teólogos que, aquí en la tierra, se han dedicado a estudiar el infierno, también

habrá salvos que querrán conocer más en profundidad el infierno y en ese interés nada habrá de desordenado³⁴.

La teología es la ciencia de Dios. Pero los teólogos no están siempre estudiando, únicamente, como objeto a Dios, sino también muchos otros temas que están en relación con Él. Lo mismo ocurrirá en el cielo. Veremos al Creador, pero también nos interesarán otros temas. Y algunos de los salvos se especializarán en esos campos de su interés. De manera que algunos bienaventurados conocerán de forma perfecta no solo el infierno, sino su historia, es decir, la evolución posterior tras su aparición: las facciones que lo han integrado, las jerarquías que lo componen y su evolución, las medidas que se tomaron para mantener la disciplina en un determinado momento, la biografía de cada gran príncipe del averno. Los seres racionales buscan conocer. El infierno será un objeto de conocimiento más. No será algo vedado. Aunque, sin duda, los seres nobles que habitan el cielo sentirán más inclinación por conocer objetos nobles.

Muchas veces he remarcado que la Parábola del Hijo Pródigo nos ofrece el esquema esencial para entender el apartamiento de un condenado: el infierno es la Parábola del Hijo Pródigo, solo que en este caso no vuelve. El infierno es la parábola sin retorno. Es un salir del Creador para internarse en una oscura eternidad. Es esa parábola entendida como una especie de línea que se pierde hacia el infinito.

³⁴ ¿Me dedicaré yo, el autor de esta obra, al estudio del infierno en la eternidad? Si puedo elegir, escogeré mejor la especialización en la vida de las tortugas tropicales. Incluso aquí, en la tierra, hubiera sido un campo mucho más tranquilo para mí.

Cada réprobo es un hijo que no, por haber abandonado su casa natural, está solo; también tiene compañías, pero ninguna compañía puede resarcirle de haber perdido al que le quería por puro amor sin ningún interés. Ninguna amistad ni simpatía puede compararse al amor puro que le otorgaba Dios como pura donación.

Su casa natural era la del Padre Celestial, su naturaleza tendía a estar con Él. Ahora, ya completada su metamorfosis, su “casa natural” es la que corresponde a su nueva y definitiva forma de ser. He colocado “casa natural” entre comillas, porque, en realidad, el condenado no cambia de naturaleza. Es decir, su esencia sigue siendo la misma, cambian los accidentes. Pero han cambiado de forma tan radical que el lugar conveniente y adecuado para que no sufra es una reclusión con aquellos que comparten esos accidentes. La naturaleza del demonio sigue tendiendo a su lugar verdaderamente natural. Pero el demonio siente tanto esa tendencia como aversión hacia ese lugar. En esa situación, la mejor de las opciones para el condenado es vivir ese estado en esa sociedad separada.

Tampoco un hombre en la fase final de la enfermedad de la rabia cambia de esencia. Pero su lugar adecuado no es moviéndose con libertad entre personas sanas. Para el condenado su casa natural sigue siendo la que corresponde a su naturaleza, de ahí su melancolía y tristeza: su naturaleza calladamente aspira a otro lugar. Pero, aunque su casa natural sea la celestial, su morada adecuada y conveniente (incluso para él mismo) es entre seres con las mismas características. Hallarse rodeado de seres felices que aman sería para él un tormento que exacerbaría su violencia.

El Hijo Pródigo, lejos de casa, también come: unas veces solo, otras veces acompañado por otros en su misma situación de

miseria. Pero ninguna comida material se puede comparar a la alegría de una cena familiar en casa, una cena en la que está rodeado de cariño. El hambre y la soledad del perenne Hijo Pródigo no es porque no coma y no tenga compañía. El Hijo Pródigo de la parábola come, pero tiene hambre de otra cosa. Se siente solo porque le falta el único individuo que anhela, su padre carnal que le quiere.

El mal hijo de la parábola tenía comida, casa, compañía y probablemente vivía junto a otra familia. El réprobo también dispone de todas esas cosas, pero su naturaleza estaba llamada a bienes sobrenaturales. Por eso no puede saciar su hambre y su sed eternas, por eso siente una soledad inacabable.

En el acto de comer, veo el símbolo de aquellas cosas que “alimentan” al alma, que son objeto de gozo, que le mantienen no con una vida física, sino con una vida psicológica satisfactoria. Los réprobos antes de la resurrección no tienen cuerpo. Pero, aunque no necesiten comer ni puedan, sí que precisan mantener la vida natural de su espíritu. También el alma de un réprobo precisa de “cosas” que mantengan su psicología de un modo razonablemente sano, ocupado, entretenido. Dada la transformación ocurrida en esa alma, el lugar adecuado para mantenerla es la sociedad de sujetos en su misma situación.

Si el Hijo Pródigo perenne que es todo réprobo se acercara a la casa celestial donde moran sus hermanos bienaventurados, lo haría solo para merodear; es decir, por curiosidad, para saber cómo viven los bienaventurados. Pero si se quedara, sus sentimientos le llevarían, inevitablemente, a hacerles daño. La lava puede estar rodeada de más magma ardiente, pero la lava no puede juntarse con el agua: sufre la lava, sufre el agua. En el caso del magma ardiente infernal su fuego es inextinguible. La separación, por tanto, es necesaria; salvo que queramos una lucha sin fin entre lava y agua.

Si arrojando todo el amor del cielo, el de todos y cada uno de los bienaventurados, se pudiera extinguir el fuego del infierno, sin duda ese océano de amor se arrojaría gustoso en mitad de abismo. ¡El abismo del dolor inundado por un inmenso océano! ¿Podemos imaginar a la Morada de la Oscuridad con todas las ventanas y puertas abiertas con la luz y el aire primaveral entrando a raudales? ¡Una inundación de cariño y bien que anegase el tártaro! El problema es que cada condenado tiene en su pecho un fuego imposible de extinguir, aunque se le arroje al fondo de un mar de afecto. Esto que he expresado de un modo poético significa que cada réprobo tiene en su ser un núcleo, que es su voluntad, que no puede ni quiere cambiar. El ser de la criatura es más que su núcleo, pero su voluntad es indoblegable.

Esos núcleos se parecen a las barras de uranio que desechadas reposan durante decenios en piscinas de agua. Incluso rodeadas de ese refrigerante mantienen tal irradiación de calor que si se interrumpe la circulación del agua, esta comienza a entrar en ebullición. Y, una vez que quedan al descubierto, se siguen calentando hasta que el hidrógeno generado en el proceso explota. Es increíble el calor que sale de su interior durante decenios y decenios. Unas barras que no existen así en estado natural. Pero que, una vez creadas por la voluntad del hombre, generarán muerte a su alrededor durante cientos y hasta miles de años. En ese caso, incluso acabada su vida útil, solo cabe aislarlas. Resulta llamativo como nuestro mundo material nos ofrece este tipo de parábolas respecto al mundo espiritual.

Entre nosotros y vosotros ha sido establecido un gran vacío, le contestó Abrahán. Los réprobos serán separados de los bienaventurados de forma absoluta. Por eso el Padre Celestial llega un momento que no espera cada día a su hijo en el camino del tiempo. Llega un día, Él sabe cuál es, en que la puerta de la

Casa del Banquete se cierra de forma definitiva a un hijo salteador y nocivo. Llega un momento en que la separación es el único modo de prevenir nuevos males. El Mal existe, no hay necesidad de permitir que nuevos males se superpongan al inevitable y permanente núcleo de mal. La imagen de un invitado a una casa que no deja de recriminar, de echar en cara todo, de insultar, todos la hemos vivido en algún momento de nuestras vidas. Si era para eso, ¿por qué aceptó venir? Lo pasa mal él, lo pasan mal los demás. En el caso del combustible nuclear desechado, la separación se hace necesaria con herméticos bidones metálicos, gruesas paredes de hormigón y la evitación de la más mínima filtración de agua que entre en contacto con los contenedores. También el infierno es, en cierto modo, un contenedor de Muerte, un cementerio tóxico.

En el Nuevo Testamento, la palabra griega que se usa para referirse al “juicio”, refiriéndose al Juicio Final, significa “separación”, en sentido primario; secundariamente, en griego, significa “juicio”. El juicio es, en definitiva, eso: una separación. Ciertamente que en el Nuevo Testamento se habla de un solo juicio, el Juicio Final, y nunca se habla del juicio particular. Pero el juicio particular ya es un juicio, dado que las almas son separadas en tres moradas: infierno, purgatorio, cielo.

La situación actual de las moradas ultratumba ya es un juicio, aunque no se trata de una separación total, puesto que los demonios pueden seguir tentando a los viadores. Es un asunto opinable si las almas de algunos réprobos también están sobre la tierra tentando, igual que los demonios. Un argumento a favor de que las almas condenadas están en el infierno, alejadas de la tierra, sin posibilidad de acción sobre los viadores, es que los versículos de la Escritura siempre se refieren a naturalezas angélicas caídas al hablar de la tentación que sufrimos o de la lucha espiritual que podemos realizar contra principados y

potestades. Pero un argumento a favor de que también los réprobos nos pueden tentar es que las inspiraciones santas nos pueden venir de ángeles y santos. Luego si la simetría se ha de mantener –y vemos que en todo se mantiene–, los réprobos también podrían tentarnos.

Además, san Pablo habla de principados y potestades. Por supuesto que está hablando de demonios. Pero siempre hemos dado por supuesto que está hablando **únicamente** de demonios. ¿Y si los principados y potestades, las virtudes y las dominaciones, son jerarquías mixtas de demonios y réprobos?

En mi opinión, sí que se trata de una jerarquía mixta, porque, en sus epístolas, **nunca se afirma nada que excluya** la inclusión humana. Y si se excluyera, tendríamos que crear terminológicamente una terminología paralela que, con toda razón, podría ser denominada como formada por principados humanos, tronos humanos, etc., pues se trata de términos que se aplican perfectamente a la jerarquía humana de los réprobos.

Hay terminos escriturísticos que sí que se aplican solo a las naturalezas angélicas: serafines, querubines, serpientes y escorpiones. También el término *malak* (en hebreo) o *angelos* (en griego) ha tenido un sentido inequívocamente extrahumano.

Pero el que esos grupos (tronos, potestades, principados, virtudes) sean mixtos implica que lo mismo que existe una *communio sanctorum* que incluye a ángeles y santos, también existe una *relatio dannatorum* que incluye ambos grupos en relación a nosotros. Por supuesto que esta *relatio* tiene los impedimentos y límites que la Providencia vea que conviene imponer. Obsérvese, para con los viadores, en el paralelismo existente entre el Cuerpo Místico de Cristo y la comunión de los santos, frente al *Corpus Diaboli* y la *relatio dannatorum*.

Fuera de la gracia, que solo Dios puede enviar, esa comunión de los santos para con los viadores, por muy misteriosa que sea, se reduce a la intercesión, a la inspiración y a la organización; por ejemplo, ellos se organizan acerca de qué ángel debe acompañar, consolar o proteger a un humano. Esto tiene su reverso en la sociedad infernal. También los malos se organizan, tientan y hay una intercesión para el mal; por ejemplo, cuando un demonio pide e insiste a una jerarquía superior que se haga algo respecto a un humano que se está santificando alarmantemente. Esa intercesión inversa también puede ser perserverante. Y el que la hace puede tomarse mucho esfuerzo y empeño en que se le escuche. Y si no se le escucha, puede llamar a otra puerta y a otra; y pedir a otros que le apoyen para evitar algo que, de otra manera, provocará grandes daños al infierno.

Este paralelismo entre los dos mundos lo podemos encontrar en todos los niveles. Hay unos ángeles que están en el cielo y otros sobre la tierra, unos ángeles son aúlicos mientras que otros se dedican más al combate sobre este mundo. Unos ángeles se dedican más al mundo del conocimiento y otros más a actividades menos contemplativas. Podemos encontrar numerosos versículos en las Escrituras que abalen esta visión de la sociedad angélica. Lo mismo es válido para la sociedad demoniaca. Y ambos reinos, el celestial y el infernal, en su seno son una interrelación de la sociedad humana y la demoniaca.

Por lo tanto, algunas almas sí que pueden actuar como los demonios tentando a los hombres. Ya se ha dicho que tampoco todos los demonios están sobre la tierra; unos están sobre la tierra, otros en el infierno. Lo mismo pienso que sucede con los réprobos. Tentando cumplen una función santificadora. Ahora bien, en el Juicio Final la separación será perfecta. Los réprobos solo entrarán en contacto con otros réprobos y con los demonios,

y viceversa. Ni siquiera vendría ningún beneficio para ninguno del hecho de que los bienaventurados pudieran comunicarse con los condenados, ni siquiera de forma excepcional. Aunque el pasaje de la comunicación entre Abrahán y Epulón deja abierta la posibilidad de que, tal vez, pueda existir alguna comunicación como *adiutorium*. Pero es algo que solo lo sabremos en el más allá. Aunque si esto sucede, y tengo muchas dudas al respecto, la norma es la más rigurosa y perfecta no solo separación, sino también incomunicación.

Entender la condenación desde los criterios de la Parábola del Hijo Pródigo implica que ese estado de apartamiento es un infierno moderado y no exacerbado. Qué distinto es entender el infierno, esencialmente, como satisfacción de la justicia que entenderlo, sobre todo, como reclusión. En la concepción del infierno como satisfacción **se insiste en lo externo, en el acto delictivo cometido**, esto implica pagar, **pagar con sufrimiento**. Entender el infierno como reclusión de los que han optado por un destino autónomo de Dios enfoca la cuestión de un modo muy radicalmente diverso. He dicho “esencialmente”, porque el infierno es, simultáneamente, justicia y reclusión.

En algunas personas existía esa visión de un infierno excruciante, donde se satisfacía sin fin las obligaciones debidas a una justicia divina. Un lugar donde la única razón para seguir existiendo era convertirse en prueba viviente de que no se trasgreden los mandatos divinos sin pagar un precio. No me estoy refiriendo a pensadores medievales, sino a teólogos del siglo XIX y XX, en cuya comprensión neoescolástica de este tema, consideraban que esos réprobos habían contraído una **deuda infinita** que se pagaba con una **duración infinita**. En esa concepción del infierno, se consideraba natural que los dolores fueran materiales y terribles. Has pecado con el cuerpo, sufre con

el cuerpo: pecaste con la vista, sufre en los ojos; pecaste con la calumnia, sufre en la lengua.

un tártaro satisfactorio



¿Ha habido una evolución en la idea del infierno? Por supuesto. Aunque se trata de una evolución homogénea del dogma, nuestra forma de concebirlo ha cambiado. Seguimos creyendo en un **estado de sufrimiento sin término**, y eso es lo esencial en este dogma. Pero nuestra visión del tártaro cambia mucho si consideramos ese estado, ante todo, como un lugar de satisfacción. Cambia mucho si lo vemos como un lugar de dolor físico excruciante. Cambia mucho si lo entendemos como una región que está enteramente abandonada por parte de Dios.

Cierta concepción de la condenación no había llegado a todas las conclusiones escatológicas que conlleva el que exista, en el universo, un Ser personal que es Amor Infinito. Del mismo modo que un agujero negro no es simplemente una estrella grande, Dios no es simplemente una persona muy buena. Los teólogos conocieron muy bien la naturaleza de Dios gracias a la filosofía neoplatónica, primero; y gracias a la aristotélica a partir de santo Tomás. Ahora bien, en escatología, tuvieron escrúpulos en alejarse de la visión tremenda que ofrecían no pocos versículos de la Biblia. Versículos que son verdaderos –el infierno es terrible–, pero que deben ser acoplados armónicamente con las características *sui generis* que implica un Ser infinitamente bueno.

Un infierno que existe justificado por categorías judiciales humanas es distinto de un Hades que es un don divino para seres que es mejor que no cesen de existir. No dejan de existir porque

no conviene. Y no conviene porque su misma existencia es don, regalo desinteresado, que procede de la Voluntad Divina.

No tengo la menor duda de que si, a esos infelices condenados, les valiera la pena no existir, Dios les quitaría la existencia. ¿Para qué mantener en la existencia a alguien que sólo sufre, que no hace otra cosa que sufrir? ¿Para que sirvan de ejemplo de justicia? ¿A quién? Los demás ya están todos en el cielo felices. Dios es su felicidad plena, no precisan de un sufrimiento externo al cielo para saber que Dios es muy santo y que nadie se ríe de Él. Con ese ejemplo de justicia o sin él, no van a ser mejores. Dios no inmolaría en el altar de su justicia a miles o millones de seres humanos únicamente para que se vea que Él tenía razón respecto a que era mejor seguir el buen camino. Mantenerlos sufriendo externamente solo para que resplandezca la justicia divina es un modo bastante “caro” de dar esa enseñanza. En ellos, sí, resplandece la justicia divina; sin ninguna duda. No es cruel afirmar eso.

Pero si los mantiene en la existencia, es porque les vale la pena seguir recibiendo el regalo de seguir pensando, queriendo, teniendo afectos, de cultivar intereses. Y solo les puede valer la pena existir si la mayor parte del tiempo no están sufriendo, aunque persista constante un sufrimiento basal.

Esto tiene la férrea lógica de un silogismo: si en su existencia hubiera más mal que bien, entonces valdría la pena no existir. Si el Ser Infinito viera que a un ser finito le vale más la pena no existir que existir, lo quitaría de la existencia. Pues ese ser finito doliente ya no haría bien a los demás, únicamente se haría mal a sí mismo.

Peor todavía, si, como algunos llegaron a pensar, el mal lo enviaba Dios arrojándolos a un lugar donde había un fuego material. Pudiendo colocar a sus hijos rebeldes en otro lugar

físico tras la resurrección, creían que los colocaba en un lugar ¡con fuego material! La justicia lo requería. ¿Por qué? La Escritura habla de fuego. Luego si lo dice la Escritura es que la justicia lo requiere. Ese era el razonamiento. Algún lector puede tener dudas si los teólogos antiguos creían en un fuego material. Los textos demuestran que sí. Incluso hasta el siglo XX hubo teólogos que defendieron esa postura, porque se creían obligados a ello.

Nunca podemos frivolar con la eternidad, su peso es demasiado espantoso. Precisamente, porque tal es su peso, estoy seguro de que nadie se condena por pequeñas cosas. Ni siquiera por pecados de debilidad: estoy convencido de que nadie se ha condenado únicamente manchado por pecados sexuales o solo por abusar del alcohol o por ser un drogadicto. Ciertamente que estas acciones conducen a otras peores: hacer sufrir a la esposa, romper la familia, el robo, el asesinato en los peores casos. Los pecados de debilidad (sexo, alcohol, ludopatía...) llevan a otros peores. Pero nadie se condena solo manchado por pecados de debilidad, sean estos de la materia que sean. Nadie puede entrar en el cielo con un solo pecado grave, pero nadie se condenará solo por un pecado grave de debilidad.

Ciertamente que el marido que engañó a una buena esposa que le quería con toda su alma no puede entrar en el cielo. Pero la inmensa mayoría de las personas serán iluminadas en el último momento de vida, comprenderán y se salvarán. Esa es mi opinión. Solo los pecados peores, los que hacen sufrir a los demás a ciencia y conciencia, con crueldad, conllevan un endurecimiento capaz de hacer resistir a la última iluminación de Dios.

No es que los pecados graves ya no sean graves. No, lo repito: un solo pecado mortal impide entrar en el cielo. Pero comprendemos, el sentido común siempre lo ha sentido así, que ¿cómo se va a condenar un alma solo por haber cometido un

único pecado grave de debilidad? Dios fácilmente le hará entender su falta y se arrepentirá.

Mi visión del infierno no solo lo considera a este atenuado, sino que conlleva pensar que se condenan pocos y que no se pueden condenar por pequeñas cosas. La otra concepción del infierno era automática: transgresión grave, luego castigo eterno. No piense nadie que yo no creo que toda transgresión no conlleve consecuencias. Estoy seguro de ello. Pero toda transgresión grave no implica soportar una deuda eterna. Esto no significa negar que nadie manchado entrará en el cielo. Por otra parte, solo al ver la Santidad Divina entenderemos la profundidad, la gravedad, de cualquier pecado. Solo la visión de esa Pureza Suprema nos dará la medida de nuestro mal. Cualquier pecado venial nos parecerá insufriblemente repugnante.

En el fondo, deudores de esta visión escatológica como como satisfacción, ha hecho que muchos cristianos hayan entendido el cielo como un pago al que tenían derecho después de todos los sacrificios que habían realizado en vida, olvidando que ni todas las obras ascéticas posibles les otorgaban derecho alguno. El cielo no se puede comprar, es un don. Paradójicamente, tanto el cielo como el infierno son dones. Pero muchos hombres rudos entendían el acceso a las dos moradas como una obligación divina, una obligación de justicia: Dios me tiene que dar esto, Dios le tiene que castigar; por justicia me tiene que dar gozos en pago por mis obras, por justicia le tiene que hacer sufrir en pago por sus delitos. En esta forma de ver las cosas, no todo está equivocado y el presente ensayo ha mostrado la apasionante relación entre justicia y don.

Nunca podemos olvidar que todo, en nuestras vidas (aquí y en el más allá), es un regalo generoso, desinteresado. Dios es

generoso con sus gracias durante la vida en la tierra, en el último momento de vida, y en la condenación. El Dador de vida es generoso, abundante, en esos tres momentos: uno largo, uno breve, otro interminable. Pero el criterio divino, durante toda esa continuidad que es la vida, es siempre la generosidad. El Señor no va a escatimar ni gracias espirituales ni dones naturales para ninguna alma. Dios todo lo hace con grandeza, incluso la permisión de la existencia del infierno.

Dios es abundante y desinteresado en sus gracias, algo que no deberíamos olvidar para evitar visiones del premio eterno como si fuera un contrato. Esta falta de interés propio, esa ausencia de querer buscar el bien egoísta propio, resulta clave para responder a la pregunta que muchos se han hecho, a lo largo de la historia acerca, de qué saca nuestro Padre Celestial con el infierno.

Responder a estas preguntas tiene repercusiones concretas en la vida de un cristiano. Una especie de visión contractual para acceder al cielo o al infierno ha forzado a algunos a realizar confesiones prolijas (de duración de horas) y a detallar todo de un modo meticuloso. Esta visión contractual del infierno y del cielo, lleva a realizar confesiones que parecen un contrato en el que todas las cláusulas deben estar perfectamente redactadas sin dejar ningún hilo suelto.

Esta forma de entender el premio y el castigo tiene implicaciones a la hora de cómo entender el amor de ese Juez Supremo. Pues una religión puntillista, estricta, exigente hasta del más mínimo detalle, nos está indicando toda una manera de ver a Dios.

Afortunadamente para nosotros, nuestro Juez y Señor es sencillo y desea que vayamos al espíritu de las cosas. Eso no significa que los detalles den lo mismo. Pero hay una manera de

afrontar los detalles que es adecuada y otra inadecuada. Si, en la vivencia de la religión, se puede caer en un fariseísmo tradicionalista (que acaba sustanciándose en actos de crueldad, con uno mismo y con otros), no negamos que también existe el peligro de caer en un indiferentismo basado en que Dios es muy comprensivo. Ambas formas de ver la religión, conforman una forma de ver el cielo y el infierno.

Para los indiferentistas, el tártaro se acaba extinguiendo por sí mismo; para los otros, por el contrario, hay una hiperinflación del averno, enviando allí a muchos, aunque nunca se precise el número. Parece que unos quieran apagar el infierno con la manguera de su bondad y que los otros aviven sus llamas arrojando allí la madera reseca de unas almas que no entienden que los preceptos divinos no admiten excepción. Unos son más buenos que Dios, los otros más duros que Él. Si se me permite expresar esto de un modo jocoso: los segundos son más papistas que el papa, los primeros no acaban de encontrar al papa. Con esta frase quiero decir que unos se sienten obligados a defender la justicia de Dios más allá de lo que lo hará Dios, mientras que los segundos ni creen, en realidad, que exista una justicia; piensan que solo existe bondad, pero justicia no.

De esta manera, la teología del infierno en vez de basarse en el infierno mismo, en criterios de razón, no pocas veces se basa en la concepción eclesial modernista o tradicionalista de la que uno parta. Los modernistas cómo van a hablar mucho de algo en lo que no creen; quien niega, poco tiene que decir. Para los tradicionalistas, su teología será una mera recopilación de versículos de la Biblia y citas de santos. Frente a la negación y la recopilación, he intentado construir una estructura racional. Una estructura tan silogística que pudiera ser compartida hasta por un pensador ateo: “Si yo creyera en Dios, el infierno sería así...”.

Antes he escrito: *Afortunadamente para nosotros, nuestro Juez y Señor es...* En realidad, no es es una cuestión de fortuna. Dios solo puede ser de una manera: de la mejor manera posible. No es una cuestión de fortuna que el infierno sea como es.

dios condena



Después de lo dicho, se comprende que, en cierto modo, el Señor no condena a nadie. Es uno mismo el que se condena. Yo pregunto al lector: ¿Es que acaso los brazos del Altísimo no están siempre están abiertos? ¿Es que acaso la casa celestial del Padre Bueno no está abierta siempre? El Hijo Pródigo es el que no quiere estar en casa. Si se le metiera a la fuerza, no haría más que sufrir. Rodear de amor al que, voluntariamente, ya ha decidido odiar, sería torturarlo. El odio se exacerbaría con una intensidad proporcional a la suficiente para contrarrestar la fuerza de atracción del amor. Los que hayan intentado tomar en sus manos, para acariciarlo, a un gato furioso que eriza su pelo, baja las orejas y arquea su cuerpo, sabrán que resulta infructuoso cualquier caricia. No importa el amor con el que uno se acerque, en esa situación, el gato atacará de un modo proporcional al acercamiento: a mayor aproximación, mayor agresividad.

Antes he preguntado al lector: “¿Es que acaso los brazos del Altísimo no están siempre están abiertos? ¿Es que acaso la casa celestial del Padre Bueno no está abierta siempre?”. Pues bien, la respuesta es no. Los brazos del Padre Celestial llega un momento en el que se cierran. La puerta de la casa celestial se cierra. Dios no condena. Pero, en el momento en el que Dios decide no dar ni una sola gracia más, en ese momento, el alma está condenada. ¿No es esa decisión, en el fondo, una condena? Dios es

Misericordia. Pero llega un momento en el que la Misericordia rechaza a alguien.

El Señor rechaza al pecado, no al pecador. Pero se alcanza un estadio de evolución en el que el pecador se hace pecado; el mismo es pecado.

La puerta de la morada donde tiene lugar el banquete eterno no está siempre abierta. La Biblia habla de una separación definitiva e irreversible como hecho profetizado, no como posibilidad.

pecado grave y pecado mortal



Desde mi punto de vista, existe una diferencia sustancial entre un pecado grave y uno mortal; aunque, a lo largo de la historia, siempre se han usado tales términos como sinónimos. No obstante, considero que lo que contienen esas palabras, semánticamente, no es exactamente lo mismo. Un pecado grave, en mi opinión, es un pecado cuya mancha impide entrar en el cielo, es un pecado que destruye la gracia de Dios, que acaba con la amistad del alma con Dios. Un pecado mortal, sin embargo, es un pecado que mata el alma.

Cierto que, mientras uno esté sobre la tierra, se puede esperar que la vida de la gracia retorne a ese espíritu. Pero, como se ve, no es lo mismo un alma manchada tan gravemente que no puede ser admitida a las bodas del Cordero, que un alma que ya se ha convertido en un cadáver. Hay almas de viadores que están manchadas y otras almas que son cadáveres. Por eso sería bueno reparar en que la misma terminología ofrece cierta luz acerca de cómo entender esos dos ámbitos en los que se comete el pecado objetivo.

¿Habrá alguien condenado en el infierno solo murió en un accidente de tráfico tras emborracharse la primera vez en su vida? Por supuesto que no. No hay un solo condenado en el infierno por el hecho de morir con un solo pecado de ese tipo. Los pecados de debilidad sexual, por poner otro ejemplo, son pecados graves. Uno puede seguir amando a Dios a pesar de masturbarse. Mientras que nadie puede asesinar sin extinguir en sí mismo toda vida sobrenatural alma, convirtiendo al propio espíritu en un cadáver andante. En mi libro *Manzanas de Gomorra*, expliqué con detalle cómo hay pecados que tienen que ver más con la transgresión, aunque sea transgresión grave; mientras que otros pecados tienen que ver más con la muerte del alma.

No es una mera cuestión de cantidad. No es solamente que unos pecados simplemente tengan más maldad; y otros, menos maldad; sino que cualquier observador se da cuenta de que, del mismo modo, que hay una clara división entre pecados veniales y graves; también existe esa división en este segundo campo, pudiendo hablar de tres tipos:

–**Pecado grave:** El pecado que implica una transgresión grave, de mucha entidad, de la Ley de Dios. Produce una mancha con la que no se puede entrar en el cielo. Acaba con la amistad de Dios y con la presencia habitual de la gracia santificante. Es el caso del que quebranta un mandamiento de la Iglesia que obliga bajo pecado grave, el que un día prueba una droga ligera, el que (urgido por una situación imprevista que le atemoriza) miente para librarse de un mal a sabiendas de que provoca un daño grave en otro.

–**Pecado mortal:** Produce la muerte del alma. Es decir, el alma no solo está manchada, sino que toda vida de la gracia que vaya más allá de la naturaleza ha muerto en su espíritu. Un pecado grave se parece a una grave enfermedad: o se cura o le matará. O curas esa enfermedad o irás perdiendo fuerzas y cada vez se agudizará más tu estado. El pecado mortal implica la constatación de que con ese acto inicuo el alma es ya un cadáver. Por ejemplo, si una persona, con tiempo para pensarlo, toma fríamente la decisión, de mentir a sabiendas de que un grave daño recaerá sobre otro (por ejemplo, que será despedido), eso significa que el alma de esa persona ya no tiene ninguna vida espiritual. Si observamos, no es el caso que se ha referido en el apartado anterior. No es alguien que miente y daña a otro, pero que miente atemorizado, urgido por la prisa de tomar una

decisión aquí y ahora. Sino que es el caso de alguien que acepta eso fríamente, con mucho tiempo para pensarlo. En un caso, el pecado mancha gravemente el alma (no podría entrar así en el cielo); en el otro caso, el alma ha muerto a la vida espiritual, es decir, a la vida de la que podía gozar con las gracias sobrenaturales. Dígase lo mismo, es pecado mortal, cuando alguien roba una cantidad grande de dinero o cuando uno no tiene intención de abandonar sus continuas borracheras.

–**Pecado satánico:** Es la última consumación del mal, cuando la voluntad no solo comete actos con grave daño para el prójimo, sino que se alegra del sufrimiento ajeno. Cuando uno ya busca ese maligno placer y odia a Dios ha caído en el ámbito satánico. Se puede aumentar el grado de esa perversión, pero ya no hay cambios cualitativos. La repetición de ese tipo de pecados lo volverá, de por sí, un estado irreversible de la voluntad, pero ya no será otro tipo de pecado, sino ese pecado convertido el algo definitivamente querido.

La concepción que he expuesto del infierno también nos lleva a un entendimiento más profundo del pecado en su vertiente subjetiva. Los manuales de teología moral escritos hasta el siglo XX, se movían en el campo de lo objetivo, aunque admitieran atenuantes. Pero añadir, al sustrato objetivo, el enfoque que se desprende de esta visión del infierno que he expuesto revierte en beneficios para la vida espiritual. Esta concepción del infierno (y, por ende, de la moral) le da paz a la persona atribulada, le quita el escrúpulo al que se atormenta, ofrece una visión de Dios como amor al que se desanima. La forma de enfocar la moral bajo el aspecto de lo objetivo es correcta y verdadera, no debe ser abandonada. Solo propugno la añadidura de este enfoque subjetivo al hablar de la condenación. No es lo mismo sustituir el enfoque objetivo por el subjetivo, que enriquecer el enfoque objetivo con estas consideraciones aquí formuladas. Tampoco he querido que se abandonase la visión de Dios como Justicia Infinita, sino que se enriqueciese esa concepción objetiva del pecado con otras consideraciones subjetivas que también son reales. Lo que he expuesto no es una confrontación entre lo

objetivo y lo subjetivo, entre una moral real y una moral de sentimientos.

Esta visión moderada del infierno, esta visión de la moral, lleva a leer de otro modo las páginas de la Biblia desde el primer versículo del Génesis hasta la última línea del Apocalipsis. Con este enfoque, se puede tener una visión más optimista de toda la historia bíblica y de la entera historia de la Humanidad. La conquista sangrienta de la tierra de Canaán inicia un camino que llevó a comprender al Dios que es amor de san Juan. La evolución homogénea del dogma del infierno nos ha llevado a entender qué se contenía en las mismas palabras de san Juan. El *infernus moderatus* es la consecuencia de leer y meditar toda la Biblia en su conjunto.

Nuestra comprensión actual lleva a leer de un modo espiritual el Levítico. Por eso me deleito al ver, en una iglesia del siglo XVII, un amplio mural que llena toda la pared con el despliegue detallado de todos los tormentos imaginables. Ni me escandaliza ni me repugna, porque tanto en ese mural como en el Levítico no dejo de ver una pedagogía que produjo buenos frutos de rectitud y de alejamiento del pecado. Fueron más los males que se evitaron, que los casos de individuos que, vencidos por la visión de un Dios duro (en el caso del Levítico) o el desánimo ante el peso de sus propias faltas (al ver ese mural infernal), se revolvieron frente a un Dios que parecía un duro Señor que condenaba sin inmutarse y sin compasión. El Padre de todos con su pedagogía nos muestra cómo Él busca el bien del individuo concreto, no mensajes ideales para el hombre abstracto. Por eso Dios, en un momento dado, promulga las leyes el Levítico; y, en otro momento dado, permite esos murales infernales.

Pero del mismo modo que ahora interpretamos de un modo espiritual el Levítico o la conquista de la Tierra Prometida, así también ahora debemos leer de un modo espiritual esos murales medievales o esas calderas ardientes de las pétreas portadas catedralicias. Esa visión medieval del infierno es, en esencia, la misma de muchos teólogos del siglo XIX. Y es la misma que tienen ciertos evangélicos extremistas del siglo XXI.

Mi libro también será un escándalo para aquellos que ahora piensan que soy demasiado benigno. Pero me debo a mis silogismos. Camino a la luz de la razón que deambula por ese Jardín del Edén de la Verdad (que es la Escritura), dando la mano al Magisterio que me guía por esos prados y me enseña recónditos recovecos. Sin la Revelación y sin la ayuda del Magisterio no hubiera podido yo dar dos pasos, sin ella no hubiera podido construir casi nada. Pero, hecha esta salvedad, me debo a mis silogismos. El Dios de la Razón no se ofenderá de que usemos la razón. El Logos no se ofenderá de que creamos en un infierno razonable. Si otros quieren hablar del infierno desde sus propios sentimientos, nada les impide pintar un infierno a su propia imagen y semejanza. No en vano hay predicadores que hablan mucho más del pecado, del castigo terreno y del infierno que del Misterio de Dios. Justo es reconocer que este tipo de predicadores evangélicos fanáticos son pocos, pero ellos mismos se han convertido en pruebas vivientes de cómo el Misterio Divino se puede descentrar en el alma de un creyente o en una comunidad entera.

El problema de los que creen en un infierno riguroso es que siempre tienden a llevar ese criterio severo a los asuntos de la tierra. El fanático siempre cree en un averno riguroso.

Tanto en el pasado como en el presente, el infierno ha sido visto como un lugar terrible. ¡Lo es! Una visión amable del infierno llevaría a más almas a caer en él. La idea de la condenación eterna aleja al libre albedrío de objetos que actuarían como una verdadera trampa. Para alejar a los humanos del mal, solo se puede usar la verdad. No importan las buenas intenciones que se tengan, la deformación de la verdad siempre acaba revolviéndose contra el bien que quisimos preservar.

No se puede presentar un tártaro peor para que la gente se aleje de él. ¿Se puede usar el miedo para evitar el mal? Sí, pero el miedo debe basarse escrupulosamente en la verdad. No tener miedo a lo que, realmente, nos debería dar miedo tiene consecuencias.

Aquellos que piensen que los pecados de debilidad no son nada se aproximarán a los peldaños de una escalera que desciende hacia un fondo enigmáticamente oscuro. Nunca insistiremos bastante en pedir a Dios que nos conceda más dolor de nuestros pecados. Ojalá que veamos los pecados como los ve el Creador desde su infinita santidad. Ese conocimiento del mal que portamos nos produciría dolor, pero un dolor sanador.

Solo podemos tener una idea aproximada de la medida del perdón divino si nos esforzamos por entender el verdadero peso de nuestros pecados. Un peso que, según las palabras del mismo Jesús (en el padrenuestro) lo califica de “deuda”. No es una deuda la que cierra para siempre la puerta de la Casa del Padre. Pero eso no significa que no tengamos frente a Él una deuda. Minimizar nuestros pecados conlleva hacer más pequeño el perdón del Altísimo.

Ni quitar importancia ni engrandecer, se trata de esforzarse por tratar de ver las cosas como las ve el Señor. La mayoría de los seres humanos que me rodean, en esta generación y en la nación

donde moro yo, no viven en gracia de Dios. Confío plenamente en que el Señor les otorgará una última gracia para hacerles entender. El Padre Celestial no tiene obligación de enviar esa gracia, pero cómo pensar que no lo hará.

Una cosa es decir que no creo que nadie se condene solo manchado por pecados de debilidad y otra afirmar que los ese tipo de pecados son poca cosa. Todo pecado es desviación, toda transgresión debilita las fuerzas de mi alma. Cualquier vicio me conduce hacia el pecado definitivo.

Como una pequeña cucaracha voy moviendo con prisa mis patitas alrededor del borde de un recipiente del que no podré salir. Afortunadamente, ese borde no es abrupto. La ladera se va pronunciando de forma paulatina. Noto que el lugar donde corro va siendo más resbaladizo, más inclinado. Cada vez veo menos a lo que agarrarme. Miro abajo y no me engaño. Podría huir en dirección contraria, pero sigo jugando con inconsciencia culpable.

No, el pecado no es poca cosa, ni siquiera el venial. No es poca cosa, por el daño que hace a nuestra alma. No es poca cosa, porque sabemos el final del camino hacia donde nos lleva. No es poca cosa si lo valoramos en sí mismo comparado con la santidad de Dios. Con qué amor nos pide el Creador que no cometamos ninguna trasgresión. Entender mejor lo que es el perdón del Ser Infinito es una magnífica tarea a la que nos debemos aplicar toda nuestra vida.

Una acción no es mala por el infierno. Una acción es mala por sí misma, por sus consecuencias. La acción mala nos deforma, nos cambia. Una acción no es mala por el infierno: ¡el infierno somos nosotros!

Si las cosas solo estuvieran mal simplemente porque así lo ha querido el Creador, podríamos pedirle al Señor que redujera la lista de pecados a unos pocos. Pero las acciones son malas porque

tienen consecuencias malas. El pecado es malo en sí mismo, con independencia de Dios. Sin el Señor, los pecados seguirían siendo igual de perjudiciales.

Pero la frase de Ivan Karamazov *Si Dios no existe, todo está permitido* es verdadera, en el sentido de que ciertos sacrificios solo es razonable hacerlos si existe la otra vida. Además de que sin Dios no existiría un criterio último gnoseológico para distinguir el Bien y el Mal. Sin esa razón última, alguien podría afirmar: “Para mí, el Bien es lo que para ti es el Mal”.

Dios es la razón última, definitiva e incontestable de que el Bien es Bien, y el Mal es Mal. Y, por ende, el cielo y el infierno son la evidente constatación de la diferencia entre el Bien y el Mal.

¿Es posible existir sin el Amor? Sí. ¿Es posible pasar la eternidad entretenido con afectos menores? Sí. El Hades es un desierto donde hay almas vivas, donde hay luz del entendimiento, donde hay amores naturales a cosas, actividades y personas. También en los desiertos de la tierra hay una cierta cantidad de vida. No se puede comparar con un bosque húmedo de un valle suizo; donde la persona se halla rodeada de vida por los lados, por debajo, por encima. Pero incluso el desierto tiene una particular belleza.

¿En el infierno existe la felicidad? Sí, existen pequeñas felicidades meramente humanas, rutinarios placeres y alegrías mayores (menos usuales) que pasan y desaparecen como todas las cosas que provienen de lo finito. También hay luz del entendimiento. Esa luz, al comprender, los atormenta; pero también los lleva a entender qué deben hacer y qué no deben hacer. También esa luz los lleva a aceptar su situación.

Pero sin esas pequeñas alegrías qué cosa sería el infierno. El infierno es el lugar de la oscuridad, pero no de la oscuridad

infinita, porque esta no existe. Ellos no contemplan el Rostro del Amor, pero hasta allí llegan rayos de ese Amor. Incluso los que han querido abandonar al Amor no han sido abandonados por el Amor. Siento defraudar a los lectores que hubieran preferido un infierno peor para los malos.

El infierno en el que muchos han creído no era el infierno de Dios. Era el infierno de la venganza humana. Era el infierno de un Señor que se comportaba con la crueldad de un simple mortal. Era un infierno indigno del Bien Supremo. La existencia de una cruel venganza humana, aunque trasladada a Dios, sí que hubiera sido una mancha en su universo. La procedencia divina de ese tártaro no hubiera lavado el hecho cruel de lo que Él permitía. Es cierto que allí están las características con lo describe la Biblia, pero podemos reducir el infierno al mínimo bíblico o hacer un infierno maximalista. Pero ya se ha explicado suficientemente que la existencia de un infierno maximalista no se compadece con la existencia del Bien Infinito. Los dos no pueden coexistir en el mismo universo. Por eso lo razonable es reducir el Hades al mínimo de lo expresamente revelado por el Señor, sin ir más allá. El Antiguo y el Nuevo Testamento podían haber dicho más cosas, pero no lo hicieron. La revelación del infierno no es deficiente, es perfecta: el averno es eso.

Una teología agobiante no puede ser verdadera; Dios es paz y serenidad. Y todo lo que se permite en el universo, se permite por parte de Alguien comparados al cual hasta los buenos parecerían malos. Si mi teología no da paz, no es verdadera; porque Dios es paz y el gobierno de todas las cosas está en su mano. Ya es mucho, aunque necesario, que tenga que existir esa separación definitiva al final de la historia.

La escatología, entre otras cosas, es la **expresión de ese gobierno** de Dios sobre los sujetos. Por lo que conocemos del

Misterio de Dios, podemos estar seguros de que **la solución teológica más bella** seguro que es la que conforma la arquitectura del infierno. La posibilidad más elegante, sin duda, es la que ha regido la elaboración de las leyes que conforman esa realidad. Como se ha visto, el infierno no puede existir sin leyes. Y esas leyes fundamentales parten de Dios. Aunque, después, esas dos sociedades de condenados se den otras leyes menores de tipo organizativo.

Las **leyes mayores**, las de Dios, proceden del Bien para producir bien. Las **leyes menores**, las que se dan a sí mismos la sociedad demoniaca y la de los réprobos, se dan para implantar una cierta cantidad el orden.

Es verdad que, al mismo tiempo que existe ese Amor infinito, existen, sobre la tierra, pequeños infiernos, brutalidades permitidas. Dios no es cruel, pero existe la atrocidad. Pero podemos estar completamente seguros de que si el Altísimo permite que exista un torturador o que me duela la muela de modo irresistible toda una noche, tiene que haber una buena razón para ello; no solo buena, sino suficiente; una razón que justifica ese tipo y grado de dolor.

La entera ciudad de Nueva York no es lo mismo explicada con palabras, que recorrida a pie y vista con los ojos. El placer del sexo no es igual explicado con palabras que experimentado. Las razones por la que se permitieron los campos de concentración o que un pobre hombre muera con la angustia de saber que se ahoga irremisiblemente en mitad del mar seguro que son razones suficientes. Aunque por más que nos lo expliquen con palabras, no nos parezcan que son del todo suficientes.

Fui hijo del amanecer

la hermética puerta sin fisura

Y al ángel de la iglesia de Filadelfia escribe:
“Estas son las palabras del Santo, del Verdadero,
de Quien tiene la Llave de David,
de Quien abre y nadie cierra,
de Quien cierra y nadie abre”.
Apocalipsis 3, 7



VEO A LUCIFER con un aspecto humano. No tiene garras ni alas de murciélago. Su cuerpo se muestra proporcionado, como de un joven que frisa los veinticinco años. Alto y fuerte, su rostro es bello, pero con un brillo maligno en sus ojos oscuros; desprenden... frialdad. Asomarse a ellos es asomarse a dos pozos sin fondo. Mirarlos es como asomarse y mirar hacia abajo, hacia un insondable misterio. Como si allá abajo, tras esa oscuridad hubiera algo gélido. Por lo demás, sus rasgos respiran hermosura juvenil. Dos pequeños cuernos se asoman entre los vigorosos rizos negros de su cabeza.

Lucifer, a solas, va y viene, delante de un portón magnífico y cerrado. Sus dos hojas de bronce oscuro se elevan al triple de la altura del que camina delante de ellas a izquierda y derecha. Satán se detiene justo delante de la gran puerta y la mira detenidamente. Es un portón que parece muy viejo, como si siglos y milenios hubieran pasado por él. Como si su superficie hubiera sido tocada, acariciada y arañada desde la noche de los tiempos.

Las escalonadas molduras del marco no tienen ningún ornato, no muestran inscripción alguna, se muestran en la desnudez de su mármol oscuro. Las superficies de los paneles de la puerta están divididas en cuatro arcos en relieve sostenidos por columnas románicas. En el interior de esos arcos se levantan, en suave realce, hileras de rombos del color del oro viejo, rombos que enmarcan algunas rosetas. Pero esa leve tonalidad dorada aparece como avejentada y desgastada.

Satán mira sin descanso ese portón sin poder creerlo, tocando su superficie, sus pupilas incrédulas revisan cada palmo, cada centímetro de ese metal: sí, no hay ni la más mínima grieta. Muchas garras han arremetido contra esa superficie, sobre ella hay arañazos, quizá millares de arañazos.

Lucifer tantea la línea en la que se une la puerta al marco. Inútil, ni la más mínima fisura. Hay una línea, pero detrás parece como si el metal se hubiera fundido. Revisa la puerta, otra vez, palmo a palmo, sin prisa, a ver si algo se le ha pasado por alto. No tiene prisa, emplea una hora entera en esa operación; operación precisa y no exenta de experiencia, repetida innumerables veces a lo largo de los años.

Finalmente, se da por vencido, se aleja y la contempla. La puerta de acceso a Dios está clausurada para siempre. La ha intentado forzar muchas veces. Mira hacia los lados. No hay nadie. Está solo. No querría que nadie le viera allí, delante de ese portón. ¡Él! Precisamente, allí, él que confiere fuerza a los demás. Él que aviva siempre el fuego de la rebelión, justo frente a esa puerta, como si estuviera derrotado, como derrumbado, como implorando perdón sin pedirlo nunca. Cualquier pequeño demonio que le viera, le recriminaría: “También tú le anhelas. En el fondo le anhelas”. Por supuesto que lo negaría. “No, también suspiras por Él”, insistiría con desdén.

Pero no, por ese lugar no pasa nadie. La mira con ira. Cerrada para siempre. Nunca se abrirá. Jamás. Se lanza furioso contra ella. La araña con sus uñas. Únicamente logra hacerse daño. ¿Por qué es tan dura? Es como tratar de agrietar con los puños, a golpes, una plancha maciza de acero de diez toneladas, de un centenar de toneladas. Quizá sea una plancha de mil toneladas de peso. Ni todo el infierno puede forzarla.

Belcebú mira el metal opaco, siempre le queda la duda de lo que habrá detrás. Sabe que detrás hay un camino. Muy largo... arduo... pero que conduce a la visión de la Esencia del Ser Supremo. Un recorrido por el que se penetra a muchas estancias intermedias, a muchos estados. Al final, bien lo sabe, aparece el último velo: tras él, la visión de la Sustancia Divina. Siempre se ha preguntado cómo será el Rostro del Creador. ¿Qué se sentirá al contemplarlo directamente, sin nubes que atenúen su belleza? ¿Qué se sentirá al conocer la Esencia del Ser del que se genera y exhala el segundo y el tercer círculo concéntrico de la única Divinidad?

Belcebú hierve en su interior. Su corazón se retuerce como una serpiente que ansiosa se enrosca sobre sí misma. La tensión de ese corazón crece hasta estallar:

–¡Nunca lo veré! ¡Nunca veré lo que he rechazado! –golpea ese portón–. ¡Pero qué hice! Ahora pasarán milenios... clausurada. Millones de años y millones de años...

Agotado cae sobre sus rodillas. Se inclina. Su frente toca el suelo.

Se retira, no sin antes, volverse y darle otro impacto con su puño. Un golpe impotente, del que ya no espera nada. Se marcha, se recompone, no quiere que nadie le vea en ese estado. Se retira a deambular por los interminables pasillos del laberinto de su mente

poblada de pensamientos y recuerdos. Pasillos habitados por los espejismos de sus fantasías. Se puede perder por esos recovecos el tiempo que haga falta. Algunas regiones de sus recuerdos se muestran verdaderamente intrincadas. Algunas zonas de sus anhelos frustrados le resultan asfixiantes, no quiere volver a recorrer esos pensamientos. ¿Para qué tornar a torturarse?

Han pasado dos días, desde que estuvo tanto rato ante la Puerta Cerrada. El mundo de su mente es vasto, pero ahora únicamente le interesa ese portón. A veces tiene la sensación de que esa puerta está en el centro de sus pensamientos, si es que estos tienen algún centro. Se dice a sí mismo que no hay ningún centro, que su mente es una acumulación, una sedimentación de pensamientos, un laberinto de recuerdos tortuosos que puede recorrer en cualquier dirección.

Ahora quiere salir fuera de sí. Se sabe el centro de rotación de un par de millones de espíritus. Conoce el número exacto de los condenados. Un número exacto, ni uno más ni uno menos. Tiene que salir de sí y ver cómo van las cosas. Como un gobernante que habla con sus colaboradores y lugartenientes para ver qué asuntos han surgido. Cuando se retira, no se atreven a molestarle.

Ahora los escucha a lo lejos. No ha ocurrido nada nuevo. “Administración ordinaria”, podríamos decir. Se marcha a recorrer el infierno, a conocer cómo se desarrollan las historias de los que allí moran. Su mirada recorre el averno. No necesita trasladarse físicamente, es su mirada la que recorre el lugar. Se traslada su espíritu. Tantos sujetos, tantas historias. El tártaro contiene historias vivientes. Historias pasadas que desembocaron en esa persona aquí y ahora. Su mirada planea por encima de

centenares de cabezas. Va aminorando su vuelo. Va reconociendo rostros. Mira a este, mira al otro. Se detiene a mirar una mujer que vivió en un poblado del centro de África en el siglo XVIII. Una mujer que fue pequeña en lo material, pero grande en su maldad. Su historia fue apasionante, una auténtica novela. Completó su transformación. Su historia pasada es una historia que continúa aquí. Todo su devenir pasado desemboca en su ahora.

Más allá, Belial se detiene a mirar a un joven campesino que pasó su vida en los arrozales de Birmania, recolectaba grano mientras en el palacio del Palatino reinaba Vespasiano. Más allá hay una anciana con una jovencita a su lado. Nunca saldrán, pensó Belial.

Hay quienes piensan que, en el averno, solo hay reyes, emperadores y guerreros. Se equivocan: la maldad puede brotar en cualquier terreno. Cierto que el oro y el Poder facilitan que se desaten las peores pasiones. Pero uno se puede condenar en una aldea llevando una vida pobre.

Satanás se pasea por el planeta que Dios les entregó a los resucitados como su morada material. A veces se pasea por la nebulosa de espíritus, a veces se pasea por esta sociedad de humanos. Observa que “esos mamíferos”, como le gusta llamarlos, prosiguen empeñados en sus construcciones. Se afanan en levantar con sus manos algo que le recuerda a la Torre de Babel de Brueghel, solo que mucho mayor. Tallan piedras, las acarrean, erigen arcos y contrafuertes. Belial ya se ha quejado de que tiene un aspecto demasiado gótico, casi catedralicio.

En ocasiones, ha intervenido más en este proyecto de esos “monos sin pelo”. Ahora se ha desentendido, como un adulto que deja a los niños que sigan construyendo sus castillos de arena. ¿Para qué esta montaña arquitectónica sin sentido? Bueno, al

menos, se entretienen. ¿Pero para qué? ¿Para qué va a servir este “castillo de drácula” como lo llama en plan de chanza?

Todos estos humanos son un divertimento para la nebulosa de demonios. Es como tener animales de compañía. Por otra parte, las jerarquías demoniacas no pueden dominar físicamente a la sociedad de los humanos. No tenemos cuerpo. Podemos hacer sentir el poder de nuestra autoridad: también podemos presionar para que se aisle a algún humano. Pero nuestro poder es más limitado de lo que los mismos humanos creen. Es el asentimiento generalizado lo que nos otorga más poder. Pero siempre hay alguien que cuestiona nuestra autoridad.

Cuántos esfuerzos para que la autoridad de las jerarquías humanas y demoniacas se mantenga. Represalias, honores, aislar, recriminar, humillar, espléndidos actos sociales, excluir a alguien de ciertos círculos... medios de los que disponemos para mantener el mando de unos sobre otros. En cierto modo, no son pocos medios.

Si pudiéramos matar, encerrar de por vida, torturar, cercenar miembros sería más grande nuestra autoridad. Pero esos actos, multiplicados por la eternidad, sí, todos acabarían encerrados en mazmorras. Los carceleros seríamos unos pocos. Todos los humanos acabarían sin manos ni pies. Al final, mataríamos a todos. No nos quedaría ni uno. Lo haríamos hasta por aburrimiento. Para ver cómo sufren.

Pero nuestro poder está limitado por unas leyes que abominamos, a las que les damos la espalda, pero que también tratamos de desentrañar. El Creador se mete en mi casa, interfiere en mi reino. No le basta el suyo.

¿Claro que de qué serviría matar a esos bípedos implumes si sus almas quedaran rondando sin cuerpo? Al final, lo único que

podría tener cierto interés sería matar a las almas. Eso estaría bien. Tendríamos que reservar unos pocos para que quedara constancia de cómo fueron. Me imagino conservando a un puñado, como si fueran una especie en peligro de extinción.

Por otra parte, si los demonios pudiéramos, nos mataríamos unos a otros. El último demonio acabaría consigo mismo. Me gustaría ver la cara del Creador buscándonos, llamándonos, comprobando que las calles de su querido infierno están desiertas, que se ha quedado sin su juguete favorito. Pero, para bien o para mal, seguiremos existiendo. Seguiremos paseando por aquí, charlando con los mismos, ejerciendo un poco de Poder unos sobre otros.

Lucifer se quedó, sin prisas, durante un largo rato, contemplando las hileras de obreros que tensaban sus músculos tirando de sogas tirantes, tensas, secas que arrastraban colosales sillares; los “trineos” hundiéndose levemente en la pista de arena mojada; las gruas elevando verticalmente elementos menores. Aquello parecía un hormiguero, pensó el Diablo.

Tanto esfuerzo. No aprenden. La experiencia mostraba que no era la erosión la que destruía esos desmedidos trabajos, sino las pasiones. Unas pasiones levantaban esas torres. Otras pasiones las derribaban, las afeaban, las deterioraban.

algunas explicaciones sobre la puerta



En realidad, la puerta no existe físicamente. La puerta no es otra cosa que una decisión definitiva de Dios de no volver a dar ninguna gracia sobrenatural. Aunque esa puerta se abriera, el trecho que sabe que hay detrás es el camino

del arrepentimiento y de la purificación. Las distintas estancias que hay hasta el Trono de Dios son los diversos estados a los que le llevaría ese proceso. Pero, aunque la puerta se abriera, Satanás no está dispuesto a recorrer ese camino.

Todos los pecadores entienden estas realidades, digamoslo así, de un modo físico: como si la puerta se pudiera forzar, como si se pudiera recorrer ese camino con la energía de su voluntad. Los demonios saben que no existe ninguna puerta física ni ningún camino material, sin contar con que ellos mismos son espíritus sin materia. Ahora bien, las realidades santas se entienden de un modo que es como si pudieran ser forzadas.

La separación del Creador se ve como algo impuesto por Él de un modo voluntarista, como si fuera una separación impuesta sin más. No entienden que esa separación es consecuencia del mismo ser de las cosas, que es consecuencia de un obstáculo interno. “Yo exijo entrar en el cielo”, es el grito que lanzan ante un Juez que entienden como arbitrario. Por supuesto que, en ese clamor, observamos que se cumple el dicho *ni contigo ni sin ti*. Se han alejado de Dios, pero claman contra la separación. Y, en su frenesí, creen poder forzar la realidad. Como si la voluntad pudiera doblegar todo.

Otro detalle que merece alguna explicación es que Satanás no puede marcharse para estar a solas. Es como si él estuviera en el centro de una nebulosa siempre rodeado de otras esencias angélicas malignas. Ese retirarse a la soledad significa que se repliega sobre sí mismo. Es como un cerrar los ojos para retirarse con sus pensamientos. No tiene ojos materiales, pero a los demás les queda claro cuándo quiere quedarse a solas con sus pensamientos y no hablar con nadie por un tiempo.

Del mismo modo que captamos (a través del cuerpo y sus gestos) cuándo un humano quiere, mentalmente, aislarse un poco; aunque se halle en un porche bebiendo un refresco, rodeado de algunos familiares. En una situación así, los que le acompañan pueden seguir charlando, pero uno puede abstraerse unos momentos o, si así lo desea, largo rato.

Siguiendo con el ejemplo del porche y seis personas tomando un refresco, comodamente sentadas, charlando relajadamente, puede ocurrir que uno de los presentes, mirando a un anciano que está en silencio y con los ojos entornados, capte algún pequeño detalle externo que lleve a saber qué es lo que está pensando ese anciano o los sentimientos que tiene en ese momento concreto. Lo mismo puede pasar con Belial. Este puede “retirarse”, pero algún detalle externo puede ser captado por un espíritu cercano y saber qué es lo que estaba pensando (de forma genérica) o qué sentimientos tenía.

pensando el abismo



SI RESPONDEMOS BIEN a la pregunta “quién es Dios”, podremos enfocar acertadamente la respuesta a la pregunta “quién es el Diablo”. Aquel que crea en un Dios primitivo, cruel, iracundo, vengativo, tenderá a tener una visión igual de simplista respecto al demonio.

Muchos, fruto de las trampas del subconsciente, tienden a pensar en los demonios como en unos seres parecidos a los goblins o a los brownies escoceses o a los gremlins del folclore. Hay que ser comprensivos con esta celada del subconsciente, provocada por los distintos sustratos del conocimiento. Sustratos que han generado prejuicios que a algunos les impiden tomarse en

serio la posibilidad intelectual de que un ser espiritual pueda vivir una eternidad definitivamente alejado de su Creador. Cuando tal posibilidad teórica no contiene en sí ninguna contradicción interna y se inscribe dentro del mundo de los entes posibles.

Un ateo podría haber construido toda una construcción teórica acerca de cómo podría ser la condenación eterna. Pero, ciertamente, sin la Biblia hubiera sido muy difícil que las mentes hubieran llegado a erigir una teología que llegase muy lejos. Podrían haber descubierto lo que supondría el apartamiento eterno del Ser Infinito, y haber dado una serie de pasos más allá de estos conceptos esenciales. Pero una vez que quisiesen profundizar más, sin la luz de las Escrituras, se hubiera ido haciendo progresivamente más difícil avanzar. Hubiera sido imposible no cometer errores en uno u otro paso de los razonamientos. Y los pequeños errores del principio hubieran sido grandes unos pasos más allá.

La luz de la Revelación nos ofrece las líneas generales y multitud de detalles que guían y reconducen la reflexión. La teología es obra de la razón a la luz de la fe, es una construcción a partir de la fe y de acuerdo a las líneas esenciales que ofrece esa fe. Pero, una vez construido el edificio, hasta el ateo debe reconocer la férrea solidez de la estructura.

Una filosofía del infierno basada solo en la razón no hubiera llegado muy lejos, lo hubiera hecho con errores graves, y hubiera sido conceptualmente fría. Es decir, sería una visión del averno muy abstracta. La Biblia, sin embargo, nos ha ofrecido una revelación que está llena de calor personal. El Dios Bíblico es mucho más que el Motor Inmóvil de Aristóteles o la Divinidad Trascendente del neoplatonismo. O, dicho de forma más precisa, el Dios de san Pablo es, esencialmente, el mismo que el de los aristotélicos y los neoplatónicos, pero en las Escrituras se nos

describe un Ser Personal rebosante de compasión y ternura que nos cuida.

Ha habido una evolución homogénea del dogma del infierno. Sigue siendo un estado de condenación indefinida, sin término. Pero este libro, el presente, hubiera sido imposible en el siglo XI. Tampoco hubiera sido factible en el siglo XVIII, muchos censores lo hubieran calificado de demasiado laxo. Pero los magnos tratados dogmáticos del siglo XX y el modo de hacer teología de los centroeuropeos después del Vaticano II sí que permitieron plantearse cuestiones que no se pasaron por la cabeza de tantos grandes hombres medievales o de los rigurosos teólogos del siglo XVIII. Nuevos campos de razonamiento se plantearon bajo nuevos enfoques como los de Von Balthasar o Rahner. Sin todos ellos, este libro no hubiera sido posible.

La mente humana puede barajar todas las jugadas, todas las combinaciones, de ese ajedrez celestial que son las posibilidades del ser. De la valoración de todas las jugadas realizables, cualquier mente va entendiendo que las posibilidades razonables son solo una fracción de lo posible. La ramificación lógica de causas y efectos que implicaría uno u otro infierno muestra la conveniencia de que Dios no haya hecho las cosas de un determinado modo.

Ese acto de cribar mentalmente los infiernos posibles para quedarnos con lo conveniente impone una disciplina a ese mundo de lo posible, va podando sus ramas. Las leyes de la lógica ejercen una tiranía sobre lo que, en principio, podría parecer una selva. Si la Inteligencia Suprema existe, actúa con lógica. Y así pasamos del “todo es posible”, al “si Dios existe, solo una serie de posibilidades y concatenaciones son razonables”. Eso impone una lógica a su creación y a sus permisiones en la creación.

Alguien alegará que la lógica de Dios puede no ser nuestra lógica. La respuesta es clara: las leyes de la lógica imperan en todo y en todos, sino ya no sería la lógica. ¿Y por qué sabemos que la lógica tiene ese imperio universal? ¿Por qué sabemos que todo se rige por ella? Lo sabemos por sí misma. La lógica es, en sí misma, la demostración. Estoy seguro de que, en todos los universos posibles, en todas las épocas, $1+1=2$. Ni Dios mismo puede modificar la lógica.

A través de una serie de pasos razonables (que rigen necesidades y conveniencias), esto implica que si el infierno tiene que ser eterno, nada evitará que sea eterno. La lógica nos asegura que, si el infierno tiene que ser eterno, su eternidad es indestructible. La eternidad de Dios garantiza la inquebrantabilidad del infierno. Todas las presentes páginas son la demostración de cómo la tesis que es el Amor de Dios combinada con la antítesis del odio irreversible da como síntesis el infierno. Porque el averno es el resultado no solo del odio, sino de la combinación entre ese Amor Divino y ese odio creatural. En cierto modo, podría decirse que el infierno es como la interacción que existe en un sistema solar: con Dios en el centro y con todos los demás planetas y satélites (que simbolizan los distintos tipos de odios y amores naturales) girando entre ellos; pero, en definitiva, girando alrededor del centro absoluto de todo el ser que es el Altísimo.

Cierto que los cuerpos infernales giran alrededor de ese planeta oscuro que es Lucifer. Pero Lucifer, a su vez, gira alrededor de Aquel que mantiene todas las leyes del infierno como si de una energía gravitacional habláramos. Y no solo mantiene las leyes, también toma decisiones concretas con su providencia sobre sus hijos alejados. Es Dios con su poder gravitacional –entiéndase esto como una parábola– el que mantiene la mayor o menor atracción entre los cuerpos del

infierno. La movilidad de los cuerpos del sistema solar simboliza la vida. Del mismo modo, los condenados no son rocas estáticas, poseen actividad interna (en su núcleo) y en relación a otros cuerpos: símbolo de la actividad personal y comunitaria de los condenados.

Pero esas órbitas e interacciones entre ellos se posibilitan, siguiendo esta comparación, por la acción gravitacional divina. Sin Dios en el centro, los cuerpos del infierno se dispersarían hacia el frío de la nada, la depresión; o chocarían entre sí con fuerza, con la fuerza de la rabia; una fuerza que hace sufrir al que recibe el golpe como al que lo da.

Entre los cuerpos físicos de un sistema solar, existen esas dos fuerzas de las que he hablado, lo mismo en el infierno. Solo la sabiduría de Dios ha dispuesto la medida justa en las fuerzas gravitacionales para que las órbitas no caigan de un modo excesivo en la violencia furiosa de los choques entre ellos; ni, por el contrario, en un deseo de aislarse de todos que les lleve a estar flotando en la nada. Todos nos damos cuenta de lo beneficioso que es el que exista una sociedad en ese estado, pero lo difícil que era fundarla en esa franja justa intermedia entre los choques continuos y la dispersión; en esa franja justa entre una sociedad que solo sería lesiva entre ellos, y una situación en la que los vínculos serían muy distantes.

Todos los condenados flotan en la nada, pero juntos conforman una unidad, un sistema, que “llena” sus existencias. La sabiduría compasiva de Dios me admira al comprobar con mi razón cómo ha organizado las líneas esenciales de este pequeño universo demoniaco.

¿Pero si giran alrededor de Dios, le ven todo el tiempo? Sí, pero lo ven tal como son ellos. Pongamos un ejemplo, Plutón es

muy adecuado para entender este sistema de cuerpos infernales. Desde Plutón, el sol es visto muy pequeño. Los que viven en ese sistema orbital plutoniano ven al sol como un objeto distante, frío y sin brillo. Hasta los propios satélites de Lucifer parecen más grandes que el sol vistos desde la superficie de los cuerpos situados en esa órbita.

No es una mera cuestión de tamaño. Un observador se da cuenta de que el sol es cualitativamente distinto frente a los satélites y planetas más cercanos. Los demonios también ven que Dios es cualitativamente distinto del resto de espíritus creaturales. Lo ven no con los ojos, sino con su espíritu. Ángeles, demonios y almas razonan, pero también conocen (ven) los entes. El espíritu también “ve” lo que hay a su alrededor; o, mejor dicho, lo que entra dentro de su ámbito de visión (conocimiento). No solo “ven”, también “oyen”. Es decir, escuchan lo que otro espíritu les comunica con especies inteligibles. No es un ver y escuchar de los sentidos, sino una capacidad para conocer inherente a todo espíritu. Por eso las almas sin cuerpo pueden ver y oír, entendido esto de la manera explicada.

Pues bien, los espíritus del infierno ven a Dios desde su propia órbita: lo ven lejano, frío. No es una órbita física, sino espiritual. Es una visión (conocimiento) debilitada por la lejanía. Ya se ha dicho antes que también le pueden escuchar y hablar. Pero, por las razones antes indicadas, esa comunión es extremadamente inusual.

Y es que el que Dios mantenga esa lejanía es una misericordia. Fueron las glorias las que se alejaron, pero mantener esa distancia ahora es piedad divina. Conservar ese nivel de lejanía implica conservar un modo de ver al sol: más visibilidad solo conllevaría más actos de recriminación hacia Él. La lejanía

atenúa el impulso de blasfemar, de odiar. Dios no puso esa distancia, pero ahora es mejor que cada astro esté en su sitio.

El astro rey, el sol, es igual siempre. Pero cada uno lo ve según su distancia. Dios es el mismo para todos, pero cada uno lo ve según la deformación de su espíritu.

En verdad que, al contemplar el averno, podemos exclamar: “¡El Señor todo lo ha hecho bien!”. Grande es el castigo, porque grande es Dios y grande es lo que, por tanto, atisban a entender que pierden. Grande es el castigo, porque grandes son sus defectos y vicios. El dolor es grande por la consciencia de saber lo que pierden y por lo que sufren. Afortunadamente, ese saber lo que pierden está atenuado. A Jesús crucificado se le dio vinagre mezclado con hiel como narcótico. Para los demonios, afortunadamente, funciona como un narcótico el hecho de que saben que han perdido a Dios, pero que tienen una comprensión deformada de Él.

Es interesante darnos cuenta de que la lejanía la pusieron ellos, pero mantenerla es misericordia. No en vano la palabra griega para decir “juicio”, en los versículos del Nuevo Testamento, significa literalmente “acto de separar”. Y, además, la deformación en el conocer es fuente de sufrimiento, pero también narcótico. Lejanía y deformación son males, pero también tienen sus aspectos accidentales compensatorios respecto a Dios. Este equilibrio que se da en cada espíritu tiene su correlato, por ejemplo, en el clima de la Tierra: cuanto más frío hace en los polos del planeta, más templado es el clima en la zona ecuatorial. Los ejemplos de estos mecanismos compensatorios en el mundo meteorológico se podrían multiplicar. La lejanía respecto a Dios y la deformación en el modo de conocerle son un vinagre y una hiel muy amargas, pero, al mismo tiempo, narcotizan al enfermo.

La enfermedad que es causa de dolor físico en un paciente, si se exagera, acaba siendo causa de más dolor, sí, pero también acaba (en muchos casos) convirtiéndose en causa de que se pierda la percepción de ese mismo dolor. Por poner solo un ejemplo entre muchos: Todos conocemos el intenso dolor que produce un diente al infectarse el nervio. Cuanto más aguda sea la infección, más dolor producirá. ¿Esto no tiene ningún límite? Sí lo tiene. Pues llega un momento en que si la infección es muy aguda, el nervio se necrosa y deja de doler. En el cuerpo humano, hay enfermedades en las que el dolor puede ser intenso y prolongarse en el tiempo. Pero, en muchos casos, hay mecanismos compensatorios que, precisamente, la intensidad de la patología acaba provocando la atenuación del dolor que provoca la misma enfermedad.

Estos mecanismos de compensación tienen sus límites, tanto si hablamos del clima de la tierra como en las enfermedades del cuerpo. Lo mismo sucede con los espíritus: los mecanismos compensatorios existen, pero hablamos de una tendencia a la nivelación no de una eliminación; y así, como norma general, en la medida del avance de la “enfermedad” habrá más dolor. Los mecanismos citados no anulan el dolor, pero, ciertamente, lo atenúan. Todo demonio sufre con su medida propia, pero también cada uno de ellos tiene mecanismos psicológicos compensatorios internos.

Como se ve, hay mecanismos personales y sociales para que el infierno se atenúe en la medida de lo posible. Bastaría una mayor manifestación de la presencia de Dios para que los hornos infernales ardieran con más fuerza, cada condenado es como un horno. Resulta patente que el averno se estructura como un

equilibrio. Es una construcción armónica que, a la vez, contiene en sí fuerzas que tienden a desestabilizarlo.

El equilibrio personal de cada condenado ayuda a que el conjunto social sea más estable. Y el equilibrio comunitario, a su vez, ayuda al equilibrio personal. Como se ve, podemos afirmar rotundamente que el tártaro es una construcción, no una mera acumulación. Ese reino no es una mera pila de cadáveres espirituales.

el ecosistema infernal



Tenemos, a modo de una extensa parábola, las profundidades abisales o, por poner otro ejemplo, los ecosistemas de cuevas subterráneas. Una vez vi un interesante documental de un sistema de grutas, sumidas en la más completa oscuridad, semiinundadas, situadas en un país tropical asiático. En su interior, moraban insectos y murciélagos. En las turbias aguas, pululaba una pitón de gran tamaño que se alimentaba de los cadáveres de los murciélagos. Las repelentes aguas opacas, el ambiente de total oscuridad, todo componía un sombrío entorno habitado por animales horribos. Pero aquella red de grutas en tinieblas habitadas por seres de la oscuridad existe, no es una creación de la mente humana. Pero, por muy siniestro que sea, no podemos dejar de observar que posee su propio orden, su propia armonía.

Me gustaría pensar que el infierno es mejor que esas grutas. Aunque está fuera de toda duda que el tártaro cuenta con una parte más profunda, una zona donde se retuercen los seres más deformes, aquellos que respiran en las aguas más pútridas. Es una idea que he reiterado que el que lea partes de este ensayo puede

tener la impresión de que el averno es como un club inglés o una universidad. Otras partes de este libro pueden dar la impresión de que el infierno es esa gruta maloliente de aguas turbias. A la condenación considerada como esa gruta llamémosla bajo la designación de *regio cavernosa* (región cavernosa) y designemos a la condenación considerada como un club o una universidad como *regio civilizata* (región civilizada).

Pues bien, si antes ya se ha dicho que el infierno real, el *infernus moderatus*, se sitúa en una franja razonable entre el *infernus edenicus* y el *infernus laceratus*; ahora hay que añadir que, en ese averno moderado, hay zonas superiores que se encuadran más en la *regio civilizata* y otras zonas del fondo que entrarían en la denominación de *regio cavernosa*. El infierno se denomina con razón como “abismo” porque sus habitantes han caído, moralmente hablando, en un profundo pozo.

Un pozo que no es insondable porque, aunque no puedan salir de allí, su profundidad de mal y sufrimiento sí que es posible sondearlo. Lo que es insondable es ese abismo en su temporalidad. En el sentido de la temporalidad, no tiene fondo. En su maldad, sí que hay unos seres que son el fondo del pozo: ellos constituyen el nivel más bajo de deformación. En ese fondo, está el sufrimiento más intenso.

La única jerarquía que, realmente, tiene importancia en el averno es la de la maldad, así como en el cielo la única que tiene importancia es la de la santidad. No son los dotados de mayor inteligencia los que están situados en la parte más cercana al Trono de Dios, sino los más santos. Del mismo modo, son los más malos los que ocupan los puestos jerárquicos más importantes.

Aunque, en el infierno, la jerarquía no es pura (solo la maldad), sino que confluyen una serie de capacidades más. El cielo es una **mezcla de naturaleza y sobrenaturaleza**, pero en esa sociedad impera lo sobrenatural y la jerarquía, por tanto, es la del amor: los reyes y príncipes allí son los más santos. Mientras que el infierno es una realidad meramente **natural mezclada con lo infranatural** (la maldad), de manera que su jerarquía no está conformada solo por la maldad, sino por una mezcla de capacidades. Pongo un ejemplo que iluminará esto: un réprobo o un demonio pueden ser más malos que otros, pero sus limitaciones intelectuales pueden hacerles claramente inadecuados para regir a otros semejantes.

Resulta interesante, en el cielo y el infierno, el paralelismo de la relación entre lo natural y lo sobrenatural, y entre lo natural y lo infranatural; entendiendo por “infranatural” la maldad, es decir, la naturaleza deformada. Pues bien, nos podemos preguntar: ¿Quién habita esa *regio cavernosa*? La respuesta es clara: los más malos. Y como ya se ha dicho que la jerarquía infernal se conforma de acuerdo a la iniquidad es claro que los más grandes jerarcas son los que se habitan lo más profundo de la zona cavernosa.

Por lo tanto, en el fondo del abismo, está la Gran Serpiente rodeada por sus príncipes. Esa es la parte más pútrida, la más sulfurosa, donde arde más fuego, donde se segregan los peores venenos. *En la casa de mi Padre hay muchas moradas*, enseñó nuestro Salvador. “En la casa de nuestro padre también hay muchas moradas”, podrían añadir los réprobos.

Pero esa visión cavernosa aparece si observamos esa parte del infierno de acuerdo a los parámetros de la maldad y de los sentimientos repugnantes. Si observamos a esos mismos seres en el parámetro de lo intelectual o de lo social, los veríamos bajo la

aparición de la galaxia de la que antes he hablado, es decir, como individuos dotados de saber y de un cierto grado de belleza.

Los dos aspectos son verdaderos. Un ser humano por fuera puede aparecer con un rostro bello y un cuerpo proporcionado, por dentro está lleno de vísceras, sangre y secreciones. Este ensayo podría extenderse, con toda verdad, hablando sobre la belleza de Lucifer y de sus ángeles rebeldes. Ciertamente, pero también podemos tornar a mirarlos bajo el aspecto de su deformidad repugnante. Las dos facetas son completamente verdaderas. Podemos revisar de arriba abajo el infierno bajo sus valores positivos o bajo su aspecto moral repugnante.

Ciertamente que en averno hay una *regio civilizata* y otra más cavernosa, una región menos mala y otra situada más en el fondo. Pero, al mismo tiempo, podemos observar al infierno bajo parámetros que nos lleva a verlo todo él como jerarquía de conocimiento y de buenas relaciones sociales. O podemos observarlo bajo parámetros que nos hace verlo entero como una gran caverna espantosa. Las descripciones del tártaro siempre se moverán entre estas dos formas de observarlo y las dos formas son verdaderas. Incluso la Biblia nos da muestras de ello con un Leviatán con el que juega el Creador (salmo 104, 26), o con el canto al Behemot cuya fuerza se elogia (Job 40:15-24).

Después de haber puesto nuestra mirada en el fondo del abismo, puede parecer sorprendente que afirme yo que el castigo de Dios es el más bello de los castigos, el más elegante, el más bondadoso. Pero es así, el infierno es una realidad ambivalente: el Bien del infierno y el Mal del infierno. Podemos insistir en valorar sus aspectos armónicos o podemos insistir en su horror. Podemos detenernos en examinar los gozos que hay en él o

podemos examinar con detalle sus sufrimientos; allí hay vida y muerte; amistad y odio; verdadero conocimiento y deformación. Es un lugar de oscuridad (moral), pero también hay una luz nocturna, una luz natural de aspecto lunar. Lucifer es bello y es repugnante.

El infierno no solo es una región, es un reino: con sus leyes, con su propio espacio físico (las tierras del averno), con su historia. Es un lugar de vida y muerte. Pero más vale vivir allí que dejar de existir. Pero quede claro que el infierno no es un mero duplicado de esta tierra. Sino que es un reino de los que viven sin esperanza, habitada exclusivamente por seres moralmente contrahechos, gravemente deformes. No en vano, “juicio” en griego se expresa con la palabra “separación”.

Separación, pero presencia del bien natural. Dios no es cruel. Lo repito, el castigo de Dios es el más bello de los castigos, el más elegante, el más bondadoso. Dios castiga como quien es.

Si respondemos correctamente a la pregunta de quién es Dios, a qué Dios estamos adorando, qué Dios es posible –las leyes de la metafísica nos muestran que solo un Dios es posible–, entonces las opciones de lo que puede ocurrir en la realidad se acotan extraordinariamente cuando hablamos de la salvación y la condenación eternas. La condenación eterna es una realidad tan extrema que podemos desechar toda opción que implique crueldad por parte de Dios. Y, por el contrario, podemos aceptar como más probables aquellas opciones que, sin negar el misterio revelado de la condenación eterna, la hagan más humana. Es decir, sin duda será una condenación digna de los hijos de Dios que en ella se ven obligados a vivir. La realidad del infierno tiene que ser humana, no inhumana.

Los años no han hecho otra cosa que consolidar en mí la misma conclusión a la que llegaron Aristóteles y Santo Tomás de Aquino de que solo un Ser Infinito es posible, un Ser Infinito solo puede ser de una única manera. Y si eso es así, del mismo modo la cerrazón al Bien Absoluto sigue unas reglas tan fijas como lo son los principios de la trigonometría. Únicamente es posible un tipo de condenación eterna que no peque de deficiencia (ya no sería el infierno) ni de exceso (sería el infrafierno).

Aunque únicamente existiera un solo ser personal condenado o se multiplique el número de réprobos por millones con todas sus variantes e historias personales, la psicología y la vida de un demonio se moverá dentro de unas reglas esenciales. No importa que esos individuos se sumerjan más en el abismo del Mal, las leyes que rigen el infierno son reglas fijas que surgen de la intersección entre el obrar del Ser Infinito –obrar positivo o permisión–, y el obrar (personal y comunitario) de esos seres malignos. Obrar este último que se encuentra con la imposibilidad de no seguir existiendo. Esa imposibilidad es como un muro. Un muro que, en ocasiones, les oprime, les aprisiona, les hace sentir encarcelados a la existencia.

Las leyes físicas rigen la vida de todos los vivientes de nuestro planeta. Eso me parece formidable: Las laderas nevadas de una cumbre rodeada de bosques y arrollos, donde vuelan las águilas y corren los ciervos, se rijen por las mismas leyes de la física que rigen las profundidades de una cueva inundada por un agua donde caen los cadáveres de los cientos de murciélagos colgados de su bóveda de roca. Tanto el águila que surca los cielos azules como esos pobres murciélagos, tanto el agua cristalina y fresca que se desliza suavemente en regatos sobre la cumbre como el fondo lodoso de esa cueva, se mueven dentro de

las mismas leyes físicas. Se mueven en ellas sin poder salirse de ellas. El águila y el gusano están sujetos

Si bien esas mismas leyes físicas básicas incluyen toda una apasionante arquitectura por la que las leyes menores no se aplican del mismo modo siempre y en todas partes. Lo que parece una excepción, una irregularidad, se sigue rigiendo según las normas de rango superior. En los astros, por muy errática que parezca una órbita, siempre descubriremos, en su excentricidad, las mismas reglas matemáticas del genial del Arquitecto Supremo. La matemática rige tanto las órbitas más circulares como las más excéntricas. Si hay toda una perfecta estructura matemática detrás de los hechos orbitales que puedan parecer más irregulares, así también en el infierno y el cielo se rigen por las leyes de la lógica. En el cosmos hay leyes superiores que rigen las leyes inferiores, leyes que rigen lo pequeño y lo grande. Lo mismo sucede en el reino de la salvación y de la condenación: ese imperio alcanza a lo grande y lo pequeño.

El mismo Arquitecto que creó los pilares de la Tierra y las reglas universales de la vida, que fundó primero la Humanidad y determinó después qué cimientos tendrían la construcción de la Iglesia. Es el mismo Señor el que determinó con la recta regla de la lógica los fundamentos pétreos sobre los que erigiría los muros y columnas del averno. Grande fue Él al crear los inmensos océanos y al delinear sobre el papel el plano del infierno, el plano esencial, su perímetro, sus regiones. Y yo le adoro por lo uno y por lo otro. Le ensalzo por crear la frágil mariposa que solo abre sus ojos a la luz durante una semana, para después desaparecer para siempre. Le alabo por eso y le alabo por otorgar siglos de siglos sin fin a Satanás. Creador de frágiles mariquitas y de férreas cadenas.

La altura de las cumbres del Bien y la profundidad de los abismos del Mal están dominadas por la lógica, por la objetividad de las reglas que ya fueron descubiertas por los griegos al descubrir las “matemáticas” de los silogismos.

Desde la pregunta ¿a que Dios adoro? Si vamos descendiendo, razonamiento a razonamiento, hacia respuestas menos acertadas, vamos dando lugar, paulatinamente, a verdaderos errores. Los pequeños errores, al final, nos conducen a otros más grandes; y, finalmente, a situaciones lamentables como aquellas en las que los inquisidores cristianos recorrieron la Cristiandad. Podemos pasar de adorar al Jesús que es Amor a quemar a nuestros hermanos en las hogueras. Las operaciones mentales equivocadas nos pueden conducir muy lejos en nuestra desviación. Podemos acabar quemando a los herejes, ¡cuando ni siquiera Dios abrasa a los demonios! Al final, por Dios, podemos acabar alejándonos de Dios.

A través de concatenación de arduos razonamientos equivocados, el modo en el que entendemos el infierno puede acabar conformando nuestro mundo real. No hay que creer que los razonamientos retorcidos y crueles serán los que con más dificultad van a prevalecer. No, en ocasiones, lo más retorcido e insensato es lo que prevalece y se multiplica. El error más venenoso puede ser el que con más éxito se ramifique.

Construir el infierno sobre la tierra, bien para un reducido grupo de víctimas, bien a nivel colectivo más amplio, ha sido uno de los caminos para ir al cielo que algunos se han propuesto con cierta infausta frecuencia. Tanto los creyentes como los ateos periódicamente nos quieren llevar al cielo ultraterrestre o al paraíso terrestre pasando por el infierno. Y aunque, ciertamente, cualquier infierno transitorio que pueda ser levantado en este mundo siempre tendrá características radicalmente diversas

al infierno eterno, no debemos olvidar que, para la víctima, buena parte del peso de sufrimiento que sufre en un calabozo estriba en su carácter de indefinición en cuanto a la duración de ese estado de cosas: el presente es constante y, a veces, el final no se vislumbra por ninguna parte.

En ese sentido, los infiernos transitorios nos ofrecen una aproximación a la existencia de un ser pensante que, de forma continua, se duele sin esperanza. Ciertamente que no sufre de igual manera un viador siendo bueno que siendo malo. No es igual el sufrimiento que tiene su causa en el interior del individuo, que el que proviene de fuera. Entre ambos infiernos (el transitorio y el perpetuo) hay puntos de coincidencia, aunque también rasgos, no pequeños, que los diferencian. El dolor es dolor en un caso y en otro. Pero la eternidad confiere a cualquier pena un peso apabullante. Eso sin contar con que la tristeza que proviene del mal interno es, qué duda cabe, cualitativamente distinto de la tristeza que sufre un alma buena.

Incluso el viador que, tras años de prisión, se halla completamente convencido de que sus torturadores no le dejarán nunca en todo lo que le quede de vida, incluso en ese caso, en el cielo de ese recluso, brilla una leve luz de esperanza. Leve luz que ya no existe tras cientos de años en la eternidad. Ciertamente que el réprobo puede engañarse y querer ver un cierto espejismo de luz de esperanza en su cielo: “Dios, al final, cederá y nos amnistiará”. Pero esos espejismos creados por la mente son temporales e imperfectos. La vida de un réprobo discurre bajo el peso de una eternidad sin esperanza. Las mentes crean espejismos, engañándose, pero la lógica se acaba imponiendo por sí misma; en unos de una forma más rotunda, en otros la deformación impide la aceptación de la verdad.

Como vemos, entre los infiernos temporales y el perpetuo hay puntos de concomitancia, pero se diferencian en la falta de esperanza, en la duración eterna y en la cualitativa mayor malignidad del condenado. Tres elementos que lo hacen radicalmente distinto. ¿Es el averno una cárcel? Sí, pero una prisión totalmente distinta a cualquier prisión. ¿Podemos torturar a alguien lacerantemente aquí en la tierra? Sí, pero nunca podemos provocar el sufrimiento cualitativamente distinto de la eternidad.

Lo que los réprobos no aceptan; o se resisten a aceptar; o si lo aceptan, la idea les causa repugnancia, es que el tártaro sea un regalo que el Padre Bueno les otorga. Los enfangados en el lodo de la iniquidad querrían y no querrían penetrar en la casa acogedora de ese padre de la Parábola del Hijo Pródigo. Unos quieren hollar esa casa, otros no quieren ni oír hablar de ella; la mayoría, unas veces anhelan eso, entrar; otras almas rechazan ese deseo. Si entraran, desde luego, lo harían como el hijo que vuelve al salón de casa y se sienta desafiante en el sillón, lleno de soberbia, de recriminaciones.

No, no se les puede abrir la puerta, la separación es necesaria. Pero, aunque no puedan entrar en la casa celestial, sí que se les concede, al menos, una casa: que ni está bajo tierra ni tiene fumarolas físicas que exhale azufre ni su cielo es de color rojo.

no existe modo de salir del infierno



En cierto modo, el infierno ni siquiera está cerrado desde dentro, sino que el propio yo es el infierno. Ya lo dijo Tauler: *Lo único que arde en el infierno es el ego.* El yo no puede salir del yo. El yo puede salir de cualquier lugar, menos del yo mismo. El Evangelio es un camino para cambiar el yo. Durante la vida en la tierra, se nos ofrece la posibilidad de cambiar nuestro modo de ser de forma gradual, suave.

Pero conforme pasa más tiempo, más difícil es cambiar. El niño es un espíritu con máxima facilidad para cambiar. Al espíritu envejecido cada vez le resulta más difícil. Hablo de “espíritu envejecido” porque hay personas jóvenes que ya han perdido mucha de su capacidad para cambiar, mientras que hay ancianos muy cristianos que siguen teniendo un alma de niños y siguen progresando.

Cierto que la capacidad de cambiar suele tener que ver con la edad biológica, pero no siempre. El alma, cuanto más llena esté de amor, más quiere cambiar y se esfuerza por mejorar. El alma envejecida en sus graves deformidades más y más va perdiendo esa capacidad de transformación. Por eso hay una gran sabiduría en el trecho de tiempo que el Creador nos ha concedido. Más tiempo ya rara vez supondría un cambio sustancial. La gracia existe siempre, Dios siempre está dispuesto a otorgar la gracia; pero, de hecho, las almas van petrificándose. Lo normal es que incluso las almas buenas acaben fijando un grado de amor en su espíritu y el paso del tiempo ya solo produzca cambios accidentales. Setenta u ochenta años de vida es un tiempo más que razonable para que se produzca la cosecha de los espíritus.

Alguno ya se ha petrificado en sus propios grilletes y cadenas que forman parte integrante de su espíritu. Alguno ya ha

convertido su alma en una cárcel oscura. La única forma de salir de esa cárcel sería extinguir el yo.

Un nuevo yo, de forma instantánea, podría habitar en el mismo cuerpo si borramos completamente todo lo que hay en la mente humana. Pero entonces habría que volver a partir de cero. El nuevo aprendizaje, las nuevas decisiones, forjarían otra persona: el individuo resultante sería otro individuo. Otro yo viviría en mi cuerpo, pero ya no sería yo. Sería un yo con nuevos recuerdos, con nuevos sentimientos, con una nueva psicología.

Es exactamente lo mismo que si a un enfermo con un tumor cancerígeno en el cerebro, ya muy extendido, el médico le dijera que ese órgano es irreformable y que le van a hacer un cambio de cabeza: “Le pondremos una cabeza de otra persona totalmente sana”. El enfermo diría: “Pero, entonces, no seré yo”. Evidentemente.

El ejemplo nos ayuda a entender que borrar todo lo almacenado en la mente y empezar de cero sería lo mismo que poner otra cabeza en un cuerpo. Sería el mismo cuerpo, pero ciertamente sería otro yo.

El alma es el soporte, borrar todo lo que hay sobre ese soporte, implica dejar el alma como una página en blanco. Lo que surja de allí será otro yo. El yo anterior se habrá extinguido. A lo mejor gozará de muchas felicidades ese otro sujeto, pero no seré yo. El yo precisa de un soporte, el alma. Y el yo incluye esa alma y ese cuerpo, dado que ese conjunto conforma una unidad. Pero el elemento realmente esencial del yo, el núcleo mínimo imprescindible, se halla en el alma. No es posible borrarla del todo y que perviva el yo.

Un enfermo de Alzheimer que no recuerda nada es como un hombre que ha tenido un accidente traumático que le ha hecho perder la mayor parte del cerebro y, aunque siga con vida, no recuerda nada ni sabe nada de su pasado, de su familia, trabajo o

estudios. Estos dos casos, se asimilan al que quiere abrir los cajones de su escritorio y ve que están cerrados con llaves y no sabe dónde está las llaves. En el cielo, una vez que recupere las llaves comprobará que todo está allí.

El que ha recibido una fuerte anestesia en el dentista y no recuerda, durante una hora, ni quién es ni dónde vive ni cuál es su familia, sigue teniendo el yo, aunque ese yo se halle oculto tras unas nubes; lo mismo que cuando dormimos y nos movemos en un sueño, en el que no sabemos quiénes somos. Una vez yo soñé, por ejemplo, que era un obispo anglicano. No importa si por un sueño, por enfermedad, por una anestesia, no recuerdo nada durante una hora o unos años: el yo está allí, oculto, pero está. Y, de hecho, al desaparecer las nubes, vuelvo a ser yo con mi carácter, mis virtudes y defectos. Pero si el borrado fuera perfecto, desaparecería ese yo.

Por eso el infierno no tiene puerta de salida: o la extinción del yo o seguir viviendo. El único modo de salir del infierno pasaría por la aniquilación del yo. El problema es que entonces no sería yo el que saliera, yo no saldría. Si quisiéramos sacar con ese método a todos los condenados del infierno, no saldría nadie. Literalmente, no saldría nadie.

Alguien podría objetar: “Pero el alma sería la misma”. Sí, pero el alma es el soporte del yo. Pongo un ejemplo, aunque no sea del todo perfecto, es solo una comparación: Si en una casa la familia tiene muchos problemas, riñen continuamente, llevan una vida desgraciada, alguien podría decir: “Muy sencillo, fusilamos a esa familia y recolocamos otra nueva en esa casa. Así tendremos no solo una casa feliz, sino esa casa feliz”. Todos nos damos cuenta del error.

Como se ve, el infierno existe únicamente si el rechazo es eterno. Si el rechazo es irreversible, no hay ninguna puerta física por la que salir. No hay posibilidad de amnistía ni de perdón.

¿Puede el Señor perdonar a alguien el que sea como es y quiera seguir siendo como es? Dios puede hacer como si no existiese la ofensa pasada, la deuda pretérita de esa alma. Pero Dios no puede hacer como que no existe ese yo, un yo que es rechazo y que produce actos de rechazo. No puede hacer como que no existe, porque existe.

¿se puede rezar por las personas que están en el infierno para que sufran menos?



Podemos rezar por los condenados en el infierno para que Dios les haga más llevaderos sus sufrimientos? Nuestro Maestro nunca nos ha enseñado en la Sagrada Escritura que hagamos tal cosa. Tampoco me parece que sería razonable estar toda la eternidad suplicando a Dios por ellos. Daría la sensación de que hay una situación del ordenamiento divino que conviene que sea subsanada, al menos parcialmente.

Cuando nosotros los viadores pedimos por los pecadores, nosotros nos santificamos. Dios ha permitido que nos asociemos a su obra de salvación. Y ese esforzarnos nos santifica. Pero no olvidemos que Dios ya sabe lo que le vamos a pedir antes de que lo hagamos. Y hay que ser conscientes de que Dios busca el bien del alma por la que pedimos más de lo que lo buscamos nosotros, porque el Señor es más bueno que el que le pide.

Dios **no necesita** para nada nuestras oraciones por los pecadores. Si Él ha querido **asociarnos a su obra redentora**, si ha querido injertar nuestras obras en su plan de salvación, es solo **por nuestro propio bien**. No nos necesitaba para nada para beneficiar a las almas. ¿A Dios le beneficia algo que construyamos en su honor una catedral? Absolutamente nada. Somos nosotros los que nos beneficiamos.

Ahora bien, esa catedral se convierte en causalidad para el Bien. Lo mismo sucede con la intercesión: produce un verdadero bien en las almas por las que oramos. La intercesión produce efectos de salvación, no es una ficción. Si intercedemos, se produce un bien. Si no lo hacemos, se deja de hacer.

Pero, tras el Juicio Final, ya no tendrán ningún sentido ni los ayunos ni las penitencias corporales ni los esfuerzos espirituales que practicábamos antes para la salvación de las almas. Porque se nos injertó en esa obra salvadora solo para nuestro propio beneficio, pues Dios sabía perfectamente lo que Él tenía que hacer, estrictamente no necesitaba que le insistiéramos en que Él hiciera bien a alguien.

¿Nos sirve a nosotros pedir por un condenado después del Juicio Final? No, ya no nos mejora esa acción. ¿Le sirve a Dios? No, Él sabe muy bien lo que tiene que hacer. Lo sabe y ama más a esa persona de lo que le amamos nosotros. Dios no necesita que le “ayudemos”. La famosa frase “Dios nos necesita”, tantas veces escuchada en boca de algunos predicadores, es completamente falsa. Dios no nos necesita. Dios no nos necesita nunca. Nos ha insertado en su obra salvadora, pero lo ha hecho como don a nosotros, no porque nos necesite.

Por lo tanto, parece más adecuado pensar que tras el reordenamiento de todas las cosas que tendrá lugar tras el Juicio Final, cada elemento quedará en el lugar, modo y manera que debe estar, porque ese reordenamiento de todos los elementos será hecho por Dios directamente. Y como el Señor todo lo hace bien, ya no tendremos que pedir nada a favor de nadie. Nada hay que reformar, mejorar o subsanar en lo realizado directamente por Dios.

¿Tendría sentido orar a Dios para que un alma del cielo tuviera más gloria? Está claro que no. Cada uno ya recibe lo que merece. En el cielo no hay ninguna injusticia, luego no hay nada que pedir. En el infierno, sí que hay continuamente injusticias, debidas a la compañía de los inicuos. Pero el alma sustancialmente sufre lo que tiene que sufrir, aunque accidentalmente haya subidas y bajadas en ese nivel de dolor espiritual. Como se ha explicado, las leyes del infierno actúan para que el nivel sustancial de sufrimiento se mantenga en la franja de lo razonable. Dios actúa directamente para mantener ese equilibrio. De modo que en el cielo y en el infierno, cada uno goza o sufre lo que es justo. Por tanto, repito que nada hay que reformar, mejorar o subsanar en lo permitido o realizado directamente por Dios.

De ahí que mi opinión es que no hay que rezar por ellos para que Dios les haga más llevaderas las penas del infierno: no hay que rezar por ellos ni ahora ni después del Juicio Final.

¿cuántos se han condenado en el infierno?



¿Nos podemos imaginar un Dios que creara almas y más almas a sabiendas de que todas han acabado y siguen acabando como pasto del fuego eterno? ¿Podemos imaginar una Bondad Infinita que sigue despertando a la existencia a millones de almas con el destino de sufrir perpetuamente? Resulta estremecedora la imagen de un Dios que es origen de un río de almas que desemboca en un lago de fuego.

No se puede responder a esto con un sencillo: “Así lo han querido ellas, así lo han decidido de un modo libre”. Si las cosas fuesen así, el Señor cerraría el grifo de la creación de espíritus. La

participación en su propia felicidad divina **es el eje alrededor del que gira** el acto de otorgar conocimiento racional a otros seres.

En algunas concepciones de la existencia de la Humanidad, Dios aparece como expectador del destino de su creación. Como si la justicia ciega fuera el eje vertebrador de ese acto de omnipotencia, impasible al sufrimiento. Como si un Dios neutral esperara a ver qué resulta de las semillas de libre albedrío que ha sembrado. Esta errónea concepción teológica da como resultado un Dios que es mero espectador del infierno.

Mientras que si la razón para comenzar el proceso creativo es compartir su propia felicidad, es lógico que eso dé lugar a entender a la Divinidad como un Dios que interviene. Todo cambia si cohesionamos el acto creador alrededor de la Justicia en vez de alrededor del Amor. Por eso la fe cristiana, desde el principio, no solo ha creído en la Omnipotencia, sino también en la Providencia: un Señor que toma todas las disposiciones anticipadas para lograr mi bien y para frenar el mal que me puede suceder, un Padre que cuida de todos sus hijos, un Padre amoroso que me protege como si yo fuera su único hijo sobre la tierra.

No, esta realidad tierna y amorosa no se compadece con la hipótesis de un Dios que crea a toda la Humanidad para una desventura eterna. Espantosa e irreal la imagen de la familia humana como un río constante e inmenso de almas que desemboca en el infierno, y en el que la salvación sería la excepción, como unos cuantos diamantes extraídos de la ganga que se desecha. Inhumana la concepción de un Dios que, antes de crear las almas, decidiese por su sola voluntad: “Tú te salvas, tú te condenas, vosotras tres os condenáis, tú te salvas...”. Esto ya no lo cree nadie, pero ha habido épocas en las que algunos grupos cristianos heréticos así entendían que obraba Dios.

Con esto no estoy negando el misterio insondable de las permisiones divinas ni el núcleo de la disputa *de auxiliis*. Pero ese misterio de la Voluntad Divina ha de entenderse, debe entenderse, desde la seguridad de que es la donación de felicidad como eje de todo lo demás. Todas las realidades giran alrededor de la vida intratrinitaria. Todas las realidades históricas, bíblicas o teológicas giran alrededor de la realidad esencial de unas Personas Divinas que buscan donar felicidad porque Ellas mismas son donación de ese amor. Eso es válido para todo y para todos. No hay realidad de ser que escape a esa realidad esencial: Dios es donación de Amor.

Si la visión de un Dios expectador neutral era totalmente inadecuada, la visión de un Dios predeterminador de la condenación resulta todavía más incompatible con la Esencia Divina. ¿Cómo se puede pensar eso de Aquel que, al crear, solo quiso compartir su felicidad? Con razón que algunos, a lo largo de la historia, más que rechazar a Dios han rechazado la errónea concepción de un Dios cruel, coartador de la felicidad en la tierra, predestinador de la condenación y que vuelve la espalda a los sufrimientos más espantosos del infierno. No pocos han tenido la imagen de un Dios que asa a sus hijos en una barbacoa. Ese personaje es más parecido al Diabolo que al Padre Celestial. Esos individuos han sufrido una determinada idea de Dios.

No podemos descartar que alguno haya podido sacudirse del cuello el yugo de la Iglesia, considerando que era mejor ser ateo y vivir en un mundo sin sentido, que vivir sometidos bajo la mirada de una crueldad infinita. Claro que muy pocos han caído en el ateísmo por liberarse de esta teología errada. Ya que prácticamente todos, en otras épocas, tenían claro que ese Dios Infinito era un Gran Misterio que solo sería comprendido en el más allá. La idea de un Dios infinitamente bueno (por más que

tuviera adherencias teológicas erradas) atemperaba cualquier teoría que, por sí misma, hubiera podido llevar a la desesperanza.

el número de condenados



He comenzado este ensayo del infierno con una reflexión acerca de la vida intratrinitaria, con una visión de Dios como donación, como felicidad. El acto creador es una continuación de la vida intratrinitaria. La Creación es un desbordamiento del amor de la Trinidad. Lo que ocurrió hacia dentro de un modo infinito ocurre hacia fuera de un modo finito. Lo que ocurre en su seno como generación y espiración ocurre hacia fuera como participación multiplicada por millones.

Esta vida intratrinitaria llena de calor y ternura resulta necesaria tenerla presente durante toda la reflexión para evitar que la escatología se articule alrededor de la mirada fría de un Dios neutral que se limita a mirar la hoja de resultados: tantos salvados, tantos condenados. Peor todavía la imagen de la barbacoa. Un Dios que es Madre jamás haría eso. Nuestra madre terrena no lo haría y Dios es más bueno que nuestras madres.

Por eso, si la mitad de las almas creadas tuvieran como destino la condenación eterna, esta sería una cifra horripilantemente alta. Si bajáramos la proporción, una cuarta parte de condenados seguiría siendo una cifra espantosa. Una décima parte continuaría siendo una cantidad excesiva.

Permítaseme enfocar este asunto crucial desde un punto de vista muy subjetivo: por puro sentido común, las cifras deberían estar muy por debajo del 1%. Puede parecer que es una razón poco racional, pero creo que el sentido común no es un mal enfoque para abordar este tema. Por debajo del 1% es una cifra que comienza a ser digerible, pero sigue siendo enorme. Yo,

como párroco, he conocido, más o menos, a los mil habitantes de mi parroquia, un pueblo descristianizado de la España del siglo XXI. Sé cómo pueden ser de malas las peores diez personas entre ese millar de habitantes. Y, habiéndolos conocido, considero que la proporción del 1x1.000 sigue siendo demasiado alta.

Mi personal opinión es que se condena una proporción indeterminada situada por debajo del 1x10.000. No pensemos que la cifra resultante es pequeña: si solo se condenara una persona de cada diez mil, en una Humanidad de 7.000 millones (escribo en el año 2019), supondría que en el infierno hay 700.000 personas, solo provenientes de la presente generación.

Perdóneseme el haber sido tan burdamente concreto en estas consideraciones. Pero si yo hubiera afrontado este interrogante de forma más “seria”, mi opinión no hubiera quedado tan clara. No pido que todos piensen como yo respecto a la proporción de réprobos. Pero, después de haber escrito tantas páginas sobre el infierno, he estimado que mis lectores albergarían una cierta curiosidad por conocer mi personal pensamiento, y por conocerlo sin ningún tipo de rodeos. Si Dios nos hubiese revelado cuál es el índice de condenados nos ofrecería con seguridad el conocimiento de cuáles son las proporciones del infierno.

No cabe duda de que, en las Escrituras, Dios ha ocultado, a propósito, esa proporción de condenados. Considero que lo ha hecho porque si los hombres hubieran conocido cuan baja es la proporción hubieran sentido acicate para pecar más: “Pequemos, que casi nadie se condena”. Aunque hablar de proporción baja o alta es algo relativo: ¿acaso cualquier proporción, en cierto modo, no es demasiado alta? ¿Qué es, en realidad, una proporción baja? ¿Veinte réprobos eternos no sería acaso una tragedia inmensa?

Desde luego, por cada diez mil seres humanos, sí que hallamos sujetos de una maldad intensa, maldad querida y abrazada con toda la voluntad. Aunque, probablemente, incluso la mayoría de esos individuos tan malvados se convierten en la iluminación del último momento de la vida, cuando los velos del más allá se van descorriendo.

Qué terrible visión del más allá y de la Humanidad la que aquellos que sostuvieron la opinión de que la mayoría de los hijos de Dios se condenaban. Una mera cuestión de número como esta, sin duda, deforma la idea que uno tiene de Dios.

Me gustaría darle algunas vueltas más al asunto de las proporciones del averno. Si se condenara el 0,5% de 7.000 millones de habitantes de la tierra, eso significaría que en el infierno hay 35 millones de réprobos por toda la eternidad. Si se condena uno de cada mil seres humanos, eso significaría que el infierno tiene 7 millones de moradores.

Me puedo imaginar un infierno con esa cifra. Entra dentro de lo que considero como parámetros razonables, a pesar de lo subjetivo de esta afirmación. Pero también me puedo imaginar un infierno con 5.000 condenados o, incluso, con la mitad. Un infierno que va de los 3 millones a los 2.000 condenados me parece razonable. Sí, también es posible un infierno reducido a un pequeño grupo de irreductibles, veinte o cincuenta. Las Escrituras sí que dan cifras de ángeles (miríadas de miríadas), pero nunca de demonios. Se nos dice que existen los demonios, pero nunca se nos ofrece un número. El hecho de la condenación eterna es objeto de nuestra fe, la proporción no. El infierno es objeto de nuestra fe, sus dimensiones no. El infierno sí, el cómo tampoco;

salvo unas pequeñas, pero certeras, pinceladas: fuego, azufre, gusano que nunca muere.

Esas pinceladas, sí que nos ofrecen luz acerca del cómo. Poner esos versículos juntos, unos al lado de los otros, y reflexionar sobre ellos es algo a lo que nos invita el texto bíblico mismo. Este ensayo es fruto de esa incitación de las Escrituras. El Texto escrito por la Mano de Dios es una puerta que nos invita a pasar adentro con humildad. La invitación es para todos: pasar adentro del averno bíblico para evitar pasar adentro del tártaro real. Recorrer el infierno de las Escrituras, para no tener que vagar una eternidad dentro del perímetro del Hades.

Únicamente Dios sabe la cifra de condenados. Es una cifra concreta que se completará un día. A través de las tenebrosas puertas de las que no hay retorno no entrará ni un alma más ni una menos. Ni una menos, porque la Sabiduría Divina conoce ese triste número de los que no están inscritos en el Libro de la Vida. Dios no predeterminó a nadie a ese lugar, pero conoce el número. Él sabe el número no de los que pueden transpasar el umbral de esos portones de tiniebla, sino que sabe el número exacto de los que lo harán. Hasta el último momento serán libres. Pero el Altísimo ya sabe qué nombres no están inscritos en ese Libro.

Aunque cualquier teólogo teórico podría haber descubierto en sus cavilaciones la posibilidad de un estado permanente de impenitencia, eso hubiera sido algo hipotético. Sabemos que existe el infierno únicamente porque Dios nos lo ha revelado. Es una verdad tan espantosa que soy muy comprensivo con aquellos que por ignorancia inculpable aseguran enérgicos que no les entra en la cabeza la posibilidad de que exista la condenación eterna, sea del tipo que sea.

Incluso veo que es más cristiano, más acorde al mensaje del Evangelio, tomado en su integridad, más acorde al espíritu que recorre sus páginas, la posición de aquellos que piensan que no hay nadie en el infierno, que la de aquellos que han arrojado a sus llamas a la mitad de la Humanidad o a una cuarta parte de ella.

En mis discusiones con algunos, siempre hay quien menciona que tal santa o tal místico vio caer continuamente las almas en el infierno como las hojas de un bosque. No dudo que los místicos recibieran este tipo de visiones, pero son imágenes materiales de lo invisible; visiones que son como una predicación. Tampoco, en la realidad, hay unas vírgenes con unas lámparas materiales ni el aceite es físico ni el gusano que nunca muere es un animal tangible. Así que las visiones de los santos son respetables y provechosas en el campo de la conversión personal. Pero no descorren el velo de este misterio acerca de la proporción de condenados.

Sí que resulta notable que, cuando se revela la realidad del infierno en el Apocalipsis, hay una voluntad de no desvelar nada, absolutamente nada, acerca del número de condenados. Del modo más velado posible se nos dice que los condenados arrojados a ese fuego son tres:

Y el **Diablo** que los había engañado fue arrojado en el lago de fuego y azufre, donde la **Bestia** y el **falso profeta** estaban. Y serán atormentados día y noche por edades de las edades (Ap 20, 10).

Ahora bien, no es voluntad de la Escritura afirmar que solo hay tres condenados en el infierno. Primero de todo, por orden de evidencia, porque la Bestia no es una persona, es una sociedad. Sobre este tema se puede consultar mi obra *La grande y fuerte Babilonia* donde realizo una detallada exégesis de esta figura de la Bestia. Figura cuya interpretación está desvelada por Dios mismo en el profeta Daniel al dar la interpretación de las cuatro

bestias. Luego, sin ninguna duda, san Juan al afirmar que la Bestia es arrojada al fuego eterno se está refiriendo a una sociedad.

En ese caso de Apocalipsis 20, por Bestia (en griego, *zerion*: bestia salvaje) debemos entender la sociedad de los que se aferraron, hasta el final, a los postulados de guerra, odio y esfuerzo por causar sufrimiento que tuvo la Bestia sobre la tierra. En ese sentido, la Bestia es la antítesis de la Iglesia. El cuerpo de la Bestia forma una unidad con los individuos que la conforman, del mismo modo que la Iglesia forma una unidad en su cuerpo místico. En la palabra “Bestia” se ofrecería una contraposición entre la Iglesia y la anti-iglesia, entre el *corpus reproborum* y el *corpus mysticum*. En ese versículo no se da una lista de condenados, sino que de una sola vez se nos dice que en el Juicio Final serán separados de los buenos aquellos que han permanecido pertinaces en unirse a esa sociedad de réprobos. Cualquier lista sería incompleta, la palabra *zerión* (bestia salvaje) los engloba a todos. Es ese *zerión* el que es arrojado al fuego eterno. Que no hay voluntad de dar una lista completa se observa en que no aparece el nombre de Judás Iscariote.

Y de esta misma manera hay que entender también la palabra “Diablo” en ese versículo de Apocalipsis 20, 10: por él se entiende, él y todos los demonios de los que es cabeza. Ese versículo no menciona listas de nombres, sino que afirma que dos sociedades enteras son arrojadas a ese lago: el *Corpus reproborum* y el *Corpus Diaboli*, dos cuerpos místicos, dos sociedades: los que componen el cuerpo del Dragón y los que componen el cuerpo de la Bestia.

El otro que también es arrojado al lago de fuego es el falso profeta. ¿Porqué esta figura del Falso Profeta tiene tanta importancia como para ser mencionada en un versículo tan

trascendental? ¿Y quién es ese falso profeta? Mi opinión es que el Anticristo, además de ejercer de cúspide del poder civil, ejerce como Falso Profeta. Es decir, el Anticristo y el Falso Profeta son la misma persona. No descarto de forma absoluta que sean dos personas, porque el texto no lo afirma expresamente, pero todo apunta a que es el mismo individuo.

Cuando se afirma que se condenó el Falso Profeta, eso admite dos lecturas: que solo se condenó él o que se menciona su persona como si fuera simbólicamente la cabeza de todos los falsos profetas de la historia.

Considero que a su figura hay que aplicar los mismos criterios que a las dos anteriores. Si el Diablo y la Bestia son aquí entendidas como dos grupos, también el Falso Profeta es cabeza preeminente de todos aquellos que, a lo largo de la historia, han ejercido un ministerio religioso inficcionado por la iniquidad que los ha llevado a propagar un falso mensaje. El daño de los falsos profetas no solo mereció ser mencionado en el Evangelio: *Muchos falsos profetas se levantarán y desviarán a muchos* (Mateo 24, 11); sino que hay una insistencia en el final del Nuevo Testamento (en las últimas epístolas de los apóstoles) en advertir del mal que van a hacer estos sujetos a los que san Juan llama “anticristos”.

Los que ejercen el ministerio religioso para mal, de un modo radicalmente corrompido, realizan un tipo de iniquidad cualitativamente distinta de aquellos que solo buscan satisfacer sus apetitos humanos (codicia del Poder, riquezas, lujuria) con medios humanos. Los pseudoprofetas buscan satisfacer sus apetitos con medios idolátricos, mágicos o, incluso, religiosos. Por eso merecen una mención aparte, pues es como si estuvieran situados a medio camino entre lo humano (la Bestia) y lo demoniaco (el Diablo).

Hago notar que en este grupo de falsos profetas no solo hay que situar a los ministros corrompidos (de cualquier religión), sino también a los ya expresa y formalmente satánicos. El Diablo, a veces, se ocultará bajo el ministerio de un ministro cristiano; otras veces, se obrará y hablará a través de un siervo humano suyo que le rinde culto abiertamente. Del mismo modo que los apóstoles y los verdaderos profetas fueron pocos, también los pseudoprofetas son pocos. Pero los verdaderos profetas hicieron mucho bien, muchísimo bien, y los otros mucho mal, un mal extraordinariamente desorientador. Unos predicaron el Buen Camino, los otros el camino hacia el abismo. Eso es muy distinto del mero afán de las riquezas, del Poder o de la satisfacción de los apetitos. Por eso son mencionados, no por su número, sino porque cualitativamente merecen una mención expresa por su influencia. Judas Iscariote estaría situado en este grupo. Como se ve, en esas tres figuras, el Diablo, la Bestia y el Falso Profeta se revelan tres grupos de individuos.

Lo terrible sería morir y descubrir que uno mismo es el único condenado al infierno. Sabemos que eso no es así, porque, como se ha visto, en la Biblia, se ha revelado la condenación de dos sociedades. Digamos “dos sociedades” porque tanto el grupo maligno del poder civil como el grupo maligno del poder pseudoreligioso conforman el *Corpus reproborum*.

Ahora bien, ¿nos podemos hacer una lejana idea de la desolación que tendría un individuo si descubriera que tras toda la historia humana él es el único condenado entre todos los hombres? ¿Nos podemos imaginar, ni siquiera lejanamente, lo que sería una eternidad en la más absoluta soledad sin poder dejar de existir? Al horror de la desesperanza, se uniría el aislamiento.

Imaginemos, por un momento, que, al acabar toda la historia, solo hubiera habido un único condenado eterno. Que, de entre todas las glorias y las almas, solo ha habido, finalmente, un condenado: un solo demonio o un solo hombre. No cabe duda de que el sufrimiento se centuplicaría por ese solo hecho. ¿Podría resistirlo? Sería una situación peculiar: un condenado sin infierno.

En un caso así, no tengo la menor duda, de que Dios compensaría la extrema soledad con ayudas externas y gracias naturales internas. Pero la compensación quedaría limitada por razones objetivas que ya se han explicado. ¿Hasta qué punto un réprobo puede soportar la ayuda divina? El sujeto (el vaso que recibe) impone límites más allá de los cuales el recipiente se agrietaría por su furia.

Lo que no es esta obra



Al leer este largo ensayo sobre el infierno, no faltarán católicos de tendencias de un cristianismo liberal-progresista que me acusen de creer en un Dios cruel, y que califiquen mi pensamiento de un mero desarrollo de la escolástica tradicional, aplicándome aquello de *parvus error in principio...*: si partimos como base de la *Summa Theologica*, al final, llegamos a las *Leyes del Infierno*. O, dicho de otro modo, partiendo del Aquinate, sin salirse de sus moldes, *Las leyes del infierno* es una de las construcciones teológicas que se pueden realizar.

Tampoco faltarán católicos del ala más tradicionalista que me acusarán de aplicar una mentalidad relativista al esquema tomista. Manteniendo las mismas afirmaciones de santo Tomás, pero con un desarrollo tanto en moral como en escatología que lleva a mantener el magisterio eclesial, pero releyéndolo. Para los

tradicionalistas solo un determinado tipo de relecturas son aceptables.

Con los cristianos modernistas, no es posible el diálogo. Pues ellos mismos rechazan la construcción silogística, pasando a elaborar ellos concepciones más bien basadas en los sentimientos. Con los tradicionalistas, sí que es posible el diálogo en el campo de la razón. Algunos de estos rígidos conservadores me acusarán de lo siguiente –no me importa proveerles ya le la munición; no me importa el estructurar sus futuras acusaciones, aun con la obra inédita–; lo repito me acusarán de lo siguiente:

- de ofrecer una nueva versión de la Tesis de la Opción Fundamental
- de afirmar que algunas personas siguen con vida y ya están condenadas
- de afirmar que Dios no es Omnipotente al decir que no puede salvar a algunos
- de ofrecer un infierno demasiado ligero

¿Qué puedo responder antes de que levanten su índice reprobador? Formulad la posición contraria a cada una de estas acusaciones y yo la acepto de antemano: el pecado grave condena, mientras hay vida hay esperanza, Dios puede salvar a cualquiera, el infierno es terrible. Acepto todos estos polos opuestos porque tanto mis afirmaciones como sus contrarias son verdaderas con los matices adecuados.

Y es por eso por lo que resulta tan fácil que, reforzando una sola afirmación, perdamos la visión del conjunto. No es que una afirmación no sea verdadera, no es que sea yo un relativista, sino que veo que la verdad del conjunto complementa, matiza, refuerza y suaviza otras verdades menores. La herejía se basa en una verdad menor que ha perdido el equilibrio de la verdad mayor que es la entera armonía de verdades: véase la doctrina de la gracia en Lutero, o la sinodalidad en la herejía conciliarista, etc. Incluso en los herejes, las frases sueltas suelen ser verdaderas, pero la teología es una verdad sinfónica. Lo mismo pasa con el infierno:

cada afirmación escriturística se inscribe en una verdad que conforma una estructura armoniosa. El mismo coro de los Padres de la Iglesia no es una entidad independiente, sino parte de esa continuidad.

No conocéis el sabor árido del polvo

el suelo raspa, el vientre arde

Sobre tu vientre te moverás y polvo comerás.

Génesis 3, 14



Morir... dulce palabra. Me vanaglorié de haber logrado hacer morir al Mesías. Ahora... yo mismo desearía probar el licor de esa copa. No ambiciono imperios. Solo la embriaguez de esa copa que nos hace perder la consciencia. Ese cáliz sería para mí el el mayor de los tesoros. No me importaría ser crucificado con tal de lograr el sueño eterno. Yo le di, irónicamente, lo que ahora tanto anhelo para mí. Morir... lo único que no puedo hacer. He dado muerte, he repartido tanta muerte. Mas yo estoy condenado a existir.

Morir, morir, morir, morir, morir.... ese verbo se transforma en un martilleo que resuena en el eco de mi mente. Quise brillar como el sol. De acuerdo, pero esto es excesivo. La cabeza le dolía. Todo su espíritu le dolía. La Gran Serpiente se revolvió, una y otra vez, sobre sí misma. Su cuerpo se deslizaba formando un gran nudo que nunca llegaba a apretarse.

De repente, se abalanzó hacia afuera. Aquello era como una profunda madriguera, estrecha y oscura. La colosal Anaconda se dirigió hacia a las más poderosas serpientes. Detrás de ellas, se situaban, jerárquicamente, los tronos y dominaciones que dependían de ellas. Más lejos, hasta perderse en la lejanía brillaban con su luz oscura los distintos niveles de demonios. Este

mundo infernal se asemejaba a una galaxia con miles de millones de puntos. Con estrellas oscuras más imponentes en la parte central.

No era frecuente que el Diablo se dirigiera a todos sus súbditos. Era parco en el número de sus intervenciones, en parte porque quería hacer caras sus palabras. En parte, porque, a menudo, estaba suficientemente desmoralizado como para intentar enardecer a sus seguidores.

Los ojos de Belcebú miraron hasta el horizonte. Sus súbditos... bien sabía que muchos no se consideraban tales. Tenía adoradores, sí. Pero había quienes se reían de él. Y eso sin contar con que, meses antes, dos facciones se habían rebelado contra su autoridad, y que se sumaban a los otros cuatro grupos disidentes que ya existían desde hacía siglos. Todos estos grupos rebeldes contaban con menos del 4% de los seis millones de demonios existentes. A los amotinados había que aislarlos. Sumarse a ellos implicaba cortar todo contacto con el grueso de las filas demoniacas.

Con el pasar de los siglos, no pocos de esos sublevados retornaban. En unas épocas había más defecciones, en otras menos. Ellos estaban divididos. Unos consideraban que la sociedad demoniaca debería ser de una manera, otros de otra manera; ni entre ellos se ponían de acuerdo.

Belial, con su tamaño gigante, con su aspecto pesado y abotargado, comenzó a hablar:

–Sin Dios no se entiende el infierno, eso hemos escuchado siempre. Es un error. Y nosotros, los que nos hemos consagrado, con no pocos sacrificios –sonrió–, a cultivar la verdadera ciencia, sabemos que Dios está sobredimensionado.

¡Hay un Dios del cielo y un Dios del infierno! ¡Hay un Rey de las alturas y un Rey de los abismos! Si Él es Señor de los que llama bienaventurados, ¡siervos!, yo soy Señor de los libres.

Un poderoso trono exclamó:

–Si hay un Creador de los ángeles, también hay un Creador de los demonios. ¡Gloria a ti, Portador de la Luz!

El Diablo no hizo ningún comentario, se sonrió. Tras las aclamaciones, prosiguió:

–Hay una Trinidad en eso que, llenos de soberbia, llaman “los cielos”. Pues bien, también aquí hay una trinidad. La Trinidad del infierno soy yo. En mí está la procesión infernal. Yo estaba al principio del evo, y mí ser forjó el Conocimiento del Mal. Y de ese entendimiento se alzó, poderoso, el Odio.

Mal... Mal... Eso que ellos llaman “Mal”, no es otra cosa que la verdad. Eso que llaman “odio”, no es otra cosa que la lógica y natural aversión a la opresión del Creador. Yo soy la trinidad de este mundo. Tres características en una sola persona. Aquí tenéis lo que ellos tienen allí. No os falta nada, aunque ellos hayan creado el mito de que en esa otra “región” reina una felicidad indescriptible. ¡Ja! Felicidad... indescriptible. Fantasías. Cuentos de hadas.

Lo que algunos de vosotros creen que es Dios es un mito. Lo vimos en el Juicio Final como una mera manifestación de Poder, no cara a cara. Nos dijeron que esos velos eran necesarios. Ellos lo dijeron. Claro que eran necesarios: para no ver sus limitaciones. Él es tan solo un espíritu. Yo también lo soy. Él tiene Poder, yo también. Él es bueno. Sí que lo es de acuerdo a su escala de valores. En nuestra escala de valores, nosotros somos los buenos. O, mejor dicho, reconocemos que no somos buenos, pero ellos son peores.

¿Que nosotros odiamos? En su escala de valores, el amor a la libertad es odio. Pues si lo quieren llamar así, no hay problema. Sí, odíamos como seres libres, antes que someternos como corderos. ¿Sufrimos? Sí. ¿Pero creéis que ellos no sufren detrás de su hipócrita máscara de beatitud?

Un ángel rebelde pidió permiso para hacer una pregunta. Se notaba que era un pobre desgraciado que tenía en la más alta consideración a Satanás.

–Habla.

–Majestad, sabéis que os adoro con toda sinceridad. Pero hay una duda que me corroe. ¿Entonces por qué fue la Voluntad del Innombrable la que se llevó a cabo en el Juicio Final? ¿Por qué su sentencia se cumplió y fuimos separados de “los otros”? Durante el mismo juicio, la Voluntad del que se sentaba en el Trono se cumplía. No importaba que nos resistiésemos. Era inútil. Tenía todo el Poder.

–Tú lo has dicho –le contestó–. Fue una mera cuestión de Poder. Él tiene una escala de valores, nosotros otra. En ese juicio, no nos demostró nada. Todo se redujo a una mera imposición de su potencia y fuerza. Si, al final, esa es la razón última, tenemos todo el derecho a resistirnos.

Otro demonio quiso hacer otra pregunta:

–¿Pero, realmente, el Innombrable es tan poderoso?

–¿Has sondeado a Dios? –le contestó Satán–. ¿Has visto sus límites? Se oculta tras velos. Si su fuerza fuera tan grande, no dudes de que nos hubiera destruido. Es un Ser lleno de odio detrás de su máscara de bondad. El mito de su omnipotencia, como ese cuento de viejas de la felicidad suprema, es lo que hace sufrir a tantos de vosotros. La razón de vuestros sufrimientos está en que vuestros propios pensamientos os torturan. Vacíaos de esa Idea. Es una mera idea la que os aplasta.

El mero recuerdo de Dios es el último tormento con el que nos maldice. La liberación es vuestra tarea. No dejéis que os persiga incluso aquí. Con todos sus defectos, esta es nuestra Tierra Prometida. El Paraíso es una fantasía. Su cielo es simplemente el infierno superior. Hay un infierno de siervos, el de

allí. Y hay un infierno de demonios libres, el de aquí. Por mí se puede marchar el que quiera. No seré yo el que le retenga.

El demonio que antes había preguntado tenía cierta inquietud por hacer otra pregunta:

–¿Pero es Él el que nos mantiene en el ser, o hay otra posibilidad?

Satán sin inmutarse, respondió:

–Bien sabéis todos cómo los distintos razonamientos lógicos nos conducen a una conclusión: Él nos mantiene en la existencia. Ahora bien, ¿y si el mantenimiento de las existencias de los entes siguiera mecanismos que nos son desconocidos? ¿Y si existieran lógicas paralelas cuyas leyes no conocemos? Sé muy bien que todos estamos convencidos de que Él nos creó. Pero no podemos dejar de evaluar la posibilidad de que ese Ser, con su poder, nos insertara esa idea parásita en nuestro intelecto. El universo de los espíritus puede ser mucho más complejo de lo que creemos.

Satán miró abajo, sobre la faz de una llanura terrosa, carente de toda vegetación, había poco más de cuatro millones de seres humanos condenados. Estaban todos de pie, mirando hacia lo alto, hacia el inmenso ser espiritual que se manifestaba como un descomunal dragón-serpiente de vivísimo color amarillo con estrías negras que no dejaba de enroscarse una y otra vez sobre sí misma. Los ojos de pupilas verticales, ojos de color amarillo que tenían la intensidad de dos gemas, miraron a un ser humano situado en una especie de estrado de honor: un joven de pelo oscuro y barba, vestido con una túnica larga. Ese joven estaba situado entre una treinta de sujetos, pero él estaba en el centro.

Belcebú exclamó con orgullo:

–Aquí está nuestro querido Judas Iscariote. ¿Quieres añadir algo?

Judas se echó a llorar. Se acuclilló y ocultó su rostro entre las manos. El llanto que había sido silencioso se tornó en sollozos audibles.

–Vaya, hoy estás un poco bajo de ánimo. Y eso que te veo muy bien acompañado: cuatro papas y varios obispos. En fin, otro día será –y dirigiendo, de nuevo, su mirada a todos los presentes en general, añadió–: Bueno, os van a hablar mis dos adláteres. Vamos a iniciar una campaña contra el grupo de los seguidores de Ranstráfagar. Enviaremos a nuestros mejores eruditos, seguidos de los mejores negociadores. Vamos a emprender una batalla en toda regla. No esperamos que esa región angélica disidente regrese a nuestro trono. Por lo menos, no a corto plazo. Pero sí que estamos seguros de arañar unos cuantos miles de los que ya están descontentos con el guía que, erróneamente, han seguido.

Un coro de elogios, ya preparado de antemano, surgió de un numeroso grupo de espíritus cuya voz era bellísima. Satán hundió su cabeza entre sus anillos. Siguió presente, pero se había retirado a las profundidades de sus propios pensamientos. El primer príncipe demoniaco comenzó su discurso. Aquella reunión todavía se prolongaría media hora más. Iba a haber guerra, una guerra de intelectos, había que explicar a los presentes las que iban a ser las armas (los argumentos) de esa campaña.

La lucha iba a ser laboriosa. Lo primero era intentar restablecer los vínculos de comunicación quebrantados con esa región disidente. No se trataba de una región física, sino de individuos. Había que repartirse los cometidos. Había que hablar a todos y cada uno de esos rebeldes. Para no “agolparse”, era necesaria la coordinación.

Esos amotinados habían conformado una nueva obediencia y una nueva jerarquía. Pero bien sabían los príncipes del Dragón que los disidentes no estaban contentos. Resultaba más agradable estar con todos los demonios que no segregarse en un círculo más reducido.

En el reino infernal, siempre había existido una fuerza centrífuga a causa de la soberbia de los sujetos, la cual llevaba a la rebeldía; pero también se mantenía con vigor una fuerza centrípeta, pues nadie quería aislarse. Hasta ahora, Satanás había dado órdenes estrictas de cortar todo trato con los rebeldes. Lo cual se obedecía por miedo a ser incluido en ese aislamiento. Pero ahora esas comunicaciones se iban a reestablecer: iba a ser un ataque en toda regla.

También entre los espíritus malignos existía una historia de guerras civiles y de fortalezas individuales que se resistían a humillarse ante el Trono del Maligno. Hacerlo significaba admitir la reintegración bajo las condiciones del vencedor.

Uno de los generales de Belcebú iba a dar consignas concretas, pero antes una soflama:

—¡Demonios! Si queréis brillar como el sol, debéis arder como él.

las guerras entre réprobos resucitados



Siempre he dicho que, en el infierno, todo sufrimiento de las almas es espiritual. Ahora bien, ¿y después de la resurrección universal? Ya he dicho que, entonces, dos personas podrán tener una reyerta. Podrán morderse, arañarse o golpearse. Cualquier mutilación no puede ser permanente. Todo se puede regenerar. De lo contrario, el infierno tendría a la mayoría de sus habitantes no solo sin manos o tuertos, sino, incluso, sin las dos manos, las dos piernas o los dos ojos. Y eso no puede ser. No es posible que Dios permita que la mayoría de los humanos acaben ciegos y sin poder moverse toda la eternidad.

Así que todo daño corporal puede regenerarse. Probablemente, se regeneran con lentitud, pues es clara la tendencia de la providencia divina a que todo se haga según la

naturaleza, de acuerdo a las causas segundas. La idea de perfecta regeneración del cuerpo resucitado la veo como inevitable.

Pero esto nos lleva a otra cuestión: ¿son posibles guerras? ¿Es posible que haya grandes enfrentamientos armados entre réprobos resucitados? Las guerras entre demonios son intelectuales, pero los resucitados tienen cuerpo.

Dado que estoy seguro de que la Divina Providencia actúa para que no haya mutilaciones en las reyertas entre dos individuos, o para que estas sean muy inusuales y solo por un tiempo; con mucha más razón eso es válido para la guerra. Si Dios no actuara, el infierno sería una guerra continua. No se puede excluir que haya alguna batalla, para que los hombres vean adónde lleva su sinrazón y que ellos, dotados de libre albedrío, se autolimiten. Pero, aun existiendo la regeneración de los cuerpos resucitados, no parece razonable que la guerra sea algo habitual, sino extraordinariamente inusual.

Acercas de la cuestión de si esa guerra se libraría con armas simples (digamos, de tipo medieval) o con armas más desarrolladas (con explosivos, etc.), nada se puede decir con seguridad. Es razonable que Dios no nos haya dicho ni una palabra acerca de esto, porque cada aspecto que nos hubiera revelado habría abierto la puerta a decenas de preguntas. Y así sucesivamente. El hambre por saber más y el afán desatado por especular no habría tenido fin. Yo mismo he dudado si escribir estas líneas. Pues el mero hecho de plantearlo parece un acto de frivolidad. A algunos les parecerá que la mera pregunta sea indigna de un teólogo. Pero aquí me he propuesto reflexionar acerca del infierno en sus grandes líneas maestras y en sus pequeños detalles.

Recapitulando todo lo anterior, la respuesta es que no lo sabemos, pero que parece razonable pensar que, si las hay, sean un hecho totalmente inusual. Y, precisamente, porque esos

cuerpos deben regenerarse, las guerras con explosivos y armas modernas son algo totalmente descartado.

Un cuerpo resucitado por despedazado que fuese por otros réprobos se regeneraría, de eso no hay duda. Pero es lógico pensar que lo mismo que un padre quita un cuchillo afilado a sus hijos para que no se hagan daño, el Padre Celestial no permita que determinados medios estén en manos de sus hijos rebeldes. Pienso que Dios interviene con sus leyes para que los daños al cuerpo resucitado no pasen de cierta medida.

el infierno como lugar sin vida



Jesús dijo: *Vine para que tengan vida y la tengan sobreabundantemente* (Juan 10, 10). Un ser racional por el mero de existir tiene vida. Pero no esa mera vida natural, ese mero existir pensando, a lo que se refería Jesús cuando hablaba de la vida que Él había venido a traer. Hay una vida que es mera vida. Y hay una vida que hay dentro de la vida; una vida que vivifica a la vida. Hay una vida sobrenatural que vivifica la vida natural. Hay un Amor que llena de felicidad una vida dedicada a otros amores.

Y la muerte y el Hades fueron arrojados en el lago de fuego. Esta es la muerte segunda, el lago de fuego (Apocalipsis 20, 14). Hay una primera muerte, la del cuerpo. Hay una segunda muerte, la del alma. Es decir, permanece la vida natural del alma, pero se produce la muerte de toda vida sobrenatural del alma. Ese lago está compuesto de esos muertos vivientes. Ese lago no tiene otra cosa que sus componentes individuales. Salvo el marco físico en el que van a vivir esos cuerpos resucitados, el infierno son los condenados, y la suma de todos los condenados es el infierno.

Aunque en esta obra he usado la palabra “hades” como sinónimo de infierno, estrictamente hablando, el hades es la región subterránea de la oscuridad donde habitan los réprobos. El hades es una región ultratumba, una región de almas. Mientras que el concepto de lago nos trae a los ojos algo material. Esto es adecuado, pues habrán resucitado los muertos. Es así como hay que entender ese versículo en el que se dice que el hades fue arrojado al lago de fuego.

El primer binomio “muerte espiritual” (morir en pecado mortal) y “segunda muerte” (ser condenado en el Juicio Final), se corresponde al segundo binomio: región de ultratumba (hades), masa de resucitados (lago).

Si alguien pudiera pensar que la segunda muerte consiste en que el sujeto deja de existir, esa posibilidad viene desechada en este versículo: *Y serán atormentados día y noche hacia las edades de las edades* (Apocalipsis 20, 10). El verbo *basanizó* significa “atormentar”. Etimológicamente, proviene de la palabra *basanos* que significa “piedra de toque”. La piedra con la que se probaban los metales. El alma de un réprobo, por tanto, sufre una fricción sin fin entre realidad y mentira, los arañazos del remordimiento, el roce con los demás condenados.

la eternidad del infierno



la relación entre la biblia y la tradición

Voy a reflexionar acerca de tres preguntas:

- ¿Hay alguien en el infierno?
- El infierno, en sí mismo, es indefinido, ¿pero tal vez por el arrepentimiento se vaya vaciando?
- ¿El infierno es eterno?

Se pueden replantear estas preguntas de otra manera:

- ¿El infierno está vacío?
- ¿El infierno se puede vaciar?
- ¿Nadie puede salir del infierno nunca?

La respuesta acerca de si está vacío está clara: el Apocalipsis, como se verá más adelante, afirma que dos individuos como el Diablo y el Falso Profeta serán arrojados al lago de fuego. Luego no está vacío. La segunda pregunta se reduce a la tercera. Es decir, se reduce a esta única pregunta: ¿La duración del infierno es meramente indefinida o no se puede salir de él nunca? ¿Creemos en una condenación en sí misma sin fin, pero de la que podríamos ser sacados por la gracia; o creemos que se trata de un estado irreversible?

¿Es de fe que el infierno es eterno? En la Sagrada Escritura, no está afirmada, de forma rotunda e indudable, la eternidad del infierno. Esto lo voy a desarrollar en detalle, pero antes hay que

tener en cuenta que, en la patrística, además, encontraremos a unos cuantos santos y autores que defendieron la apocatástasis: san Clemente de Alejandría, san Gregorio Nacianceno, san Gregorio de Nisa, entre otros.

Si examinamos la doctrina de los concilios, veremos que hay dos anatemas contra algunas enseñanzas de Orígenes en el II Concilio de Constantinopla. El primer anatematismo dice así:

Si alguno enseña la fabulosa preexistencia de las almas y afirma la monstruosa restauración que sigue de ella, sea anatema.

El otro anatematismo, el número 14, es mucho más confuso. Muchos consideran que con el primer anatema queda claro que la apocatástasis ha quedado condenada para siempre por un concilio universal. Pero contra esto se pueden ofrecer dos razones:

Primera razón: La mayoría de los estudiosos consideran que esos anatematismos constituyen un añadido posterior al concilio, pero no un texto aprobado por los padres conciliares.

Segunda razón: Habría que determinar qué tipo de “restauración” es la que exactamente condenan. ¿Condenan la apocatástasis **como mero indulto**, pero no, tal vez, si es el **final de un proceso** de crecimiento en la vida espiritual, como la entendía Clemente de Alejandría?

En mi opinión, este anatematismo se puede considerar expresión de la doctrina de la Iglesia porque en Occidente se consideró (erróneamente o no) parte del concilio y fue admitido, generación tras generación, como algo condenado por el Magisterio. Mi opinión es que los obispos redactores de ese anatema querían condenar la apocatástasis en general –es decir, que los condenados al infierno podrían salir– y que por eso la redacción es tan genérica.

Lo que me parece claro es que así fue entendido, de forma genérica, ese anatema, durante siglos, en las iglesias de Occidente. De manera que esa condenación fue asumida como expresión de la doctrina católica. El anatema, cualquiera que fuera

su origen (conciliar o no) fue entendido de forma general (el infierno es eterno) y aceptado por las iglesias de occidente.

A esto hay que añadir que el Magisterio de la Iglesia sí que afirmará la eternidad del infierno en el IV Concilio de Letrán. En él se enseña nítidamente que la pena será perpetua:

Qui omnes cum suis propriis corporibus resurgent quæ nunc gestant ut recipiant secundum merita sua sive bona fuerint sive mala illi cum diabolo **pœnam perpetuam** et isti cum Christo gloriam sempiternam (IV Concilio de Letrán, De fide católica, cap. I).

Cierto que no encontraremos más definiciones conciliares que mencionen la eternidad de la condenación. El infierno se menciona muchas veces, pero no así su carácter eterno. Ahora bien, la afirmación de ese concilio universal –el lateranense– es clara. Para los que creemos en la acción del Espíritu Santo en los concilios universales, resulta suficiente que un concilio enseñe algo para que se deba creer. Una sola definición de un concilio universal es suficiente.

Quizá podríamos tener cierto escrúpulo en fundamentar la doctrina de la eternidad únicamente en el anatematismo de Constantinopla. Pero el texto menos claro queda iluminado por el más claro del concilio lateranense.

Pero no son dos concilios en medio de la nada y el silencio, sino que, a través de los siglos, el común de los fieles siempre ha creído que la duración del infierno es perpetua. El Magisterio, unido a ese común sentir, me hace interpretar los pasajes de la Biblia en el sentido de la eternidad. Por otra parte, un reducido número de autores patrísticos a favor de la apocatástasis no rompe esa creencia común que ha recorrido los siglos de historia de la fe de la Iglesia. Es más, la enseñanza de esos pocos autores patrísticos “apocatastásicos” se puede reconducir a la enseñanza

católica bajo la interpretación de que la restauración de la que hablan será la del Juicio Final; pero solo para aquellas almas y glorias que, tras siglos de dolor y llanto, hayan aprovechado ese tiempo para purificarse.

De manera que la fe de la Iglesia enseña que el infierno es eterno. No es decisivo que las Escrituras no zanjén el asunto de forma tajante. También encontramos otros artículos de fe que los creemos únicamente por la Tradición de la Iglesia. Incluso el dogma de la Santísima Trinidad fue creído, desde el principio, porque así lo enseñó la Tradición. Si la única y exclusiva razón para creer en el dogma trinitario tuviera que ser las Escrituras, es cierto que alguien podría siempre alegar razones para escabullirse de ese dogma: ¿Y si el Espíritu Santo es una fuerza divina? ¿Y si el Hijo es una figura intermedia entre Dios y los ángeles? ¿Y si es un único Dios que se manifiesta de tres maneras distintas? Solo la fe de la Iglesia nos puede hacer salir de una ramificación de posibilidades que no están cercenadas en las Escrituras. Y no están cercenadas porque, en cierto modo, esas ramificaciones no tienen fin. Las Escrituras son santas, pero también la Tradición es santa. La Biblia debe leerse a la luz de la Tradición.

Pues bien, lo mismo ocurre –como voy a mostrar– con el dogma del infierno: si nos tuviéramos que basar únicamente, con absoluta exclusividad, en las palabras de la Biblia, la afirmación rotunda de su eternidad se nos escabulliría una y otra vez de entre las manos; lo mismo el primado de los sucesores de Pedro, lo mismo la existencia del sacramento de la unción de los enfermos, etc.

El dogma de la Trinidad está claro en la Biblia si leemos los textos sagrados a la luz de la Tradición. La eternidad del infierno está afirmada en las Escrituras si son leídas a la luz de la fe de la Iglesia. Hay verdades de fe que están claras en los textos bíblicos si los leemos según la continuidad de lo que siempre han creído

los fieles, los padres de la Iglesia y los concilios. Pero si el único fundamento del que dispusiésemos fuese la *Sola Scriptura*, ese dogma y otros se nos escabullirían de entre las manos; porque, con toda razón, se podrían hacer alegaciones tras alegaciones; y serían alegaciones justas.

Como todo se puede problematizar una y otra vez, zanjar esas cuestiones que surgen implicaría tener que duplicar y triplicar la extensión de la Biblia, tratando de atarlo todo continuamente, tratando de cerrar posteriores discusiones exegéticas. Ni siquiera triplicando el tamaño de páginas en la Escritura se conseguiría apagar todos los fuegos para siempre. Pues cada generación prendería nuevos fuegos en el cúmulo de argumentaciones creadas para rebatir las contraargumentaciones. La Biblia se convertiría así en un tedioso tratado de teología dogmática, voluminoso. Aunque el propósito resultaría, a la postre, inútil; pues todo se puede volver a problematizar a otro nivel. Dios zanjó esta lucha sin fin disponiendo con su Santa Voluntad que existiese una Tradición.

Pero incluso la Tradición puede problematizarse sobre la mesa de trabajo de un teólogo. Por eso la piedra que con su peso zanja todas las cuestiones que han surgido, que surgen y que puedan surgir, es la Iglesia. Sin la autoridad de la Iglesia, sin una Iglesia inspirada por el Espíritu Santo, la Tradición también se convertiría en un laberinto teológico en las manos de los que quieran problematizar cualquier dogma. Siempre estaríamos poniendo problemas a la cuestión de qué entra y qué no entra en la Tradición.

La Tradición, abandonada a sí misma, no resolvería el problema bíblico, simplemente lo trasladaría a otro nivel. Únicamente la Iglesia es capaz de aunar Biblia y Tradición de un modo armónico con sus decisiones autoritativas. Y es por eso que sabemos que el infierno es eterno. ¿Por qué? Porque lo afirma el

IV Concilio de Letrán. Y ese concilio lo afirma, basado en las Escrituras y acompañado por un coro patrístico.

Ahora vamos a examinar la eternidad del infierno en la Sagrada Escritura. Lo lógico al tratar este tema parecería que debería haber sido primero tratarlo desde el punto de vista bíblico, después patrístico y, por último, magisterial. El campo patrístico lo dejo aparte pues alargáramos la extensión de este capítulo; y, al final, obtendríamos la conclusión que he dicho antes: hubo algunos autores patrísticos que creyeron que el infierno no era eterno. Tampoco voy a afrontar la compleja cuestión del infierno en el Antiguo Testamento.

Pero he querido dejar clara cuál es mi postura desde el principio, basada en el Magisterio, para que los lectores puedan escuchar el análisis bíblico de esta cuestión sin prejuicios. Es decir, no trato de convencer a nadie de que el infierno no sea eterno, porque yo estoy seguro de que es eterno. Pero, como se va a ver, basados solo en las Escrituras no podríamos afirmarlo con total seguridad.

una verdad bíblica que se afirma y se escabulle



Hay expresiones de la Escritura que parece que revelan la eternidad del infierno, pero esas expresiones están sujetas a interpretación. Por ejemplo, cuando el Evangelio dice:

Entonces dirá también a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles” (Mateo 25, 41).

Parece que el asunto está zanjado, ¿no? ¿Se puede hablar con más claridad? Pues no, no está zanjado. Ciertamente que *pir to aionion* se puede traducir por “fuego eterno”, pero también se puede traducir por “fuego que dura una edad”. La palabra *aion* en

su sentido más propio significa “edad”, “era”. De ahí pasó a significar “eternidad” en un segundo sentido.

La misma palabra se repite pocos versículos después cuando Jesús repite que esos cabritos irán al *kolasin aionion* (Mateo 25, 46). ¿Es un castigo eterno o es un castigo que dura una edad? De nuevo el adjetivo *aionion*.

Lo mismo se puede decir de este pasaje de san Pablo.

Ellos pagarán el veredicto de eterna (*aionion*) ruina, fuera de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2 Tesalonicenses 1, 9).

Veamos otro ejemplo de lo difícil que es asir esta cuestión de la afirmación de la eternidad de un modo rotundo, se trata del pasaje de la blasfemia contra el Espíritu Santo, pasaje que parece afirmar el carácter irreversible del castigo, esos versículos de Mateo y Lucas afirman una carencia de perdón sin dar más explicaciones.

No tiene perdón en la edad (*aion*), será culpable de eterno (*aioniou*) pecado (Marcos 3, 29).

El mismo pasaje de Lucas es breve, pero rotundo, limitándose a decir: *No será perdonado* (Lucas 12, 10). Este pasaje de la blasfemia, como ya se ha visto, supone una piedra angular en toda la argumentación del presente ensayo. Pues bien, incluso en ese pasaje, no podemos dejar de señalar las dificultades inherentes a la palabra *aion*. ¿Es un pecado eterno, o un pecado que dura una edad?

Se podría alegar que las edades de los humanos son tres:

–**Edad Terrena:** La que hay sobre la tierra. Es el tiempo que se otorga a la Humanidad como viadores.

–**Edad Intermedia:** La que hay entre la muerte y el Juicio Final. Para algunos, el purgatorio puede durar siglos.

–**Edad Eterna:** La que no tendrá fin, la que viene tras el Gran Juicio.

Luego el versículo también podría ser entendido como que ese pecado no tiene perdón en la edad de los viadores y que durará toda una edad, la de la purificación. Como se ve, otra vez, las traducciones al verter la palabra como “eternidad” no son incorrectas, pero suponen una toma de posición que no está presente de un modo inequívoco en el texto canónico.

En este pasaje de la blasfemia contra el Espíritu Santo, Marcos y Lucas nos hablan de la carencia de perdón y del carácter “aiónico” de ese pecado, si se me permite la expresión. Pero he dejado para ahora la versión de Mateo. El cual dice al hablar de ese pecado de blasfemia:

No será perdonado ni en esta era (*aioni*) ni en la que vendrá (Mateo 12, 32).

Durante años, cuando leí estas palabras de Jesús, siempre pensaba que dejaban poco lugar a la interpretación, que estaban muy claras: el castigo era eterno. Pero ahora veo que alguien podría alegar que es un pecado que no tendrá perdón en esta vida ni tampoco recibirá absolución durante toda la era de purificación, es decir, el tiempo previo al Juicio Final. Y que, por lo tanto, estrictamente, esas palabras no excluyen un perdón: bien sea al acabar la segunda era, es decir, en el Juicio Final; bien sea, en algún momento, a lo largo de la tercera era, la de la eternidad.

También desde mis tiempos de seminarista siempre había dado por supuesto que la eternidad está afirmada en el pasaje del final de la Biblia en que se dice que el Diablo será arrojado al infierno. El texto griego, afirma exactamente lo siguiente:

Y el Diablo que les había engañado fue arrojado en el lago de fuego y azufre, donde la Bestia y el falso profeta estaban, y ellos serán atormentados día y noche, hacia las edades de las edades (Apocalipsis 20, 10).

La expresión griega que suele traducirse como “por los siglos de los siglos”, en el texto canónico, dice: “hacia las edades

de las edades”, con un “hacia” que tiene sentido de penetración, de ir hacia dentro. Tanto si ese texto lo traducimos por *in saecula saeculorum* (como hizo san Jerónimo) como *hacia las edades de las edades*, resulta evidente que no es lo mismo decir eso que decir “perpetuamente”. No es lo mismo afirmar que el castigo se interna en la eternidad, que decir que su duración no tiene fin.

¿Estamos hablando de un castigo que continúa y continúa o estamos hablando de un castigo sin final? Los griegos, por supuesto, disponían de palabras para decir “sin final” o para decir “siempre”. Pero san Juan usa una expresión de nos lleva a la imagen de una línea que se interna en una llanura infinita. Y esa expresión, si no tuviéramos el sustento de la Tradición, se podría entender como que fue castigado con un tormento que se interna *hacia las edades de las edades* hasta que su dolor encuentre el arrepentimiento.

Este sufrimiento que se prolonga sin fin aparece en otro pasaje:

Y el humo de su tormento se eleva hacia edades de edades (*eis aionas aionon*). No hay descanso ni de día ni de noche para aquellos que adoran la Bestia y su imagen y para aquel que recibe la marca de su nombre (Apocalipsis 14, 11).

Sin embargo, no cabe la menor duda de que el adjetivo derivado de *aion* se usaba en el sentido de “eterno”. Así se observa, por poner un solo ejemplo, cuando la versión de los LXX tradujo este versículo del hebreo al griego:

Abrahán plantó un tamarisco en Beer-sheba, y lo llamó con el nombre del Señor, el Dios Eterno (Génesis 21, 33).

Pues bien, la palabra que se usa allí es el adjetivo de *aion*. No cabe la menor duda de que el sentido no es “el Dios que dura una edad”, sino eterno. Así que, dada la importancia del asunto teológico que se trata de dilucidar, aunque aquí yo examino con

lupa todas posibilidades, por pequeñas que sean, la palabra *aion* significa era, pero “aiónico” significa “que dura una era”, pero también significa “eterno”, sin ninguna duda.

Hay que examinar con lupa las palabras porque el que sabe si el infierno es eterno o no es Dios. Y Él nos ha dejado palabras en sus Escrituras. Por eso no tenemos otra posibilidad que mirar con mucho cuidado y respeto lo que Él dice.

Hemos visto la problemática de ese término griego, pero otras afirmaciones presentes en la Escritura no nos sacarían de la duda acerca de la duración del infierno. Por ejemplo, véanse estas palabras de san Pedro:

Si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al tártaro con cadenas de oscuridad, guardándolos para el juicio (2 Pedro 2, 4).

Es decir, se habla de una confinación hasta el momento del juicio o “separación” que es lo que también significa la palabra griega *krisin*. Pero nada dice del momento posterior al juicio. Este versículo, así como otras expresiones en las que aparece la palabra *aion* (edad) pueden ser entendidas desde los esquemas teológicos que ya expresé en mi libro *Tratado sobre las almas perdidas*. Y pienso que ciertas ambigüedades –calculadas ambigüedades– de algunos versículos se deben al esquema escatológico que expliqué en ese libro, pero que no es objeto de la presente obra.

Examinemos, otra vez en este libro, el texto en que Jesús dice:

¡Pero ay de aquel por el que el Hijo del hombre es traicionado! Hubiera sido mejor para ese no haber nacido (Mateo 26, 24).

El texto yo lo entiendo como la afirmación de su condenación eterna. Lo entiendo así siguiendo la *prima lectio*, la sencilla, la que aparece a los ojos del lector que lo lee sin

prejuicios teológicos previos ni esquemas exegéticos que orienten su lectura. Pero alguien podría alegar que allí solo se está afirmando que cuánto mejor le hubiera sido morir en el seno de su madre y ahorrarse un largo y durísimo purgatorio hasta el fin del mundo. Como se ve, son muchos los pasajes en los que la eternidad de la condena se escapa como una anguila en las manos del exegeta.

El hecho de que Jesús nunca predicara la conversión a los demonios, sino que se mostrara tajante con ellos, como si ya estuvieran condenados, ¿es un argumento? Lo es, pero también se podría alegar que, en ese momento, ese modo de actuar severo era lo mejor. Pero que eso no excluye que, en otro momento, la severidad fuera una preparación que, en otro momento, iba a producir frutos de conversión.

Obsérvese que esto es como un juicio en un tribunal. Para cada elemento que conforma la escena del crimen si se toma por separado, el abogado puede buscar una explicación plausible que exculpe a su defendido. Y cada una de esas explicaciones no es imposible. Ahora bien, todos los elementos componen una unidad, la cual afirma una verdad: este fue el asesino.

Eso sucede con muchos dogmas si tuviéramos que examinarlo con un criterio férreamente luterano. Y lo mismo sucede con la cuestión exegética aquí analizada. Cada versículo, tomado aisladamente, puede ir acompañado de razonamientos que excluyan la eternidad. Pero todos los versículos, tomados en conjunto, exponen la verdad de la eternidad del infierno: *no será perdonado, más le valiera no haber nacido, arderá por edades de edades...*

Pongamos otro ejemplo: *...que ir a la Gehenna, al fuego que no se extingue* (Marcos 9, 43). La palabra griega *asbeston* procede de la unión del prefijo de negación “a” con el verbo que significa

“extinguir”. ¿Es un fuego que, por si mismo, no se extingue (a no ser que actúe la gracia)? ¿O es, por su misma naturaleza, inextinguible?

Para mí el texto de las Escrituras es perfecto. Nada en él ha sido dejado al azar. Su Autor ha cuidado sus más pequeños detalles. Reconocer la existencia de ciertas ambigüedades es reconocer que Dios las ha dejado a propósito para afirmar el carácter viador de ciertos espíritus hasta el día del Juicio Final. La afirmación global de la eternidad del castigo existe, pero también existe una cierta misteriosa voluntad del Autor por dejar, premeditadamente, ciertos claroscuros que hacen del Juicio Final un verdadero juicio.

esas cadenas que no son temporales



Ni las palabras que salieron de la boca de Nuestro Señor sobre Judas Iscariote ni la grandiosa escena final del Lago de Fuego en el Apocalipsis están exentas de forma absoluta frente interpretaciones contra la eternidad del castigo. Pero, en la Biblia, la verdad puede resplandecer en el más humilde de los versículos. hay una línea del apóstol Judas en que, sin usar el ambivalente término *aion*, sino otro vocablo, se habla de eternidad o perpetuidad:

Y además a los ángeles que no mantuvieron su origen, sino que abandonaron su propia morada, los guarda con **cadenas eternas** bajo tinieblas hasta el juicio (separación) del Gran Día” (Judas 1, 6).

Es cierto que se podría apelar a que esas cadenas son **en sí mismas** eternas o perpetuas (en griego, *desmois aidiois*), **a no ser que**, en el día de la separación definitiva (el Juicio Final), algunos ángeles caídos decidan arrepentirse, los que todavía puedan, los

que todavía no se hayan transformado en demonios, los que todavía sigan en estado de viadores. No se puede negar la posibilidad de que todavía haya espíritus angélicos viadores, glorias que han caído pero que no se han determinado definitivamente, que no se han transformado todavía en demonios. Las Escrituras no cierran el paso a ello. En ese caso, las cadenas **son** perpetuas **salvo que** se rompan en ese último momento definitivo, después del cual ya no habría posibilidad de liberarse de ellas.

Si alguno de esos ángeles mencionados por el apóstol Judas se fuera a liberar, el apóstol diría que “los guarda con cadenas”. Si afirma que son eternas, es porque esa es su característica. Pero, al mismo tiempo, es cierto que afirma que **son** eternas, pero **hasta** un día determinado, el del Juicio.

La conjunción de la eternidad con ese término temporal no deja de ser problemática: ¿Esas cadenas no pueden dejar de ser eternas? ¿O en sí mismas son eternas, pero pueden dejar de serlo si uno se libera de ellas ese día? Realmente, no es querer buscar tres pies al gato, es el mismo texto vuelve a escaparse entre las manos.

Pero, a pesar de la dificultad de una “eternidad hasta...”, ¿cómo me decanto yo a interpretar este concreto versículo? Después de darle muchas vueltas, pienso que su sentido verdadero es el más sencillo, el que salta a la vista del lector en una primera lectura: las cadenas, en sí mismas, son eternas y seguirán siendo eternas. De ahí que el Gran Juicio, para esos espíritus no será para su liberación. Aunque estén prisioneros hasta el día del Juicio Final, las cadenas que ellos portan ya son eternas, ya lo son, ya portan sobre sus espíritus ese aprisionamiento perpetuo. Este pasaje sí que podría alegarse a favor de la eternidad del infierno. No es un versículo precisamente sencillo, pero sí que creo que afirma justamente lo que es objeto de nuestra discusión.

Sea dicho de paso, también puede alegarse este pasaje como prueba de que, como mínimo, la mayoría de los ángeles rebeldes ya portan esas cadenas. Si quedan glorias, es decir, espíritus angélicos viadores son una minoría; porque el versículo habla en términos generales. Los *que no mantuvieron su origen* ya están bajo el peso de esas *cadenas eternas*.

conclusiones de nuestro caminar por este misterio



Antes he hablado de la *prima lectio* del verso sobre Judas Iscariote, esa lectura es la que yo sostengo. Eso también se puede aplicar al texto del Lago de Fuego. En una *prima lectio*, ese texto del Apocalipsis lleva a pensar en una condena eterna. Es decir, lo que una persona normal, a lo largo de los siglos, ha pensado al leer esos pasajes es que Judas y el demonio han sido condenado para siempre. Leídos esos textos *prima facie* son proclamación de un castigo sin fin. Esto se puede aplicar a todos los demás textos del Nuevo Testamento.

Esta verdad teológica, la eternidad del infierno, desde la *Sola Scriptura* se escapa una y otra vez. Pero leído el Nuevo Testamento con sencillez, podemos afirmar que se afirma continuamente. Desde la escucha de los Santos Padres, esa conclusión se reafirma: así lo entendieron ellos, como algo eterno. Y con la luz del Magisterio ya no queda ninguna duda.

Obsérvese que mi crítica de la *Sola Scriptura* va acompañada de un elogio de la *prima lectio*. La Biblia no fue escrita para especializados exegetas, sino para gente sencilla. Por eso la *prima lectio*, la más sencilla, la que aparece ante los ojos, suele ser la verdadera en casi todos los pasajes, traten de la cuestión que traten. En realidad, esa lectura primera es la verdadera en todos los pasajes, porque cualquier lector

mínimamente formado percibe las ironías, las hipérboles y las expresiones poéticas.

Resultaría irónico que el mensaje que Dios ha querido dar a sus hijos, en este dogma o en otros, fuera engañoso. Una cosa es que en la Biblia haya textos oscuros, pasajes en que no sabemos muy bien qué quiere decir el Autor. Y otra muy distinta es que sea engañoso. En la Biblia, no hay arenas movedizas. Dios no ha escrito un texto con trampas.

El que lea la Biblia, incluso sin la Tradición, pero con sencillez, sacará la conclusión de que existe un infierno eterno. Leído el texto sagrado sin complejos esquemas mentales, la existencia de este abismo eterno es una verdad que atraviesa los dos testamentos, una verdad que concluye la Palabra de Dios justo al final del Apocalipsis.

La Revelación se cierra, como si de una puerta se tratara, con la rotunda afirmación de esos dos abismos el del amor y el del odio. La revelación de la existencia de esa eternidad de sufrimiento (fuego) y rodeados de veneno (azúfre), el veneno de los espíritus, es una revelación estelar, una revelación culminante y conclusiva: la historia que comenzó con Abrahán culmina no en un único final glorioso, sino también en esos otros siglos de condenación, tan inacabables como eternos son los gloriosos.

Es como si la Escritura estuviera dotada no de un solo final, sino de dos finales, de dos conclusiones paralelas. Como si el texto sagrado acabara no en una sucesión lineal de capítulos que se suceden, sino en una bifurcación en la que la afirmación de Apocalipsis 20 (la condena del Diablo, de la Bestia y del falso profeta) corre paralela a las afirmaciones de Apocalipsis 21 y 22 acerca de la Jerusalén Celeste. Una sola y única historia entrelazada que acaba con dos eternidades paralelas.

¿Hay algún misterio en el hecho de que la Palabra de Dios sea persistente en usar expresiones que excluyen de forma absoluta la eternidad del castigo hasta justo el final de la Escritura? En mi opinión, sí. La razón de escoger esas palabras, justamente esas, radica en que, por vía negativa, se está afirmando que, hasta el Juicio Final, para muchos, la situación de castigo es reversible. Por eso esa insistencia en usar una palabra que significa esas dos cosas: castigo que dura una edad (hasta el Juicio Final), castigo que dura para siempre (la segunda muerte). Con esto no estoy diciendo que algunos no sean ya demonios o réprobos antes de la gran separación final. ¿Cómo voy a afirmar eso si, por el contrario, he llegado a aseverar que hay condenados ya en vida?

Ahora bien, salvo para aquellos que ya son insalvables, esa edad intermedia supondrá, tanto para los ángeles caídos como para los hombres caídos, la posibilidad de un tiempo de reflexión, de comprensión, de aceptación de la culpa y purificación. Todo un *aion* intermedio discurre entre el tiempo y la eternidad. Es el único momento en que las almas están sumergidas en el evo. Es una temporalidad intermedia porque discurre entre el juicio particular y el juicio final.

Repito que en esta característica escurridiza, que resulta indudable, del adjetivo “aiónico” podemos observar una expresa voluntad de Dios. Cuando el exegeta busca un versículo rotundo y se encuentra con esta reiterada y curiosa característica repetida en otros versículos que ya no usan ese adjetivo. ¿No hemos también de ver en ello un mensaje de Dios? Sí, ese mensaje es que para unos será un castigo aiónico (solo hasta el Juicio Final), para otros será eterno (*No será perdonado ni en esta era ni en la edad venidera*).

Ahora bien, era conveniente velar este matiz. El común de los cristianos iba a leer traducciones que en todas las lenguas decían “eterno”. Cuántos más pecados se hubieran cometido si los débiles se hubieran aferrado a ese matiz, a la idea de que pecaran lo que pecaran solo iban a estar sufriendo hasta el Juicio Final. Se hubieran aferrado a cualquier versículo como el que se aferra a un amuleto.

Hay que ser honestos y reconocer que aquellos que afirman la existencia de un infierno vacío pueden encontrar pasajes a los que aferrarse para mantener su postura. Pero, con toda honestidad y por las razones que he expuesto aquí, la conclusión de la lectura de la Biblia es la de la existencia de un tártaro eterno.

Antes he dicho que para dirimir este asunto tenemos palabras en la Palabra de Dios. Ahora bien, tenemos más que palabras sueltas, tenemos un conjunto. No sería lo mismo tener palabras como islas, o palabras caídas como meteoritos, que palabras que componen un conjunto sinfónico. (Ya no digo nada si ese conjunto sinfónico viene acompañado del coro de los Santos Padres y escuchado por un público que escucha esa música en la continuidad, la cual viene expresada, interpretada y preservada por el Magisterio.)

De ahí que se puede sentenciar que la Sagrada Escritura, tomada en conjunto, afirma la ilimitada duración de la pena infernal, a pesar de haber pasajes que indicarían que, para algunos sujetos, la pena puede ser solo hasta el Juicio Final. Y, de todas maneras, por si quedara alguna duda, la Tradición sí que determina el modo en que hay que entender tales versículos de doble interpretación al encontrarnos la palabra *aion*. El Magisterio ha hablado y el magisterio de la Iglesia es luz, es guía. Estoy a favor de traducir el adjetivo de *aion* por “eterno”, como se ha

hecho hasta ahora. Es una toma de posición, sí, pero una toma de posición a la luz de la Tradición. El sustantivo *aion* sí que debe traducirse por “edad”. Y así se ha hecho hasta ahora por parte de todos los traductores.

Sería negar un hecho indudable que los cristianos de todas las iglesias, en todos los tiempos, han creído en que la condenación del infierno era eterna. Ciertamente que ha habido excepciones desde san Gregorio de Nisa hasta Hans Urs von Balthasar. Pero justo es reconocer que estamos frente a una verdadera tradición universal, de las iglesias de oriente y occidente, siglo tras siglo. Tradición que aparece afirmada en la Biblia.

Por otra parte, desde mi teología del infierno, la posibilidad de una amnistía queda totalmente descartada. El infierno son las personas que lo integran. No hay amnistía frente al propio yo. La única posibilidad era que la gracia se abriera paso hasta el centro de la voluntad del cargado con esas cadenas. Pero no existe tal posibilidad.

La predicación del infierno pasa a ser parte integrante del Evangelio. Allá donde se predique la Buena Nueva, habrá que predicar el infierno. Allá donde se predique a Jesús, habrá que predicar sobre el Diablo.

También me gustaría hacer lo que me parece una bella reflexión sobre la eternidad. Etimológicamente, la palabra *aion* significaba “vida”. De significar “vida”, pasó a significar el “periodo de tiempo de una vida”, de allí pasó a significar un “largo periodo de tiempo” mayor que la vida de una persona, y de allí pasó a significar la “eternidad”.

Siempre existe la tendencia a pensar en el tiempo como un camino, como una especie de vía en la que nos movemos. Es una abstracción completamente justa y verdadera. Pero esta etimología nos recuerda que yo no tengo otro tiempo que mi vida, mi tiempo es mi vida. Esto nos lleva a considerar a la eternidad como vida. La temporalidad sin fin del condenado es vida.

Hay quienes creen que el cristianismo es posible con todos sus dogmas, pero con un infierno vacío. Pero no posee la ortodoxia de la fe cristiana el que piense que un solo versículo de las Escrituras está errado. Lo primero que hay que creer un cristiano es que lo que Dios mismo nos ha dicho. Pero sí que es verdad que todas las veces que habla Jesús acerca del tema lo hace refiriéndose a él en términos de futuro, no de realidad presente.

Incluso, cuando en la Parábola de las Vírgenes Necias se les cierra la puerta al banquete, no se dice que esa clausura sea definitiva y que después no pueda ser abierta esa puerta. La voluntad de las vírgenes necias es buena, únicamente les falta un requisito. Requisito que puede ser subsanado con la ayuda de Dios, puesto que el aceite de las lámparas representa, sin ninguna duda, una realidad espiritual de la que carecían en sus almas, no simboliza una blasfemia imperdonable contra el Espíritu Santo.

Lo mismo se puede decir en el pasaje en el que Jesús dice:

Esforzaos por entrar a través de la puerta estrecha, porque muchos (en gr. *polloi*), os lo digo, buscarán entrar y no podrán (Lc 13, 24)

Nuestro Maestro enseña eso (la realidad de no poder entrar), pero no afirma que esa puerta esté cerrada de forma definitiva. Y menos cuando en otros pasajes, habla de un perdón en esta era y otro perdón en una era futura: *Pero el que habla contra el*

Espíritu Santo no será perdonado ni en esta era ni en la edad venidera (Mt 12, 32b). Cierto que muchos al morir no podrán entrar en el Reino de los cielos; pero, en algún momento de la segunda era, sí que se les concederá entrar.

Jesús podría haber usado términos tajantes al hablar del misterio de la eterna reprobación para dirimir las cuestiones planteadas aquí, pero premeditadamente usó expresiones futuras. Con ello quiso correr un velo.

Los predicadores “fuertes”, amantes de recrearse en el fuego y el azufre, pueden considerarnos débiles y acomodaticios al pensamiento imperante a los que insistimos en que este misterio debe ser predicado, sí, pero según los términos bíblicos. Esos predicadores ardorosos predicán la condenación de una proporción considerable de los hijos de Dios. Cierto que repiten los mismos versículos que nosotros, pero lo hacen dejando la sensación de la condenación eterna como algo habitual, ordinario y generalizado. Cierto que repiten muchas que nadie sabe el número de condenados, pero la impresión que dejan en los oyentes no deja lugar a dudas acerca de su visión pesimista.

Este tipo de predicadores (con iglesias o con vídeos en Internet) gusta mucho repetir revelaciones privadas tremendas, pero no les gusta tocar el tema de esas calculadas ambigüedades escriturísticas. Las cuales son vistas como la puerta trasera de la Justicia de Dios. En definitiva, concluyen algunos, si eso fuera así, daría lo mismo ser fiel que no ser fiel. Nuestra fidelidad, nuestra respuesta de amor al Amor que es donación no puede ser una respuesta policial: “Si no me pillaran, yo estaría en el bando de los cacos”. No podemos ver como una traición divina un índice de condenados inferior a lo que eran nuestras expectativas.

Esas calculadas ambigüedades, esos premeditados claroscuros, permitirán que muchos se salven, al final, como el que pasa por el fuego:

Si el trabajo es quemado, el constructor sufrirá pérdida. El constructor será salvado, pero solo a través del fuego (1 Corintios 3, 15).

Es la Parábola del Hijo Pródigo la que nos da el criterio de interpretación de la realidad del infierno, no el concepto romano de *Dura Lex*. Lo cierto es que solo podemos hablar de este misterio del más allá en los mismos términos en los que lo hace la Sagrada Escritura.

Cuando nuestra historia termine, en el Juicio Final, se verá, en todo su horror, el misterio del Abismo Eterno de remordimiento, fuego, oscuridad y sentimientos venenosos. La Biblia sigue ese mismo esquema: es al final de sus páginas cuando se nos muestra, abiertamente, ese misterio de lago de fuego espiritual que no se extingue. Hasta llegar a ese capítulo del Apocalipsis, siempre cabía la esperanza de que las palabras de Jesús fueran posibilidad y no realidad. El lector que no supiera nada del cristianismo y leyera toda la Biblia sin saber su final desearía que la Biblia acabase del mejor modo posible. Y ese modo óptimo es un doble final. Con los irreductibles no cabrá otra posibilidad:

Entonces la Muerte y el Hades serán arrojados al lago de fuego. Esta es la segunda muerte es el lago de fuego (Apocalipsis 20, 14).

Es tan triste. Hay una muerte del cuerpo y una muerte del alma. El que no logre la vida espiritual en la etapa intermedia, ya no la logrará nunca. El hades es, en definitiva, la muerte espiritual. Y todos los muertos espirituales, ya antes del Juicio Final, estarán en el hades. Hay una cierta identificación entre infierno y tener un espíritu muerto. Como también hay una identificación entre Cristo y la Vida, la vida espiritual. Y Dios nos

ha dicho que ese averno que contiene toda la muerte espiritual será arrojado al lago de fuego.

Los demonios no ocupan lugar, así que ese ser arrojados al lago de fuego, en realidad, significa que ellos son el lago de fuego. No es una conjetura, así lo dice expresamente Dios en su Apocalipsis: *La segunda muerte es el lago de fuego.*

¿Se arroja a un condenado a un lago? Sí, se le permite vivir con otros. ¿Se arroja el infierno a algún “lugar”? Sí, ellos son ese “lugar”, ellos ya son ese lago de fuego, incluso antes del Juicio Final. Pero, entonces, se los arroja a la eternidad. Ese lago se hunde en las profundidades de los siglos sin fin. Lo repito: ¿Adónde se arroja ese lago de condenados? A la eternidad.

Has sido más fuerte que Yo

y ahora disfrutamos de nuestra victoria

Ellos me miran fijamente y se regodean de mí.

Salmo 22, 17



YO ESTUVE ALLÍ. A otros se lo han contado. Ha habido quienes han imaginado lo que pasó. ¡Yo estuve allí!

Primero exclamó, en medio de terribles dolores: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

Me reí. Vaya que si me reí. Había vencido. ¡Había vencido yo! Ganador, yo; perdedor, Él. Paladeé cada uno de sus dolores. Cada uno de sus gestos fue como el placer más intenso que puede sentir un joven esposo con su hermosísima esposa. Había valido la pena. Todo había valido la pena. Había sido muy dura la rebelión. ¡Pero habíamos vencido! El rápido desvanecerse de cualquier asesinado no se podía comparar a esa muerte lenta. Era incluso mejor de lo que nunca hubiera imaginado. Resonaron clamores de victoria en el infierno. Aquello no era simplemente alegría, era ebriedad. El infierno entero estaba ebrio. Hasta los réprobos que habían sido escépticos ahora se asomaban incrédulos. “Entonces... ¿hemos vencido?”, se preguntaban. “Entonces... ¿todos los valores se han vuelto del revés? ¿Nosotros teníamos razón? ¿Él era el débil y nosotros los fuertes? ¿Entonces, nuestra rebelión estaba justificada?”

El tiempo pasaba. Pero pasaba con una lentitud maravillosa. Aquel tiempo se me hizo una eternidad. Aquel tiempo valía una

eternidad. El modo en que se apoyaba dolorosísimamente sobre sus pies para levantarse un poco y tomar aire, las contracciones musculares; su pulso agitadísimo, como el del que está en mitad de una carrera.

Más adelante, mucho más adelante, mi Vencido dijo con voz entrecortada, débil, pero clara: *Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Aquello no nos hizo ninguna gracia. Fue muy comentado entre nosotros. Todos estábamos allí, contemplando el espectáculo. Yo estaba en primera fila. ¿A qué venía semejante promesa incumplible? ¿No se daba cuenta de que había sido derrotado? Quedaba patente que Dios no era Dios. En breve sería una masa hedionda de carne descompuesta, un magnífico festín para los gusanos. El mejor festín de la historia para esa especie taladradora.

Cierto que, entre nosotros, algunos seguían pensando que Dios era omnipotente. Pero aquella agonía demostraba que el Poder de Dios tenía vacíos, lagunas, puntos muertos. Esa promesa paradisiaca, aunque nos dejara un regusto de preocupación, fue tomada, entre risas, por un delirio. ¿Qué sería lo siguiente que diría? ¿Qué era Satanás? ¿Que se iba a encarnar en un demonio del infierno?

Discutíamos, pero sin desconcentrarnos del todo. No queríamos perder detalle. Dejábamos para después las cuestiones eruditas. El momento era irrepetible. Discutiríamos después, cuando los gusanos practicaran túneles hasta su corazón y su cerebro.

Más adelante, mucho más adelante, oímos algo que les decía a los que tenía más cerca: *Mujer, he aquí a tu hijo.* Y a ese

discípulo joven y aniñado, un verdadero tarugo, le dijo: *He aquí a tu madre.*

¿A qué se refiere con esto?, nos preguntábamos unos a otros. Todo se volvía más interesante. Aunque no conocer a qué se refería hacía que pululase en nuestras mentes un punto de inquietud. Algunos de los más inteligentes de entre nosotros expusieron varias teorías. Aquel espectáculo estaba resultando impagable.

Después, vino la apoteosis. Si hubiera sido un teatro, nos hubiéramos, todos, puesto en pie de entusiasmo y aplaudido a rabiar. Fue la demostración de que teníamos razón. ¡Teníamos razón! Teníamos razón. Fue cuando exclamó con las pocas fuerzas que le quedaban: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*

¿Cómo se nos podía pedir obediencia ciega cuando el supuesto Ser Justo había abandonado a su propio Hijo? Ya no había nada más que escuchar. Era el mismo Dios el que nos confirmaba. Habíamos tomado el camino adecuado. Menos mal que nos habíamos alejado de esa fuente de decisiones ilógicas. Allí se veía: Dios contra Dios. La Primera Persona abandonando a la Segunda en nuestras manos. Podíamos hacer con Él lo que quisiéramos. Si eso no era una victoria, ya no sé lo que podía serlo.

En el fondo, lo que teníamos entre nuestras garras no era Dios, era una entidad que se había creído Dios. Y su Padre no podía ser Dios si hacía esas cosas. Todos éramos esencialmente iguales. Nadie nos podía pedir adoración y obediencia ciega.

Con razón que ese desdichado, ese infeliz, con su boca reseca, atinara a pronunciar después: *Tengo sed.*

En plan de broma, varios dijeron, entre risas, que había que darle de beber, que teníamos una cierta obligación moral de darle, al menos, un poco de agua.

–El que ha creado los océanos, los lagos, los grandes ríos y los pequeños arroyos... ¿ahora pide un poco de agua? –preguntó burlón uno de los más doctos espíritus del averno, una montaña de conocimiento. Y repitió ese “tengo sed” varias veces, parodiándolo.

Era sorprendente ese sentido del humor en una gloria tan llena de inteligencia y erudición como él. Pero él, como tantos, estaba borracho de entusiasmo. Aquello era un banquete. Se podía disculpar ese tipo de salidas jocosas poco dignas. Era una pena que ese desdichado tuviera que padecer sed para que tantos de los míos estuvieran ebrios. Pero no había que tener compasión: era preferible que muriera uno y de ese modo evitar que otros, engañados, siguieran ese camino de la supuesta virtud. Yo, desde luego, no sentí el más mínimo principio de compasión. El castigo debía ser ejemplar, así nadie, nunca, sentiría tentación de emprender ese camino, el de un fracasado.

Indiqué a un demonio subordinado que le ofreciera la generosa visión de agua fresca y sabrosa. Me hubiera gustado, incluso, jugar con una jarra de agua física delante de sus ojos. La hubiera hecho correr por su rostro. Lamentablemente, se veía que iba a morir ya. Habría yo dado cualquier cosa, cualquiera, porque esa agonía se hubiera prolongado una hora más. Ah, si hubiera podido permanecer allí colgado, sufriendo, dos días enteros... un mes... un año.

En medio de ese espectáculo inolvidable, con la poca consciencia que le iba quedando, pronunció las que, estábamos seguros, eran sus últimas palabras: *Todo está cumplido.*

Nos decepcionó. Habíamos esperado, no sé, una última declaración más brillante. Varios sugirieron una serie de “últimas palabras” alternativas. Unas con un poquito más de dignidad o con más orgullo o poniendo un cierto misterio en ellas, pensando en los que las repitieran en el futuro. Pero lo que dijo ese agonizante carecía de misterio, se trataba de una evidencia. Era como decir: “Me muero”. Vaya obviedad. Claro que todo estaba cumplido, consumado y realizado del todo. Aquello ponía punto final a cualquier duda que alguno de los nuestros hubiera albergado acerca de la bondad de nuestro movimiento. Los resultados de la falsa virtud estaban a la vista. Era el defensor de espejismos. Nosotros habíamos siempre sido realistas.

Cuando su cabeza y su cuello se mostraban innaturalmente caídos hacia delante, como si de un cuerpo exánime se tratara. Aún tuvo fuerzas –aquello nos sorprendió a todos–, para alzar su rostro hacia el cielo y gritar: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

¿Que no te das cuenta de que te ha dejado en nuestras manos? Ahora venía con eso. Aquello hubiera sido respondido por nosotros con una ovación general, pero no nos dio tiempo. Fue gritar eso y dejar caer la cabeza. Había muerto.

Entonces ocurrió algo muy curioso. En medio de ese silencio general por la sorpresa de su muerte, justo previo a una explosión de entusiasmo, todos los demonios que estábamos allí, todos los que estaban en el infierno, supimos que si Dios Padre no había perdonado a Dios Hijo, entonces tampoco nosotros seríamos perdonados. Hasta entonces habíamos albergado la esperanza de una amnistía; de poder entrar con la cabeza muy alta en el cielo, sin arrodillarnos.

Pero ese cadáver colgado en el madero era la prueba de que nuestra condena era eterna. En ese mismo instante, todo el

infierno, cada uno de los condenados, tuvo esa certeza: el infierno era eterno.

No se nos pudo ocurrir eso a todos, a la vez, sin una intervención divina. No escuchamos ninguna voz. Pero cada uno de los condenados supo con absoluta seguridad que eso era así.

No hubo ningún grito de alegría tras su muerte. Se nos heló la risa en nuestra cara. Nadie, si quiera, pudo sonreír. No éramos capaces de separar nuestra vista del Muerto. Aquella escena nos atraía de un modo hipnótico. Como si nos hubiéramos quedado con la boca abierta, sin palabras. ¿Estábamos nosotros muertos para siempre? Ahora, viendo ese cuerpo... era como si se hubiera hecho la luz. En ese momento, lo vimos claro. No había habido misericordia para Él, no la habría para nosotros.

Por primera vez, por primera, vimos pasar ante nosotros los siglos y los milenios. Ese fue el primer momento en que supimos cuál era el sabor de la eternidad. No podíamos dejar de mirar a Aquel que no quiero nombrar. Estaba muerto. Su Padre... nosotros... no iba a haber amnistía.

Desde hacia unos días, habíamos pensado cuáles serían las celebraciones en el infierno por la gran victoria; pues ya veíamos adónde iban a desembocar las maquinaciones del Sanedrín. Pero no, no iba a haber celebraciones. Nos marchamos de allí en silencio, como el que sale de una casa de luto.

Para siempre, para siempre, para siempre, para siempre, para siempre, para siempre...

Para siempre... La afirmación no admitía réplica. Era como negar que el sol luce en el cielo cuando uno lo ve, allá arriba, en un día primaveral, alto y radiante. No cabía ninguna argumentación. Todos y cada uno de los condenados había visto surgir esa evidencia en su espíritu. Nunca había ocurrido nada igual: que surgiera un pensamiento en todos a la vez, que surgiera desde dentro de nosotros. Eso solo lo podía hacer el Omnipotente.

Nadie comentó nada. Condenados por los siglos de los siglos... Cada uno se retiró a la soledad de su propio espíritu. ¿Celebraciones? Nos sentimos como un condenado cuando escucha su veredicto. La Cruz era nuestro veredicto. Lo que para todos era salvación, para nosotros era nuestra sentencia.

Íbamos a celebrarlo, pero ¿quién puede celebrar nada tras escuchar su sentencia? No, no podía ser verdad. De pronto ese sabor en nuestras bocas, en nuestras mentes. No sabéis lo que es el sabor de la eternidad; contemplar, por un momento, los siglos sin fin como una llanura que se pierde en la lejanía. Los siglos de los siglos... La Puerta de la Misericordia estaba cerrada, el cielo se había vuelto de hierro.

Sí, sobre esa pequeña colina vencimos. Y ahora tenemos toda la eternidad para disfrutar de nuestra victoria.

—Fuistéis más fuertes que Yo —escuchamos de Dios unos días después de su Resurrección—. Sí, habéis sido más fuertes que mi amor y mi misericordia. Traté de reteneros con toda la fuerza de mi bondad. Pero... lo reconozco, fuistéis más fuertes que Yo.

—¡Vencimos! —concluyó Satanás recordando ese momento milenios después—. Y ahora tenemos, delante de nosotros, toda la eternidad para disfrutar de nuestra victoria... d

Al decir eso rabioso sintió el peso de esa espantosa victoria, la victoria que les abrasaba en lo más profundo de sus espíritus. El Diablo crujió sus dientes y se inclinó, llevándose la cabeza a las manos.

—Si pudiera crucificarme a mí mismo, para acabar con esto... ¿Qué son tres horas de agonía... con tal de que pudiera dejar de existir? No busco imperios ni reinos, únicamente dormir. Solo quiero dormir. ¡Yo mismo me clavaría los clavos! —añadió con rabia y con lágrimas ardientes—: No me importaría cómo fueran los espasmos de la agonía, pero —repitió gimiendo— este fuego...

la razón para limitar el número de seres felices



¿Por qué crear solo un número finito de seres felices y no una cantidad ilimitada? ¿Pudiendo, en el cielo, hacer felices a un número infinito de sujetos, por qué limitar esa felicidad? ¿Por qué no crear un número infinito de ángeles y así multiplicar la felicidad? Voy a intentar afrontar esa cuestión, pero partamos del hecho que si el número de ángeles es finito, la razón debe ser muy poderosa, porque si no habría un número infinito de seres dichosos; y eso supone una gran cantidad de felicidad.

Cierto que no sabemos cuál es el número de seres libres que Dios ha creado. La Biblia no nos ofrece una respuesta clara e indudable a la cuestión de si el número es limitado o no. Dado que hay un Juicio Final, esto es una verdad revelada, tanto el tiempo de la historia como el número de humanos sí que son limitados.

Los textos bíblicos nunca apuntan a un número ilimitado de ángeles. Pero justo es reconocer que tampoco esos pasajes cierran, de forma absoluta, el paso a esa posibilidad. Dado que las Escrituras no cierran el paso, solo contamos con la razón para intentar dilucidar esa cuestión.

Mi opinión personal es que el número de ángeles es finito. Es una postura para la que no puedo ofrecer razones, solo la impresión al leer la Biblia. ¿Afectaría a algún dogma si el número de seres dotados con libre albedrío fuese infinito y no lo supiéramos? No lo parece.

Pero si limitado es el número de almas –y la existencia de un Juicio Final indica eso–, ¿por qué habría de ser ilimitado el número de ángeles? Y más cuando, en todas mis obras anteriores,

he mostrado la admirable simetría existente entre el mundo humano y el angélico. Si el número de ángeles fuera ilimitado, sería el único punto en el que esa simetría se rompe. Lo cual no parece una cuestión menor, porque observamos unas simetrías admirables entre el mundo mineral y el vegetal, entre el vegetal y el animal, entre el mundo animal y el humano.

Las razones que Dios haya tenido para crear un número limitado de almas valen para explicar el número limitado de ángeles. Repito que la revelación, en la Biblia, de un Juicio Final implica una limitación de almas. Aunque alguien podría alegar la existencia de infinitos seres dotados de cuerpo y alma en infinitos universos. Como se ve, siempre hay posibilidades de escapar a la implicación de finitud que conlleva un Juicio Final. Pero, como voy a tratar de mostrar en la respuesta a esta hipótesis, la lectura sencilla de las Escrituras, al final, considero que es la correcta en esta cuestión.

Partamos del hecho de que el que una cosa no pueda ser imaginada no significa que no pueda existir. Siempre he pensado que Dios puede crear infinitos seres finitos, pero eso plantea muchos problemas. Imaginemos una cantidad infinita de ángeles. Ya no constituirían **una** sociedad, sino que conformarían una serie interminable de sociedades **una al lado de la otra**: una masa de sociedades colindantes. Por más que hubiera comunicación entre ellos, de hecho, sería imposible la comunicación con un número infinito de espíritus, se organizase como se organizase.

Ya no hablaríamos, por tanto, de una sociedad angélica, sino de una masa de ángeles tan extensa como una planicie sin fin, planicie en la que se existirían sociedades y más sociedades. ¿El resultado sería más armónico que lo pequeño?

En esta misma obra, hablaba de que Dios puede crear todos los mundos posibles a la vez siempre que no planteen inconveniencia entre ellos. Pero el tema de las inconveniencias no es menor. Incluso podríamos afirmar que un número infinito de universos generan un número infinito de inconveniencias. Para empezar, ¿qué sentido tendría crear un Cosmos A y después crear un Cosmos B en el que la única diferencia es que, en un determinado planeta, hay una piedra ligeramente más a la derecha? ¿O un Cosmos C en el que la piedra estuvo ligeramente más a la derecha, pero un minuto antes? ¿O un Cosmos D en el que hay una piedra más en un planeta de una de sus galaxias? Las variaciones en el espacio son infinitas, las variaciones en el tiempo son infinitas, las variaciones por adición son infinitas. ¿Pero tendría algún sentido crear infinitas variantes de un solo universo? ¿Aportaría algo una acción divina así?

Pero si ya no son creadas todas las variantes, sino solo las relevantes: ¿cuál es el criterio para escoger este universo frente a este otro? ¿Imaginemos que Dios crease una Tierra como nuestra y otra igual en otro universo cuya única diferencia es que en la “segunda” no hubo dinosaurios? La verdad es que cualquier criterio resultará problemático. Frente a este laberinto tridimensional de posibilidades que es una verdadera jungla que se ramifica y se vuelve a ramificar, ¿no es mejor un universo limitado con una Humanidad finita y un número concreto de ángeles? Considero que sí. La revelación de un Juicio Final en las Escrituras, aunque no cierre tajantemente todas las posibilidades divinas apuntadas, de hecho, es un modo de darnos a entender que la Creación es finita en todos los aspectos.

Una creación finita en lo cósmico (lo material), en lo humano y en lo angélico es un Universo unitario dotado de orden y armonía, frente a la otra posibilidad que es como una planicie inacabable de universos que no conforman una unidad y que

constituyen un abismo de vértigo sin un fin claro; ¿qué sentido tendrían muchas de esas variantes posibles? Sería una serie de repeticiones ilimitadas (incluso escogiendo solo las relevantes) sin un fin claro y, sin embargo, con muchas inconveniencias ínsitas. Frente a estos vértigos, una creación finita en esos tres aspectos conforma una mejor y más preferible armonía.

Al principio, al plantear esta cuestión, me preguntaba porqué no crear una Humanidad más grande para hacer felices a más sujetos. Pero por qué considerar que 7.000 millones de almas es una pequeña cantidad. ¿Pequeño, grande? ¿En comparación a qué? Frente a las Tres Personas, 7.000 millones de personas, de hijos de Dios, es una cantidad que se me hace inmensa.

¿Para qué crear más ángeles o más almas? Incluso un número infinito de almas seguiría siendo polvo al lado de la Montaña de Ser que es Dios. Un número infinito de almas sigue siendo muy poca cosa al lado de Dios.

Cierto que la pregunta resulta interesante: ¿Por qué crear menos almas felices cuando se pueden crear más? Pero el problema es que, como saben los matemáticos, que hay varios tipos de infinito. Si hubiera un número infinito de almas, es posible duplicar ese número infinito. No lo podemos imaginar, pero es posible. Y una vez duplicado, es posible elevarlo al cubo; e incluso hay muchas más operaciones con los infinitos.

El mismo problema de por qué no hacer un número mayor de almas felices lo tendríamos con un número infinito de almas elevado a la décima potencia. Así que, ya que hay que poner un límite a ese número, incluso aunque se tratara de un número infinito, (pues hay varios tipos de infinitos), ¿por qué no poner el límite en 7.000, 10.000 o 15.000 millones de almas? Visto así, no es un número pequeño la actual Humanidad. Es un número

grande en sí mismo, pequeño frente a Dios, adecuado en sí mismo.

Además, no es que se ponga un límite, sino que, siempre que se crea algo, se crea de un modo determinado. Hasta el número infinito de espíritus siempre implicará un determinado tipo de infinito y no otro tipo de infinito. No existe un número infinito que no pueda ser multiplicado de nuevo. Un solo Padre Celestial rodeado por varios miles de millones de hijos me parece una obra de Dios tan perfecta en sí misma como la posibilidad de Humanidad que se contase con números astronómicos.

Pero la teología debe plantearse todas las cuestiones y la cuestión de un Dios que es una fuente de la que siguen brotando glorias angélicas durante toda la eternidad no deja de ser interesante como una posibilidad divina. ¿Dios es, actualmente, una Fuente de creación ya cerrada (una *Fons Clausa*) o es una Fuente que siempre mana criaturas (una *Fons Manans*)?

Por muy apasionante que nos resulte la posibilidad de considerar a Dios una Fuente Incesante de seres libres, recordemos que ningún infinito concreto (aunque fuera la suma de infinito número de infinitos) llegará a acercarse al Infinito Absoluto que es Dios; tenderá a Él, pero sin acercarse; la suma de todos los universos posibles seguirá a infinita distancia del Creador. Con lo cual, la Creación, frente a Dios, siempre va a ser finita y limitada, aun contando con un número ilimitado de entes.

La cuestión, por tanto, no es si hacer surgir una creación finita o infinita, el universo de todo lo creado, globalmente considerado, siempre va a ser finito: finito frente a Dios, aunque contuviera un número infinito de elementos. Es decir, incluso un número infinito de ángeles, de humanos y de universos siempre va a ser una participación limitada del Ser Divino. Dado que eso es así, ¿es preferible lo astronómico frente a, por ejemplo, una

Humanidad de 10.000 seres libres? ¿Es esta pequeña? Comparado con Dios siempre va a ser pequeña.

Sea dicho de paso, un número infinito de almas implicaría (por mera estadística) un número infinito de condenados en el infierno. Lo cual no plantea ningún problema teológico: lo que vale para justificar el infierno de un sujeto, vale para justificar la existencia de un número infinito de condenados.

¿Habría una cabeza del infierno si hay infinitos demonios? ¿O siempre sería posible encontrar en esa llanura una “montaña ontológica” superior? Es posible que Dios cree infinitas glorias sin superar un determinado nivel. Recordemos que entre el 0 y el 1 caben infinitos decimales. Pero no tendría mucho sentido, en el caso de una *Fons Manans* que el poder de la Omnipotencia se limitara dentro de unos márgenes de perfección.

Pongamos un ejemplo cósmico, ¿qué sentido tendría en una llanura infinita poner un límite a la altura de las montañas? ¿Qué sentido tendría crear un número infinito de galaxias y limitar el número de planetas rotando alrededor de una estrella? Es decir, que todos los sistemas solares no pudieran tener más de una decena de planetas. Parece más lógico que si el poder creador se actúa de forma ilimitada en cuanto al número, no se pongan limitaciones en cuanto al modo, salvo para aquellas posibilidades que impliquen inconveniencia.

Pero, incluso en el caso de que existiera un demonio superior definitivo, uno solo, con un número infinito de demonios bajo él, ese demonio-cúspide no podría ejercer autoridad alguna sobre esa masa. Ni siquiera podría conocer a los individuos que se hallan en esa llanura sin fin. ¿Esa llanura sin fin sería una repetición de “lo mismo” hasta el infinito (solo que con distintos

sujetos), o podrían darse todo tipo de variantes infernales con esencias angélicas que ascienden sin fin hacia la perfección de naturaleza?

Antes de responder a esta última cuestión, no se me escapa que este tema está siendo abordado de un modo envolvente, dándole vueltas y vueltas desde distintas perspectivas. Logrando, me parece, en cada vuelta un nuevo acercamiento a la respuesta. Y la respuesta a esta cuestión última (que podría también haberse planteado no de un modo infernal, sino angélico) puede verse en el planeta Tierra. Hay selvas y más selvas. En la selva amazónica, la llanura cubierta por la vegetación alcanza hasta el horizonte y sigue más allá (del horizonte visible) como un océano colosal de vida. En esa masa inmensa, observamos que la relación entre repetición cuantitativa (repetición de una misma especie) y diferencias cualitativas (diferencias entre especies) resulta magistral. Esa selva no es ni una mera repetición ni un caos cualitativo.

El mismo patrón se observa en todo el planeta: en el reino mineral, vegetal o animal. El planeta Tierra es una respuesta visual a la cuestión acerca de cómo conjugar la relación entre lo limitado, de hecho, y esa tendencia a lo ilimitado a la hora de abordar la creación de los entes finitos, acerca de cómo conjugar la repetición ontológica y la diferencia cualitativa. Por supuesto que la Tierra no es la única posibilidad creadora para la Omnipotencia; pero, en sí mismo, el planeta es una respuesta, pues nos muestra un patrón perfecto del acto creador. En la Tierra se conjuga **la capacidad** del Creador para hacer emerger posibilidades ilimitadas **con la prudencia** de lo conveniente. Esa sinfonía maravillosa entre lo ilimitado posible y lo conveniente concreto sigue unos patrones admirables. (Antes he mencionado que la teología es una verdad sinfónica. La teología es así, en una Creación que es así.)

No puedo dejar de pensar en el contrapunto de las obras de Bach. Sobre la partitura, el compositor tiene la capacidad de escribir infinitas notas. Nada le impide que su partitura añada, en un mismo momento, más notas, más instrumentos. Sin embargo, lo magistral de su música es organizar el número adecuado de notas para que se muevan en una determinada franja armónica. Por supuesto que Bach pudo escribir más notas en cada armonía, más notas y más voces. Pero eso ya no hubiera añadido nada a una armonía perfecta. La creación visible nos ofrece ese patrón admirable en el que se mueve la conjunción de un poder infinito y la sabiduría suprema.

De manera que el Juicio Final, aunque no afirme (de forma expresa) que Dios es una *Fons Clausa*, leído de una manera sencilla es lo que se entiende. El tenor de las Escrituras afirma la existencia de una creación limitada con un tiempo limitado de peregrinaje viador. La limitación es doble en el número y en el tiempo, en el número de seres libres y en el tiempo que tienen como viadores. Una *Fons Manans* no se puede conjugar tan perfectamente con la afirmación: *Y, en el séptimo día, Dios acabó la obra que había hecho, y descansó en el séptimo día* (Génesis 2, 2).

el océano de lo posible



Si Dios creara todos los universos posibles a la vez, la suma de todos ellos seguiría siendo infinitamente más pequeña que el Ser Infinito. Ni siquiera se habría acercado un poco hacia el nivel ontológico del Ser Infinito. O, mejor dicho, habría hecho un movimiento de acercamiento, pero la distancia entre ellos seguiría siendo infinita.

¿Uno puede hacerse una idea de lo que sería que todos los universos posibles existieran simultáneamente? ¿Podemos imaginar toda la capacidad creadora de Dios puesta en acto? Esto podría ser llevado a cabo sin la menor fatiga, sin gastar nada de su Poder. ¡Todos los universos materiales y espirituales! ¿Dios podría hacerlo? Si eso sucediera, ni siquiera tal hecho sería la medida plena del Ser divino.

Parece que no resulta imposible, atendiendo a su omnipotencia. Ahora bien, Dios, además de Omnipotente, es Perfecto Él mismo y, por eso sus obras son perfectas. Dios no puede crear imperfecciones, no puede crear entes que impliquen inconveniencia. El Señor puede crear todos los universos razonables, pues hay universos cuya existencia no sería razonable. Pero antes de examinar la inconveniencia de un acto divino así, examinemos lo que sería esa suma de todos los universos posibles.

En un primer momento, pensé que imaginar el *Oceanum Possibilis*, es decir, el “Océano de lo Posible”³⁵ que reúne todos los mares de lo que puede ser creado nos ayuda a entender la grandeza de la esfera de lo divino. Cuando hablo de “reunir”, me refiero a reunir en un concepto.

Pero si por el capítulo del poder, no habría problema; Dios posee esa capacidad de crear; por el capítulo de la conveniencia sí que todo son problemas. Quizá pueda ser interesante imaginar un cosmos, cuya única diferencia con el actual, fuese que en el planeta Tierra hubiese dos razas de sujetos con cuerpo y alma. Quizá pueda ser interesante imaginar un cosmos en el que el sistema solar tiene dos planetas como la Tierra y los humanos pueden colonizar ese segundo planeta. ¿Pero qué sentido tendría

³⁵ Para evitar la confusión de algún lector, quiero repetir que no hablo de un *oceanum possibile* (océano posible), sino de un *Oceanum Possibilis* (Océano de lo posible).

crear dos universos materiales en los que todo fuera igual, salvo que en uno de ellos hay un planeta con una luna más? Cualquier factor ofrece una cantidad de posibilidades astronómicas en sus variantes.

Si nos atenemos a diferencias de gran entidad, los universos posibles son infinitos: un universo con una Tierra diez veces más grande (pero con una gravedad igual a la nuestra) y enteramente cubierta con espesos bosques y selvas; otro universo en cuyo sistema solar hay diez planetas como la Tierra y escapar a la gravedad es más fácil, etc., etc. Pero si no limitamos la existencia de universos a diferencias de gran entidad, el número de universos con variantes mínimas sería, de nuevo, apabullantemente infinito. ¿Pero tendría sentido esa colección de variantes imperceptibles? Ninguna. ¿Para qué todo eso? Para nada. Lejos de mostrar la gloria de Dios, ese cosmos mostraría una sorprendente capacidad para la reiteración.

Nuestro cosmos, además de ser grande y variado, tiene una característica que solemos pasar por alto: su razonabilidad. Otros universos no serían razonables. Nuestro cosmos, nuestro sistema solar, nuestro planeta es razonable en el modo en el que se sucede y se articula la variedad y la cantidad. Dígase lo mismo en cuanto a cómo se articula el desarrollo de la vida.

Y esto es muy interesante para tratar de entender cómo se articula el universo angélico. Porque si observamos las posibilidades infinitas en que Dios podía haber creado ese mundo espiritual, tendremos que aceptar que, frente a todas las posibilidades, la razonabilidad tiene que ser un criterio que imponga límites a las posibilidades. En ese sentido, el cosmos material aparece como una iluminadora parábola acerca de cómo puede ser el mundo espiritual. Las proporciones razonables del cosmos en el modo en que encajan las diferencias de los entes

formando un todo que es una unidad se pueden aplicar al universo espiritual.

Puede parecer un modo muy antropocéntrico de enfocar la cuestión de los mundos posibles angélicos. Pero el paralelismo existe entre el cosmos material y el conjunto de la vida son evidentes, como son evidentes los paralelismos entre la vida y el mundo humano. Parece natural que al cuarto campo, el angélico, se apliquen las mismas proporciones generales y los mismos paralelismos. El orden armonioso y la interacción existente entre los satélites y los planetas se aplica entre los planetas y el sol, y se aplica entre las galaxias y el núcleo de la galaxia. El orden y la interacción entre las ballenas cuando se reúnen, o entre la abeja-reina y las abejas-obreras, o entre células, se aplica, *mutatis mutandis*, en las relaciones humanas. Hay un paralelismo entre el orden de las moléculas y el de las células.

Estos paralelismos, a veces, son simples, pero los hay extraordinariamente complejos. Recuérdese que el universo visible es un argumento en contra de una serie infinita de ángeles cada vez más inteligentes en esa escala.

la paradoja de la hormiga de mirón



Todos hemos observado y comprobado la diferencia de inteligencia que hay entre los seres humanos. No estoy hablando únicamente de diferencias en la capacidad de memoria o en la rapidez de pensamiento, sino de la inteligencia propiamente dicha. Imaginemos al hombre más inteligente del mundo e imaginemos que, en una escala, podemos cuantificar su inteligencia. Pongamos que la inteligencia del hombre más inteligente del mundo la podemos cuantificar en un grado concreto, y que ese grado es 1.000.

Otro hombre se quedaría en el grado 728, otro en el grado 512, otro en 345, etc. Imaginemos un ser angélico cuya inteligencia es del grado 10.000. Quizá no sería fácil para el humano comprender ciertas cosas que sí que comprende alguien diez veces más inteligente, pero muchas de las cosas que piensa el ángel sí que podría entenderlas el humano dedicando mucho más tiempo, aunque algunas solo lograrían atisbarlas el humano dotado de una inteligencia de grado 1.000.

Pero ahora imaginemos otro ser angélico cuya inteligencia fuera de grado 50.000. De su pensamiento, el humano simplemente muchas cosas no las entendería. Eso sería así, aunque dedicara todo el tiempo que quisiera. Pero imaginemos otro ángel que tiene un grado 500.000. ¿El pensamiento de ese ser angélico sería comprensible por el hombre más inteligente del mundo? Es decir, ¿un ser humano inteligentísimo podría comprender los procesos intelectuales, los razonamientos, de un ser finito cuya inteligencia fuera 500.000? Ciertamente no.

Las mayores profundidades del pensamiento de ese ángel serían incomprensibles para el hombre más inteligente. Y eso que ese ángel no es Dios, su inteligencia sigue siendo finita. Pero el abismo entre los dos sería demasiado insalvable. La incapacidad de ese humano no se debería a que requiese más tiempo para comprender, no se debería a que necesitase más explicaciones; el problema es que el pensamiento de ese ángel resultaría radicalmente incomprensible por incapacidad natural para llegar más allá de ciertos límites. La complejidad de algunos razonamientos de ese ángel concreto sería inextricable con independencia de lo pacientes explicaciones que fueran las explicaciones que se le dieran. El humano solo llegaría a atisbar por dónde irían los pensamientos de ese ángel. Y eso que, insisto, ese ángel no sería Dios. Pues la diferencia entre el pensamiento de ese ángel y el de Dios seguiría siendo infinita.

Para hablar con más brevedad (y quitar ceros), establezcamos esta terminología:

- al hombre de inteligencia 1.000, denoninémolo H1
- al ángel de grado de inteligencia 5.000, llamémoslo A5
- al ángel de grado 10.000, denominémoslo A10
- etc.

Imaginemos que Dios decidiera crear un número infinito de ángeles y que cada 10.000 ángeles el nivel de inteligencia se duplicara. Si eso fuera así, lo dicho en relación a H1 y A50, se volvería a repetir en la misma escala de las inteligencias angélicas. Es decir, A50 no podría comprender más que una pequeña fracción de los razonamientos de A500, pues hablamos de que este último tiene una inteligencia no el doble o el triple que A50, sino cien veces superior. Y lo mismo sucedería entre A500 y A5000.

El mismo ángel A5000 no comprendería más que una pequeña porción de los razonamientos de A2000². Y A2000² sería como un niño frente a A8000³³. Pero recordemos que, en una serie infinta, existiría, por ejemplo, un A3000³³³. Esto nos enfrenta a un abismo de incomprensibilidad. La misma serie sería incomprensible a partir de cierta distancia para los integrantes de esa escala, sin importar lo alto que estés situado en esa escala.

¿De qué le sirve a una hormiga pasear por un museo y colocarse delante o encima de la estatua *El Discóbolo de Mirón*? Una determinada especie de hormiga solo puede ver dos o tres centímetros por delante, jamás captará con su visión el conjunto. No importa lo bella que sea la estatua, la hormiga no puede ni siquiera ver el conjunto, su visión es extremadamente parcial. Y si pudiera ver la entera estatua de una sola vez, tampoco podría captar su belleza en su pequeña mente. Este ejemplo de los límites

de la visión y de la capacidad para comprender de ese insecto es un ejemplo de los límites de la inteligencia finita.

En honor al razonamiento que he ofrecido sobre el *Discóbolo de Mirón*, llamemos a la sucesión infinita de ángeles cada vez más inteligentes “sucesión mironiana”, para acordarnos de esta hormiga y de su radical incapacidad para captar lo que está totalmente por encima de sus capacidades intelectivas. El hecho explicado de esta hormiga frente a esa estatua se repetiría entre los ángeles si ascendemos en la escala de la inteligencia.

Un ángel A1000 sería como esa hormiga frente a los razonamientos de un ángel A8000³. Y lo mismo sucedería con este segundo ángel frente a otro situado mucho más arriba en la escala.

Pero ahora viene la pregunta: ¿Una sucesión mironiana de ángeles supone una mejora de la creación? La creación en vez de ser una unidad armónica pasaría a ser un abismo. Un abismo de vértigo imposible de conocer. El entero universo angélico ya no sería captado por sus integrantes como una unidad. Los cuales solo captarían como unidad hasta ciertos límites alrededor de ellos mismos situados como centro del acto de conocer y comprender.

La imagen del universo angélico como una esfera organizada sería sustituida por la imagen de una escalera sin fin. Es cierto que Dios es un Abismo. Pero es muy distinta la situación si el universo angélico estuviera plagado de abismos creaturales.

Hay dos posibilidades que voy a tratar de expresar de un modo geométrico: Un **universo angélico esférico**, es decir, limitado en su rango de inteligencia, finito en el número, armónico, proporcionado. Un **universo angélico lineal**, sin límite en su rango de inteligencia, infinito en número, abismal,

que produce vértigo. ¿Realmente es mejor el segundo? ¿Realmente mayor cantidad y calidad mejora el resultado de la unidad?

El ejemplo que, en mi opinión, nos da luz para entender esta cuestión es nuestro cosmos. Primera proposición: Dios podía haber creado otros cosmos materiales en vez de este. Segunda proposición: no estoy afirmando que el cosmos que existe sea el mejor universo material posible. Sin duda no existe la posibilidad de crear el mejor cosmos posible. Ahora bien, admitiendo estas dos proposiciones, nuestro universo material es de una perfección sublime en cuanto a la cantidad y calidad. Su extensión, su variedad, el modo en que se articulan esas diferencias cuantitativas y cualitativas es de una armoniosa medida. No solo es perfecto cada ente, sino que la proporción entre ellos los conduce a una interacción armoniosa.

Parece natural llegar a la conclusión de que la creación material es parábola, comparación, de la creación espiritual. Observemos las proporciones entre las montañas. Ciertamente que, en un extremo, podemos encontrar las montañas más altas del mundo. Pero eso es el extremo. Y, aun en ese extremo, no se rompe la proporcionalidad armoniosa. Una montaña un millón de veces más alta que el Everest sí que quebrantaría todo el orden actual del planeta. En nuestro planeta, una montaña de 8.000.000 kms. de altura no sería una aportación, sino una distorsión.

¿Podemos pensar en un planeta ideado para contener una montaña un millón de veces más alta que el Everest? Sí, por supuesto. Pero habría que rediseñar todo el planeta y solventar el problema de la gravedad, del nuevo clima que se generaría, etc. ¿El resultado sería preferible? Sin ninguna duda, más grande no implica que algo sea mejor.

Lo que se ha dicho de las montañas vale para todo. ¿Y si, en vez, de una sola luna, la Tierra tuviera diez lunas? ¿Y si fueran diez veces más grandes? ¿Y si las ballenas fueran ocho veces más grandes y rápidas? ¿Y si hubiera árboles treinta veces más grandes que las secuoias y crecieran el triple de rápido? Las posibilidades son muchas, muchísimas. E infinidad de esas posibilidades seguirían siendo armoniosas y carentes de inconvenientes. ¿Pero esas hipótesis serían preferibles a nuestro mundo?

No tengo la menor duda: nuestro mundo es perfecto y armonioso como unidad en medio de una cantidad inacabable de posibilidades. Y nuestro mundo material es parábola del mundo angélico. No solo eso, sino que nuestro cosmos visible constituye una suma de criterios para conocer el Abismo de Ser que es el Creador en sí mismo y a la hora de crear en el reino de lo espiritual.

Dios es un Abismo y podemos imaginarlo como un Abismo sin fondo. Pero, después de lo dicho, podemos darnos cuenta mejor de las ventajas de añadir a la imagen de Dios como Abismo la imagen de Dios como Esfera Infinita. Dios no es solo un mero Abismo, sino un Abismo que es Armonía. Un Abismo Infinito requiere que sea una Armonía Suprema.

La armonía del cosmos se aplica a la armonía de esa Unidad que es el Ser Divino. Dicho de otro modo, podemos imaginar al Altísimo como negación de finitud, lo que nos lleva a considerarlo como Abismo de Plenitud. O podemos imaginar a Dios como afirmación unitaria de armonía, lo que nos lleva a considerarlo como Esfera de Ser.

Todo esto nos hace entender la importancia de la **medida** a la hora de contemplar la creación material o espiritual. El

Omnipotente obra con medida, porque obrar sin medida redundaría en la generación de desarmonías en su creación. Por eso es preferible considerar a Dios como una *Fons Clausa* que ha creado un universo finito, frente a una *Fons Manans* que crea un universo mironiano, es decir, un universo infinito del que solo podremos conocer y comprender una parte ínfima.

Un universo finito y proporcionado podemos no llegarlo a comprender totalmente durante la eternidad, pero es un universo proporcionado que podemos abarcar de un modo sustancial con nuestra inteligencia. En un universo mironiano de escalas infinitas que nos superan, durante toda la eternidad seguiríamos siendo como niños de tres años que se despiertan a un mundo que nunca vamos a comprender; solo contemplaríamos los dos centímetros delante de los ojos de nuestra inteligencia.

En un universo mironiano, si hablamos, por ejemplo, de conocer el número de planetas, esa incapacidad no parece tan grave. Pero si hablamos de seres inteligentes, eso sí que plantea inconveniencias notables. Todos estos problemas se solucionan y el universo no es mironiano. Y es que si el mundo de los ángeles es finito, si el mundo de los humanos es finito, ¿porqué no habría de serlo el cosmos? ¿Añadiría algo una mera mayor acumulación numérica de soles, planetas y satélites vacíos sin vida?

Todo está hecho, mantenido y cuidado con medida, ya hablemos de insectos o de la vida en el averno. Toda participación en el Ser debe ser perfecta, ya hablemos de la participación de la Segunda Persona de la Trinidad o de la persona de Satanás.

Aunque el universo mironiano no existe en la realidad –ni en el mundo cósmico ni el mundo humano ni en el mundo angélico (tal es mi opinión)– el concepto resulta formidable si lo usamos para imaginar un Motor Inmóvil que podría ser generador

eterno de infinitas sucesiones de ángeles. El concepto es formidable, poderoso, abismal en el mundo de lo posible. Una *Fons Manans* que crea *ab aeterno* y *ad aeternum* seres cada vez más inteligentes: impresiona a cualquier inteligencia que se asome a ese concepto. Es un modo de entender un poco más que queremos decir cuando hablamos de “omnipotencia”. Pero si Dios fuera una *Fons Manans* de glorias –y estoy convencido de que no lo es–, el cosmos material sería poco menos que un divertimento en medio de la creación espiritual. Lo cual rompería esa proporción entre campos, de la que he hablado antes: mundo material, biológico, humano, angélico. Y no estoy diciendo que tenga que ser una perfecta pirámide. Pero sí que resulta más interesante que exista proporción entre los elementos que componen el “universo total” formado por esos mundos.

Alguien podría aventurar la posibilidad de que el número de cosmos independientes sea tan infinito como esa sucesión de seres espirituales. Es decir, que el pedestal material de la creación fuera proporcionado a la misma extensión que una creación espiritual infinita. Pero habitar en un universo no mironiano nos permite conocer un universo inteligible, moramos en un universo que nuestras mentes pueden comprender; podemos dialogar con el resto de los humanos y de los ángeles; el mundo angélico-humano conforma una unidad de relaciones y de comunicación.

En una sucesión mironiana, no habría un ser angélico que fuera el más inteligente. La unidad de la que hablaba no existiría, sería una escalera; una escalera que seguiría siempre hacia arriba sin llegar a tocar nunca el punto infinito. En el caso de Dios como *Fons Manans*, esa escala, incluso, sería una escalera que sigue creciendo.

Podemos imaginar la línea de la sucesión como una línea que parece recta, pero que en realidad es una gigantesca

circunferencia. La distancia respecto al centro (que sería Dios) sería invariable. La línea de la circunferencia sería infinita. ¿Podemos imaginar una circunferencia infinita? No, y además esta imagen de la circunferencia no expresa la ascensión de la línea indicaba la ascensión en la escala ontológica. Pero la línea curva de una circunferencia, en cambio, permite expresar esa distancia siempre igual (en este caso, distancia infinita) desde cualquier punto de la circunferencia hasta el centro.

Ahora bien, podemos imaginar una línea finita de circunferencia dividida en infinitos grados. O, incluso, podemos imaginar infinitos seres angélicos en la línea de la circunferencia; e imaginar después a Dios como centro no ya de una circunferencia, sino de una esfera compuesta por infinitas líneas, cada una de ellas integrando un infinito número de entes angélicos.

La dificultad de imaginar esta imagen no debe desanimarnos a la hora de imaginar un universo mironiano, lo cual nos llevará a reconocer las inconveniencias de un universo angélico infinito. Y eso sin tener en cuenta que el Apocalipsis habla de cuatro vivientes alrededor del Trono del Cordero. En una sucesión infinita, nunca habría cuatro ángeles en la cúspide, porque no habría cúspide en el reino angélico. Y si la diferencia de inteligencia existe en una sucesión infinita, también existiría una escala infinita de santidad. Eso haría imposible que la Virgen María fuera el pináculo de esa escala de criaturas. De manera que, implícitamente, las Escrituras nos revelan la finitud del universo humano y angélico. No está revelado de forma expresa, pero sí implícita. En el fondo, la Biblia nos revela un Dios que es *Fons Clausa*.

Es cierto que alguien podría alegar que la sucesión infinita de ángeles podría ser convergente y no divergente. Es decir, que

hay un límite superior en la inteligencia y en la santidad de seres con libre albedrío, aunque su número fuera infinito. Pero entonces nos plantearíamos para qué multiplicar el número si ello no conlleva cambios cualitativos más allá de cierto nivel.

Como se ve, mi opinión personal, al considerar los grados de inteligencia del mundo angélico –basándome en los paradigmas presentes en el mundo material–, es que Dios ha hecho las cosas de manera que se evitara tanto una repetición sin sentido como una diferencia tan desmesurada que cayera en lo ininteligible para nosotros. Un igualitarismo excesivo crea una unidad monótona, aburrida, sin la belleza de la variedad. Mientras que una diferencia excesiva rompe la unidad del conjunto.

No cambiaría las expresiones presentes en mi libro *Historia del mundo angélico* al hablar de la colosal inteligencia de las jerarquías superiores. Aquí en la tierra, hay diferencias entre humanos que son impresionantes. Impresionante y colosal no es lo mismo que excesivo o desmesurado. El ejemplo de las montañas de la tierra nos ofrece una imagen de proporcionalidad. El modo en el que, en la Tierra, se alternan ríos, lagos, pequeños mares y grandes océanos es un ejemplo de medida perfecta, de grandes diferencias que componen una armonía. Más allá de cierto nivel de diferencia, no sería posible captar el conjunto que conforman. La armonía, aún existiendo, ya no sería posible entenderla con nuestra inteligencia.

El quebrantamiento de ciertas medidas aéreas implica una pérdida progresiva de la armonía. El mero factor de la medida, por exceso o por defecto, basta para ir perdiendo una concertada unidad. Aunque se trate de un ejemplo extremadamente sencillo: una mariposa en un prado es algo bello; multiplicado ese elemento por millones en ese mismo prado, se convertiría en una

pesadilla. La Paradoja de la Hormiga de Mirón se concluye en que, a veces, más no es más; a veces más no añade más.

¿Dios puede crear infinitos seres finitos? Por su Omnipotencia, sí; por su sabiduría, no conviene. Un hecho así generaría inconvenientes irresolubles, se generarían desproporciones, distorsiones, tan grandes como el mismo tamaño de lo infinito.

Y eso vale al hablar del mundo angélico y también para hipótesis de un cosmos infinito. ¿Qué sentido tendría crear el universo material si Dios jamás llegara a crear ni a ángeles ni a humanos? No tendría ningún sentido. Un cosmos desierto sería como un cuadro sin ningún ojo que lo viera o como una sinfonía sin oído que la escuchara. El Omnipotente crea seres inteligentes para hacerles partícipes de su felicidad. Eso sí que tiene sentido. ¿Pero para qué crear planetas y más planetas, galaxias y más galaxias vacías?

¿Qué sentido tiene un cosmos infinito si, al ser inabarcable, las criaturas dotadas de inteligencia nunca van a poder recorrerlo ni conocerlo? Nos encontraríamos ante la misma situación antes descrita; es decir, un universo compuesto por regiones desiertas que serían como la pintura de óleo de un gran artista, pero que carece de ojo alguno. El problema es que, en un universo infinito, las regiones que son un cuadro sin ojo serían infinitamente más numerosas que las partes conocidas. La paradoja de la que antes hablaba no se aplicaría parcialmente, sino que se aplicaría con la misma fuerza: pues seguiría habiendo, en el fondo, un universo sin conocer y sin posibilidad de ser conocido por razón de su misma extensión. Por lo tanto, concluyo, que un universo material infinito no es conveniente. La diferencia entre nuestro cosmos

gigantesco y un número de galaxias sin fin no es que sea notable, sino infinita.

Todas estas disquisiciones tienen implicaciones con respecto al infierno. En varias de estas posibilidades, el infierno podría tener infinitos moradores. En otras posibilidades, el infierno podría tener una escala interminable de grados de sufrimiento. Un número infinito de condenados no permitiría al infierno constituir una unidad, se conformaría como una yuxtaposición infinita, sería algo parecido a una llanura inacabable, pero ya no sería como una sociedad unitaria.

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿cada cierto número de seres libres siempre hay algún número de condenados, por pequeño que sea ese número? Si la respuesta es sí, un número infinito de bienaventurados siempre conllevará un número infinito de condenados; es una cuestión de mera matemática. Existirá un infierno con infinitos réprobos si siempre hay un índice de condenados, por pequeño que sea.

¿Hubiera sido posible que con mil millones de ángeles no hubiera aparecido ni un demonio? ¿Hubiera sido posible que no hubiera habido ni un solo réprobo en toda la historia de la Humanidad? La respuesta es que no existe un índice concreto *ante factum*. El índice de condenación se puede obtener solo *post factum*. Y será el índice de ese grupo concreto. Otro grupo de ángeles que fuera creado después podría tener un índice completamente diverso. Y el índice será diverso en el segundo grupo, pues cada índice concreto sería el resultado de la confluencia de muchas causas y efectos.

Dios, antes de crear el mundo, conocía el número de condenados porque conoce el presente, el pasado y el futuro. Pero

con la mera inteligencia no es posible conocer el número de condenados, pues el libre albedrío es *per se* indeterminado. De ahí que es posible que no haya ningún condenado por muchos que sean los sujetos a los que se les conceda el libre albedrío.

el universo mironiano frente al jardín cerrado



Cuando contraponemos el universo mironiano frente al universo considerado como un jardín cerrado, podemos llegar a la conclusión de que añadir más elementos o extensión a ese jardín ya no añade más perfección a la obra rotunda, perfecta en sus dimensiones. Más extensión no implica más belleza ni otras ventajas. Y, precisamente, el *Discóbolo de Mirón* es un buen ejemplo de ello. No por añadir más figurillas de mármol alrededor de ese atleta, el conjunto sería más bello, no por hacerlo más grande sería más perfecto. (Quiero recordar que el concepto de “universo mironiano” lo voy a seguir usando en el sentido de un universo de escalas infinitas que superan nuestra capacidad limitada para conocer y comprender.)

Sin duda, el *Discóbolo de Mirón* nos recuerda que hay obras finitas que, en sí mismas, son rotundas, perfectamente equilibradas, perfectas en sus medidas limitadas. Esto es así con esa estatua, pero también con un escarabajo de caparazón con tonos iridiscentes como una gema; o con una amapola o una piedra granate de superficie durísima, pero perfectamente lisa en la orilla de un río. Si eso es válido para una obra finita determinada, puede ser válido para la suma de obras finitas que es el cosmos o el universo angélico. A este tipo de universo le voy a llamar *optimum rotundum*, porque es óptimo en su finitud; y es *rotundum* en su sentido en la lengua castellana, lo que los ingleses califican como *outright* y que significa “pleno, completo, total”. Esa plenitud de la obra creada, por finita que sea, viene

simbolizada por la redondez de una esfera. Es decir, la esfera (no importan sus dimensiones) es perfecta en su redondez.

Después de exponer mi opinión de un universo que es como un *optimum rotundum*, como un bello y equilibrado jardín cerrado, voy a dar ahora un paso adelante: ¿Y si entre los ángeles no puede haber una diferencia radicalmente sustancial de inteligencia? Me explico, siempre hemos hablado de diferencias de inteligencia considerando las diferencias entre un niño y un adulto, y entre un adulto normal y un gran científico, y entre un gran científico y los más superdotados de entre ellos. Todos, después de eso, hemos pensado en la inteligencia de los seres creados como una escala que no tenía fin.

Lo que planteo es un concepto distinto: Ciertamente que, al entrar en el cielo, nuestra inteligencia se despertará y será más aguda y más clara, ¿pero y si no hubiera diferencias sustanciales entre un bienaventurado normal y un gran querubín? ¿Y si la inteligencia fuera una participación de la inteligencia divina que no admite grandes abismos entre criaturas, sean humanas o angélicas? ¿Y si la inteligencia fuera una llama divina que fuera esencialmente semejante entre criaturas? Ciertamente que la contemplación de un niño frente a un científico parece desmentir esto. Pero la respuesta no puede venir por comparar inteligencias que todavía no están maduras. Las capacidades intelectuales de la mayoría de los hombres no maduran plenamente durante la vida en la tierra.

Esta visión no implica un igualitarismo perfecto, pero sí una relación sustancialmente similar entre inteligencias, sean angélicas o humanas. Probablemente, la respuesta está en una franja óptima. Es decir, tal vez las inteligencias no son exactamente iguales, pero tampoco son tan desemejantes que conformen una escala mironiana finita. Es decir, una escala que, aunque finita, constituya una brecha descomunal e insalvable.

Un planeta puede ser de distintos tamaños y moverse a distintas distancias del sol. Pero con una determinada masa, con

una determinada distancia, con una determinada velocidad, hay una franja óptima en la que puede rotar alrededor del sol sin caer hacia él o alejarse de él. El planeta puede poseer muchas variables, pero la franja es una.

Lo mismo sucede con la creación: las variables pueden ser muchas, pero la franja de lo óptimo es limitada. Más allá de esa franja, comienzan los inconvenientes. De manera que el concepto del universo como jardín cerrado se aplica también a las inteligencias y... a la santidad. Desde esta perspectiva del *optimum rotundum*, soy de la opinión de que la Virgen María llegó a una santidad perfecta.

Como vemos, el enfoque mironiano de universo se puede aplicar al cosmos material y a la inteligencia, también a la santidad. Desde ese enfoque mironiano, podemos contemplar a la Virgen María y afirmar: “Dios podría haber santificado a una criatura mil veces por encima de la Virgen María, o un millón de veces, o un billón de veces”. Desde el enfoque del *optimum rotundum*, la Virgen María tiene una santidad finita, pero plena.

Si la inteligencia creada no puede ir más allá de cierta franja, lo mismo podría suceder con la santidad de las criaturas. Si eso es así, no podría haber una criatura más santa que la Virgen María. Ella habría llegado al cénit de lo posible. Pero, con toda honestidad, no estoy seguro de estas dos afirmaciones sobre la inteligencia y la santidad. De lo que sí que estoy seguro es de que cuando los escolásticos y los creadores de los grandes tratados dogmáticos del siglo XX, disertaron acerca de la escala de los seres posibles, lo hicieron correctamente, pero que a esa escala debe unírsele el concepto de *optimum rotundum*.

el concepto de optimum rotundum aplicado a santa maría y a satanás



Esta argumentación vale, asimismo, para el infierno. Durante años, consideré que los grados de sufrimiento eterno no tenían límite: siempre hubiera podido llegar a existir una criatura que habría sufrido mucho más. Si Satanás sufría a nivel 157, por ejemplo, podría haber existido otro hipersatanás que hubiera sufrido a un nivel 842, y un tercer megasatanás cuyo sufrimiento y dolor hubiera podido ser medido en un nivel 2.051.

Pero, desde la perspectiva del *optimum rotundum* se aplica no solo a lo excelso, sino también a lo infame: quizá el Diablo está situado, esencialmente, en el grado inferior posible. Quizá Satanás alcanzó la perfección de la maldad, la plenitud de la iniquidad. Quizá ya no pueda haber grados inferiores. Tal vez él llegó, esencialmente, a la máxima iniquidad.

Si esto fuera así, el infierno actual tendría un sentido de plenitud. En ese caso, nuestro universo total no solo tendría cimas y simas, sino que tendría una cima perfecta, esencialmente suprema dentro de lo creatural: la Virgen María. Y tendría una sima perfecta, esencialmente suprema, que sería Satanás.

Cuando escribo “esencialmente suprema” no me refiero a que por esencia tenga que ser suprema, sino que lo que quiero decir es que cualquier otra variante que la superase por arriba (en el caso de la Santísima Virgen) o por abajo (en el caso de la Gran Serpiente) ya no supondría una diferencia esencial. Este concepto de haber llegado a un *optimum rotundum*, en cuanto a un fondo esencialmente máximo o esencialmente deforme, es válido para las criaturas; porque Dios es el Ser Infinito, lo cual pertenece sustancialmente a otra categoría.

epílogo

El mundo angélico es una obra finita redonda, rotunda, equilibrada. El infierno también. En esta frase, “el infierno también”, se resume todo este ensayo.

Aunque, ahora, justo al final de este libro, no puedo dejar de preguntarme: ¿Podría haber existido un monstruo moral un millón de veces más maligno que Satanás? ¿Podía haber existido un diablo tal que nuestro



leviatán parecería una sardina al lado de un tiburón blanco, que nuestro Behemot pareciera una lagartija al lado de un cocodrilo del Nilo?

Quizás, solo apunto la posibilidad, nuestro coloso satánico sea una cierta plenitud del Mal. Quizá ya solo hubieran cabido variantes de ese ser que habita en el fondo.

anotación final

Este libro forma parte de una trilogía sobre el Misterio de Dios. Los tres libros son los siguientes:



Historia del mundo angélico: Es un libro acerca de la prueba que tuvieron los espíritus angélicos al ser creados, pero sobre todo trata acerca de Dios.



Las corrientes que riegan los cielos: Trata acerca de la Santísima Trinidad, aunque también aborda el tema del cielo, purgatorio e infierno.

Las leyes del infierno: Aunque es un ensayo acerca del infierno, supone una profundización en el Misterio de Dios a través de una reflexión acerca del averno.

Estos tres títulos conforman un conjunto unitario. El orden ideal para leer la trilogía es el expuesto. Sobre la trilogía, puede uno encontrar más información en mi opúsculo titulado *Cómo orientarse en las obras completas del padre Fortea*.

Las obras completas del autor se encuentran en
bibliotecaforteniana.blogspot.com



Este libro fue acabado de escribir el 15 de junio del año del Señor de 2019,
Festividad de san Buenaventura, san Abudemio y san Gumberto.

ad maiorem Dei gloriam



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en nueve lenguas.



bibliotecaforteniana.blogspot.com